Kateřina Tučková

EL LEGADO DE LAS DIOSAS

En las cumbres de los Cárpatos Blancos, en la comunidad de Žítková, esparcidas por las colinas, se encuentran agazapadas unas pocas casas. Todo queda lejos. Por eso, dicen, desde tiempos inmemoriales un linaje de mujeres con poderes excepcionales ha logrado preservar el conocimiento y la intuición que el resto de nosotras hemos perdido, que ha pasado de generación en generación durante siglos. Sanadoras, sabías y videntes, transmiten su arte de madre a hija, y se las llama «diosas». Si se dice que ven el futuro, ¿por qué no han sabido protegerse del suyo? Una novela conmovedora sobre el poder, la corrupción y la traición en los regímenes totalitarios, sobre la racionalidad y la magia, pero también, y de forma fundamental, del destino de las mujeres durante el siglo XX.

Kateřina Tučková

El legado de las diosas

Título original: *Žítkovské bohyně*
Kateřina Tučkova, 2012
Traducción: Kepa Uharte, 2021

–

Revisión: 1.0
11/07/2021

PRÓLOGO

No consigue ver bien el interior. Se pone de puntillas y pega la nariz al cristal para mirar por encima de la cortina, que cuelga desde la mitad de la ventana. Entre los exuberantes geranios, que otras veces se inclinan hacia fuera, y que hoy, por un motivo incomprensible, están pegados a los cristales, no distingue más que oscuridad. Pero casi siempre es así. Con esos ventanucos, la luz solo entra en la casa en los días despejados.

Se da la vuelta para observar el sendero que sube a su cabaña. Surmena avanza hacia ella con dificultad, siempre le ha costado caminar, y Jakoubek tampoco ayuda. Pesa, Dora lo sabe, ella misma ya casi no puede con él.

De nuevo se gira hacia la ventana. Le parece distinguir unas piernas. Asoman por detrás del hogar, apenas de rodilla para abajo, pero sí, son unos pies calzados con unas pesadas botas negras.

—¡Unos pies! ¡Papá está en casa! —grita hacia Surmena—. ¡Ha vuelto! —Espera, déjame ver—. Surmena, con Jakoubek en brazos, por fin la ha alcanzado y la aparta a un lado. Se da sombra con una mano y acerca la cara a la ventana.

—Pues sí, tienes razón. Canalla… —Se endereza, se coloca bien a Jakoubek en el brazo y dice—: Anda, vamos. —Ya dándole la espalda, todavía se oye cómo murmura para sí misma—: Me va a oír, ese borracho…

Resuelta, avanza a lo largo del muro toscamente enyesado, Dora la sigue, pegada a su falda. Sus pies chapotean en los charcos y el lodo. Va dando saltos para seguir los pasos de Surmena, pero ni así alcanza a mantener su ritmo. La cancela chirría al abrirse, y ella pasa. La deja abierta y, a toda prisa, adelanta a Surmena hacia la puerta de la casa; la ancha cartera se balancea en su espalda, en la que ondean dos trenzas desgreñadas, ya solo le queda uno de los lazos. Se detiene ante el umbral y, con los ojos como platos y la boca abierta, se gira hacia la mujer. Junto a la puerta hay un tocón, pero falta el hacha que suele estar clavada en él. Los cuerpos hinchados de la gata y sus crías deben de llevar allí ya varias horas.

—Es Micka —dice, atónita—, es nuestra Micka. Y sus gatitos. ¡No ha tenido tiempo ni de presentárnoslos!

El cuerpo de la gata está inflado como un globo, el orificio sangriento del cuello plagado de moscas. Los gatitos habrían cabido en la palma de una mano. Pequeñitos e hinchados por los gases hasta la redondez, si se hubieran caído, podrían haber rodado cuesta abajo hasta Hrozenkov.

—El muy borracho, sinvergüenza… ¡Lo pagará! —Surmena se ahoga de la rabia, la aparta de la sangrienta escena cogiéndola con rudeza del hombro y la empuja hasta el minúsculo zaguán—. Limpiate las botas, no ensucies —le ordena disgustada, aunque no hace falta. Ella ya está restregando lentamente las suelas contra el felpudo al tiempo que se da la vuelta para ver una vez más lo que ha quedado de Micka.

—Deja de mirarla, ¡o tendrás pesadillas! —la regaña Surmena, y Dora echa a correr.

En la puerta de la sala, se choca con ella. Su último paso dura un infinito fragmento de segundo, durante el que se cuela entre la cadera de Surmena y el marco de la puerta, y termina con la vista repentinamente clavada en el suelo de tablones de madera. Junto a los pies de su padre está mamá, tumbada, tiene la falda remangada por encima de los muslos, y a su alrededor, por todas partes, se extiende un charco de sangre oscura y seca. Silencio. Los tres en el umbral, quietos como estatuas.

—¡Fuera! —El agudo grito de Surmena, como el filo de un cuchillo, la atraviesa al instante, la sacude, la obliga a dar un salto. Su pequeña cabeza se golpea contra el marco de la puerta y después echa a correr, tropieza consigo misma, es increíble que no se caiga. Detrás de sí, oye el llanto asustado de Jakoubek y el grito de Surmena, que se ha quedado atascado en una única palabra—: ¡Fueraaa! ¡Fuera!

A toda prisa, dejando atrás a Micka y sus garitos, la valla de madera y la cancela, rodea la cabaña por el camino anegado por la lluvia de verano, y continúa corriendo por el sendero, hacia abajo, cada vez más lejos. Hasta la casa de Surmena. Allí se detiene, abre y cierra la puerta con delicadeza y, a paso lento, como siempre, va hasta el banco del terraplén. Se sienta y, con la mirada fija en la cima de enfrente, espera. Surmena baja cojeando por el camino que ella acaba de recorrer, doblegada por el peso de Jakoubek, aunque rápido, tan rápido como nunca la había visto ir hasta entonces. La alcanzan el llanto de su hermano y la fuerte respiración de la mujer.

Surmena se deja caer en el banco y, con una mano en la cabeza de Jakoubek y la otra en el hombro de Dora, los consuela.

—No pasa nada, no es nada —repite.

Pero ella no la cree. No puede no ser nada, esto.

El sol ya se ha puesto, la oscuridad se apodera poco a poco de las montañas. Sigue sentada en el banco mientras el llanto de Jakoubek se calma mansamente, aunque de vez en cuando se le escapa un leve y desgarrador sollozo. Al fin, Dora escucha su respiración regular y el leve rumor de su nariz

taponada. Surmena parece más tranquila, pero el brazo que rodea sus hombros, ceñidos por los tirantes de la cartera, sigue temblando. Unos tirantes con grandes reflectores rojos, así los pidió. Grandes placas rojas que reflejan la luz cuando alguien las ilumina, como las que tienen los niños de abajo, de Hrozenkov. Mamá y ella fueron juntas a comprarlas a Uherský Brod el verano pasado.

Su cabaña, en la ladera, está ya sumida en la penumbra del atardecer. La noche se extiende desde la cumbre en un torrente lento e imparable, como si alguien la hubiera vertido desde Bojkovice.

—Os quedaréis en mi casa —dice entonces Surmena.

Y cuando la acuesta entre las mantas y las pieles de oveja curtidas, protegida por el calor del hogar y con una infusión de adormidera recorriendo sus entrañas, Dora todavía alcanza a oír:

—No temas nada, juntos saldremos adelante. Serás mi *andzjel*, mi ángel. Y estarás bien. Ya verás.

PARTE I

SURMENA

Durante mucho tiempo creyó que aquello había desencadenado todo su sufrimiento. Pero no fue así de ningún modo, no fue en aquel instante, en la puerta de la cabaña del claro de Koprvazy, mientras miraba los cuerpos de sus padres. Dora no era tan estúpida como para no leer en las caras agitadas de los aldeanos que aquello había empezado mucho antes, hacía tanto tiempo que su corta memoria no alcanzaba a recordarlo ni de lejos. No la engañaban sus rostros afligidos ni palabras como: «¡Qué desgraciado accidente!» o «¿Por qué ha tenido que pasaros a vosotros?». No la engañaban porque también ella era parte de la comunidad, sentía con ella, respiraba con ella. Y, por mucho que intentaran impedirlo, había acabado por filtrarse hasta ella lo que se susurraba a sus espaldas, que todo encajaba, que más o menos así era como tenía que suceder. Así, o quizá un poco distinto, pero con una desgracia similar, al fin y al cabo. Porque también su madre era una *bohyně*, una diosa, y el destino de una diosa nunca es fácil.

Con todo, aquello no se lo esperaba nadie, había sobrepasado todos los límites, porque hacía más de trescientos años que ninguna mujer que conociera el secreto de las diosas moría así, bajo el hacha.

¿Por qué su madre sí?, preguntaba a unos y otros, pero no obtenía respuesta. Nadie quería hablar de ello. Cada vez que sacaba el tema, todos se apartaban asustados, como si hubiera soltado una blasfemia en presencia de unas santas reliquias. También Surmena callaba.

No le quedó más remedio que sepultar aquella desgracia en un profundo rincón de sí misma. Tras varios meses de incertidumbre, tomó la decisión de cerrar de golpe la puerta a aquel suceso, decidida a no volver jamás a sacarlo a la luz. Lo mismo daba cuándo hubiera empezado y cómo hubiera acabado.

Por lo demás, estaba muy ocupada. Tenía que aprender a ser un *andzjel*, así que su pena se desvaneció, lenta y paulatinamente, bajo un torrente de nuevos y excitantes acontecimientos. Ella, ¡un *andzjel*!

Antes solo había oído hablar de ellos. De los ángeles buenos que llevaban a las diosas lo que estas necesitaban sin que a ellos les faltara de nada. Pero nunca había conocido a ninguno, aunque varias veces se había demorado a

propósito en las cuestas desde las que se podían ver las casas de Surmena, de Irma o de ¡Caterina Hodulíková!

—¡Preséntame a tu *andzjel*, tía! ¿Quién es el tuyo? —quería saber cada vez que iba con su madre a casa de Surmena. Ella se comportaba como si nunca hubiera oído hablar de los ángeles, y su madre, Irena, se reía.

—Yo también soy una diosa, y… ¿has visto alguno por aquí? —preguntaba. Pero su madre era una diosa distinta, especial. De hecho, no ejercía apenas. Y por eso los ángeles nunca le traían a nadie.

Y de pronto el secreto germinó, sin más, se abrió como una vaina madura y soltó todos los frutos a la vez: no solo había averiguado quiénes eran los ángeles de las diosas, ella misma se había convertido en una de ellos.

Aquello transformó el sustrato de su mundo. Antes las tardes eran largas e iguales entre sí, horas plenas de aburrimiento en las que la vida se difuminaba en contornos borrosos. Desde el instante en que se convirtió en ángel, ya no volvió a quedarse sentada sin motivo en el banco del soportal de la casa de la montaña. Su tiempo se convirtió en parte del tiempo de mucha gente, entre la que adquirió un papel importante. Y lo cumplía con orgullo y con la conciencia de su responsabilidad ante una tradición misteriosa que venía de un pasado tan remoto que nadie de Žítková, nadie de los Claros, alcanzaba a recordarlo. Únicamente asentían con respeto: «El arte de las diosas es antiquísimo, diosas y ángeles han vivido aquí por los siglos de los siglos».

Toda la vida, desde siempre. Dora lo sabía bien, pero lo que no se había imaginado hasta que ella misma se convirtió en ángel era que las diosas y sus habilidades fueran algo autóctono de estas montañas, que fueran tan excepcionales. Que no vivieran en otros lugares. Cuando era pequeña, pensaba incluso que ser diosa era tan solo una forma de existencia más: que las mujeres, en resumen, se dividían en empleadas de correos y dependientas del colmado, ordeñadoras y trabajadoras de la Cooperativa Agrícola… o las que ejercían de diosas. Le parecía una profesión tan natural como cualquier otra. Ni se le había pasado por la cabeza que no fuera así en el resto del mundo.

Solo al transformarse en ángel reparó en las grandes distancias que llegaba a recorrer la gente para pedir un consejo a las diosas, o para que les curaran, y entendió lo únicas que eran estas mujeres. De ahí que se dedicara a su nueva actividad como *andzjel* con tanto entusiasmo y cumpliera con sumo cuidado todas las instrucciones de Surmena.

«Cuando vaya a llegar el autobús, ponte siempre cerca de la parada, no llames la atención de nadie, limítate a esperar a que alguien se dirija a ti. Si la persona en cuestión quiere saber dónde se encuentra la casa de una diosa, pregúntale si es tan tonta como para creer en eso. Espera a ver qué te responde. Si te parece confundida, tráela. Si se muestra muy segura de sí misma, mejor aléjate, alguien así no trae nada bueno. Y ve con cuidado con las parejas. Recuerda que quien viene aquí a menudo carga en soledad con su

sufrimiento, no necesita testigo alguno», repetía a menudo Surmena.

Dora no lo olvidaba nunca. Observaba con atención a los pasajeros que bajaban de los últimos autobuses de Brod y, cuando veía a algún extraño mirando desconcertado a su alrededor sin saber adonde dirigirse, se hacía la encontradiza y esperaba a que le preguntara: «Niña, por favor, ¿no sabrás cuál es la casa de la diosa?».

Eran personas muy diferentes, unas muy normales, otras de aspecto extraño, pero casi siempre solitarias y angustiadas. De vez en cuando aparecía también alguna pareja, sobre las que Surmena le había advertido. Solía tratarse de un hombre y una mujer, ambos jóvenes y sanos, sin apariencia de tener preocupación alguna. Dora jamás habría sospechado que necesitaran la ayuda de una diosa. A una de esas parejas la recuerda aún hoy, se topó con ella nada más empezar a ser un ángel.

La pareja seguía en la parada mucho después de que se hubiera marchado el autobús, exactamente como hacían los forasteros que habían decidido visitar a alguna de las diosas y no conocían el camino. Dora los observó unos instantes: una mujer vestida para ir de excursión, cosa que en un día laborable resultaba bastante rara, y que se enderezaba irritada cada vez que su acompañante le hablaba de soslayo; y un hombre con sombrero y abrigo largo que se comportaba como si no tuviera nada que ver con ella. Desde el principio le parecieron sospechosos y por eso quiso apartarse, pero antes de que pudiera darse la vuelta vio cómo él hizo un gesto con la cabeza y la mujer se acercó a ella.

—Niña, por favor, ¿no sabrás dónde vive una diosa? —La voz de la mujer semejaba un arrullo.

Dora se quedó quieta, cambiando su peso de un pie a otro, pero después asintió titubeante y señaló hacia la cima del monte Kykula.

—Arriba del todo, en el bosque. Hay que seguir una señal azul hasta la cruz y desde allí veréis una cabaña solitaria, esa es la casa de la diosa.

La mujer le dio las gracias con fervor, sacó una corona del bolsillo y se la puso en la mano. Resuelta, se giró y comenzó a caminar en la dirección señalada. El hombre la seguía a varios metros de distancia. Dora los observó hasta que se perdieron de vista en un recodo del sendero que llevaba a los pies de los salvajes Cárpatos.

Aún hoy siente curiosidad por saber dónde pasaron la noche aquellos dos. Tal vez en un cebadero en medio del bosque, atravesado tan solo por un sendero señalizado con pintura azul que llevaba de Hrozenkov hasta la cruz y se perdía entre el follaje, o tal vez les había dado tiempo de regresar al pueblo. En cualquier caso, el último autobús hacia Brod partía a las cuatro y cuarto de la tarde, lo habían perdido seguro.

Pero no todos los forasteros eran tan sospechosos. Al contrario, la mayoría de las veces se trataba de personas que necesitaban de verdad los

conocimientos de Surmena. Con el tiempo, Dora aprendió a reconocerlos a primera vista. Tenía la certeza de que una sombría señora mayor con un bolso iba por sus hijos. Una chica joven, turbada, quieta junto al tablón de los horarios, era otra certeza: iba por amor. Algunos tenían aspecto de enfermos. A Dora le gustaba llevarlos hasta Surmena porque sabía que los ayudaría y que pronto sus caras se iluminarían con algo muy particular: la esperanza.

Ya en la parada donde le pedían que les indicara cómo llegar hasta la diosa, ella los cogía de la mano y los acompañaba hacia arriba, bordeaban el cementerio, el claro de Černé, atravesaban el bosque hasta el cruce de caminos, desde donde podían ver la cabaña de su tía, en Bedová. Y mientras tanto hacía de *andzjel*, tal como le había enseñado Surmena.

«¿Ha sido un viaje largo?», sondeaba Dora, fingiendo que se le acababa de ocurrir para conversar.

«¿Está cansado? Surmena le hará una infusión de llantén, ¡enseguida se sentirá mejor!».

«¿Y por qué está tan triste? ¿Hay algo que lo aflija? ¿En el cuerpo? ¿O en el alma?».

Sería incapaz de contar cuántas veces lo ensayó con Surmena: un sistema de preguntas inteligentes, espaciadas con vina cadencia adaptada al trayecto y formuladas con naturalidad, casi con desinterés. De una forma en apariencia espontánea, Dora charlaba con ellos mientras recorría los largos caminos que llevaban hasta las cumbres. Cuanto más subían, más ardorosos y sinceros eran; sus preocupaciones, reprimidas durante largo tiempo, brotaban de ellos, a veces despacio, otras de manera precipitada, pero a sabiendas de que pronto sentirían alivio, de que en poco tiempo dejarían la piedra de su sufrimiento en el umbral de la cabaña, a los pies de la mujer que, decían, ayudaba con cualquier tormento. Durante el ascenso, le revelaban a Dora, la niña desconocida que en poco rato desaparecería de sus vidas, lo que los hacía sufrir, así que al final del camino, donde el sendero se bifurcaba hacia dos claros, el de Koprvazy y el de Bedová, y donde se despedían, lo sabía todo de ellos. Y luego bastaban solo diez minutos, los que tardaba en llegar corriendo por el bosque a la parte de atrás de la cabaña, anticipándose al visitante, que rodeaba el prado por un sendero que serpenteaba en un arco, para contarle a Surmena aquello de lo que se había enterado.

—Pase, pase —daba la bienvenida entonces esta al forastero antes de que abriera la cancela—, pase y no tema, le ayudaré con el dolor de espalda y sus problemas económicos. Últimamente no sabe dónde tiene la cabeza, ¿verdad? No se preocupe, verá como no es tan grave, entre, entre, ¡juntos se nos ocurrirá cómo resolverlo!

No hubo ni una sola persona que no cayera postrada ante la mujer que, nada más verla, era capaz de descifrar todas sus penas sin que hubiera dicho una palabra. Entraban después con reverencia y humildad hasta aquella

estancia oscura en la que se había parado el tiempo a mediados del siglo pasado, donde Surmena rápidamente colocaba en el fogón una cazuela para fundir cera y un tazón con agua fría en la mesa.

—Esto es lo que más los ayuda —decía con una sonrisa bondadosa tras su partida, cuando Dora le preguntaba si no estaban engañando a aquella gente —. Si han decidido venir a ver a una vieja desconocida que creen, por no sé qué habladurías, que puede ayudarlos, deben de estar metidos en un buen lío. Quizá yo sea su última esperanza. Vienen con miedo, también con dudas, pero esa esperanza los empuja hasta aquí. Y, has de saberlo, sus problemas no suelen encontrarse en su cuerpo, sino en su alma. Por eso, resulta más fácil ser un alivio para ellos cuando dejan de amargarse con preguntas inútiles sobre si seré o no capaz de ayudarlos… ¿Sabes lo bien que se sienten cuando, ya en el umbral, piensan que tengo un poder especial? ¿Y todo lo que se progresa con alguien que de otra manera no estaría dispuesto a explicarme abiertamente cuál es su problema? Dicen que la fe cura. Y ellos creen que yo los curaré, y al final, se cumple. ¿Lo entiendes? No es un engaño, es una ayuda ingeniosa.

Ella lo aceptó sin hacer más preguntas, igual que la orden de Surmena:

—Pero no puedes hablar de esto con nadie. Jamás le contarás a nadie que no sea yo lo que te cuenta la gente por el camino, ni siquiera que hablan contigo. Es un secreto que debe quedar entre nosotras, ¿entiendes?

Dora asintió.

—Si saliera a la luz, la ayuda dejaría de funcionar, ¿entiendes?

Dora volvió a asentir.

—Y, sobre todo, intenta olvidar lo más rápido que puedas todo lo que te cuentan. Hazlo por ti misma, porque, si no, su sufrimiento no tardará en hacerte sufrir también a ti. ¿Lo prometes?

Y Dora lo prometió, pues en aquella época no había nada que le negara a Surmena.

Surmena se hizo cargo de los dos cuando ella tenía ocho años y Jakoubek cuatro. Ni se le pasó por la cabeza que pudieran irse con otra persona, Dora estaba segura. Entonces todavía no era tan mayor como para no poder atenderlos, y su enorme corazón no le habría permitido comportarse de otro modo. Además, no tenía hijos, y Dora seguía convencida, aún hoy, de que, de hecho, ellos los suplieron.

En 1966, cuando fueron a vivir a su casa, Surmena tenía más de cincuenta años. Pero ya en aquel tiempo había algo en ella que la hacía parecer aún mayor. Quizá fuera porque llevaba el pelo recogido con un pañuelo aunque nunca se hubiera casado, como era típico en los Claros, o por la retícula de leves arrugas que se cruzaban en senderos improbables y únicos en sus mejillas, o por la postura que adoptaba, con la que se ocultaba en sí misma. Caminaba

encorvada, con el pecho hundido, casi sin pisar el suelo, más bien con una suerte de saltitos de gorrión, pues su pie se doblaba un poco cada vez que pisaba, hasta el punto de que parecía brincar. Ella contaba que era un recuerdo de la guerra, de una vez que huyó para esconderse en el bosque y se cayó, con tan mala fortuna que ni ella misma pudo curarse. ¡Una *napravjačka*, una curandera ilustre en toda la región, y cojea!, decía la gente después. Pero ¿cómo podría haber tirado de su propio pie dislocado, tirar y girarlo con un golpe seco, para que la articulación volviera a su sitio? Hizo lo que pudo, se lo enderezó con ayuda de unas largas ramas, y esperó: tres días y tres noches, ella sola en el bosque, hasta que el frente se desplazó.

Más adelante, Dora fue testigo en varias ocasiones de cómo Surmena realizaba una intervención parecida. Se ponía de pie, con las piernas separadas, sobre el herido y, con una inclinación profunda, abrazaba su muslo o su pantorrilla, según qué articulación se hubiera dislocado, y sujetaba el tobillo del paciente bajo su axila. Con todas sus fuerzas, estiraba, sacudía y giraba el miembro; el visitante gritaba de tal manera que Dora pensaba que se estaba muriendo. Pero, al fin, de pronto, llegaba la calma: el hueso volvía a su lugar. Le preguntó dónde lo había aprendido, y Surmena, aquella vez, hizo una mueca particular al recordarlo. Fue lo único que aprendió de su madre, dijo, la diosa Justýna Ruchárka. En realidad, lo había aprendido directamente de los cuerpos de las personas, de los difuntos, gracias al sepulturero de Hrozenkov. De entre todas las diosas de Žítková, la escogió a ella, porque vivía en la cabaña sola con su hermana menor, Irena. Y una noche se los trajo. Surmena contaba que ya desde lejos se oían los huesos entrechocar en el interior de los tres ataúdes de madera que iban en el carro de dos ruedas con el que las había sacado del cementerio, y que las depositó en la sala. Se le había ocurrido que así aprendería a colocar los huesos. El sepulturero no se dejó disuadir, dijo que la región la necesitaba. Sobre todo en tiempos de amenaza de guerra. Al principio, Surmena estaba horrorizada. Los tres ataúdes permanecieron en el salón durante tres días, cerrados, tal como se los había entregado el enterrador, e Irena y ella durmieron en la buhardilla para no tener que estar en la misma estancia. Pero el enterrador regresaba cada tarde para ver sus progresos, y al tercer día ya no aguantó más, abrió las tapas con una palanca y empezó a coger los huesos pelados, apenas manchados de tierra, y a juntarlos torpemente. Surmena le confió que pensaba que se desmayaría. Pero al final no pudo contenerse. Arrancó los huesos de las desmañadas manos del enterrador y se puso a acoplarlos ella misma, según lo que entonces conocía del cuerpo humano. Incansable, intentó encajar uno con otro, los fijaba entre sí con alambre arrancado de la valla, estuvo revolviéndolo todo hasta que logró ensamblarlo y frente a ella hubo tres beldades. Y los tres, le gustaba puntualizar, fueron los culpables de que no se casara nunca. Gracias a ellos, su fama llegó aún más lejos; la gente venía a que la curara desde Moravia y

Eslovaquia. Y siguieron viniendo incluso después de que se difundiera que ella misma jamás podría volver a apoyar su pie mal curado.

Así, coja y encorvada, la recordaba Dora desde siempre. Pero eso no parecía haber afectado su carácter: era dura, implacable consigo misma, no evitaba trabajo físico alguno, ni cuando su deficiencia pudiera suponer un obstáculo, y así se comportaba también con los demás. Incluidos ellos, los niños.

Hoy Dora le estaba agradecida por su cariñosa desaprensión, porque entonces no se apiadara de ella ni le consintiera regodearse en su desdicha. Hizo como si no hubiera pasado nada y, al día siguiente, la obligó a trabajar y a ir al colegio. Las primeras tardes, esperaba con Jakoubek delante de la escuela para llevársela a Bedová, como si intuyera que se formaría a su alrededor un corro de curiosos que no se avergonzarían de bombardearla con preguntas molestas, o aún peor: de sentir lástima de ella. Fue la única concesión que se permitió para aliviarle los momentos difíciles de las semanas que siguieron al acontecimiento que cambió su vida, la de Dora, de una manera tan repentina y dramática.

DORA IDESOVÁ

—Oye, a propósito de esta Surmena tuya… —dijo una vez, girándose hacia ella durante el almuerzo, su colega Lenka Pavlíková—, ¿has mirado en las listas[1]?

Dora negó con la cabeza. Por qué tendría que hacerlo. Las listas de colaboradores del régimen sacudían la república desde hacía mucho tiempo, pero no pensaba que ahora, casi nueve años después de la revolución, tuvieran que perturbarla también a ella.

—No sé si estará relacionado de algún modo con tu investigación… Pero he descubierto que sale Surmena. Solo su nombre. Está un par de líneas por encima del de mi tío, así que no pude evitar verlo. Pensé que podría interesarte.

A Dora se le disparó el corazón. ¿Surmena en las listas? Por Dios, ¿por qué?

Luego, confusa, subió dos pisos y se encerró en su despacho.

Hasta ese momento había tenido la sensación de que ya lo había encontrado todo. De que no se le había escapado ninguna fuente, ningún recurso. De que en los años que había dedicado a sondear el destino de Surmena y posteriormente el de las demás diosas no se había dejado ni pasado por alto nada.

Y le había costado esfuerzos indescriptibles. Había pasado decenas de horas en salas de archivos polvorientos, había recorrido decenas de kilómetros de senderos en los Cárpatos Blancos, encorvada bajo la mochila, en la que, aparte de regalos para quienes aportaran su testimonio, cargaba también con un pesado magnetófono y el largo cable del micrófono, frente al que de todos modos al final se negaban a hablar. Había pasado meses, años, recopilando todo lo que ahora la rodeaba, catalogado con sumo cuidado, fotografiado, guardado, metido en carpetas y abultados archivadores, descrito y colocado en las estanterías que recubrían las paredes de su despacho. Entraba en él cada día como si fuera un templo. Con el mismo respeto sagrado contemplaba aquellos estantes metálicos que lo custodiaban todo. Todo lo que hasta ese mismo instante pensaba que podía descubrir.

Pero quizá estuviera equivocada…

Dora, alterada, caminaba de un lado a otro del angosto despacho. Se negaba a creer aquel dato nuevo. ¿Se habría equivocado Lenka Pavlíková? ¿Se habría confundido? ¿Por qué iba a estar Surmena en las listas? Al final, se sentó al ordenador y se apuntó en las páginas de la biblioteca municipal para consultar en persona un ejemplar de las listas de Cibulka. Lo comprobaría esa misma tarde al salir del trabajo.

Hasta entonces, sin embargo, quedaban aún varias horas, y la idea de lo lentas que se sucederían la torturaba. Durante un rato, hizo un esfuerzo por continuar con lo que había estado haciendo por la mañana y así, al menos, acabar el trabajo empezado, pero fue inútil. Cometía errores, no conseguía centrarse. Finalmente, pegó su silla a la mesa de trabajo y se quedó allí encajada, con las manos cruzadas en el regazo y la mirada errando desde la pantalla del ordenador hasta los estantes repletos de libros y carpetas, nada más. En resumidas cuentas, el día estaba perdido. Con un suspiro, estiró la mano hacia el libro cuyo lomo estaba mirando, absorta, hacía solo unos segundos. Se trataba de un tomo con las cubiertas negras forradas con lino, en las que estaba grabado en plata el título *Las diosas de* Žítková. Y su nombre debajo. El primer fruto de aquel año de esfuerzo constante. Quería que quedara algo de ellas, de las diosas. Su tesis.

Hoy en día, Dora ponía reparos a su contenido. Pero, en realidad, debía a ese tomo que, a finales de los años ochenta, le hubieran permitido acceder a los sombríos pasillos y estrechos despachos del Instituto de Etnografía. Gracias a él, le habían asignado una plaza allí y, en lugar de colocarla en algún museo regional, pudo quedarse en Brno, en el Instituto de Etnografía y Folklore de la Academia de Ciencias, y, sobre todo, cerca de Jakoubek. Y la habían dejado seguir allí incluso después de la revolución, cuando toda la institución se tambaleó hasta sus cimientos. Seguramente porque tanto ella como su investigación eran tan poco conflictivas y su carácter tan poco asertivo que, en el mar poco profundo de la etnología checa, no suponía amenaza alguna para nadie en un puesto por encima del suyo, ni antiguo ni actual. Con un número de artículos, contribuciones a conferencias y citas tan limitado, con ambiciones nulas en cuanto a su carrera profesional, sumergida en un asunto muy específico que se desarrollaba fuera de la corriente de los temas atractivos, tras los que se afanaban los más fieros, se encontraba justo donde los demás querían tenerla: lejos del campo de batalla. Encerrada en su despacho, que con los años no había cambiado, iba a lo suyo. Escribía. Un nuevo trabajo con el que llegaría hasta donde no había llegado con su tesis.

Ahora, de pronto, todo eso se había acabado, tenía que parar. No podía seguir sin saber antes lo que se ocultaba en las entrañas del archivo del Ministerio del Interior, donde se guardaba la información sobre los colaboradores con la Seguridad del Estado. Sobre chivatos y confidentes, sobre

espías y soplones. Dora sintió vértigo cuando esa misma tarde, entre ellos, efectivamente encontró el nombre de Surmena. Cerró las listas de Cibulka y pasó un buen rato sentada sin moverse, incapaz de levantarse e irse. Aquella comprobación irreal e imposible la había paralizado. Esa noche no consiguió conciliar el sueño hasta el amanecer.

Al día siguiente envió al ministerio una solicitud de consulta. Surmenová Terézie (1910-1979), residente en el claro de Bedová, Žítková, n.° 28, distrito de Uherské Hradiště. Le precedieron varias llamadas de teléfono, además de un envío desde el Registro Civil del Ayuntamiento de Žítková que contenía un certificado del parentesco entre Dora y Surmena.

«Le llegará la notificación antes de tres meses» fue la respuesta cuando, varios días después, Dora contactó con el ministerio para saber si habían recibido su petición y los documentos que le habían requerido.

No le quedaba más que esperar: esperar con paciencia, día tras día, semana tras semana, tres meses.

Y, mientras esperaba, volvió a repasar el material que había crecido durante aquellos años entre sus manos, revisó el resultado de sus pesquisas y sus conclusiones. Dibujaba en su interior el esquema concatenado de acontecimientos que habían afectado las vidas de las diosas, que manaban en algún momento de un pasado remoto y acababan a sus pies, vertidos en el delta de los destinos de muchas personas, a la mayoría de las cuales conocía. Y también las recordaba. Sí, recordaba aquello como si estuviera sucediendo en ese mismo instante frente a ella, le bastaba con entrecerrar los ojos, abstraerse del entorno, y allí estaba. En la región de las diosas, en Žítková, en la cabaña con Jakoubek o con Surmena… A lo mejor gracias a estos pensamientos, que acudían cada vez que los evocaba, había sobrevivido todos esos años, esos largos años de forzosa separación de Jakoubek y Surmena, desperdigados por la región de Moravia, cada uno en un lugar distinto, separados, solos. Sin estos recuerdos, en el internado y más tarde en Brno, se habría vuelto loca. También ahora le daban fuerzas. Y eran más vividos, más plenos, cada vez que descubría algo que encajaba en el mosaico de la historia del linaje de diosas de Žítková. Aun cuando no fuera sino el extracto de un proceso, uno antiguo que tuvo como resultado una condena por brujería, o uno más reciente, de hacia apenas unas décadas, en el que el tribunal de Uherské Hradiště las había perseguido. Por los documentos que había encontrado, se sentía como si las conociera tan íntimamente como a Surmena. Aunque… ¿de verdad la conocía?

Desde el momento en que se confirmó que Surmena había tenido relación con la Seguridad del Estado, las dudas asediaron a Dora. También la atenazaron los nervios, que crecían a medida que se aproximaba el fin del plazo de tres meses. Deseaba conocer el resultado, pero al mismo tiempo lo temía: el miedo y el deseo luchaban en su interior.

Finalmente, no aguantó y el último día del tercer mes llamó al archivo.

«El examen todavía no ha concluido, está usted en lista de espera» fue la respuesta indiferente de la funcionaria.

Dora se quedó sorprendida. ¿Cómo es que aún no tenían noticias? ¿Era posible que se hubiera perdido el expediente de Surmena? ¿O que no quisieran entregárselo? El pánico se adueñó de ella y, día tras día, enlazados en semanas, la sensación de que aquella tensión la doblegaría se volvía más aguda.

Hasta que una mañana el despiadado sonido del teléfono atravesó el silencio de su despacho.

«Ya está listo el expediente que había solicitado. Surmenová Terézie, de 1910 a 1979. No fue colaboradora, sino una persona investigada. ¿Cuándo vendrá a por él?», preguntó una voz distante al otro lado.

ARCHIVO: PRIMER DÍA

En la tapa de la gran carpeta en formato A4 que colocaron frente a ella podía leerse el nombre: SURMENOVÁ TERÉZIE. La habían dejado encima de la mesa nueva, todavía brillante por el barniz, de la sala de consulta del archivo de la Seguridad del Estado en Pardubice, adonde Dora había llegado al cabo de unas semanas desde que la informaron por carta de que en esa delegación habían recibido una copia del expediente de la persona investigada.

La carpeta era inesperadamente voluminosa, calculó que el lomo tendría al menos siete u ocho centímetros. Estaba claro que tardaría horas en repasarlo todo. Dora la hojeó. Entre sus dedos, que pasaban las páginas con rapidez, se sucedieron formularios rellenados a máquina y documentos, recortes de periódico y notas escritas a mano.

Tragó, abatida. La alegraba que se hubiera demostrado que Surmena no era uno de los confidentes dela Seguridad del Estado, pero, por otro lado, temía que de pronto se mostrara una parte para ella inimaginable del destino de Surmena. O que volviera a resonar el dolor que se le había quedado dentro desde el momento en que la separaron de ella de una manera tan brutal.

Emocionada, abrió las tapas deslucidas y cogió una deteriorada hoja de papel de calco marcada con el número uno.

1
Sección comarcal de la Seguridad Pública (SP) de Uherský Brod
N.º exp.: SP-3814/01-1953
A la atención del consejo de la Junta Nacional Local (JNL) de Žítková

Asunto: SURMENOVÁ, Terézie – Petición de información sobre rumores
Solicitamos la elaboración de un informe sobre la reputación de Terézie Surmenová, nac. 24. 7. 1910, residente en Žítková, n.º 28, donde se especifiquen los siguientes aspectos: su origen de clase, su opinión y sus actividades durante la guerra, su filiación política pasada y presente, así como su

participación en la vida pública, su relación con el gobierno dem. pop. y con el trabajo, la vida familiar, rasgos personales y de carácter.

Envíen el informe por duplicado a lo sumo antes de 8 días a la Sección Comarcal de la SP. ¡Honor al trabajo!

Comandante: Dvorák.

El 17. 9. 1953

2

Consejo de la Junta Nacional Local de Žítková N.º exp.: SP-3814/01-1953

A la atención de la sección comarcal de la Seguridad Pública de Uherský Brod

Asunto: SURMENOVÁ, Terézie – Informe sobre reputación

Terézie Surmenová, nac. 24. 7. 1910, soltera, viene de una familia de pequeños agricultores, nunca formó parte de organización alguna, ni antes de la guerra ni después de 1945, tampoco está afiliada a ningún partido. Su relación con el gobierno dem. pop. actual no se puede valorar positivamente, y se niega a integrarse en el trabajo de colectivización de la Cooperativa Agrícola Unida con su campo de superficie 1,6 ha. No participa en la vida pública, aunque no se puede considerar inactiva, puesto que se relaciona con muchos ciudadanos que la buscan por su supuesta capacidad curativa, actividad que ejercía tanto durante la contienda como en la actualidad. Los camaradas locales condenan su fama por constituir un fraude contra nuestros crédulos y poco progresistas conciudadanos checoslovacos. Por este motivo, estamos obligados a estimar de una forma negativa sus rasgos de carácter, ya que se enriquece sistemáticamente a expensas de la sociedad por medio de los ingresos que obtiene de la susodicha actividad curativa, relacionada con el mercado negro de hierbas. Tampoco lleva una vida familiar ordenada, se sabe que tuvo relaciones con Jan Ruchár, nac. 17. 1. 1884, residente en Žítková, n.2 98, que era primo de su madre, y que de esta unión no matrimonial nacieron dos niños, que murieron ambos poco después del parto, en 1939 y 1942. Paga sus cuotas.

¡Honor al trabajo!

Secretario de la Junta Nacional Local: Lipták.

El 25. 9. 1953

Desconcertada, Dora dejó a un lado el documento mecanografiado.

Surmena nunca había mencionado que hubiera tenido hijos. Tampoco la había visto cuidar de sus tumbas, aun cuando iban a menudo al cementerio a arreglar las lápidas de sus familiares muertos. ¿Hijos? ¿Y con Ruchár, además?

Leyó el informe otra vez, no sin cierto recelo, antes de colocarlo boca abajo en el lado izquierdo de la carpeta, decidida a preguntar sobre esto a Baglárka

en cuanto fuera a Žítková. Ella debía de saber algo más.

Pero no eran los hijos fuera del matrimonio lo que les había llevado a abrir una investigación sobre Surmena. El problema era, sin lugar a dudas, su actividad como diosa. Dora se apresuró a leer el siguiente documento. Se trataba de otro llamamiento de la Seguridad Pública de Uherský Brod en el que se solicitaba información más detallada sobre la actividad de Surmena.

«Anoten quiénes son los ciudadanos que visitan a Surmena, si conocen su identidad, e informen asimismo del propósito por el que recurren a ella…».

De los documentos que, uno tras otro, aparecían ante ella, se desprendía que el secretario Liptákno hizo esperar mucho a la Administración. Una semana más tarde, viajó hasta Brod una declaración de varias páginas sobre las actividades de Surmena, y en las semanas posteriores la siguieron los requeridos anexos y especificaciones, y más adelante también las copias de varias actas del procedimiento de la JNL. «¡Debe ponerse fin a este desatino!», ordenaban. «¡Esta actividad es una mancha para el municipio! ¡Impidamos los negocios no autorizados en nuestra comunidad!»: con ese fervor expresaban los miembros de la JNL su desacuerdo con la actividad reaccionaria de la ciudadana Surmenová.

Fue a principios del año siguiente cuando la citaron por primera vez en la comisaría de policía.

Nada.

Por supuesto. ¿Qué podían probar?

Dora, satisfecha, dejó a un lado el documento sobre la investigación interrumpida.

Debajo de este, apareció una carpeta transparente que contenía un montón de cartas. Con cuidado, sacó los papeles amarillentos; algunos eran paquetes de azúcar o de harina abiertos. La cara interna, no impresa, estaba cubierta por una menuda letra infantil.

Disparates, inventos y calumnias. Dora los leyó, incrédula.

Envenenar a animales domésticos por ajustes de cuentas vecinales. Preparar bebidas estupefacientes con las que el consumidor perdía la voluntad. Socavar la moral de la juventud aldeana. Las cartas estaban escritas por Ruchárová. Dora pensó que, si había sido capaz de poner denuncias tan desesperadamente absurdas, sería porque habría enloquecido por los celos ante la infidelidad de su marido. Pero entre los disparates enumerados en aquellas líneas torcidas aparecía también, de vez en cuando, algún dato importante. Quiénes visitaban a Surmena. Qué querían de ella. Qué le daban a cambio.

¿Acaso estaba en el camino de Bedová, interrogando a los visitantes que regresaban de casa de Surmena, y que, en su infinito alivio, le cantaban todo lo que ella les preguntaba a hurtadillas?

Dora, disgustada, metió de nuevo todas aquellas insolencias en la carpeta de plástico. Luego hojeó malhumorada varios informes más de la junta de

Žítková hasta que su mirada se detuvo en una hoja dirigida a la fiscalía de Uherské Hradiště.

23
Junta Nacional Comarcal, división sanitaria, Uherský Brod
N.º exp.: Salud 277/1955
A la atención de la Fiscalía Regional de Uherské Hradiště

Asunto; Solicitud de investigación de práctica médica no autorizada de Surmenová Terézie

La división sanitaria del Comité Nacional Comarcal de Uh. Brod ha sido advertida del hecho de que la ciudadana SURMENOVÁ TERÉZIE de Žítková ejerce prácticas médicas no cualificadas a cambio de sobornos. En los últimos tiempos, según hemos sabido por los pacientes y por lo que nosotros mismos podemos observar, han aparecido varios casos de «curaciones» de extremidades dislocadas. Existe el peligro de que la antedicha dañe a los enfermos con sus intervenciones o consejos no profesionales. Tenemos temores fundados en estos casos concretos;

ÚBĚHLÍKOVÁ JANA, nac. 27. 6. 1953, hija del cerrajero, Zlechov n.º 43 – cadera dislocada.

ČERNOCHOVÁ JARMILA, nac. 19. 11. 1954, hija del carrocero, Polechovice n.º 12 – cadera dislocada.

TOUŽIMSKÁ RENATA, nac. 3. 12. 1950, hija del maestro, Strážnice n.º 86 – muñeca dislocada. En todos los casos mencionados se realizó la cura especializada debida. Los padres, sin embargo, no se presentaron a las revisiones y, como se comprobó más tarde, en su lugar acudieron a la susodicha Surmenová, que realizó unas manipulaciones en estas niñas a cambio de una retribución económica. Les causó perjuicio convenciendo a los padres del éxito de su intervención, con lo que aplazó el cuidado prescrito por sus respectivos médicos. En caso de aplazar un tratamiento, este puede prolongarse hasta el doble de tiempo, de manera que se encarece y deviene en una carga para el Estado.

Aconsejo a la Fiscalía Comarcal que investigue la actividad de la ciudadana Surmenová e imposibilite que continúe con sus actos de curandería. La prohibición es necesaria, especialmente porque todos los ciudadanos de nuestra República pop. dem. reciben atención de la mayor calidad, y gratuita, en los centros especializados de la Administración Estatal de Salud, de suerte que no hace falta que los enfermos busquen ayuda laica y paguen, además, importantes sumas de dinero.

Director del consejo técnico de salud de la Junta Nacional Provincial: Dr. en Medicina

K. Lešny El 27. 4. 1955

24

Fiscalía Regional de Uherské Hradiště

N.º exp.: Salud 277/1955

A la atención de la sección comarcal de la Seguridad Pública de Uherský Brod

Asunto: Surmenová Terézie –praxis médica no autorizada– investigación

Les enviamos el aviso del Departamento de Salud de la JNP de Uh. Brod con una solicitud de investigación. Que se oriente la pesquisa a la comprobación de las circunstancias decisivas para determinar si la actividad de la antedicha constituye un delito imputable según los artículos §221/1 o §222/1 del Código Penal.

Envíen el informe con las conclusiones de la investigación a la fiscalía antes de un mes desde la recepción de este aviso. Administrador de la Fiscalía Regional: juez Mañák

El 9. 5. 1955

25

Sección Comarcal de la Seguridad Pública de Uherský Brod

N.º exp.: Salud 277/1955

A la atención de la Fiscalía Regional de Uherské Hradiště

Asunto: Praxis médica no autorizada de T. Surmenová – informe

Atendiendo a su requerimiento del día 9. 9. 1955, informamos de lo siguiente: en los casos señalados por JNP-Org. Fund. UH se comprobó mediante investigación que la madre de JANA ÚBĚHLÍKOVÁ, Jiřina Úběhlíková, nac. 12. 2. 1930, residente en Zlechov n.º 43, nunca visitó a Surmenová. Con respecto a la cadera dislocada de su hija, declara que se encuentra completamente sana, lo que probó haciéndola caminar: la menor (ahora de 2 años) se pone de pie y anda de manera apropiada para su edad. A la pregunta de por qué tras los primeros problemas no siguió visitando al médico de UH, indicó que la cadera se le arregló sola, motivo por el cual no lo consideró necesario. También Černochová Jarmila, nac. 12. 3. 1929, residente en Polechovice n.º 12, madre de ČERNOCHOVÁ JARMILA, negó haber visitado a Surmenová e indicó que su hija estaba bien.

La madre de TOUŽIMSKÁ RENATA, Toužimská Ludmila, nac. 13. 2. 1925, domicilio en Strážnice n.º 86, cuya hija sufrió de dislocación de muñeca y que acudió tras ser convocada a un interrogatorio, declaró lo siguientes «Fui al centro territorial de Uh. Hradiště para ver al doctor Hřib al día siguiente del accidente de mi hija, porque la niña se pasó toda la noche llorando y tenía la manita hinchada, y él me dijo que la lesión era insignificante y nos envió a casa sin tratarnos. Como la niña seguía llorando, al tercer día fui a

ver a Surmenová, de la que me habían dicho que era una famosa curandera. Esta hizo algunos movimientos con la mano de mi hija, le untó algo y luego la vendó, mi hija se quedó tan aliviada que dejó de llorar. La mano permaneció así una semana, solo una vez cambiamos la venda y untamos la pomada que nos preparó Surmenová, y la muñeca de la niña se curó. Ahora la mueve con normalidad».

A la pregunta de si Surmenová le había pedido dinero, Toužimská contestó negativamente, pero indicó que, como obsequio, le había llevado huevos y manteca. Enviamos a Toužimská y a su hija a un control en la sección ortopédica del Inst. Comarcal de Salud Nac. local a ver al médico jefe, el doctor Dufek, que después de examinarla nos notificó: «La niña probablemente había sufrido una mera luxación de la muñeca. Sin duda, se trataba de una lesión de carácter leve que tras varios días se habría resuelto espontáneamente, lo que habría implicado la desaparición del dolor y la recuperación total de la movilidad del miembro. Resulta evidente que el médico que la trató llegó a esta misma conclusión, por lo que vendar la lesión le pareció innecesario. La realidad de que a los pocos días se produjera una mejoría demuestra que la opinión del médico fue la acertada. Considero que la estabilización se produjo de forma espontánea y que habría sido la misma sin la manipulación realizada por Surmenová».

El doctor Dufek continuó pidiendo encarecidamente que se evitara la actividad de Surmenová, quien, con sus intervenciones no profesionales, confunde a la gente y complica la labor de los médicos cualificados.

La investigación, dirigida por el teniente Varejka y el subteniente Kladka, también se llevó a cabo en el domicilio de la investigada. El procedimiento dio comienzo el 19. 5. 1955 a las 9.15 h en la JNL de Žítková. Presentes el presidente camarada Loubal y el secretario camarada Lipták.

Calificaron la actividad de Surmenová de deshonesta y fraudulenta, roba al sistema democrático popular sustrayendo la propiedad pública de la Administración de Bosques de Uherský Brod (la investigada explota la riqueza natural nacional), y también realizando tratamientos a los ciudadanos ingenuos a cambio de un pago. Al preguntar por el caso concreto, el camarada Lipták y el cam. Loubal contestaron que no sabían, pero remitieron a la cam. Ruchárová y a la cam. Hodoušková que, como ciudadanas de avanzada edad y vecinas cercanas de Surmenová, tendrían información. En la casa de Žítková n.º 98 fue encontrado el cam. Ruchár, cuya declaración no confirmó las afirmaciones del pres. y el secr. de la JNL. Ruchár solo declaró que mucha gente a la que él no conocía iba a visitar a Surmenová. No sabía nada de tratamientos ni de pagos. El testimonio de la cam. Hodoušková, residente en Žítková n.º 46, tampoco lo confirmó. La interrogada, sin embargo, declaró que la investigada sabe curar el ganado y

ahuyentar tormentas y que lee el futuro. El testimonio de Hodoušková no es digno de confianza, la interrogada parece ser una anciana muy religiosa que se deja llevar por ideas fantásticas, sin una óptica adecuada de la vida moderna en la república socialista.

A las 12.45 h se realizó un intento de interrogatorio a la investigada, pero no se encontraba en su domicilio, al que no llegó hasta las 16 h. Investigación interrumpida.

El día 25. 5. 1955 se efectuó un nuevo intento, fructífero esta vez. Al preguntarle si conocía a las antedichas niñas, respondió negativamente. Al preguntarle si empleaba métodos médicos no autorizados, respondió que no, pero que si podía dar algún consejo, lo daba. Como ejemplo concreto, indicó las gárgaras con aguardiente para el dolor de garganta. Negó que fueran a verla extraños para ser tratados. Negó que aceptara pagos por su actividad. Negó que robara del Patrimonio Nacional de los Bosques. En la casa, de una estancia y un pasillo, se halló una gran cantidad de plantas secas, aparte de eso nada particular. La investigada fue advertida de las posibles consecuencias de su actividad ilícita.

Operación concluida el día 25. 5. 1955 a las 16.53 h.

Gastos totales: 202 coronas

Conclusión: De las anteriores pesquisas se concluye que existe una sospecha razonable de que la investigada Surmenová, aunque lo niegue, lleve a cabo prácticas médicas no autorizadas. Pero las autoridades uniformadas no pudieron comprobar la amplitud de sus servicios ni la remuneración económica que percibía por ellos. Teniendo en cuenta el carácter de la misión, piensan que la actividad de Surmenová exige una investigación más profunda, que solo tendrá éxito si se realiza en secreto. En este sentido, se informó a la Sección Comarcal de la Seg. Est. de Uh. Hradiště, donde se entregaron los resultados de la investigación. El caso ha sido puesto al cargo del oficial Švanc, III div., que ya antes investigó a la antedicha y con el que han de contactar respecto al desarrollo de la indagación.

Comandante: Rudimsky

El 29. 5. 1955

Ante la mención de las gárgaras con aguardiente, Dora no pudo contener una risita. Pero, cuando leyó en los siguientes documentos que el caso de Surmena había sido incorporado a la agenda de la policía secreta, las ganas de reír se esfumaron. Desde mediados de 1955, habían tratado a Surmena como a una enemiga del pueblo.

En la rápida sucesión de los días posteriores, se redactaron decenas de escuetas comunicaciones oficiales.

Sobre el encargo del caso a la III división de la Seguridad del Estado en Uherské Hradiště y al oficial Švanc. Sobre la aprobación del procedimiento. Sobre la encomienda de la indagación al teniente Kladka, que realizó la

primera investigación de campo, de manera que estaba familiarizado con el entorno. Sobre su admisión como trabajador operativo de la Seguridad del Estado en Uherské Hradiště, siéndole asignado el nombre en clave de intérprete, etcétera.

Este se había ganado un ascenso por entusiasta, pensó Dora, y luego ordenó con cuidado los documentos esparcidos en un montón y empezó a leer la siguiente acta.

42

Sección Comarcal de la Seguridad del Estado (SE) de Uherské Hradiště, III div.

A la atención del of. Švanc

Redactado por: Nombre en clave / Expediente:

INTÉRPRETE / 15701

Tipo de colaboración: trabajador operativo Registrado en: Administración de la Seguridad del Estado (SE) de Uherské Hradiště

Informe sobre la investigación a Surmenová Terézie

Teniendo en cuenta que la investigación realizada hasta el momento sobre la susodicha no ha tenido éxito a causa de la abierta renuencia de los ciudadanos a hablar con las autoridades de la Seguridad Pública, ha sido necesario llevarla a cabo de manera oculta. Siguiendo la orden, el 18. 9. 1955 nos dirigimos, acompañados por la mayor Novotná, al municipio de Žítková con la supuesta intención de hacer turismo. Las instrucciones de la t. m. Novotná eran establecer contacto con Surmenová so pretexto de solicitar ayuda y comprobar así el funcionamiento de su actividad, mientras yo me relacionaba con los ciudadanos locales con el fin de recabar información adicional.

Se comprobó que Surmenová tiene buena reputación en su lugar de residencia, pasa sus días de una forma tranquila. Desde 1944, cuando acabó su relación con Jan Ruchár (que vive en una casa cercana al pie de la montaña, en el claro de Černé, con su esposa legal), vive sola. Sus padres murieron antes de la guerra, se relaciona solo con su hermana menor, Irena, no mantiene contacto con sus hermanos mayores. De su domicilio, por lo visto, Surmenová se aleja en contadas ocasiones: una vez a la semana va a la iglesia y a comprar a Star Hrozenkov. Es muy creyente, y de conversaciones fortuitas en la taberna local se dedujo que muestra ciertos comportamientos reaccionarios (no confía en los médicos, funcionarios y autoridades, en invierno comparte su habitación con el ganado), además de una postura hostil hacia el sistema socialista.

A la pregunta de si tenía algún contacto social, se contestó que muchos, pero ninguno fuera de su casa (los conciudadanos no saben de relaciones con el extranjero). Los informadores corroboraron las numerosas visitas que recibe la investigada. El gerente de la taberna local El Colegio Nuevo declaró que dichos visitantes se detienen a menudo en su posada y preguntan por el camino, alguna vez regresan después de haber visitado ya a Surmenová. Especificó que principalmente se trata de mujeres que desean que les adivinen el futuro o de ciudadanos que acuden en busca de cura para alguna enfermedad.

La postura de los conciudadanos presentes, respetuosa. Uno de ellos informó de que a su padre le había curado la tuberculosis, también se habló de una mujer de nombre y domicilio desconocidos que volvía reiteradamente a visitar a quien le había curado la epilepsia. También se declaró que Surmenová, sirviéndose de hierbas, ayuda a deshacerse de toda clase de mal de ojo y que también sabe recomponer fracturas, pero que, por lo que respecta a la adivinación del futuro, no tiene una experiencia tan amplia; en este aspecto es mejor la llamada Pelona o la llamada Leonora, pero en cuestiones de robos, la mejor es «Krasňačka de Hudáky». Al preguntar sobre las tasas de dichos servicios, contestaron que «la voluntad», no sabían más.

La investigación en las zonas bajas de Žítková, Koprvazy n.º 17 y Rovné n.º 44, confirmó lo previamente declarado. Al preguntar si Surmenová ayudaba con las úlceras, se contestó que sí, que bastaba con ir a verla. La hija del dueño de la casa n.º 44, que conocía el camino, se ofreció a colaborar, y él mismo me indicó que la acompañara, que Surmenová luego le daría algo también a ella.

En la investigación directa en el domicilio de Surmenová se comprobó que vive en la miseria. Con los visitantes desconocidos se muestra desconfiada, se hace de rogar para que los reciba. Solo reaccionó cuando se expusieron con minuciosidad los problemas: la t. m. Novotná se quejó de insomnio y dolor de cabeza. Posteriormente, la investigada calentó cera en el hogar y, mientras murmuraba algo incomprensible, la vertió en un tazón con agua. Durante mucho rato, fingió que veía algo en ella. Obligó a la t. m. Novotná a quitarse la blusa, después le pasó la mano por la columna y después le palpó el cuello. Entonces se enfureció e instó a la t. m. Novotná a que se fuera. Cuando esta ya se iba, le dijo que si no le hubiera mentido la habría ayudado, pero no con los dolores de cabeza, sino con los problemas para concebir. Al preguntarle si la t. m. le debía algo, contestó que «en ningún caso aceptaría nada de ella».

Operación concluida el 18.9.1955 a las 16.40 h.

Gastos totales: 148 coronas

Conclusión; La investigación ha demostrado que la persona investigada realiza tratamientos no autorizados por los que obtiene cantidades no especificadas. Ha demostrado que

perpetra actividades fraudulentas con las que se aprovecha de los lugareños y de los forasteros desinformados. Su actividad es peligrosa no solo para estos ciudadanos confiados, sino también para el resto de la sociedad, puesto que Surmenová, con su postura negativa hacia el sistema socialista y con su notable influencia entre su red de clientes, socava la posición de nuestra república socialista. Teniendo en cuenta la falta de pruebas y testigos dispuestos a prestar declaración, no es posible, sin embargo, demostrar que se haya incurrido en delito de conformidad con el artículo §221/1 del Código Penal ni presentar la correspondiente denuncia. Aconsejo seguir vigilando a Surmenová, porque pienso que es cuestión de tiempo que su actividad proporcione un motivo para el procesamiento penal.

Nota: Aconsejo asimismo la destitución de la t. m. Novotná del caso, puesto que durante la operación no exhibió la presencia de ánimo requerida para la actividad de campo (se mostró sobrepasada por sus emociones al acabar la visita a la investigada).

Miserable, pensó Dora al acabar de leer el informe del *Intérprete*, y hojeó con acritud los demás documentos.

Según se desprendía de ellos a primera vista, su propuesta de seguimiento fue aceptada: uno tras otro, se sucedían informes redactados en intervalos mensuales. No le quitaban ojo a Surmena. Y aguardaron a que cometiera un error. La acecharon con el lazo preparado, extendido alrededor de la cabaña, bajando desde Žítková, por el camino hacia la parada de autobús de Hrozenkov y desde allí directamente a Hradiště. Bastaba esperar con paciencia y dar luego un brusco tirón.

Y, entre tanto, en el ojo del huracán se desarrollaba su vida en común.

54
Comité de la JNL de Žítková
N.º exp.: 7-NC 103/66
A la atención del juzgado comarcal de Uherské Hradiště

Asunto: Relaciones personales y patrimoniales de Terézie Surmenová con respecto a los menores Dora y Jakub Ides

Terézie Surmenová es pariente cercana de la menor Dora Idesová, nac. 30. 10. 1958, y el menor Jakub Ides, nac. 16. 2. 1961: es tía de ambos, hermana de su madre, la fallecida Irena Idesová, de soltera Surmenová. Hay pruebas de que siempre han tenido una buena relación. La m. Dora y el m. Jakub Ides se encuentran ahora a su cuidado. Dora Idesová asiste a diario a la escuela de Starý Hrozenkov y Jakub Ides se queda en casa con Surmenová, que percibe una pensión de invalidez. Se sabe,

y cualquier profano en la materia puede deducirlo, que Jakub Ides está insuficientemente desarrollado en los planos mental y físico. Según parece, no está en condiciones de frecuentar la escuela obligatoria y seguirá requiriendo cuidados diarios. Surmenová se los proporciona. Por otro lado, está claro que, por su actitud indiferente hacia el sistema socialista de nuestra República checoslovaca, Surmenová no proveerá una educación progresista a los menores que se han dejado a su cargo. En esta cuestión nos parece que un control regular de la autoridad social, que se cuidaría de vigilar su desarrollo, podría ser la solución. Con respecto a las condiciones económicas de T. Surmenová, se puede decir que recibe la suma de 740 coronas por una pensión de invalidez, posee dos piezas de ganado y cultiva parte de un terreno de 1,6 ha. Además es sabido que desarrolla actividades curativas, por las que presumiblemente obtiene altos ingresos. Del sustento de los hermanos, por tanto, no hace falta preocuparse.

Sobre los métodos curativos de Surmenová ya informamos con anterioridad a las autoridades territ. de la Seg. Púb., que investigaron su actividad, pero se nos comunicó que el seguimiento se detuvo por falta de pruebas. En este caso, pues, no hallamos más obstáculos para encomendar a los menores al cuidado de Terézie Surmenová.

Dir. del Departamento de Asuntos Internos de la JNL: Srp
El 20. 7. 1966

Dora echó un vistazo a una serie de papeles en los que se certificaba su tutela. Tras los de la Junta Nacional Local encontró igualmente documentos de la Fiscalía Comarcal, de la Sección Territorial de la Seguridad Pública en Uherský Brod y de la Sección Comarcal de Uherské Hradiště, que certificaban la integridad de Surmena, y finalmente se topó también con la acreditación de la escuela, representada por la tutora, y el dictamen de la Oficina de Asuntos Sociales. En el contexto de estos partes e informes previos, Dora casi no podía creerse que su cambio de hogar hubiera discurrido de una forma tan pacífica.

De todos modos, siguieron sin quitarles ojo. Por las manos de Dora fueron pasando un informe tras otro que describían su vida de entonces. Sus ojos recorrían los detalles, tecleados a máquina, de aquellos hermosos años que pasó con Surmena, y a continuación anotaciones sobre acontecimientos que ella misma a veces recordaba bastante bien y que otras casi había olvidado.

Como, por ejemplo, un apunte sobre aquella chica que pasó unas vacaciones en su casa. Los años habían borrado incluso el nombre de su memoria, pero ahora la recordaba, de pronto, como si aquel mago que veía hace años en el programa *Ein Kessel Buntes*[2] hubiera chasqueado los dedos ante sus ojos. Kvéta Mazovská era una chica triste cuyo caso se exponía en otro de los muchos informes.

En aquel momento, Surmena le dijo a Dora que, si la chica no se dirigía a

ella, no le prestase atención. Así que ella la observaba, sorprendida del aguante de Surmena, de su infinita paciencia. A aquella muchacha todo le iba mal: tenía miedo de las vacas, así que no podía ir a los pastos, y en el jardín o en el campo tampoco hacía mucho. Durante el primer mes se limitó a merodear alrededor de la cabaña o a subir un poco la pendiente, o a dormir. No hablaba con nadie. Nada más. Por lo visto no le gustaba la vida, decía Surmena, y, una vez que Baglárka fue a visitarlas, Dora oyó que incluso había intentado quitársela. ¿Una suicida?, se asustó Baglárka entonces, y Dora aún más. ¡Una suicida en casa! Desde aquel momento no pudo parar de mirarla, se deslizaba tras ella en los paseos, no se le escapaba ni uno solo de sus movimientos. Pero, al cabo de una semana, terminó por aburrirse: la chica ni sentía ni padecía. Era como una muñeca durmiente.

Todo cambió hacia mediados de agosto: de pronto algo pareció molestar a Surmena, que no la dejaba en paz. La seguía a todas partes, gritándole, hasta que la chica se sentó con las vacas e intentó ordeñarlas. Hasta que se puso en cuclillas en el barro a arrancar las malas hierbas del jardín. Hasta que fue al prado bien temprano y llenó una cesta hasta arriba, con los pies enrojecidos por el frío rocío matutino. Solo entonces se le sonrojaron las mejillas y, de pronto, incluso sonreía. El repentino cambio en ambas, la airada Surmena y una Kvĕta con ganas de vivir, supuso un misterio para ella.

«Ya ha bebido bastante hierba de San Juan», le contestó Surmena a su titubeante pregunta, «ahora tiene que aprender a querer vivir. ¡Y eso lo conseguirá el trabajo!».

Algo de verdad había en ello. A principios de septiembre, Kvéta se marchó, alegre y más rellenita. En los dos años posteriores volvió a pasar alguna semana en la cabaña, más adelante vino de visita con su marido y un año ya no regresó: envió unas fotografías en las que llevaba a un niño en brazos. Surmena colocó la fotografía en el estante, entre las tazas, y de vez en cuando la observaba con una mirada tierna y emotiva.

Pero en el informe que se encontraba en la mesa frente a Dora no había nada conmovedor. Las vigilaron durante todo aquel año, a Surmena y a ella, a Kvéta, que venía de alguna familia difícil de Ostrava, día tras día, semanas enteras, meses, al igual que los años siguientes. Husmearon también en las vidas de los visitantes que tuvieron después. A algunos los describían con más detalle, con otros incluso hablaron, contra otros enviaron partes a sus domicilios.

Las notas se concatenaban en una secuencia infinita y cada vez se parecían más, llenas de clichés ya cien veces repetidos. Eran tan aburridas que Dora empezó a saltárselas. Pero se detuvo en una en la que su nombre se repetía más a menudo que en las demás. Parecía que, como alrededor de Surmena hacía mucho que no pasaba nada especial, hubieran dirigido su atención hacia ella, hacia Dora. En cuanto descubrieron que era un ángel, intentaron averiguar

cuánto ganaba con su actividad subversiva. Supusieron que cientos de coronas checoslovacas. A Dora se le escapó una sonrisa. La corona que alguna vez recibía se la gastaba enseguida en un polo o una chocolatina abajo, en la cooperativa, ni siquiera llegaba al día siguiente. Y mucho más a menudo recibía una manzana que los visitantes sacaban de la mochila para no dejar que se marchara con las manos vacías.

Así que cientos, pensó Dora, sin dejar de sonreír mientras pasaba la página. Pero entonces se sobresaltó. Su mirada se topó con un papel que conocía bien. Que no había olvidado, aunque hiciera años que no lo veía. Empezó a fallarle la vista y las pequeñas letras convergieron en una tupida niebla. Se apoyó en el respaldo de la silla y notó cómo el sudor empapaba su frente y su sien. Frente a ella se encontraba el documento que había destruido su nueva vida, construida sobre las ruinas de su pasado.

LA SERPIENTE BLANCA

El sobre, con el sello oficial, llegó a principios del verano de 1974. Era un viernes, un día que se quedó grabado en su memoria y que ya nunca olvidaría, porque aquel día ocurrieron cosas que luego la angustiaron y atormentaron durante los años.

Porque tal vez todo aquello fuera culpa suya.

Porque tal vez fuera ella misma quien arruinó su vida apacible.

Pero ¿quién podía imaginar los peligros que escondía aquella pequeña serpiente blanca?

Quizá se encontraba oculta en el interior de la casa, quizá la había traído Jakoubek, quién sabe. Quizá era verdad lo que afirmaba Surmena: que había vivido durante años en las paredes de la cabaña. Y sí, quizá era absolutamente inofensiva. Pero ella solo alcanzó a ver el largo y fino cuerpo del reptil enrollándose en el brazo de Jakoubek. Y la mirada inconsciente de su hermano, que la agarraba con torpeza, jugueteando con ella, regocijándose cuando el bicho se erizaba de golpe o cuando se revolvía, tratando de liberarse del tirano.

¿Quién no se habría dejado llevar por el pánico en un momento así? ¡Dora nunca había visto una serpiente como aquella, con la piel cenicienta y las escamas relucientes, en los Claros!

Se la arrancó de golpe, Jakoubek apenas tuvo tiempo de soltar un gemido, y la cabeza de la serpiente crujió bajo su botín.

Y luego un grito.

A él no le pasó nada. El susto y después la rabia, que se volvió contra ella. En aquel momento, todavía era capaz de sujetarle; enganchados, bailaban, él tratando de alcanzar el cuerpo de la serpiente y ella impidiéndoselo. Hasta que del animal solo quedó una papilla pisoteada sobre el pavimento de piedra.

El grito hizo acudir a Surmena. No era la primera vez que se erigía en juez de sus peleas, pero en aquella ocasión estaba lívida y, de pronto débil e indispuesta, tuvo que apoyar la mano en la pared.

—¿Has matado a la serpiente blanca?

¿La serpiente blanca? Tan solo había aplastado una serpiente que Jakoubek

había encontrado por ahí, quién sabe dónde, había aplastado un bicho que nunca antes había visto. Sí, había matado una serpiente blanca.

—Que Dios nos proteja… —dijo Surmena, desplomándose en el banco de madera.

Dora, atónita, se quedó inmóvil. Jakoubek, asustado por su extraño comportamiento, se arrastró hasta un rincón. Después de un largo rato, durante el cual Dora no dejó de insistir en que le explicara qué sucedía, Surmena habló:

—La serpiente blanca protege los hogares. ¡Terribles desdichas se ciernen sobre quien se atreve a matarla!

No habría podido decir nada peor. Aquellas palabras agitaron en Dora algo que había crecido lentamente en su interior los últimos meses, semanas, días. La renuencia a aceptar todas las normas absurdas que ataban a Surmena y a la gente de las laderas de Žítková.

¿Otra infausta superstición? Otra insensatez más, como cuando se escuchaba el canto de un mochuelo en el bosque y se santiguaban a toda prisa para que ninguna *nekršča*, el alma de un niño muerto antes de recibir el bautismo, los llamara a la tumba.

¿Acaso no hay suficientes cosas, amenazas reales, que es necesario evitar? ¡Como para sumar el miedo a una serpiente muerta!

Dora rechazó compartir aquella ridícula superstición con Surmena y con los que eran como ella, los que todavía no habían asumido que hacía tiempo que había empezado un nuevo siglo. El XX. Un siglo en el que los *nekršča* no vagan por las montañas, tampoco hay *výskaně*, suicidas ululantes que te seducen para que te apartes de tu camino, ni los gatos negros traen mala suerte.

Ya una vez se pelearon por este asunto, y desde entonces quedó claro que sus caminos se separarían.

No hacia tanto de aquella discusión. El mal sabor de boca se quedó con Dora para siempre. Lo evocaba de vez en cuando, junto con la impotencia por el destino que les había tocado. A los tres: a ella, a Jakoubek y a Surmena.

Aquel día volvió de la escuela rebosante de rabia, una rabia que sepultaba dentro de sí desde hacía tiempo y que de pronto brotó y se vertió sobre todos: sus compañeros de clase, la nueva camarada profesora, y que finalmente acabó manchando también a Surmena, aunque no fuera del todo culpa suya. Pero sí era ella quien los volvía diferentes. Por ella se los consideraba unos bichos raros que, en lugar de acudir al centro médico, acudían a Dios cuando sufrían alguna enfermedad y esperaban apaciguarse con rezos. Por ella escarbaban en la tierra y removían hierbas para preparar tisanas, como si vivieran en otro siglo…

«Y no solo para un uso personal, sino también para otros pobres a los que, con su fe estúpida y obsoleta, engatusáis, perjudicando su salud… ¡Algo de todo punto imperdonable!», la juzgó, con desprecio, la nueva camarada profesora, con su moño en la coronilla y sus modernas gafas, que se estrechaban a los lados. Para enfatizar sus palabras, sacó del bolso una botellita con medicina que agitó ante ella, ante Dora, y le soltó un discurso sobre los beneficios de la medicina progresista. Como si no lo supieran, como si Dora no supiera que para las enfermedades y dolores había que ir los miércoles a Hrozenkov, al centro donde estaba el médico de Uherský Brod, que venía cada semana, y para las roturas de huesos al hospital de Hradiště, y no salir corriendo a una cabaña de Bedová para pedir ayuda a la *napravjačka*.

Pero qué iba a hacer Dora si Surmena no dejaba de insistirle en que después del colegio fuera a la parada y esperara a la gente que buscaba a una diosa. Y, aunque Dora cada vez se avergonzaba más, no dejaba de acompañar a esas personas a la cumbre de Žítková. Además, no eran pocas las que requerían de Surmena y se presentaban incluso los miércoles, cuando podrían haber ido tranquilamente al centro médico.

Pero no era lo único en lo que ellos, los Surmena, se distinguían de quienes vivían abajo, en Hrozenkov. Con el paso del tiempo, Dora empezó a notar muchas más cosas. Por ejemplo, que su cabaña, año tras año, se hundía más en la tierra, a diferencia de las casas familiares o los nuevos apartamentos de la plaza de Starý Hrozenkov donde vivían sus compañeros de clase. Se fijaba en sus faldas, las blusas bastas y las medias con las que Surmena la vestía, y en sus sandalias, tan distintas de las deportivas de las demás niñas. Y también se daba cuenta de que, entre los habitantes de los Claros que domingo a domingo se reunían en la misa de la iglesia de Hrozenkov, ya solo un par de ellos vestía el traje típico. La mayoría de las mujeres caminaba entre los bancos de la iglesia con sus flamantes zapatos de tacón, y los hombres llevaban trajes casi nuevos con pantalones con la raya bien marcada. No hacía tanto que, desde atrás, entre los pañuelos de colores y las rojas tocas bordadas, Dora no alcanzaba a ver el altar; ahora eran las permanentes las que le impedían la visión.

No se podían obviar las diferencias. Además, muchos tampoco querían obviarlas. La trataban con arrogancia, los niños impecables y las niñas esplendorosas le hacían muecas y le gritaban: «¡Dora embaucadora! ¡Dora angelito!». ¿Acabaría ella también convirtiéndose en bruja? Y el sonido de la risa, esa risa infantil que se expande por todas partes, acompañada por el azote de las ramas y las piedras que le lanzaban. Y luego la inmensa soledad. Casi siempre subía sola al claro de Bedová. A su espalda quedaba el nuevo Hrozenkov, con los nuevos bloques de pisos, la nueva carretera por la que un coche tras otro se dirigía a Trenčín, con gente que poblaba un mundo nuevo, tan alejado del suyo, en el que reinaba Surmena según los preceptos de dos

únicas leyes: la Iglesia y la naturaleza.

—¿Por qué invitas a esa gente a casa, tía? —preguntó Dora, infeliz, aquel día, después de la escena con la profesora.

—Yo no invito a nadie, vienen ellos solos —contestó Surmena, sorprendida.

—¿Y por qué no van el miércoles a ver al médico del centro?

—Porque el médico no les ayuda.

—¿Y por qué no? ¡Les dará pastillas que los curarán!

—Las medicinas no valen para todo, Dora —respondió Surmena, con paciencia.

—¿Y tus conjuros sí?

—Sí, para ciertas dolencias, de hecho, van mucho mejor que una receta.

—Pero ahora las cosas no se hacen así… Todos van al médico, y los que no van se convierten en objeto de burla por haber caído.

—¿Caído dónde?

Dora se quedó pasmada. No quería decirlo en voz alta. Pero luego, vacilante, murmuró:

—En la redes de las estafadoras de Žítková.

—¿Crees que soy una estafadora? —Surmena se enderezó de golpe, como si alguien la hubiera azotado. En su voz sonó un matiz de dolor. Dora inclinó la mirada.

—No. No… Es que ahora ya no se hace así. Hoy en día se va al médico.

—¿Y si a los médicos no se lo han enseñado todo en la universidad?

Dora se quedó sorprendida.

—¿Por qué no iban a enseñárselo? Para eso están los libros. Y si uno es médico, los conoce todos, ¿no?

Surmena sonrió con amargura, cogió una taza metálica de la alacena y, a paso lento, renqueante, cruzó la estancia. Luego se puso de puntillas para alcanzar una de las botellas de aguardiente que se encontraban ordenadas en una larga hilera, en el estante sobre la ventana. Regalos de los visitantes de los Claros. En el fondo de la taza, borboteaba un líquido cristalino.

—¡Que alguien sea médico no significa que lo sepa todo! Por mi experiencia con los médicos, puedo afirmar que ni siquiera el más sobresaliente sabe lo fundamental: que hay una enfermedad del cuerpo y una del alma. Eso fue lo primero que me enseñó mi madre, y ellos aún no lo han descubierto. ¿Cómo van entonces a curar las enfermedades mejor que yo? ¿O que Irma? ¿O que Kateřina? ¿Eh?

—¡Pero ellos recetan pastillas que ayudan!

—¿Pastillas? ¿Y sabes tú acaso lo que contienen? ¿Esas píldoras blancas planas que se hacen en fábricas y que a lo sumo calman el dolor? No abriría la boca ni aunque fuese el mismísimo cura el que tratara de metérmelas dentro… ¡Perdona, Señor, lo que acabo de decir! ¿Se puede saber cómo es capaz un

médico de descubrir lo que te hace sufrir, si en cuanto te sientas en su consulta blanca y maloliente ya te está echando la enfermera? Si hasta Dios tiene miedo a entrar, ¿cómo te va a ayudar, entonces?

—Pero allí Dios no hace falta para nada, ¡están los médicos!

—Mi niña, ¿se puede saber quién te ha metido eso en la cabeza? —suspiró Surmena—. ¿Es que has olvidado que la fe es lo más importante? Dios está en todas partes, incluso detrás de los médicos. Pero que todos los santos acompañen a quienes van a verlos para recibir consejo y creen en su ayuda, en lugar de la divina. Luego no me extraña que vuelvan tan a menudo.

Surmena agitó enfurecida la cabeza y apuró el contenido de la taza de un trago.

—No es eso, tía… Dios no cura, ¡no puede recetar una medicina! ¡Eso es cosa de los médicos!

—¡No hables así! Dios cura, pero de una manera diferente. A través de la fe, entregarás tu dolor y te desharás de él. Aquí y por medio de algo cuyos efectos son conocidos.

Él tiene un remedio para cada uno. Y desde hace siglos. ¿Cómo crees que se curaba la gente cuando aún no existían las pastillas? ¡Con plantas! Y con fe en ellas.

—Tía… ¡los tiempos han cambiado!

—¿En qué han cambiado, si se puede saber? ¿Acaso las plantas han perdido su poder? ¡No me digas…!

Dora contuvo las lágrimas. No había conseguido explicarle ni remotamente lo que sentía. Pasó el resto de la tarde en lo alto de la cumbre. Finalmente, cuando la noche cayó sobre su claro y alcanzó a distinguir los guiños que la trémula luz de los televisores le enviaba desde las ventanas del valle de Hrozenkov, se echó a llorar. Empezaba la vida nocturna de ese mundo en el que nunca encontraría su lugar.

Varias semanas después de aquella discusión, apareció en su casa la serpiente blanca. Aquello ya fue demasiado para Dora. En el momento en que Surmena se dejó caer, desamparada, en el banco del soportal, Dora construyó un muro contra todas las estupideces que Surmena le había hecho aceptar. Ya no quería creerlas.

Pero un poco más tarde la cartera llegó hasta su claro, sin aliento después de haber subido la pendiente, y sacó aquel sobre de su magullada alforja de cuero.

La misiva se quedó encima de la mesa, apoyada en un tarro de conserva con un ramo de flores del prado, durante el resto del viernes, todo el sábado, el domingo, en una inclinación inalterada, apoyada en aquel bote cuya agua bajaba poco a poco, saciando la sed de los tallos. Al fin, el domingo por la

tarde, Dora preguntó a Surmena si la abriría. Pero ella se limitó a negar con la cabeza.

—Lleva un sello oficial —objetó Dora.

Surmena atravesó la sala cojeando, cogió los platos para la cena, puso agua en el fogón y echó unas cucharadas de achicoria en unas tazas.

—Un sello oficial significa que es importante. ¿Por qué no le echas un vistazo? —insistió de nuevo.

La mujer se encogió de hombros.

—Como si no tuviera nada mejor que hacer. ¿Quién llevará al ganado a dormir, eh? ¿Quién recogerá después de la cena, eh? —gruñó echando más madera en el hogar.

En cuanto salió, Dora rasgó rápidamente el sobre y recorrió las líneas con los ojos. Jakoubek la miraba con curiosidad desde el lado opuesto de la mesa.

Aún recuerda que hasta que Surmena no volvió casi no pudo ni respirar.

—Léelo —se atrevió a decir, suplicante. Indecisa, extendió el brazo para entregarle el papel.

Surmena esquivó su gesto, como si no lo hubiera visto, y se quedó en silencio frente al fogón, donde el agua borboteaba en un cazo.

—¡No puedes hacer como si nada! —gritó Dora, haciendo que Jakoubek, asustado, se agazapase.

Surmena la miró con frío desinterés.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, poniendo la carta, en cuyo borde se veía la huella sudada de la yema de su dedo, en la mano de Surmena. Pero ella ni siquiera se inclinó hacia él. Con la mirada fija en Dora, dejó el sobre junto a la placa, encima del fogón, y se apartó, malhumorada.

Surmena era testaruda, y Dora lo sabía bien. Pero lo que no había sospechado hasta entonces, lo que hasta ese momento ni se le había pasado por la cabeza y que solo en aquel instante comprendió de manera fulminante, era que no sabía leer.

Desconcertada, Dora cogió la hoja y empezó a leer en voz alta:

Sección territorial de la Seguridad Pública de Uherský Brod
Servicio Criminal de la Rep. Soc. Checoslovaca
A la atención de Surmenová Terézie
Žítková n.º 28, distrito de Uherský Brod

Citación

Con motivo de la sospecha de la comisión de un delito contra la salud pública y de fraude (como consecuencia de ejercer una práctica médica no cualificada), según los artículos §224/1 y §250 del Código Penal,

el 17.6.1974

persónese en horario de oficina en la Sección Territorial de la Seguridad Pública de Uherský Brod para declarar con respecto a la cuestión de la realización ilegal de un aborto y, como resultado de este, del fallecimiento de Anna Pelčáková. Traiga consigo esta citación y un documento de identidad en vigor.

Se advierte que
Si la citada no puede personarse para la requerida declaración, está obligada a ofrecer justificación razonada, a tenor de lo dispuesto en el artículo §66 de la ley 141/1961 del boletín oficial. En caso de ausencia injustificada, es susceptible de ser multada con una sanción administrativa que puede ascender hasta una cantidad de 500 coronas (§66/1 del Código Penal).

Firma: com. Novák
El 11. 6. 1974

Cuando Dora terminó de leer, Surmena hizo como si nada. Jakoubek, en cambio, empezó a sollozar. Pero no porque hubiera entendido el contenido de la carta, sino por el terror que había percibido en la voz de Dora mientras leía frase tras frase. El llanto del niño acabó por asustar también a Surmena. Le temblaron las manos al servir el puré de trigo sarraceno. Cenaron en silencio. Después rezaron juntos, primero un padrenuestro y luego una oración por Surmena, y se fueron a dormir como de costumbre. Cuando se despertaron a la mañana siguiente, tenían en la mesa leche fresca, y los trozos del pollo que Surmena había degollado al amanecer estaban en un cazo con agua hirviendo en el fogón. Las patas y la cabeza habían desaparecido, Dora las descubrió más tarde colgando en la valla del jardín, atadas con lunaria menor, esa hierba a la que llaman «volverás». La que uno no puede arrancar porque si lo hace morirá antes de un año. La que se ata a la cola de un perro para que sea este quien la arranque cuando eche a correr. «¿Se muere luego el perro?», preguntó Dora una vez, pero Surmena se encogió de hombros. El extraño manojo de lunaria y la casquería del pollo habían de proteger a Surmena y traerla de vuelta, purificada de la acusación, inmaculada. Y para asegurar su retorno tranquilo, durante el resto de aquel último día que pasaron en casa, salían a cada rato al soportal y, con la mano amenazando en dirección a Uherský Brod, recitaban: «¡Fuera mentiras! ¡Fuera espantos! Llevaos, cuervos, vuestros cantos. Soy entre vosotros un tesoro y volveré a casa sin desdoro». Y así lo cantó Dora también.

Al final, Surmena se llevó el manojo de garras y lunaria para el camino.

No ayudó.

El vestíbulo de la sala de consulta estaba helado. Dora sintió que el sudor se le enfriaba, que se le ponía la piel de gallina. Era por el recuerdo horrible del momento en que se cerró otro capítulo de su vida, el instante en que el pañuelo bordado rojo de Surmena desapareció en el recodo del camino. Para siempre.

Se levantó y salió al oscuro pasillo del archivo. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera volver a sentarse en su sitio. Durante un momento se quedó quieta, arrebujada en su jersey, vagando con la mirada por el mapa del linóleo que imitaba a mármol. Sabía lo que le esperaba a continuación y le aterraba la idea de seguir leyendo.

75

Fiscalía Comarcal de Uherské Hradiště

A la atención de la Oficina Estatal de Servicios Sociales de Brno

Asunto: Retirada de la tutela de los menores Dora y Jakub Ides a una persona que representa un peligro para el orden social

A día 17. 6. 1974, la Fiscalía Comarcal de Uh. Hradiště ha sido advertida de la detención de la sospechosa Surmenová Terézie, nac. 24. 7. 1910, que fue acusada del delito penal de intervención no autorizada con resultado de muerte, amenaza a la salud pública y fraude.

Surmenová Terézie, por el momento, es la tutora de los menores Dora y Jakub Ides, que fueron entregados a su cargo el 17. 11. 1966 y que viven con ella en el hogar común del municipio de Žítková, n.º 28, distr. de Uh. Brod.

Propuesta de medida preventiva

La fiscalía com. de Uh. Hradiště, con fecha del 17. 6. 1974, presenta la propuesta de una medida cautelar de conformidad con el artículo §76 del orden civ. jud. y encarga a la Of. Est. Serv. Soc. de Brno que, en virtud del artículo §76 de la ley 99/1963 del boletín of. sobre procedimiento civil, lleve a cabo la retirada de la custodia de los niños confiados a esta persona que representa un peligro para la sociedad, es decir, que los desaloje sin demora de su domicilio actual y los deje al cuidado de los centros territoriales de educación institucional de esta manera:

La menor IDESOVÁ Dora, nac. 30. 10. 1958 — Internado Infantil de Uherské Hradiště.

El menor IDES Jakub, nac. 16. 2. 1961 — Institución de Cuidado Social para Jóvenes con Discapacidad Mental de Brno-Cernovice, sección de Brno-Chrlice.

Presente el informe de la provisión y el de la entrega de los menores.

Juez Angel Richard, fiscal comarcal

El 17. 6. 1974

79

Oficina Estatal de Servicios Sociales de Brno

A la Fiscalía Comarcal de Uherské Hradiště

A la atención del juez Angel Richard

Asunto; Parte sobre la entrega de los menores Dora Idesová y Jakub Ides al cuidado institucional

Hacemos saber que la menor IDESOVÁ Dora, nac. 30. 10. 1958, y el menor IDES Jakub, nac. 16. 2. 1961, residentes en Žítková n.º 28, distrito de Uh. Brod, han sido encontrados el 18. 6. 1975 en su domicilio y trasladados al cuidado de las instituciones autorizadas.

Nota: la entrega de los niños a las instituciones no estuvo ausente de complicaciones. El discapacitado ment. y fís. Ides Jakub, a causa de la tensa situación provocada por Idesová Dora, sufrió un shock que culminó en una crisis con violencia, y solo pudo ser reducido con ayuda de medicación en el centro méd. del distrito de Uh. Brod. Después fue trasladado a la Institución de Cuidado Social para Jóvenes con Discapacidad Mental de Brno-Chrlice. Idesová Dora se negó sistemáticamente a obedecer las instrucciones de la autoridad de la Seg. Púb. y su entrega al cuidado del Internado Infantil de Uh.

Hradiště fue acompañada de un comportamiento agresivo y ataques a la autoridad y a las cuidadoras presentes.

Teniendo en cuenta la situación, aconsejamos que durante los meses siguientes se la mantenga apartada del resto de los internos, sin posibilidad de relaciones a corto plazo. También proponemos que Idesová Dora se someta de inmediato a un examen psicológico, a partir del cual se establecerá el programa educativo adecuado.

Para más información, diríjanse al representante de las instituciones asistenciales indicadas.

Doctora Fuchsová Alžběta

El 19. 6. 1974

82

Sección Comarcal de la Seguridad Pública de Uherské Hradiště, III div.

Al Internado Infantil de Uherské Hradiště

El día 18. 6. 1974 fue trasladada a su Int. Inf. Idesová Dora, nac. 30.10.1958, con domicilio en Žítková n.º 28, distr. de Uh. Brod. Teniendo en cuenta que hasta el momento ha sido educada por una persona socialmente peligrosa y enemiga de la Rep. soc. checoslovaca, informen sin demora de cualquier actividad suya extraña u hostil. Respecto a su futura educación, procedan con la mayor atención a su relación con nuestra sociedad socialista y sus principios ideológicos. Informen sobre los resultados en partes periódicos. Hasta nuevo aviso.

Encargado: J. Švanc, ext. 708

El 29. 6. 1974

El comunicado, comprimido en lengua funcionarial en unas pocas frases austeras, parecía venir de otro mundo, uno que discurriera en paralelo al suyo. De un mundo donde no existía la compasión y donde, por ese motivo, la gente escribía notas formales automatizadas o, al contrario, informes repletos de falsedades que las cuidadoras escribían sobre ella y enviaban en partes periódicos.

Leyendo estos documentos, Dora se sintió abrumada por emociones turbadoras, catapultada a aquella vida, impotente y abandonada. Las lágrimas nublaron su mirada.

El joven trabajador del archivo, con una pelusa dorada bajo la nariz, la miró con curiosidad y luego frunció los labios formando un pequeño corazón duro. Desde que se abrió el archivo de la policía secreta, había visto a mucha gente como ella, que de pronto sacaba un pañuelo del bolsillo o de su bolso para ocultar una fragilidad inesperada.

Incluso hoy, Dora recordaba hasta el último detalle de aquel día de junio de 1974, hasta los más mínimos pormenores. No habría podido olvidarlos ni aunque hubiera querido. Una y otra vez, todo aquello la atormentaba en unos sueños de los que no conseguía liberarse, y que la obligaban a revivir aquel terrible momento. Volvían a cogerla, volvían a retenerla por la fuerza, y veía de nuevo cómo se llevaban a Jakoubek, que también volvía a rebelarse con igual violencia.

Se quedaron esperando a Surmena todo el día. El mediodía pasó, transcurrió la tarde, se acercó la noche, llegó la oscuridad, pero ella no regresaba. No vino aquella noche ni tampoco la mañana siguiente: Dora no

fue al colegio, se quedó sentada frente a la cabaña con su hermano.

Hasta que aparecieron unas figuras en el camino. Dos mujeres y dos hombres caminaban hacia ellos.

Dora examinó con recelo al cuarteto. Vio cómo se detenía varias veces para descansar de la abrupta subida; en una de esas pausas, distinguió un uniforme de policía. Agarró a Jakoubek del codo y se lo llevó dentro, a la cabaña. Se sentaron en el alféizar de la ventana, cogidos de la mano. Dora trató de tranquilizar a su hermano diciéndole que no pasaba nada, que quizá esa gente ni siquiera fuera a su casa. Pero unos momentos después irrumpieron en la sala, sin preguntar. El policía se quedó quieto en la puerta mirando a su alrededor con curiosidad, el otro hombre se sentó a la mesa y sacó de un maletín de cuero marrón una carpeta con papeles. Las mujeres deambulaban por la angosta sala, y finalmente la más alta salió al jardín y se dirigió a los establos.

—¿Dónde duermen ustedes? —De repente, la mujer más baja se giró hacia Dora. Escudriñadora, señaló el hogar y la estrecha cama de madera junto a la mesa—. Aquí, supongo, duerme la señora Surmenová. ¿Usted duerme aquí arriba? ¿Con su hermano?

Dora asintió.

La mujer se dio la vuelta y echó un vistazo a su alrededor hasta detenerse en las botellas de licor ordenadas en el estante. Luego se puso junto al hombre que estaba rellenando columnas en los formularios que se habían desparramado de la carpeta, inundando la mesa. Jakoubek se apretó con fuerza a Dora, rodeó su cintura con los brazos y hundió la cabeza en su regazo. Ella sentía sus temblores.

—¿Y en qué puedo ayudarlos? —preguntó torpemente Dora—. La tía Surmenová no está en casa.

La mujer la miró de soslayo y asintió con la cabeza.

—Su madre Irena Idesová murió en 1966, ¿verdad? Su padre está cumpliendo condena. Su única pariente es la señora Surmenová, ahora mismo detenida, ¿cierto? ¿Tiene algún familiar más en Žítková?

Dora se asustó. ¿Detenida? ¿Cómo?

—¿Detenida? ¿En la cárcel? —preguntó, confusa.

—¿Tiene algún familiar más en Žítková?

Dora, a regañadientes, respondió:

—Los Baglár… Es nuestra madrina, y también…

—Apúntalo, les informaremos…

—¿La tía Surmenová está en la cárcel? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —repitió ella, pero nadie le hizo caso.

Jakoubek temblaba cada vez más.

—Detrás hay una vaca con un ternero, unas quince gallinas y un gallo, y una bandada de patos. Que se los lleven cuanto antes a la Cooperativa

Agrícola Unida —ordenó la mujer alta y huesuda al volver.

Dora se quedó sin aire. No podían quitárselos si la tía estaba fuera.

—¿Dónde está la tía Surmenová? —insistió, esta vez ya enfurecida.

—¿Dónde tía? ¿Dónde tía? —resonó desde su regazo cuando Jakoubek repitió, asustado, la pregunta.

Nadie reaccionó, se comportaron como si ellos no estuvieran allí.

—¿Pueden explicarnos dónde está la tía Surmenová? —empezó a gritar Dora, incapaz de soportar su arrogante desinterés. A las mujeres se les crispó el gesto y pusieron un mohín de disgusto. Fue la que había vuelto de inspeccionar el patio la que levantó la mano y, con el índice extendido hacia ella, como si fuera a agujerearle la frente, siseó:

—Está haciendo que se enfade, ¿no lo ven? Está haciendo que se enfade, a este crío le pasa algo… Sujétenlo, por favor… ¿No pueden tranquilizarlo?

La piel de su cara y su cuello se tensó como si estuviera a punto de reventar. Con los ojos como platos y la boca completamente abierta, parecía la muerte encarnada, pensó Dora antes de levantarse de un salto, decidida a abalanzarse sobre ella. Quería asustarla, aunque sobre todo quería reprimir los sollozos que se abrían paso en su pecho. El movimiento brusco hizo caer a Jakoubek, que se agitaba entre espasmos cada vez más violentos.

A partir de ahí todo transcurrió de golpe, los acontecimientos se sucedieron muy rápido, como si el resto de aquel día hubiese durado un minuto. Jakoubek tuvo una crisis, se hizo un ovillo a sus pies, no dejaron que ella lo tranquilizara, aunque ni siquiera sabía si lo habría logrado sin Surmena y se quedó en esa misma postura hasta que el hombre que no había levantado la vista de los formularios lo agarró y salió disparado con él pendiente abajo, hacia Hrozenkov. La mujer que estaba ocupada inventariando sus propiedades corrió tras él con los brazos llenos de formularios, se tambaleaba por el camino del prado, y cuando Dora quiso seguirlos, la agarró del brazo el policía, firme, estricto, imperioso. No dejaron que saliera tras ellos, aunque suplicó, gritó; finalmente se llevaron a Jakoubek, dijeron que a un centro, que iría a una institución de asistencia social, que allí estaría mejor, porque Surmena no volvería en breve. ¿Y qué pasaría con ella? ¿Con ella? Iría a un internado, quedaría bajo la supervisión de unas educadoras, al fin y al cabo le faltaban dos años para cumplir la mayoría de edad. ¿Y Surmena? ¿Surmena? Surmena está acabada, Surmena es una homicida, una estafadora y una agente de la pequeña burguesía, Surmena socava la autoridad de la república, Surmena ha caído en desgrada a ojos de la sociedad.

Durante años, aquello fue el final.

NOCTURNO DE PARDUBICE

Aquel día, la puerta de metal forjado del edificio del archivo se cerró tras ella a las cinco y diez. Apuró hasta el último momento para hojear el expediente de Surmena; el archivero casi tuvo que empujarla fuera de la sala. Su mente deambulaba todavía por los documentos mecanografiados, pero ella se encontraba ya en la calle, sin saber qué hacer.

Los últimos rayos del sol del veranillo de san Martín inundaban la plaza que se extendía ante ella. Lentamente, los atravesó para dirigirse hacia un banco, bajo el robusto tilo del parque que ocupaba el centro de la plaza. Pensaba que apenas había conseguido repasar un tercio del expediente y que acababa de llegar el momento de su separación. La tarde y la noche que le quedaban por delante, y que la apartaban de su investigación, le parecían infinitas.

El viaje de casi tres horas de vuelta a Brno, con otras tres horas de vuelta por la mañana, se le antojó inútil. Decidió hacer noche en Pardubice. Dejó que el sol bañara su cara y cerró los ojos. Estaba agotada. Le escocían los ojos del esfuerzo por grabarse en la memoria cada palabra impresa en los papeles de calco, las sienes le palpitaban como si alguien le apretara la cabeza con unas tenazas. Tenía un nudo en el estómago, por el hambre o por los nervios, a lo mejor por ambas cosas.

Veinte años, hizo la cuenta, pegados a Surmena hasta que al fin la cogieron por un aborto. ¡Qué absurdo!

Dora estaba segura de que en su casa nunca se había hecho nada semejante, Surmena jamás se habría prestado a algo así. Disgustada, agitó la cabeza y, suspirando, se puso de pie. Tenía que buscar un hotel donde alojarse; cenaría y se acostaría. Y ordenaría en su cabeza toda la información nueva. Y la cotejaría con las notas de su cuaderno azul, que ya llevaba varios años ceñido por una ancha goma para que no se cayeran las hojas y los recortes que había metido dentro. Cogería uno de los folios en blanco que suele haber en los cajones de las mesas de los hoteles, a veces con el membrete, otras sin, y haría un breve resumen de los datos y acontecimientos que habían pasado a formar parte del mapa de la vida de Surmena. Según ellos, los espías que la habían

vigilado durante años.

Despacio, cruzó el parque y giró hacia una avenida que la llevó hasta una plaza en cuyo centro se alzaba la Columna de la Peste. El ruido de la ciudad le resultaba tan desagradable que decidió volver a las estrechas calles laterales.

El Hotel U Šampiona tenía un caballo erguido en su rótulo y parecía lo bastante grande para asegurarle la intimidad que necesitaba durante las dos noches que tendría que pasar allí. Pidió que le llevaran la cena a la habitación.

Mientras comía, cómodamente estirada en la cama, repasó las páginas de su cuaderno. Las primeras notas eran de mediados de los años ochenta. De la época en que despacio, muy despacio, comenzó su camino tras las huellas de las diosas de Žítková.

Aquel cuaderno era el complemento fundamental de su tesis. Allí conservaba registros de los casos que no le habían cabido en el documento final, de extensión limitada: anexos, especificaciones, observaciones pormenorizadas, breves transcripciones de los testimonios de los testigos y también una lista de las cuestiones a las que aún no había podido dedicarse. Y ahora se les añadirían otras nuevas, que hasta entonces no alcanzaba ni a intuir.

Acabó su cena, dejó la bandeja bajo la cama y cogió la tesis. El pesado haz atado con cintas negras infundía, a primera vista, mucho más respeto que el cuaderno, doblado como el de una colegiala, manchado y atiborrado de papeles. ¡Cómo engañan las apariencias!

Se colocó la almohada en la espalda y hojeó el capítulo introductorio.

Introducción:
La cultura espiritual de los Claros de Moravia y las diosas de Žítková

Hasta el momento, la existencia de las llamadas «diosas deŽítková» no ha sido objeto, en su complejidad, de ningún trabajo científico. Sin embargo, se trata de un fenómeno que merece la atención de la moderna ciencia socialista, sobre todo porque nos ofrece una imagen de un fragmento desconocido de la cultura popular de Moravia.

De la región de los Claros de Moravia, de su cultura material y su folklore, inusualmente rico, que se expresa por medio de unos bordados insólitamente vistosos, ya se ha escrito mucho, incluidas varias tesis nacidas en la Facultad de Humanidades de la Universidad J. E. Purkyně de Brno o la Universidad Carolina de Praga. Entre las contribuciones fundamentales, encontramos, por ejemplo, el trabajo de J. Jančář: La cultura material de los Claros de Moravia (1958).

No obstante, al estudio de las tradiciones inmateriales de los Claros y, por tanto, a un discurso más específico de la cultura espiritual de dicha región, aún no se le ha dedicado ninguna investigación relevante.

Y es precisamente esta laguna la que tratará de paliar mi estudio, resultado de una investigación que fue realizada en la primera mitad de los años ochenta y que,

en concreto, se centra en la cuestión de la cultura espiritual endémica cuyas portadoras son las diosas de Žítková, en los miembros individuales del linaje en el contexto de la historia, y que aporta una serie de ejemplos de cómo sus actividades son un reflejo de los tiempos en los que vivieron.

Los aspectos éticos y legales, así como la fiabilidad y la efectividad de dicha actividad, no serán tratados en el presente trabajo de investigación, que se centra en detectar y describir las costumbres, en proceso de desaparición, de un fenómeno ya prácticamente extinguido, cuestión merecedora de un cuidadoso examen desde la perspectiva de la etnografía basada en el materialismo científico…

Hoy lo escribiría de otra manera, se dijo, cambiando la almohada de sitio para poder tumbarse de costado. También entonces habría podido escribirlo de otra manera. Pero no lo hizo. Cien veces pensó en si con eso había traicionado su objetivo. Si había dañado a la sociedad o a alguien concreto. No se le ocurrió nada ni nadie. Pero cuando ahora, años después, releía su trabajo, seguía teniendo mala conciencia. «La atención de la moderna ciencia socialista», leyó con un tono de burla hacia sí misma, «investigación basada en el materialismo científico», etcétera. Al final, se había desviado de su propósito inicial: la rehabilitación de la labor de Surmena, a quien había querido dedicar su trabajo. Pero no la dejaron: a ella y sus iguales se las citaba en la literatura de posguerra como unas reaccionarias que divulgaban una idea equivocada del mundo, que iría apagándose de manera natural tan pronto como la ciencia fuera aclarando fenómenos en apariencia inexplicables y enfermedades incurables. La desaparición de las supersticiones y de las prácticas mágicas relacionadas con ellas es una necesidad histórica, se aseguraba en los manuales universitarios de la normalización[3].

Y aunque a ella misma, en su infancia, las supersticiones de Surmena le habían parecido tan ridículas que incluso se había rebelado contra ellas, se resistía a esta trivialización. ¡No se trataba de meras supersticiones! A partir de los métodos de Surmena, quería demostrar los efectos positivos de la actividad de las diosas. Quería cartografiar el alcance hasta entonces inexplorado de sus saberes, que iban desde los conocimientos de la naturaleza y el cuerpo humano hasta unas habilidades que ni siquiera ella, testigo directo, era capaz de explicar. Quería especular sobre la medida de lo sobrenatural y tenía la intención de dedicarles un capítulo a los resultados de las consultas con expertos. Un psicólogo, un neurólogo, un farmacólogo y demás. Quería destacar la naturaleza única e históricamente incomparable de las diosas. Y se había quedado solo en lo último.

Aquel comienzo de año, el profesor Lindner, su tutor, la miró en silencio, cuando, hundida en la mullida butaca de su despacho, le explicó los objetivos de su investigación. Al final, ella no pudo sostenerle la mirada y bajó la vista. Solamente la levantó cuando oyó el crujido de sus nudillos entrelazados,

mientras, con un suspiro, estiraba los brazos por encima de su cabeza. Y luego un breve:

«Apunte.
»Prokofiev: *De la ciencia y la religión*, 1952
»Nahodil y Robek: *Leyendas populares checas*, 1959
»Riazantsev: *¿Existe el destino?*, 1959
»Bílek: *Médiums, telepatía y videntes sin magia*, 1961
»Prokop: *Las ciencias médicas contra las supersticiones y la charlatanería*, 1984

»Y cuando acabe podría revisar otra vez el tema de su tesis. Le aconsejo que lea también el artículo de Hana Hynková "Hacia una función política e ideológica de la etnografía". Le advierto que no hace tanto que se publicó, y que su punto de vista es respetado por nuestra cátedra. Le recomiendo también —dijo soltando un suspiro, parecía divertirse— que no se deje llevar por las conclusiones de las dudosas conferencias sobre psicotrónica, que ahora proliferan como setas, ni por las ideas acerca de las capacidades paranormales que se dedican a difundir ciertos individuos. La etnografía es una ciencia factográfica y descriptiva y, como tal, debería centrarse en los datos relevantes de nuestra cultura popular, a ser posible tratando de averiguar su utilidad para resolver los problemas actuales. Desde luego, no debería dejarse influenciar por este tipo de modas pseudocientíficas. Como podrá suponer, estoy al tanto de los encuentros internacionales de Bratislava y el coqueteo con lo sobrenatural al que se entregan algunos laboratorios soviéticos; sin embargo, como tema de tesis, este particular, cómo lo diría, está "en ciernes". Por otra parte, es un misterio para mí cómo pretende usted incluir su disertación en el marco de las tareas científicas de las que se ocupa nuestro centro».

En realidad, Dora tampoco lo sabía. Cuando un poco más adelante volvió a repasar la lista de categorías de investigación en las que podía incluir su tesis para presentarla, reconoció que no encajaba ni en el grupo de *La cultura y Informa de vida de la clase obrera checa o La cultura popular del renacimiento nacional*, ni en el de *Bibliografía de la etnografía checa y eslovaca*. A lo sumo, quizá, en *Estilo de vida de la aldea socialista*, pero después de aquella tutoría ni siquiera le quedaba claro.

«La insto a limitar el estudio de las diosas de Žítková a la recopilación de material histórico y etnográfico —continuó Lindner—. Si el marco temporal de su investigación se ciñe al periodo anterior al siglo XX, podríamos integrarla en la categoría *Etnografía de los eslavos*».

Decepcionada, Dora aún dedicó algunas semanas más a repasar la bibliografía que el tutor le había recomendado, con la esperanza de que alguno de los textos estuviera de verdad relacionado con su objeto de estudio. A finales del semestre, desilusionada, cerró el último de los libros de su lista, que

acababa con una cita de Diderot: «¿Cree que el hombre puede vivir sin superstición? Mientras sea ignorante y cobarde, no». De esta forma concluía la condena del profesor Lubomír Hobek, *Candidatus Scientiarum (CSc.)*[4], a las creencias populares y la magia, dejando claro que la cultura real, la verdadera, es nacional en su forma y socialista en su contenido.

A pesar de sus antiguos reparos con respecto a las supersticiones, a Dora esta conclusión le resultó demasiado tajante. Era como si todos quisieran tirar el agua de la bañera con el niño dentro: ¿qué sería la cultura popular sin sus particularidades, por retrógradas que fueran? Aquello en lo que ella misma se había convertido. Pensó luego en las monstruosas celebraciones folklóricas que servían de escaparate de la cultura socialista campesina, los bailes populares en las casas de cultura de hormigón que se erguían en medio de plazas de pueblo antaño pintorescas para recordar a sus habitantes los logros de la vida en un paraíso obrero, y se estremeció. Exactamente ese era el resultado de las tesis científicas y las ideas estéticas del profesor Lubomír Hobek, *CSc.*

Le quedaban dos opciones: rechazar los requisitos de Lindner o escoger un enfoque descriptivo, limitado a cartografiar históricamente la cuestión. Escogió lo segundo. Y desde entonces arrastraba la sensación de haber cometido una falta. Como si, con su esfuerzo titubeante e hipócrita por mostrar una cara amistosa ante el régimen, hubiera defraudado a Surmena y su herencia. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Quedarse para siempre con el delantal detrás del mostrador de la tienda de *delicatessen*? ¿Esperar los escasos ratos que pasaba con Jakoubek las mañanas de los fines de semana, cuando no tuviera turno? ¿O continuar asistiendo a clases nocturnas, tratando de vincular su futuro con aquello que la obsesionaba: las diosas de Žítková?

Cansada y con una punzada de amargura, se saltó varios párrafos. Aunque ya le costaba mantener los ojos abiertos, llegó hasta las últimas líneas del primer capítulo.

En mi estudio de las fuentes, he logrado rastrear el tema hasta la primera mitad del siglo XVII, aunque es de suponer que la tradición de las diosas y la transmisión de sus conocimientos son aún más antiguas. Sobre su origen, sin embargo, solo podemos hacer conjeturas.

Al contrario, sí es posible demostrar que tales costumbres existieron hasta la segunda mitad del siglo XX, mientras que en la actualidad la forma autóctona de la tradición se encuentra en fase de desaparición.

Teniendo en cuenta tanto la orientación histórica de la investigación como la disponibilidad de los materiales escritos y los archivos, decidí que mi trabajo debería abordar el periodo comprendido entre el año 1630, del que data la primera referencia a la actividad de las diosas de Žítková, anotada en el Libro de sangre de la dudad de Bojkovice, y el año 1925, cuando el ejercicio de sus prácticas parece llegar a su fin…

KATEŘINA SHÁNĚLKA

La veía como si estuviera de pie frente a ella. Alta, esbelta, pero demacrada. La piel de sus brazos, antaño firmes y fuertes, colgaba flácida y las piernas se le doblaban. De la melena espesa y oscura quedaba solo un vello corto y ralo; en la boca, que apenas murmuraba, faltaban la mayoría de los dientes. Dora no la entendía, no alcanzaba a oírla. Pero no hacía falta: sabía lo que le quería decir, conocía su caso hasta en los detalles más nimios.

Shánělka se lamentaba de una mala decisión que había tomado hacía tiempo: debería haber vuelto a casa, a Žítková, donde todavía vivía su madre. O haberse mudado a Brod, con su hermana Kůna. Y no haberse quedado sola, especialmente en una ciudad donde no conocía bien a nadie, ni siquiera a la familia de su difunto Michal, que la había traído desde los Claros. Todos le dieron la espalda, nadie le regaló una sola palabra de intercesión. Por no hablar ya de testificar a su favor. O de encontrar seis almas honradas. Aquí no la conocían, le tenían miedo, decían que hacía cosas extrañas. Mientras les vino bien, no les importó, al contrario. A uno le curó la vaca, a otro le encontró un objeto perdido. También sabía curar enfermedades, todos iban a su casa a por plantas. Para eso les convenía.

Pero desde el momento en que Fucimanka le escupió, nadie le dirigía la palabra. Anča llegó a confiarle lo que se contaba por ahí, pero ya era tarde, venían a por ella.

Dora distinguió un gesto en la cara atormentada de Shánělka, que retorcía sus labios en una mueca dolorosamente burlesca. Era para los guardianes de la ciudad, que registraban la casa en busca de hostias robadas o huesos humanos, pero no encontraron nada, locos, ¿por qué iba a tener algo así? Solo encontraron plantas, muchas plantas que secaba en la buhardilla, clasificadas en sacos de lino colgados de los travesaños. Todo el mundo tiene plantas en casa, al menos alguna, ¿por qué iban a interesarles las suyas? Pues les interesaron. Las arrancaron, las echaron sobre un mantón y las tiraron al suelo, delante del carro que fue a llevársela. Para que no tocara ni con la suela del zapato la tierra de Bojkovice. Así se transportaba a las brujas.

La encerraron en Světlov. En los sótanos del castillo donde abandonaban a

los asesinos, a los bandidos y a las mujeres pobres acusadas de infanticidio. En un minúsculo calabozo que apenas daba para estirar los brazos. Pero ella no podía estirarlos, los tenía atrapados en unos grilletes clavados con una cadena al muro, bajo el tragaluz. Permaneció allí inmovilizada varios días. Nadie le explicó qué le pasaría. Nadie le dijo nada, el carcelero de vez en cuando le entregaba un tazón con agua y un pedazo de pan. Al principio dormía, más tarde ya no pudo ni entrecerrar los ojos. El día se juntaba con la noche y la mañana no llegaba, o al menos no la distinguía.

Después, un día, la sacaron. Una vez al aire libre se dio cuenta de lo que apestaba su calabozo y lo que apestaba ella misma, con la falda mugrienta, en cuyo interior se habían adherido los restos de sus heces.

—¿Es cierto que ahumaste tus vacas con excrementos humanos para que dieran la leche de las personas a las que pertenecían dichos excrementos? —Oyó Dora—. ¿Es cierto que eran excrementos de Adamcová, que ordenaste a tu niña que los recogiera cuando en Cuaresma salió a hacer sus necesidades? ¿Es cierto que preparaste una pomada mágica para que Fucimanová se quedara embarazada, pero que con eso le quitaste la fuerza masculina al viejo Fuciman?

No, no y no, Shánělka negó con la cabeza. ¿Se habían vuelto locos? ¿Para qué querría mierda humana? ¿Qué bien podría hacerles aquello a sus vacas? ¿Y lo Fucimanka? No podía concebir porque tenía un marido que ya hacía mucho que no dominaba su herramienta, a quién le extrañaría, si tenía casi ochenta años, ¡hacía mucho que no podía ayudarlo ninguna pomada! ¡No! Shánělka se defendía y alargaba su mano temblorosa hacia Dora como si buscara su ayuda. Pero no la recibió, Dora era incapaz de moverse, solo fue capaz de mirar cómo arrastraban a Shánělka al dique del estanque para someterla a la primera prueba: el interrogatorio húngaro, la ordalía del agua.

¡Estaba más claro que esas mismas aguas que cuando la tiraran al estanque sus tres faldas impedirían que se hundiera! Y así fue: las burbujas de aire inflaron el tejido y mantuvieron a Shánělka en la superficie, mientras ella agitaba los brazos a su alrededor con desesperación, presa del pánico frente al elemento que en cualquier momento podría tragársela. No sabía nadar. Pero el estanque estaba tranquilo, quieto, y, antes de que ella se hundiera, la cuerda ciñó su barriga aún más fuerte. Aterrorizada, miró hacia los hombres del dique. A través de la cortina de su melena empapada, distinguió sus caras enfurecidas y las manos que se movían salvajemente contra ella:

—¡El agua no la ha querido! ¡Flota! ¡El agua solo admite lo puro!

Luego, Dora la vio tumbada desnuda en una mesa, las manos atadas detrás de la cabeza, las piernas abiertas y los tobillos rodeados por el frío metal. Cinco hombres se inclinaban entre sus muslos. Entre ellos, también el verdugo. Todos miraban allí donde Shánělka prohibía mirar incluso a su difunto marido, sentía sus dedos por todas partes, incluso en los puntos que

ella únicamente tocaba cuando se lavaba después del sangrado mensual.

Como se agitaba, la sujetaron por la cintura y bajo los pechos con una correa. Como gritaba, la amordazaron con un pañuelo y le cubrieron la cabeza con un saco. Dora aún consiguió ver cómo brotaban de sus ojos lágrimas de impotencia.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡El *signum diabolicum*! ¡Aquí está!

Sin embargo, frente al tribunal, sus lágrimas se secaron. Estaba sentada en un banco de tablas, derrumbada, con el cuerpo inerte, la cabeza ida, como si se hubiera quedado atascada a causa del examen y desde ese momento todo su ser se negase a cooperar. Mirar, fijamente, boquiabierta hacia aquel panóptico: Dora se dio cuenta de que Shánělka apenas podía ya hacer ninguna otra cosa. Sin duda, era incapaz de responder al cuarteto de serios hombres de Bojkovice, con el corregidor y el preboste del monasterio de los dominicanos de Brod a la cabeza, a las preguntas repetidas una y otra vez in *inquisitio*: si había obligado a una niña desnuda a arrancar plantas y luego a bañarse con ellas para ser más hermosa, si en la Noche de Walpurgis la había mandado volar hasta las Piedras de Pedro para que copulara con el diablo durante su misa infernal, si…

—No —negaba Shánělka, cansada, con la cabeza.

Entonces le enseñaron la cámara de tortura. El aplasta pulgares y la bota española, el potro, cómo se estira con él. Se mareó. ¿Qué demonios tenía que decir?, no quitaba la vista de Dora. ¿Que era la amante del diablo? ¿Qué tontería era esa? ¿Cómo era aquello posible? ¿Y qué dirían su madre, su hermana Kůna, la familia de su difunto marido?

—¡No!

Así, la torturaron para interrogarla. Le machacaron los pulgares, aunque lloró y suplicó misericordia. De sus pies descalzos caían gotas de sangre; el suelo desnudo de la cámara de tortura las absorbía, ávido.

¿Por qué le había dado la pomada a Fucimanka?, oyó Dora por enésima vez.

—Quería que consiguiera acostarse con su marido y engendrar a su anhelado hijo —contestaba Shánělka.

—¿Y con qué hechizos la preparó? ¿Quién le dio la receta?

—Con ningún hechizo, está hecha con plantas que uno recoge en cualquier bosque y en cualquier prado, que se cuecen a fuego lento con manteca y luego se untan para devolver la fuerza viril a los hombres. Nadie le había dado esa receta, esa receta la conocía todo aquel que supiera de hierbas, que le preguntaran a cualquier comadrona o médico.

—¿Qué comadrona? ¿Qué médico?

Por un momento, el llanto de Shánělka se detuvo, pero, en lugar de responder, bajó la mirada y negó con la cabeza. Que no sabía.

«¿Fabricaste la pomada con cadáveres de niños? ¿A cuántas mujeres les

sacaste un feto no deseado? ¿Tenías la uña así de larga para poder pinchar el saco fetal?».

«¡No temas, el tribunal es justo y no ansia sangre! ¡Reconócelo y te será perdonado!».

Dora vio lo confundida que estaba Shánělka. Pero ¿cómo se le había ocurrido reconocerlo y luego retractarse? ¿Qué había reconocido? Podría haberse ahorrado la bota española y el suplicio de las velas. Por los costados de sus senos supuraban sus heridas abrasadas. Sus ampollas reventaron, el pus empapó su blusón. No podía soportarlo, así que firmó el papel que le pusieron delante. Por voluntad propia, todo lo que le importaba y por lo que quería vivir y morir; lo firmó sin coacción, porque el día de la firma no fue torturada. La sujetaron de las axilas y, como no sabía escribir, guiaron su mano temblorosa por la hoja de papel. Dejó en esta una mancha marrón de sangre seca de sus pulgares triturados.

«¡El que no permanece unido a mí, será expulsado, y se secará como las ramas que se recogen y se queman en el fuego!», oyó todavía Dora mientras veía cómo Shánělka se giraba, sorprendida, para mirarla, de repente llena de miedo, aterrorizada, porque estas palabras, las palabras de su Señor, Jesucristo, ante el que jamás había cometido falta alguna, eran las más amenazantes que podía pronunciar el corregidor. Y luego se estremeció varias veces, cuando de repente lo entendió, en su cara huesuda brillaron de terror sus ojos amedrantados, se abrió su boca desdentada, y por la habitación en la que Dora dormía se propagó un grito inhumano y espantoso.

Se despertó cuando aún estaba oscuro. Un escalofrío recorrió su espalda. Apartó su tesis, pues se había quedado dormida encima de ella, encendió la luz, fría y cegadora, y buscó el camino hacia el cuarto de baño. La extrañeza de la habitación del hotel la sorprendió.

De nuevo el sueño sobre el proceso contra Kateřina Shánělka. Otra vez. ¿Cuántas veces ya?

Se repetía desde que había descubierto, en el *Libro de sangre de la ciudad de Bojkovice*, las actas sobre su trágico destino, que acabó con la ejecución por *crimen magiae*. Y supo que ella, Kateřina Shánělka, había sido la primera de una larga serie de diosas. Después, por mucho que lo intentara, Dora no había encontrado nada más rebuscando en el pasado. Se había enfrentado a un espacio desolado y atemporal, sin un solo hilo del que tirar. Los libros parroquiales de la época anterior a la Guerra de los Treinta Años no estaban completos, no existían los registros civiles ni los de propiedad, no había suficientes indicios. Fin. Había llegado a un punto muerto.

Con todo, seguía teniendo la sensación de un trabajo inacabado. La intuición le decía que Shánělka no era ni de lejos la primera portadora de la

tradición secreta que durante siglos había pasado de madres a hijas. Pero qué se le iba a hacer, no había nada a lo que agarrarse: repasó el hilo que llevaba de Shánělka a su hermana Kůna, a su prima Kateřina Mrázka, que cinco años después escapó de milagro del mismo tribunal, mientras que Zuzka Ouřednička, que había desencadenado el proceso contra ella, terminaba en el cadalso. Y se enredaba con los siguientes procesos de brujería de Bojkovice, en los que al verdugo de Uherský Brod, que iba a Bojkovice a las ejecuciones, no se le escapó Kateřina Divoká, una de las nietas de Kůna. Gracias a la clemencia del corregidor, esta última acabó sus días decapitada, no en la hoguera.

A Dora le bastaba cerrar los ojos y concentrarse para oír el silbido del hacha cortando el aire, en el que no resonaba ni una voz, aunque la plaza del Ayuntamiento de Bojkovice estuviera atestada. Solo un gemido y luego el lamento de Kateřina Divoká, a quien el verdugo, tras un golpe inexacto, tuvo que serrar. Sintió en su frente el mismo sudor frío que impregnaba la del verdugo. Bajo la capucha roja, le caía desde las sienes y se le metía en los ojos, que le escocían. Sudor o lágrimas, costaba decirlo, porque serrarle el cuello a alguien a quien había conocido desde que iba en pañales tampoco le pasaba cada día.

Dora sacudió la cabeza para deshacerse de esas imágenes. Se apoyó en el lavabo y, con los ojos entrecerrados, adormilada, se miró al espejo. Reparó en la marca que la esquina de las tapas de la tesis había dejado en su cara. Se le había clavado en la piel pálida y seca, que parecía la de alguien mucho mayor de lo que era en realidad. Quizá su único rasgo favorecedor era su abundante melena castaña, que le llegaba por debajo de los hombros. A pesar de tener más de cuarenta años, aún no se le veía ninguna cana. Aunque tampoco habría pasado nada, nadie apreciaba su ausencia, pensó.

Abrió el grifo y se lavó la cara con un chorro de agua fría. Sintió el agradable frescor, cómo la sangre fluía en sus mejillas. Cogió un vaso de la repisa, lo llenó de agua y bebió. No tenía sueño.

Se recostó en la cama y volvió a abrir el volumen negro. Hojeó hasta el capítulo sobre Kateřina Shánělka y Kateřina Divoká, y fue pasando las páginas, despacio, hasta encontrar el apéndice de imágenes.

Los grabados de la época con escenas de las torturas. El aplasta pulgares. La bota española. El potro. Las velas. Una bruja echándose un ungüento para volar. Y también una fotocopia de las actas del proceso de Kateřina Divoká del año 1667. La letra cursiva, en un estilo gótico tardío, se retorcía llamando su atención.

Confesión de tortura y veredicto sobre Kateřina Divoká emitido en la ciudad de Bojkovice con fecha de 11 de junio del año 1667

Kateřina Divoká, acusada de confraternizar con el diablo y asociarse con él para

la realización de sus hechizos, fue sometida a un interrogatorio con tortura en el que confesó:

1) Que después de medianoche iba al cementerio a serrar ella misma los miembros de bebés no bautizados que posteriormente usaba para diferentes pócimas con las que dañaba a sus vecinos. Hecho confirmado por Jura, cubero de Luhačovice, que la descubrió una tarde cuando salía de la taberna.

2) Asimismo, obligó a beber a jóvenes doncellas extrañas pócimas que habían de provocar la locura de los hombres para que corrieran tras ellas como almas exánimes. Hecho confirmado por Markéta, hija del comerciante de faldas, estimado concejal de Bojkovice, que rechazó las intrigas amorosas de Divoká.

3) En su cabaña, con el fin de llevar a cabo sus sospechosas prácticas, colocó en la mesa un cazo del revés bajo el que se hallaron algunas hierbas. Encima puso un cuenco en el que vertió algo a través del jubón de Talas, que antes le había robado de su cercado. Y mientras realizaba el ritual pronunciaba un conjuro que parecía una suerte de oración al diablo y que debía servir para los fines amorosos de Divoká, a quien Talaš visitaba contra su voluntad, sin poder evitarlo. Hecho confirmado por Marie Křestničká, vecina de Divoká que fue testigo de todo lo anterior.

4) Divoká ofreció también sus servicios a las esposas de los honrados habitantes de Bojkovice, como borrar de la faz de la tierra al marido de Marie Křestničká (que ella niega haber solicitado), curar las dolencias del cuerpo de Anna Rokytačka (que ella rechazó), etcétera.

Puesto que Divoká admitió tras el suplicio haber transgredido la orden de Dios y sus malvadas intenciones, y afirma que así es y que por ello quiere morir, se pronuncia esta sentencia. Aunque en virtud del estricto cumplimiento de la ley debería ser quemada en la hoguera para servir de advertencia a otras, por misericordia será castigada con la espada y enterrada bajo tierra. Decreto completado el 11 de julio del año 1667.

Corregidor de la ciudad de Bojkovice.

Dora se saltó varias páginas.

Nota sobre el traslado del maestro ejecutor

Muy ilustrísimos, sabios y cautelosos señores, ¡por nuestra gracia! Según la enseñanza de la ley superior y procediendo a la sentencia, ordenamos la decapitación de Kateřina Divoká, de infausta memoria. Durante la susodicha ejecución el maestro no cumplió debidamente su cometido y, al no decapitarla con un corte seco, se vio obligado a serrar. Mas ante el tribunal respondió con humildad, por lo cual intercedemos ante Vuestra Merced, para que actúe con clemencia y considere, en este caso, el perdón. En cuanto a la persona ajusticiada, cuando fue llevada al lugar donde se iba a proceder con la decapitación y reprendida por el corregidor para que se repusiera y se arrepintiera frente a la gente y frente a Dios, Divoká se retractó de todo, alegando que no había hecho nada malo, que si era culpable de conocer las

plantas y aprovechar su poder para ayudar a la gente y a sus hijos enfermos, pues entonces sí, mas no de lanzar hechizos o de enloquecer a los hombres del lugar y maldecirles, que de eso no era culpable. La condenada apeló a la justicia, cuando no al venerable tribunal o al maestro ejecutor, que la conocía personalmente, y por eso falló en su cometido. A esto es necesario añadir que la condena de Divoká parecía haber sido aceptada por el pueblo, pero ese mismo día comenzó a ser calificada de mártir, se dijo que había caído víctima de infamias y se habían olvidado sus actos, que tantas veces, según ellos, salvaron la vida de los niños del pueblo. En lo que a nosotros respecta, estamos agradecidos por los servicios que prestó el verdugo J.M., y él está satisfecho con el pago pertinente por su deficiente trabajo.

Con fecha de 13 de junio del año 1667 quedamos sometidos a Vuestra Merced, los hijos de la Ley y el corregidor de la ciudad de Bojkovice.

Amanecía tras las ventanas de la habitación del hotel. A los oídos de Dora llegaba el ruido creciente de la calle, que ahuyentaba las sombras de la noche y los destinos evocados de ambas mujeres. Poco a poco, los rostros de Kateřina Shánělka y de Kateřina Divoká se fundieron en la mente de Dora hasta desaparecer por completo.

Con la mirada fija en el día que despertaba, cerró las tapas negras. Era hora de levantarse y volver al caso de Surmena.

ARCHIVO: SEGUNDO DÍA

A las ocho, ya esperaba frente a la puerta de la sala del archivo. Llamó dos veces al timbre, hasta que en el altavoz se escuchó un confuso: «Archivo, dígame», entre el ruido que el dueño de la voz hacía al tragar algo que estaba comiendo.

Dora se inclinó y pegó los labios al micrófono:

—Voy a la sala de consulta.

Un chasquido en la puerta.

Subió corriendo las escaleras de caracol hasta el segundo piso, guardó el abrigo en el armario y se inscribió en el libro de visitas.

—Dora Idesová —anunció al archivero, que la observaba desde su cubículo acristalado. En la mesa de trabajo, frente a él, había un papel grasiento con salami de Vysočina, a su alrededor, varios panecillos mordisqueados, una botella empezada de leche y un paquete de tabaco. *Memento morí*, pensó Dora con un estremecimiento. El hombre se giró hacia la estantería que se encontraba detrás de la mesa y le entregó a Dora el volumen de Surmena. A continuación, dio una palmada a la hoja de préstamo y dijo:

—Fírmeme aquí.

Un momento después, ya estaba sentada en su silla, en la esquina de la sala, hojeando el documento en el que se había quedado el día anterior.

95
Sección Comarcal de la Seguridad Pública de Uherské Hradiště, III div.
A la atención del trabajador operativo: INTÉRPRETE

Instrucciones sobre el caso SURMENOVÁ TERÉZIE
La antedicha es una persona peligrosa que durante un min. de 20 años ha realizado actividades fraudulentas para con los ciudadanos de la Rep. Soc. Checoslovaca, robo de propiedades públ. y subversión del sistema socialista. Teniendo en cuenta esta actividad y su actual comportamiento, puede inferirse que

sufre una enfermedad psicológica. Por este motivo, Surmenová debe ser puesta en observación en el Sanatorio Psiquiátrico Estatal de Kroměříž, donde habrán de instruir al personal de este modo: que la susodicha sea abordada con especial cautela, es de interés general la limitación de sus contactos con cualquier visita del exterior, incl. miembros de la familia.

Infórmenme de inmediato de cualquier actividad, declaración u otra circunstancia relativa a su hospitalización; para este fin busquen a un candidato apropiado como colaborador secreto.

Resp. J. Švanc
El 17. 6. 1974

Dora estaba estupefacta. Lo primero que esperaba encontrar, después de que se llevaran a Surmena, era un documento de su arresto, un registro del interrogatorio o del proceso judicial. Pero no había ni rastro de aquello. Volvió hacia atrás, luego buscó entre los informes posteriores. En vano. No se había saltado nada. Ni siquiera habían interrogado a Surmena. ¿Faltaba algo en la carpeta? Los números de orden de las páginas indicaban que no. Qué extraño. Malhumorada, continuó con el siguiente documento.

96
Sanatorio Psiquiátrico Estatal de Kroměříž,
Sección Psiquiátrica 5A
Historial médico psiquiátrico: SURMENOVÁ TERÉZIE
Responsable: Dr. Kalousek Ivan

Anamnesis familiar: Paranoia en toda la línea familiar materna (la paciente expresa el mismo tipo de delirios que sufrían su madre y su abuela). Padre alcohólico.

Anamnesis personal: No ha sufrido ninguna enfermedad grave, operaciones: 0; 1945: fractura del peroné y el maléolo izquierdos; como consecuencia del deficiente crecimiento de los ligamentos, la paciente cojea.

Abuso de sustancias adjetivas: Procede de una región donde es común el consumo excesivo de alcohol, por lo que la propia paciente ha desarrollado alcoholismo. No fumadora.

Anamnesis social: Soltera, sin hijos. Viene de una pequeña familia de agricultores, humilde, sin interés por la incorporación al colectivo. Firme fe en Dios (la paciente declara pertenecer a la Iglesia Católica Romana), lo que en combinación con el nivel de su intelecto ha deformado evidentemente su personalidad. La paciente declara no haber tenido ninguna relación de pareja. Vive con su sobrino y su sobrina, a su cargo.

Anamnesis laboral: Educación básica inacabada. Trabajó en su propia finca hasta el año 1974. Desde 1952 con pensión de

invalidez.

Relación con el sistema socialista: Negativa.

Estado al ser admitida para hospitalización: La paciente fue traída al centro por las autoridades de la Seg. Púb. con fecha de 17. 6. 1974, pues durante el interrogatorio y después, durante la detención, se manifestó agresiva y amenazó a las autoridades, de cuyo testimonio se dedujo que sufría delirios. Las autoridades policiales advirtieron las muestras de comportamiento paranoide, también indicaron que la investigada se orinó varias veces en los espacios públicos de la comisaría. Nada más ser ingresada, presenta un aspecto desaliñado y un estado emocional inestable, que oscila entre la furia, verbosidad desordenada, y el pensamiento disperso y la angustia, que expresa poniéndose en cuclillas en un rincón y negándose a comunicarse. Varias veces se la sorprende rezando: aferrada de una forma enfermiza a sus creencias religiosas. Comportamiento errático.

Análisis psicopatológico: Diagnosticado trastorno psicótico con delirios e ideaciones paranoides y alucinaciones. Está convencida de que es capaz de curar enfermedades usando plantas que dice tener en casa y enderezar fracturas con el tacto. También sostiene que es capaz de ver el futuro y de influir en la meteorología. Tiene la idea fija de que la persiguen las autoridades de la SP, que la quieren perjudicar quitándole a los niños que se encuentran bajo su tutela, algo que conducirá a que pierda el juicio y acabe sus días en la cárcel. Cree que es víctima de una conspiración. No es consciente de ninguno de sus delitos. Ante la sospecha de enfermedad de carácter psicótico, se inicia un tratamiento preventivo.

Medicación: 18. 6. 1974: En la admisión a la hospitalización administrado IM Plegomazin 2 amp. para calmarla. Después Plegomazin IM 3x6 mg. 20. 6. 1974: La paciente no colabora con la medicación, se niega a tomar las medicinas VO. Administrado el neuroléptico Haloperidol 3x6 mg, IM, desde el 24. 6. 1974 la dosis se aumenta a 3x8 mg. Reacción negativa. Desde el 1. 7. 1974 se le cambia a Chlorpromazin 3x8 mg. El estado de la paciente no sufre alteraciones hasta el 7. 7. 1974, persiste el delirio paranoide y sigue sin colaborar. Aparición de nuevos síntomas depresivos, la paciente rechaza el alimento y no se comunica.

107

A la Sección Comarcal de la Seguridad Pública de Uherské Hradiště, III div.

A la atención del resp. Švanc

Elaborado por: Nombre en clave / Enlace: INTÉRPRETE / 15701

Tipo de colaboración: trabajador operativo

Registrado en: Administración de SE de Uherské Hradiště

Registro de la reunión con el CS «KLOUZEK»

El día 19 de junio de 1974 tuvo lugar una reunión con el candidato a colaborador secreto con el nombre en clave de «Klouzek» en el restaurante «Paz» en la carretera n.º 47, dirección Křenovice. El antedicho se presentó a la hora indicada, tras haber sido captado en su lugar de trabajo. Durante la conversación se comportó con normalidad, no mostró signos de nerviosismo y habló con fluidez.

La primera parte de la reunión se dedicó a sus circunstancias familiares y a su posición laboral, de lo que se concluyó que vive en una unión familiar reglamentaria, con un hijo; no obstante, en el trabajo le aflige un problema de índole personal, para él presuntamente frustrante.

Al respecto se le comunicó que, después de estudiar sus características, el ambiente del que procede y su estado civil, se le considera un ciudadano responsable, un miembro de nuestro Estado en el que, nosotros, sin duda, podemos confiar. A ello, «Klouzek» no opuso ninguna objeción, se limitó a informar de que se alegraba. También se le comunicó que la colaboración mutuamente satisfactoria contribuiría a la solución del problema en su lugar de trabajo. Ante esta información, «Klouzek» reaccionó con significativo entusiasmo y explicó que es evidente que la Dra. Danuše Rezková, segunda del médico primero, el Dr. Formánek, CSc., no da la talla para un cargo que ocupa en virtud de sus relaciones personales, lo que «Klouzek» no considera profesional en absoluto.

Se le advirtió de que la conversación no solo se había planeado con vistas al establecimiento de una colaboración beneficiosa para ambas partes, sino para confiarle ya su primer encargo para la Seguridad del Estado. Se le informó de que en su lugar de trabajo, entre los pacientes, se encuentra una enemiga del régimen, un elemento subversivo de la pequeña burguesía que, con una práctica médica no autorizada, se lucraba a expensas de decenas de ciudadanos desinformados, con lo que más de una vez les causó un perjuicio. Se le puso al tanto del caso «Surmena», a la que «Klouzek», médico de Surmenová, reconoció de inmediato y prometió que, teniendo en cuenta la relevancia de la información recién recibida, revisaría el tratamiento de la paciente.

Después se le preguntó si podría ayudarnos a trazar una panorámica de la situación en el San. Psiq. Est. de Kroměříž, especialmente en lo que a los nuevos miembros se refiere. A esta pregunta, «Klouzek» reaccionó asegurando que nos informaría de lo que le solicitásemos y estuviera dentro de sus posibilidades. También se interesó sobre la dirección en la que debía de llevar a cabo sus averiguaciones. Se le contestó que todo esto se analizaría de manera más concreta en el siguiente encuentro, igual que su categoría laboral.

Después, se puso fin a la reunión, asegurando que mantendríamos una relación amistosa y yo contactaría con él en breve de la misma manera.

Conclusión:«Klouzek» parece un candidato apropiado para la colaboración secreta, motivado por un objetivo personal que es acorde con nuestro plan.

Operación concluida el 19.7.1974 a las18.05 h.

Gastos totales: 247 coronas

ANEXO n.º 1

Él es en persona informó de que nació el 17.3.1944, en una familia obrera, ambos padres trabajan. Su padre como técnico de mantenimiento en los servicios técnicos municipales, su madre como contable en el mismo lugar. Sus padres no pertenecen a ninguna organización política. No tiene hermanos.

Después de terminar sus estudios básicos, se graduó en la Escuela Educativa General Media SVVŠ (de Kroměříž), y en 1969 se licenció en la Facultad de Medicina de la Universidad J. E. Purkyně de Brno. Cumplió el servicio militar básico en Prachatice. Está casado (esposa Eva, de soltera Burdová, actualmente en permiso de maternidad), hijo Ivan. Respecto a sus aficiones, cabe destacar el voleibol.

Se comprobó que él perteneció a los Pioneros y a la Unión de Jóvenes Socialistas, donde formó parte del «Equipo de Voleibol de Kroměříž», categoría adolescente; en los años 1959-1961 fue capitán. Considerado miembro activo y de ideas prosocialistas. Tras la Escuela Superior, se afilió al comité estudiantil, donde demostró su formación y expresó su conformidad con el peligro de la contrarrevolución, además de mostrar su acuerdo con la incorporación de los ejércitos aliados en agosto de 1968. Candidato del PC de Checoslovaquia desde 1972.

En el año 1972, fue candidato a la posición de adjunto del médico primero de la Sección Psiquiátrica 5A del Sanatorio Psiq. Est. de Kroměříž, aunque no logró hacerse con la plaza. Se lo considera políticamente maduro y posee una buena comprensión de la problemática social.

111

A la Sección Comarcal de la Seguridad del Estado de Uherské Hradiště, III div.

A la atención del resp. Švanc

INFORME DE SITUACIÓN: Caso Surmenová Terézie

Entregado por: es «Klouzek»

A partir de su instrucción, completo la información sobre el estado de la pac. Surmenová Terézie. Esta se encuentra ingresada con el diagnóstico de trastorno psicótico con delirios: parafrenia, actualmente en remisión parcial. Sin embargo, sigue mostrando alteraciones de afectividad, así como trastornos de percepción y pensamiento, está confundida, asegura que tiene una hija, repite «mi hija se llama Dora», aunque en el registro indique que los niños que parió en los

años 1939 y 1942 fallecieron. Desconfiada, no colabora.

Respecto a su respuesta a la medicación, en el trascurso del mes de agosto, la paciente se ha mostrado inmune a los fármacos. Por este motivo, en septiembre se le prescribió una terapia electroconvulsiva: aplicación de 6 shocks el. 2x semana, con anestesia total. Tras la primera serie de descargas, buen estado, paciente tranquila.

En noviembre los síntomas volvieron a aparecer. La exposición que hace de sus propios problemas no es fiel a la realidad, presenta agresividad y hostilidad, otras veces murmura para sí una retahila incomprensible; según se ha comprobado se trata de algún tipo de conjuro a cuya constante repetición se aferra hasta que, sin aliento, se queda dormida. Para revertir la recaída, se le administra una nueva serie de terapia elec. Durante la convalecencia, remite la sintomatología depresiva.

Desde enero de 1975, se detecta una irritación de nuevo creciente, acompañada por expresiones de delirio persecutorio: la pac. intenta convencer al colectivo de enfermeras y médicos de que las autoridades públicas de la RS de Checoslovaquia la vigilan. Otras veces menciona a los camaradas del Tribunal Regional o del Comité Central del PC de Checoslovaquia, como por ejemplo el camarada M. Zelenka o el cam. I. Jirák y otros, que en apariencia se beneficiaron de sus servicios.

Síntomas mitigados con medicación sedante, con distintas reacciones. Teniendo en cuenta el estado de la pac. después del último tratamiento elec., propongo prescindir de él por el momento.

112

Sección Comarcal de la Seguridad del Estado de Uherské Hradiště, III div.

A la atención del trabajador operativo: INTÉRPRETE

Instrucciones sobre el caso SURMENOVÁ TERÉZIE

De nuevo recalcamos que Surmenová Terézie está considerada una persona peligrosa para el gobierno democrático popular y que ha perjudicado de forma sistemática a los ciudadanos checoslovacos, motivo por el cual fue ingresada para recibir tratamiento. Es evidente que su estado empeora, según se desprende de los informes que refieren las mentiras y la incriminación indecente de personas intachables que sirven de una manera intachable a nuestro gobierno soc. y al PC Checoslovaco, con lo que incurre en un delito de subversión contra la república. Pero, como se trata de una persona psicológicamente desequilibrada, pensamos que la solución no se halla en un procedimiento penal, sino en el sometimiento de la paciente a métodos terapéuticos más eficaces que la mera medicación, que normalizarían su actitud. Instruyan en este sentido a nuestro colaborador secreto en el San. Psiq. Est. de

Kroměříž, recomendándole que siga impidiendo las visitas a la pac., en las que diseminarla sus opiniones infundadas, que envenenan la moral ciudadana.

Resp. J. Švanc
El 2. 3. 1975

116

A la Sección Comarcal de la Seguridad del Estado de Uherské Hradiště, III div.

A la atención del resp. Švanc
INFORME DE SITUACIÓN: Caso Surmenová Terézie
Entregado por: es «Klouzek»

Siguiendo su consejo, tras un examen pormenorizado se comprueba que la enfermedad de la pac. Surmenová empeora progresivamente. La terapia a la que se la ha sometido hasta ahora se revela inefectiva, por ello se prescriben reiteradas sesiones de terapia electroconvulsiva: serie de 8 electroshocks con frecuencia 2x semana.

Dora, afligida, entornó los párpados e imaginó el cuerpo de Surmena convulsionando en un arco antinatural, vio sus puños apretados, atados a la cama con firmes correas, y la cabeza sujeta por las manos de los ordenanzas, para que no resbalasen de sus sienes los electrodos, y las descargas, una tras otra, diez segundos, veinte segundos, treinta segundos…

Con el corazón palpitando a toda velocidad, se recostó en el respaldo de la silla, intentando coger aire.

Hasta hacía unos instantes había creído que los últimos años de Surmena habían sido fruto de una serie de desafortunadas coincidencias en las que habían resultado determinantes el encarnizamiento de los policías y la cerrazón de los funcionarios del régimen, que intentaban quitarse de encima lo que no podían procesar. Por eso la dejaron en manos de los médicos. Asimismo, había pensado qué también había influido que Surmena no fuera una persona capaz de reaccionar ante las adversidades, por no hablar del declive de su salud mental; al fin y al cabo, nadie es inmune. Pero todo eso había cambiado de repente.

Dejó de reprenderse por la idea, insidiosa y persistente, que ya el día anterior se había colado en sus pensamientos. De pronto, no se sentía tan paranoica. En lo que al principio le había parecido un cúmulo de casualidades, veía ahora un plan cuidadosamente orquestado para deshacerse de Surmena. Pero ¿por qué? ¿Por qué?, retumbaba en su cabeza mientras abandonaba la sala de consulta, confusa.

Volvió del baño más de una hora después, cuando el hombre encerrado en el cubículo de cristal empezaba a preocuparse.

121

A la Sección Comarcal de la Seguridad del Estado de Uherské Hradiště, III div.

A la atención del resp. Švanc

INFORME DE SITUACIÓN: Caso Surmenová Terézie

Entregado por: cs «Klouzek»

Conforme a su petición, procedo a entregar el informe sobre el estado actual de la pac. Terézie Surmenová. Con fecha de 12. 7. 1975 se puede afirmar que la estancia de la pac. en la sección femenina 5A del San. Psiq. Est. de Kroměříž se desarrolla de manera análoga a la de los pacientes con un diagnóstico similar. Después de su ingreso, Surmenová fue ubicada en una habitación de diez camas con otras mujeres de edades comprendidas entre 27-69, cuyas patologías coinciden en mayor o menor medida con la suya (delirios psicóticos, eventualmente esquizofrenia). Dichas pacientes se encuentran bajo la supervisión constante de enfermeras especializadas, así como de un equipo de médicos dirigidos por el camarada médico primero Dr. Formánek, CSc. Si bien Surmenová está en una sección abierta a la que se permite el acceso, siempre previa aprobación, de familiares durante la tarde del domingo, en el caso que nos ocupa se ha informado a la enfermera jefe de la necesidad de prescindir de tales visitas. No obstante, hasta ahora nadie ha solicitado verla.

Aunque las relaciones entre las pacientes son en general cordiales, Surmenová es más bien solitaria, no establece contacto estrecho con ninguna interna. El resto, en las situaciones que así lo requieren, reconoce su autoridad, a la que se someten también las enfermas mayores que ella. Esta situación se confirmó después de un incidente que tuvo lugar el día 21. 3. 1975, cuando, cerca de Pascua, en la sección se desató un conflicto provocado por el hecho de que durante las fiestas a algunas pacientes se les diera la posibilidad de volver temporalmente a sus hogares. En la habitación n.º 17, ocupada por Surmenová, se inició una disputa que desembocó en una discusión entre dos mujeres, Růžena Drmolová e Irena Kučerová, la segunda de las cuales, después de la pelea, a la que se fueron sumando otras pacientes, presentaba arañazos en la frente y en la sien izquierda —consecuencia de un golpe en la cabeza contra el somier de hierro de la cama— y contusiones en el cuello como resultado de una estrangulación. Al rato comenzó a convulsionar a causa de un ataque epiléptico. Cuando las enfermeras de servicio consiguieron abrir la puerta, que estaban bloqueando las pacientes, y entrar en la habitación, encontraron a Kučerová, la víctima del ataque, tumbada en el regazo de Surmenová. Esta le sujetaba la cabeza y el pecho para aliviar los espasmos, que sacudían su cuerpo de tal manera que en aquel reducido espacio la afectada podría haber resultado herida. Surmenová tenía la mano entre los dientes de

la paciente Kučerová, que al apretar la mandíbula le provocó varias lesiones, aunque con esto evitó que durante el ataque la otra se mordiera la lengua. Al parecer, Surmenová recurrió entonces a un conjuro, que gritó a las demás pacientes haciendo que estas se refugiaran a toda prisa en los rincones de la habitación, tal como las encontraron después los cuidadores. Es indudablemente fascinante el hecho de que, esa misma mañana, Surmenová hubiera sido sometida a la última de la tercera serie de electroshocks y, todavía durante el control efectuado media hora antes del acontecimiento, estuviera tumbada en estado de conciencia reducida hasta la apatía. En tal estado, las pacientes no suelen ser capaces de comunicarse de forma verbal, mucho menos de caminar o de realizar actividades físicas más exigentes. Que ella fuera capaz de desatarse de la cama, de sujetar a la pac. Kučerová, de noventa kilos, que se agitaba con violencia, y de tranquilizar a ocho mujeres en pleno delirio neurótico representa para nosotros una incomprensible movilización de energía de la que ningún miembro del personal del sanatorio había sido nunca testigo durante su praxis. Tras la intervención de las enfermeras y los cuidadores, Surmenová volvió a caer en la apatía correspondiente a un estado postelectroconvulsivo, pero cabe reseñar que desde ese momento despierta entre sus compañeras un respeto que linda con el temor religioso.

Para nuestro gran desagrado, esta actitud es compartida por ciertos miembros del personal de enfermería, a pesar de que este ha sido instruido en las reacciones patológicas del proceso del tratamiento elec. y con posterioridad ha abordado el suceso desde el punto de vista de la medicina moderna.

Estoy obligado, además, a presentar un nuevo parte para informar de la actitud de algunos colectivos laborales del San. Psiq. Est. de Kroměříž.

Aunque Surmenová se esfuerza por apartarse de los demás, se ha convertido en una persona bastante requerida, también por parte de las camaradas enfermeras más allá de la sección 5A. Sucede así porque se ha extendido el rumor (difundido, sin duda, por varios de los pacientes psiquiátricos) de que tiene capacidades especiales. Todo se ha desencadenado cuando la enfermera titulada K. Jirková ha pedido una baja porque su puesto en la sección 5A ponía en peligro su embarazo. Sin embargo, era sabido que tenía problemas para concebir. La camarada enfermera Ludmila Kopáčová refirió que Surmenová aconsejó a la camarada titulada enfermera Jirková que se aplicase unas compresas calientes, que realizase ciertos ejercicios físicos y tomase una infusión de unas determinadas hierbas, tras lo cual, a sus treinta y nueve años, consiguió quedarse encinta. Surmenová predijo asimismo problemas de salud a la camarada enfermera Trnková, que ahora se encuentra de baja por una insuficiencia renal crónica que alcanzó un estadio terminal, por lo que se somete con regularidad a

diálisis. Por lo visto, Surmenová la exhortó en marzo a que prescindiera de la sal, los huevos y la carne, ya que cambiara su dieta por trigo sarraceno, ajo y cebolla.

Conforme a la consulta con el médico de la cam. Trnková y con la misma cam. Trnková que llevó a cabo por interés propio la enfermera superior cam. Ledvíková, en el último mes la insuficiencia renal de la cam. Trnková había empeorado de manera fulminante, lo que culminó con los riñones funcionando a menos del 30 % de su capacidad, mientras que todavía dos meses antes, en marzo, se podría haber evitado este estado. Considero oportuno añadir que la dieta en estos casos radica sobre todo en limitar la sal y las proteínas. Este incidente supuso una admiración carente de toda crítica hacia Surmenová por parte del personal tanto de la sección 5A como de otras secciones.

En mi opinión, sería conveniente intervenir contra este tipo de comportamiento irracional e informar a algunas enfermeras, en concreto a las que sucumben a la influencia de Surmenová, sobre las cualidades de la medicina socialista e instruidas para que adopten un enfoque adecuado y moderno ante los charlatanes. También propongo advertirles de que si no reevalúan su comportamiento hacia la paciente serán trasladadas de manera inmediata a otros espacios de trabajo. Así evitaremos ideas falsas, como, por ejemplo, el último rumor que se extiende entre las pacientes y el personal de la sección 5A y que tiene que ver con el estado del edificio y el clima.

Como es sabido, el estado de los edificios del Sanatorio Psiq. Est., a causa de su antigüedad, hace tiempo que no cumple con los estándares adecuados. Por lo que respecta al de la sección 5A, la dirección del sanatorio está al corriente del problema de las goteras y de la caldera, que no tiene capacidad para calentar las instalaciones. Por este motivo, ya a principios de 1975 se solicitó una nueva caldera de la marca Bertsch para cuya instalación debía iniciarse la construcción de una sala y un depósito de fueloil.

El tiempo, que a finales de 1974 y principios de 1975 fue inusualmente duro en la región de Kroměříž, fue el causante de que se agrietaran las cañerías de la calefacción central (por efecto de las heladas de enero y febrero), que no habían sido renovadas en años, además de numerosos desperfectos visibles en el estado del edificio (el vendaval de marzo se llevó una parte del tejado, los aguaceros de abril y mayo provocaron que se anegara el edificio, lo que se manifestó también en las paredes de las habitaciones de los pacientes, donde aún hoy luchamos contra el moho).

Estos pequeños accidentes solo afectaron al pabellón de la sección 5A, lo que es lógico, porque es uno de los más antiguos y con menos mantenimiento del complejo del Sanatorio Psiq. Est. Por desgracia, esta situación se convirtió en caldo de cultivo para la proliferación de nuevas fantasías

relacionadas con Surmenová, que según las pacientes es capaz de manipular el tiempo, y que, ante los fenómenos climáticos inusuales en la región de Kroměříž, se oponen a que la antedicha continúe ingresada en el Sanatorio Psiq. Con motivo de la creciente intranquilidad tras la propagación de estos rumores, ordené que la trasfirieran a una habitación con cinco pacientes en estadios de demencia más graves, donde permanece aislada. Al traslado desde la habitación n.º 17, donde estaba hasta ahora, reaccionó mal: mostró comportamientos agresivos y amenazó a su médico, es decir, a mi. Dicha actitud espantó no solo a las pacientes, sino también a las enfermeras de servicio, que me informaron también de que la paciente musitaba la siguiente maldición: «Dios Señor no te lo perdonará, tú mismo le quitas años a tu hijo igual que me quitas años a mí».

Debido a la creciente agresividad hacia su entorno y al empeoramiento de la enfermedad, me he decidido por la prescripción de una cuarta serie de tratamiento electroconvulsivo, del que espero el apaciguamiento general de la paciente y un cambio hacia la percepción de su propia enfermedad y de su entorno.

LA HERENCIA COMÚN

Aturdida, Dora se arrastró desde el archivo. No podía expulsar de su cabeza las imágenes que la asediaban tras la lectura del expediente de Surmena.

La atormentaban decenas de preguntas, la mayoría relacionadas con el doctor Kalousek, que se ocultaba bajo el no muy ingenioso nombre en clave de Klouzek.

Hasta el día anterior lo recordaba con profundo agradecimiento.

Fue él quien, con su actitud convincentemente empática, con la cantidad de información que le ofreció sin titubear para explicarle el progreso de la enfermedad de Surmena y con aquella voz profunda y tranquilizadora, consiguió apaciguar su angustia. Sus conversaciones telefónicas eran para ella como absoluciones después de la confesión.

Solo ahora, abatida, entendía cuál era la realidad. Se sentía muy culpable. ¡Qué estúpida había sido! Ni los cuatro años en el internado le habían enseñado a ser más cauta, más suspicaz, se había tragado el anzuelo… Pero ¿quién habría podido imaginárselo? ¿A quién se le habría ocurrido que el médico de Surmena, la persona que un día juró hacer todo lo posible en beneficio de la salud humana, había sido capaz de prescribir un tratamiento inadecuado a una desconocida y encima había tenido el estómago de mantenerlas, por medio de sentidas llamadas de teléfono, a ella y sus dudas a una distancia segura?

Dora, horrorizada, no paraba de temblar.

Tan pronto como llegó al hotel, se dirigió al bar. Necesitaba tomar algo para calmarse. No quería quedarse sola en el silencio de la habitación.

Escogió una mesa apartada en la esquina de la sala y, antes de que el camarero le trajera la bebida, colocó frente a ella su tesis y el portátil. Lo hizo para no llamar tanto la atención: no eran ni las seis, y no deseaba ser el centro de las miradas de la gente, que se habría fijado, interrogativa, en una mujer solitaria bebiendo tan temprano.

Vista en perspectiva, su tesis estaba bastante completa. Contenía toda la

información que había conseguido reunir en sus investigaciones, todo lo que había podido sacar de los archivos checoslovacos de los años ochenta. Sus solicitudes se habían demorado demasiado en manos de los funcionarios que ocupaban los despachos en algún lugar de las entrañas del gigantesco edificio del Archivo de Moravia. Aunque la mayoría había sido aceptada, pues el régimen pondría los juicios por brujería y las disputas entre mujeres y sacerdotes de aldea como ejemplos del poder insidioso y destructivo de una Iglesia que durante años promovió «su guerra de clases explotadora contra los estratos oprimidos».

Después de la revolución se dio cuenta de cuántas peticiones de las que hizo entonces habían sido denegadas. Todos aquellos periódicos de la Primera República, que pensaba que ya no se podían encontrar porque en ellos los etnógrafos del «gobierno burgués de derechas» habían llegado a «conclusiones contaminadas por el capitalismo», y publicaciones científicas, que los bibliotecarios y los archiveros aseguraban que estaban perdidas o habían sido robadas, empezaron a aparecer de repente en las bases de datos. Los libros parroquiales que los dignatarios eclesiásticos supuestamente habían preferido destruir a entregar a los archivos también salieron a la luz. Y a la biblioteca del instituto comenzaron a llegar publicaciones extranjeras, las mismas que en otros tiempos siempre desaparecían antes de que los investigadores pudieran examinarlas.

La accesibilidad a las fuentes recuperadas y la nueva época, en la que nadie obligaba a los investigadores a comprometerse con un objetivo concreto ni a un discurso hipócrita, abrieron para Dora el camino a su plan original. A ese extenso trabajo que, en un futuro próximo, se convertiría en su obra clave. Y a la rehabilitación de las diosas, de todas ellas. Sobre todo de Surmena. Nada más acabar de leer su expediente, se pondría a reescribir la tesis y a redactar los nuevos capítulos. No podía esperar más.

En compañía de un vaso con un líquido transparente, Dora abrió las cubiertas negras y hojeó el primer capítulo.

Si la situación lo hubiera permitido, habría empezado su disertación describiendo el lugar. Todos decían de él que era extraño, que por ello engendraba gentes extrañas. Quizá fueran los propios habitantes de los Claros los que afirmaran tal cosa porque no tenían nada más que este sentimiento de excepcionalidad. Personas pequeñas y toscas a las que la yerma tierra de los Claros apenas podía alimentar y que desde su más tierna infancia desfondaban sus cuerpos y mentes no solo con el arduo trabajo, sino también con el fuerte aguardiente casero. Tenían una fe inquebrantable, aunque no fueran capaces de respetar valor moral alguno. En cuanto salían de su territorio, se transformaban en camorristas y ladrones. Y en estafadores que eran el

hazmerreír, pues resultaba muy fácil descubrirles. Todo aquello estaba relacionado con la educación. Para los de los Claros, no tenía ningún valor: la escuela equivalía a la pérdida de un tiempo precioso, un tiempo que podía aprovecharse trabajando en el campo o buscando el sustento de cualquier otro modo.

Aun cincuenta años después de la abolición de la servidumbre, siguieron trabajando sin retribución las tierras de los condes de Světlov, porque en los Claros nadie sabía leer ni escribir, para qué iban a coger un periódico. Así pues, no se enteraron de que ya no existían los esclavos hasta la intervención del horrorizado abogado Vecera, pionero del turismo, amante de la naturaleza virgen de los Cárpatos Blancos y autor del artículo «Los siervos modernos» en el periódico *Independencia*. Fue él quien puso fin a la insostenible situación: tras informar a los sorprendidos aldeanos, a finales del año 1898, se dirigió a Viena para pedirle al presidente del Consejo Badeni que interviniera. ¿Por qué le importaban a él el sudor y las fatigas de dos generaciones de habitantes de los Claros que habían trabajado ilegal e injustamente? Tal vez le turbara saber que a finales del siglo XIX, en la civilizada Moravia, se diese un estado de inconsciencia e ignorancia tan profundas que permitieran que siguiera existiendo la servidumbre. Y así era. Y siguió existiendo muchos años después. Incluso en los cincuenta, cuando los comunistas se vanagloriaban en la prensa de haber erradicado el analfabetismo, más de un tercio de los habitantes de los Claros de Moravia era incapaz de leer la noticia.

Con todo, su sensación de ser excepcionales perduraba. Porque vivían en un entorno excepcional. A Dora le habría gustado empezar con eso. Pero presentar un trabajo académico con un ensayo sobre el paisaje montañoso, en cuyas laderas crecen bosques de hayas y robles carpáticos con unos troncos tan anchos que ni siquiera se abarcan con los brazos, en cuyos prados, salpicados de campos labrados con toscas cabañas, resplandecen en verano unas raras orquídeas y anémonas, habría estado fuera de lugar. No se podía comenzar un texto científico con una disertación sobre el fresco verano de la sierra, que de un momento a otro deja paso a una tormenta infernal que envuelve las cumbres en nubarrones oscuros e impenetrables, o con la descripción del crudo invierno, durante el que, entre las montañas, se levantan remolinos de nieve como los que uno esperaría en Siberia, pero sin duda no en el sur de Moravia. En las páginas de una tesis no se puede dibujar la enorme luna redonda que rodean jirones de nubes nocturnas sobre el cordal, ni escribir que en las noches despejadas se distingue el camino con la misma claridad que durante el día ni que, si en tales instantes uno se encuentra en el soportal de una de las cabañas más altas, tiene la sensación de hallarse en el cielo, porque a sus pies se extiende el mundo entero. Desde la ladera contraria, le llegan las luces parpadeantes de las casas de Hrozenkov, que parecen guiñarle el ojo como un niño en una cuna, y todos, aun alejados entre sí, saben los unos de los otros.

Solos, y a pesar de todo, juntos.

El principio de su tesis debería haber sido precisamente ese: tendría que haber empezado explicando qué clase de lugar mágico son los Claros de los Cárpatos Blancos, y que únicamente en un lugar así pudo haber nacido y desarrollado su fuerza algo tan especial. *Las diosas*.

Pero en un texto científico, restringido por estrictas normas que reducen la estética al grado cero, no tiene cabida tanta belleza. Por supuesto, no escribió nada pareado, nadie se habría atrevido mientras por su cabeza se esbozaba la imagen de los cinco pares de ojos de camaradas *Candidatus Scientiarum* (*CSc.*) del tribunal de tesis, uno de los cuales, al menos, estará informado sobre tu perfil político: «Con todo el respeto a nuestro pueblo obrero, camaradas, y créame que no actúo así por incomprensión de las distintas visiones de clase, sino al contrario: esto es inadmisible, está fuera dela escala de evaluación. ¡Este trabajo no reúne los criterios de un procedimiento científico! Esto solo podría ser obra, así es, solo podría ser obra, tal vez, de una dependiente Con el debido respeto a su diligente trabajo al servicio de nuestra patria, ¡deje esto para la tienda cooperativa!».

Así que empezó de una manera completamente distinta.

Religión *versus* magia

Diversos estudios de prominentes teóricos de la etnografía y la etnología, sobre la base del materialismo científico, han criticado en numerosas ocasiones la religión y la magia, para demostrar lo infundado de la fe en un poder sobrenatural. Todos ellos defienden que la idea de un ser superior y sus capacidades sobrenaturales (Dios en el caso del cristianismo, las fuerzas naturales en el caso de la magia) implica la renuncia al sentido común y, en consecuencia, también a la justicia, lo que lleva de forma inevitable al sojuzgamiento de la naturaleza humana.

Sin embargo, a fin de cartografiar el origen y desarrollo de las llamadas «diosas de Žítková», es necesario ocuparse de estas categorías, y con este objetivo distinguir también entre religión y magia. Solo entonces seremos capaces de entender la síntesis de ambas en la práctica mágica de las diosas, en cuyos rituales desempeñaba un importante papel el Dios cristiano[5].

Aun cuando este principio pueda parecer antagónico, hoy en día, gracias al amplio estudio del Dr. Cenék Zíbrt[6] *no nos resulta desconocido. Al contrario, en sus trabajos se documentan diversas formas de interacción entre la fe cristiana y el paganismo a lo largo de los siglos en la civilización europea.*

Ha quedado sobradamente constatado que todo se originó como una incursión de la nueva fe en la religión pagana original (considérese el esfuerzo por vincular fiestas eclesiásticas como la Navidad con el solsticio de invierno, la Pascua con el equinoccio de primavera, etcétera), hasta que más adelante la Iglesia, amparada por las clases gobernantes, empezó a promulgar, aparte de una idea diferente de la fe, nuevas e inéditas imposiciones y una estricta red de principios éticos entre los que se incluía el

rechazo a las costumbres y rituales antiguos. Zíbrt, sin embargo, ha demostrado que, por toda Europa, siguieron existiendo durante mucho tiempo linajes que decidieron mantener las enseñanzas originales de sus antepasados y no olvidar la sabiduría familiar que se había transmitido de generación en generación, aunque fuera considerada pagana y, por tanto, también herética.

Ahora bien, esto no escapó a los representantes de la Iglesia. Son de sobra conocidos los procedimientos para homogeneizar a la población bajo la premisa de una fe única; en concreto, por medio de los interdictos eclesiásticos, a veces drásticos, otras, asombrosos, que se conservan en los fragmentarios registros de principios de la Edad Media. Estaban orientados contra los custodios de las tradiciones paganas, que resultaban particularmente peligrosos para la Iglesia porque quienes recurrían a ellos les presuponían un poder que no provenía tan solo del conocimiento de antiguos secretos, sino de la capacidad de invocar también la recién descubierta fuerza del Dios cristiano. Gracias a esa doble sabiduría y esa doble capacidad, dichos guardianes se ganaron más respeto y credibilidad que los propios representantes oficiales de la Iglesia, los curas y los monjes[7].

Por tal motivo comenzaron a difundirse escritos en los que se propagaba una falsa interpretación de las costumbres mágicas rituales, cuyo objetivo era demostrar el peligro que entrañaban para toda la sociedad cristiana. Esta, mayoritariamente analfabeta o con una educación deficiente, se dejaba impresionar por las terroríficas imágenes de los pactos de los expertos en paganismo con el diablo.

Entre las obras más conocidas de este género cabe destacar el Malleus maleficarum, o El martillo de las brujas, del monje dominicano Heinrich Kramer (Institoris[8]*). Aunque fue rechazada por la Universidad de Colonia (bajo cuyo patrocinio intentó publicarla) por considerarla la obra moralmente corrupta de un clérigo, desde su primera edición, en el año 1486, se divulgó por toda Europa y, durante los*[9]*dos siglos siguientes, llegó a reeditarse hasta en veintiocho ocasiones. En épocas de catástrofes naturales o epidemias se recurría a este texto para generar una histeria que desembocaba en la búsqueda de culpables. No sorprende, por tanto, que dichos culpables se encontraran entre los depositarios de las tradiciones paganas, brujos y brujas que, como séquito del diablo, propagaban su voluntad en la tierra y desestabilizaban a la comunidad cristiana…*

Supongamos que algo de eso hubiera. Dora podía imaginarse que si se combinaba lo que sabía sobre el arte de las mujeres de Žítková con ciertos discursos crispados bien dirigidos, y a todo eso se le sumaban las convenientes dosis de histeria, miedo e ignorancia, el resultado sería una explosiva mezcla que acabaría con las diosas en las llamas o el cadalso. Así sucedió con Kateřina Shánělka y a Kateřina Divoká.

Sus cabezas cayeron en las cestas y su sangre salpicó más allá de un metro, sus cuerpos se convirtieron en ceniza, igual que en el caso de muchas otras víctimas de los procesos de brujería. Pero entre ellas y las mujeres de Žítková

había ciertas diferencias. Las imágenes de los libros de sangre que se conservaban en varias ciudades moravas se habían quedado grabadas en la mente de Dora. En sus registros constaban los veredictos de aquellas que no habían sido condenadas solo por *crimen magiae*, sino por otro tipo de delitos recurrentes, que se castigaban con la pena capital: infanticidio, aborto, envenenamiento, robo, fornicación, poligamia, incesto… Las acusadas eran siempre mujeres que vivían en los márgenes de la sociedad, pobres o con algún tipo de trastorno mental. Se topó también con algunas excepciones, por supuesto; entre las más conocidas se encontraba el caso de los procesos de Velké Losiny y de Šumperk, impulsados por el señor Boblig de Edelstadt, cuya enfermiza obsesión fue la causa de que decenas de cuerpos de ciudadanos y ciudadanas decentes acabasen siendo pasto de las llamas.

Y entre dichas excepciones estaban las mujeres de Žítková. Sus sentencias se limitaban a una enumeración de pecados cuya base, muy abstracta, provenía sin duda de la fantasía exacerbada de los denunciantes, que algo sabían de sus verdaderas artes. Dora lo descubrió en varios documentos, aunque lo conocía por experiencia propia. Las mujeres que comparecieron ante el tribunal de Bojkovice, de hecho, no tenían ningún cargo del que responder. A menos que se considere un delito ser depositarías de un saber que otros desconocen.

Dora presionó el botón del ordenador y, mientras esperaba a que la pantalla se iluminara con su intenso azul, llamó la atención del camarero con la mano y pidió otra bebida. Ante sus ojos, una tras otra, fueron abriéndose las carpetas, hasta que, por fin, hizo clic en la que llevaba el título de curación. Buscó después entre los documentos que contenía y abrió uno con notas de recetas antiquísimas que se habían transmitido de generación en generación. Ella las había apuntado durante las conversaciones con los testigos. Pasó un rato hojeándolas, hasta que encontró la que buscaba. Las indicaciones de Surmena a Baglárka.

> *Si quieres encender el deseo del hombre y ayudar así a la concepción, mezcla la corteza de un joven roble pelado en primavera, cuando todavía no han brotado las hojas y sube la savia, tritúralo, añade unos trozos de raíz de maral, polvo de amento de abedul, dos cucharaditas de hojas de abrojo escaldadas con diez gotas de vinagre, mézclalo con manteca, ponlo a cocer a fuego lento y deja que se endurezca. Unta a tu hombre por la noche y dos veces al día dale de beber una tisana de tallos de abrojo. Si le resulta demasiado amarga, mézclala con aguardiente.*

Era la misma receta que Kateřina Shánělka le había dado a Fucimanka. Pero con Baglárka había funcionado, era madre de tres hijos.

La carpeta CURACIÓN estaba llena de instrucciones y consejos de este tipo. Antaño, habían sido los únicos remedios usados en los Claros. Por

desgracia, la histeria provocada por la persecución de las brujas los convirtieron para los aldeanos en actividades insidiosas que necesitaban erradicar lo más rápido posible. Junto con el respeto hacia aquellas que las practicaban. Hada las diosas, que a ojos de sus propios vecinos se convirtieron en *bosorky*, hechiceras malvadas. A ello contribuyó también una habilidad que aparentemente dominaban las mujeres de Žítková.

Dora abrió el documento llamado MAGIA DE AMOR.

En la pantalla del ordenador aparecieron las fotocopias de la sentencia contra la nieta de Shánělka, Kateřina Divoká, que, según se contaba, había recurrido a la magia para atraer a sus brazos a un tal Talas. ¿Cera caliente y conjuros? ¿Seducción por medio de plantas e intrigas amorosas? Dora no dudaba que Kateřina Divoká hubiera hecho todo eso, aunque no por ello mereciera la ejecución. Pensaba que, en este sentido, era igual de culpable que Zuzka Poláška, su nieta, que más de medio siglo después confesó ante el tribunal de Bojkovice haber encantado a Jura Řehák, «honrado herrero de Bystřice, a quien volvió loco y separó de su mujer Marina, a la que luego torturó hasta la muerte». Entonces no pudieron demostrar que el asesinato de la mujer de Řehák, que murió de tuberculosis, fuera obra de Poláška, pero la mera sospecha y la constatación de que realizaba actividades que entraban dentro del campo de la magia le valieron una multa de cinco florines. Esto sucedió en 1741. En aquellos tiempos, por suerte, las ordalías, torturas y ejecuciones de las presuntas brujas ya habían desaparecido del repertorio de los tribunales moravos, así que Poláška salió del proceso con vida, a diferencia de sus antecesoras.

Dora aceptaba que ambas eran culpables, igual que otras diosas. Lo sabía porque a su casa, en Bedová, iban chicas que deseaban que su elegido enloqueciese de amor por ellas.

Recordaba que solían visitar a Surmena sobre todo por la tarde, cuando ya casi no había luz, para que nadie las reconociera. Iban a verla avergonzadas pero llenas de esperanza, y Surmena salía con ellas a la oscuridad, solo iluminada con la trémula llama de un quinqué que Dora seguía desde la ventana hasta que desaparecía tras la cumbre.

Por si se les ocurría salir a husmear, a Dora y a Jakoubek los dejaba encerrados en la cabaña, decía que aquello no era para sus ojos. Eso enardecía aún más su curiosidad y nunca conseguía conciliar el sueño antes de que regresaran. Pero lo único que llegaba a sus oídos era el crujido de las plantas secas que Surmena volcaba en unas bolsitas y las palabras de agradecimiento de las muchachas, que desaparecían veloces en la noche.

Una vez Surmena cometió un fallo: se olvidó de cerrar la puerta. Estaba cabeceando, arrebujada en su chal de lana junto al hogar caliente, cuando unos golpes la arrancaron del sueño. Apenas pudo escurrir el caldo de hierbas que se desbordaba en el fogón y preparar un saco de tela. En la confusión, salió

corriendo a la oscuridad sin afianzar la puerta, y Dora, en vela como siempre, partió tras ella. Oculta en la penumbra, paso a paso, siguió la luz parpadeante que la llevó hasta la linde del bosque, donde brotaba el manantial que alimentaba su pozo.

Desde una distancia prudencial, vio que la muchacha, una vecina de Hrozenkov, estaba en cuclillas en el manantial, desnuda. Surmena vertía sobre ella la infusión mezclada con agua de la fuente.

—Yo te limpio con cinco dedos, el sexto será mi mano, para que el elegido se quede prendado de ti… Para que seas lo más preciado para él, por encima de las más gratas mujeres, para que no pueda ni comer, ni beber, ni dormir, ni fumar ni ser dichoso. Que solo pueda correr hacia la bendita Hanička hasta que la alcance y le pida matrimonio… —Surmena se inclinaba sobre el agua y se enderezaba para mojar por todas partes a Hana, el pelo, los brazos y las piernas—. Que una hora no sea una hora; su familia no sea una familia; su hermana, una hermana; su hermano, un hermano; su madre, una madre; su padre, un padre. Que, con ayuda de Dios, nada sea más importante para él que su elegida, la única para sus ojos.

Hana empezó a rezar.

—Yo lo hechizo —continuó Surmena, caminando por la orilla y dibujando grandes cruces sobre el manantial. Al acabar, cubrió a la chica con un manto para recoger plantas que tenía preparado en su saco de tela. Después la secó, y mientras se vestía, preguntó—: ¿Cuándo te toca tu sangrado mensual?

—Dentro de una semana —contestó Hana, avergonzada.

—A ver, a ver… El primer día harás masa para tortas y le echarás tres gotas de tu sangre menstrual, que habrás recogido con una tela, además de un pelo de tus partes, y dejarás que la masa suba bien. La torta que te quede más bonita sujétala un rato bajo el brazo. Basta un par de minutos, cuando aún estén calientes, pero que no se te quemen ni se rompan. Y, por último, las pones en un plato y cuando venga el de los Lipták le ofreces y que se coma las que quiera. Pero no le des de más, no vaya a ser que las reparta, que son solo para él, ya sabes.

Hana se puso la blusa y la falda, mientras asentía y devoraba cada palabra de Surmena, para no hacerlo mal.

—Y en casa te daré también corazoncillo, caminera y amaranto, para que lo lleves siempre encima, verás qué bien hueles. Para que él te huela.

Hana, satisfecha, sonrió y canturreó a media voz una canción de los Claros:

Vosotros no sabéis, chicos
por qué venís detrás de mí
pero yo llevo caminera
atada bajo el delantal…

—Eso es —asintió Surmena.

La luz del quinqué colgado de una rama iluminaba aquella extraña escena y a sus dos solitarias protagonistas. Dora las miró arrebatada. Y al cabo de varios meses no pudo creer lo que veían sus ojos cuando Hana, engalanada con su vestido de boda y una alta corona de flores en el pelo, llevaba al altar de Hrozenkov a uno de los hijos de los Lipták. ¿Eran imaginaciones suyas o la novia le había dedicado a Surmena una sonrisa especial?

Dora había recordado todo esto la primera vez que leyó la sentencia contra Kateřina Divoká y Zuzka Poláška. Y volvía a evocarlo cada vez que se encontraba con casos que documentaban los hechizos de amor de las mujeres de Žítková.

Por ejemplo, cuando en una página del registro leyó que la nieta de Zuzka Poláška, Marie Juračka, había hecho un buen matrimonio con un rico granjero que conoció en una feria y se había mudado a Haná. O en aquella ocasión en que descubrió un apunte sobre la exhumación de su hermana, a la que llamaban Perchaňa. Murió antes que su joven amante y no dejó de ir cada noche a atormentarlo hasta que la desenterraron y le atravesaron el corazón con una estaca, pues pensaban que era una vampira. Por lo visto tenía las mejillas sonrosadas, y el pelo y las uñas habían seguido creciéndole dentro del ataúd, aunque llevara más de tres semanas bajo tierra. O cuando oyó lo que se decía del hijo de un fabricante de Jihlava, al que por lo visto llevaron a la *prespanka* Dorka Gabrhelová, hija de Kateřina, hija de Marie, de la que no pudo apartarse hasta el fin de sus días. Todavía hoy se recuerda en los Claros que corría tras ella como un perro, no veía ni oía a ninguna otra mujer, como si estuviera hechizado. Y también se dice que a la muerte de Dorka Gabrhelová, su hija y sucesor a Anka estaba preparando la tierra para sembrar y, en un lugar dirigido hacia Jihlava, encontró enterrado un mechón de cabello exacto al de aquel hombre. Solo cuando lo quemó, por lo visto, él dejó de sentirse atado a los Claros.

Dora apretó una tecla y en la pantalla apareció el dibujo de un árbol genealógico.

Despacio, llevó el cursor desde Kateřina Shánělka, pasando por Kateřina Divoká, hasta Zuzka Poláška, de ella hacia Marie Juračka, que después de la muerte de su marido volvió a Žítková y a finales del siglo XVIII fue sucedida por su hija Kateřina, y esta, por sus dos hijas Marina Gorčíková y Dorka Gabrhelová. Las líneas se bifurcaban hasta el siglo XIX, donde se ramificaban hacia la hija de Marie, Anna Struhárka, a quien llamaban *Pelona*, y que se labró un nombre siendo comadrona incluso fuera de los límites de los Claros. Fue precisamente ella quien, a principios del siglo XX, dio a luz a Irma, quien apartó a su marido Jan de su familia, algo que las diosas del linaje de los Hodulík no pudieron perdonarle, y que aún hoy vivía en el claro de Černé, junto al que Dora pasaba cada viernes de camino a Bedová.

La segunda rama, pasando por la *prespanka* Dorka, llevaba hacia Anka, de la que se decía que nunca se equivocaba en sus profecías. Al parecer, incluso había predicho la Primera Guerra Mundial y había nombrado a todas las familias de Hrozenkov que perderían a sus hijos en la contienda. Baglárka le había contado a Dora en una ocasión que su augurio se había cumplido punto por punto, de hecho había nombrado a todos los hombres de Hrozenkov, algunos de los cuales aún eran bebés y otros ni siquiera habían nacido. Hoy están inscritos en el monumento a los soldados caídos en la plaza. Le faltaron unos pocos, los de su yerno y sus nietos. Sobre sus hijas, Pagáčena y Justýna, se contaba que habían heredado de su madre el arte de curar, y que les bastaba con mirar a los ojos de las personas para ver en su interior enfermedades, desgracias e injusticias, acontecimientos pasados y futuros. Por lo visto, nadie podía ocultarles sus secretos. Cuando Dora recuerda los ojos de Surmena, que decían que eran idénticos a los de su madre, Justýna, y que conseguían clavarse en las personas como dos negras sanguijuelas, es capaz de creer que todo aquello era cierto.

La mirada de Dora volvió al árbol genealógico. Desde Justýna Ruchárka salían las dos últimas líneas hacia sus hijas: Surmena e Irena Idesová.

Justo debajo estaba su nombre: Dora. Lo contempló desconcertada. ¿Qué pintaba ella en todo aquello?

Habría mentido si hubiera asegurado que siempre supo cuál era su lugar en esa gran estructura que se ramificaba a través de los siglos. Siempre le había resultado complicado. Aparentemente era la última diosa viva de toda una estirpe. En absoluto. Ella, Dora, no tenía ninguna de las virtudes que habían hecho famosas a las mujeres de su familia; no conocía las hierbas, no sabía curar, no veía el futuro. Surmena no la escogió como sucesora ni le enseñó nada. Porque Dora, incrédula, era diferente, en el colegio de Hrozenkov la habían infectado con cientos de preguntas suspicaces, así que, con el tiempo, tuvo que desvivirse por encontrar su sitio, sola. Durante largos años fue a tientas, sin saber. Solo después, mucho más tarde, los sueños le mostraron el camino.

Volvió a pensar en ello cuando, un amanecer, la despertó el eco, en su cabeza, del grito de Kateřina Shánělka. Se quedó mirando fijamente el techo de la oscura habitación, preguntándose por qué una fantasía exacerbada le impedía descansar. Y, mientras reflexionaba sobre ello, de pronto le pareció que, para ser una mera fantasía, en aquellas pesadillas veía demasiados detalles y sentía con demasiada intensidad las mismas cosas que mujeres que llevaban siglos muertas. Entonces, por primera vez, se interpeló: ¿y si no se trataba de sueños corrientes?, ¿y si no la atormentaba una imaginación desbordada, sino el legado de sus antepasadas, los etéreos vestigios del arte de las diosas? ¿Y si en su interior resonaba una herencia común, una conciencia común que, desde Kateřina Shánělka y a lo largo de los siglos, de Surmena y de su madre, llegaba

hasta ella? En aquel preciso instante, tuvo la sensación de haber encontrado la llave de una puerta que llevaba siglos cerrada. Y, apenas la abrió, emergió también su verdadero papel, e intuyó lo que se esperaba de ella, con qué había de colaborar. Ella, que se había situado en la frontera entre aquellos mundos tan distintos, con un pie en la ciencia y, al mismo tiempo, profundamente arraigada en la esencia de la vida de las diosas. Su tarea, se dijo, era ahondar en los destinos de todas las mujeres de su linaje, extraer sus historias de la oscuridad del pasado y, por encima de todo, difundir su arte excepcional, aquel que sus enemigos se habían afanado por erradicar de los Claros. Era ella quien debía evitar que se desvaneciera su legado.

El alivio fue inmenso. Desde aquel momento, supo que su nombre no ocupaba en vano el último lugar del árbol genealógico.

Dora volvió a sumirse en la amplia red de líneas que se bifurcaban de una mujer a otra.

Este tesoro genealógico era su secreto. Ella era la única que lo conocía.

Lo había elaborado para la tesis, pero, después, al ver su nombre, que destacaba solitario en la última línea, había desechado la idea de añadirlo al texto. No solo porque no quisiera airear en público los trapos sucios de su familia, sino también porque no quería hacer peligrar su trabajo, su objetivo, con acusaciones de compromiso personal y eventual parcialidad por parte del tribunal académico.

Ahora estaba convencida de que había hecho bien guardándose su secreto.

El camarero la arrancó de sus pensamientos. Asintió a su cortés pregunta y pidió otra copa. Llevaba demasiado tiempo consultando sus papeles y mirando la pantalla. Se frotó los ojos, irritados.

Cuando levantó la vista, se percató de que un hombre la observaba desde la esquina opuesta de la sala. Aunque la intensidad de su mirada la asustó en un primer momento, después las comisuras de sus labios se alzaron hasta formar una tímida sonrisa.

EL VÉRTIGO DE LA NOCHE

Para ser sincera, le habría extrañado que hubiera cumplido sus expectativas. O al menos la habría sorprendido mucho. ¿Cuántas veces, en su vida, se había despertado a la mañana siguiente sin sentirse decepcionada? ¿Dos, tres veces? A lo sumo, pensó.

Es como si lo hicieran a propósito, todos, iban a lo suyo, en cuanto se cerraba tras ellos la puerta del dormitorio, actuaban como soldados, de forma mecánica. La aplastaban, la manoseaban como un pedazo de masa, torpes, sucios, sin pizca de fantasía. La sostenían entre sus garras, como buitres; querían metérsele dentro rápido, rápido, como perros de carreras. Y entonces sus esperanzas de que se despertara en ella el deseo se disolvían igual que un copo de nieve sobre una llama, y el lugar de ese deseo lo ocupaban el aburrimiento y la turbación ante aquel cuerpo masculino sudado en el que no hallaba cuidado ni delicadeza, y que no quería esforzarse por encontrar un ritmo común que pudiera llevar al conocimiento de sí, al placer. Pero ninguno lo había intentado, les daba igual, ellos solo requerían su presencia, ella… Un cuerpo con el sexo abierto, nada más.

Y así sucede cada vez, y después, antes de lo esperado, se acaba, y ellos recogen su pequeña herramienta, se giran, se encienden cigarrillos y le palmean orgullosos los muslos, deleitándose con la sensación de un trabajo bien hecho. Y ella se queda mirando al techo, rabiando por su manera de ser, porque no le gusta así, porque no la satisface lo que le ofrecen, y preferiría levantarse y largarse, salir corriendo del cuarto, de ese lugar que hiede a sus secreciones conjuntas, se iría a toda prisa, rápido, corriendo hasta el agotamiento, para no tener que pensar en nada, ni en sí misma y su depravación, en esa perversidad que la pone mala, ni en ellos, en esos miserables que una y otra vez le demuestran hasta qué punto no vale la pena.

En lugar de eso, se queda tumbada, mirando al techo y tratando de reprimir la ira, algo que a veces consigue, pero la mayoría de veces no, porque el hombre que descansa a su lado, que hace un instante se ha deslizado fuera de ella y ahora está encendiéndose un cigarrillo, suele decir algo, porque es lo normal, para no estar en silencio, y ese algo provoca que su rabia vibrante, que

pugna por salir, brote de ella como un huracán y rompa contra la apestosa montaña de carne con la que comparte la cama, que la azote, y el tipo en cuestión a punto está de tragarse el cigarrillo, no le da tiempo ni de acabar de abotonarse la camisa o de ponerse la camiseta y ya está en la puerta y grita «¡zorra!» o algo parecido. Ha entendido que no comparte con él su concepto de una actuación extraordinaria, algo que implica, por supuesto, que no volverán a verse.

Esta vez era aún mejor, porque como ocurrió en Pardubice, ya no la agobiará, nunca volverá a ver a ese hombre, solo queda la repugnancia hacia sí misma, el desprecio de los deseos asquerosos y monstruosos de su propio cuerpo, que persisten aunque se lave con el jabón del hotel, cuya espuma se cuela entre los dedos de sus pies, por todas partes, pero no en su memoria. Esta se mantiene sucia y grasienta de vergüenza, y por eso durante un tiempo lo olvidará, ni se le pasará por la mente, una semana, dos, tres, hasta que la invada de nuevo la compulsión y vuelva a echarse a los brazos de algún otro tipo a quien acabará de conocer, esperando que esta vez, por fin, sea diferente, que salte la chispa que la encenderá, la incendiará, que luego arda y se entregue al hombre como una mujer normal, como debe ser, como estaría bien, por fin…

ARCHIVO: TERCER DÍA

El viernes por la mañana fue de nuevo la primera en apuntarse en el libro de visitas. El archivero ya le tenía preparado el expediente de Surmena.

«Hoy solo la mañana», dijo. Él se encogió de hombros con indiferencia. Ella ocupó su lugar habitual y empezó a leer. Tenía que avanzar lo más rápido posible. A mediodía salía su tren para ir a recoger a Jakoubek.

126
A la sección comarcal de la Seguridad Estatal
A la atención del resp. Švanc
INFORME DE SITUACIÓN: Caso Surmenová Terézie
Entregado por: es «Klouzek»

El domingo 11 de noviembre de 1976, la enfermera de servicio cam. Kudlová Františka registró un intento de visita a la paciente Surmenová Terézie por parte de una chica de unos veinte años, relativamente alta, pelo castaño claro largo y ojos marrones. Aseguró ser pariente de Surmenová Terézie, pero no presentó ningún documento que lo certificara. La enfermera no negó que Surmenová se encontrara ingresada en la sección, pero no permitió la entrada a la persona sin los documentos requeridos. Entonces la visita solicitó información relativa a los papeles que necesitaba y fue atendida por la enfermera. Después, se marchó.

En el plazo más breve posible, espero más instrucciones para que se pueda informar a la enfermera de servicio de cómo proceder en caso de que la susodicha intente visitar a la paciente de nuevo.

142
A la sección comarcal de la Seguridad Estatal de Uherské Hradiště, III div.

A la atención del resp. Švanc
Elaborado por: Nombre en clave / Dosier: INTÉRPRETE / 15701
Tipo de colaboración: trabajador operativo Registrado en: Administración de la SE de Uherské Hradiště

Acta de la reunión con el cs «Klouzek»

Con fecha de 10 de diciembre de 1976, se celebró una reunión con el colaborador secreto de nombre en clave «Klouzek» en el restaurante «Paz», en la carretera n.º 47, dirección Krenovice. El antedicho llegó al encuentro puntual, como de costumbre. Durante la conversación se mostró amistoso y atento.

Comenzó informando sobre el caso Surmenová Terézie. A mi pregunta sobre el estado de Surmenová, «Klouzek» respondió que desde la cuarta serie de electroshocks se encuentra estable y que no se debe temer por su empeoramiento. Añadió que, si bien la paciente sufre los típicos problemas de salud postratamiento, como temblores y ataques epilépticos, estos se mantienen bajo control.

«Klouzek» quiso saber cómo debía proceder en la cuestión de las visitas. Al respecto explicó que Surmenová se encuentra en una sección abierta y que su estado permite el contacto, así que el jefe médico ya ha valorado varias veces esta posibilidad, y también ha hablado sobre ello con «Klouzek» como médico de Surmenová. Al parecer, una pariente reclama visitarla y, en caso de que acudiera a instancias superiores, «Klouzek» cree que no podrá hacer nada por evitar el contacto. Al mismo tiempo, ha rechazado la posibilidad de trasladar a Surmenová a una sección restringida para casos más graves, pues despertaría sospechas.

Luego añadió que en el momento actual no hay motivo para temer las visitas, ya que la paciente, gracias al tratamiento con elec., se encuentra incapacitada para mantener una conversación, algo que un aumento de medicación puede agravar. En este sentido, «Klouzek» espera nuestro punto de vista.

La reunión continuó con una descripción de sus relaciones personales en el trabajo, que al parecer mejoran, teniendo en cuenta que hace poco ascendió a la posición de asistente del jefe médico. A la pregunta de si en su colectivo laboral observaba algo inusual, respondió que no, que todo estaba en orden, y que todos trabajaban de manera reglamentaria. Solo añadió que quizá su colega el camarada Dr. Brousek no manifiesta hacia nuestro sistema soc. la actitud que se esperaría de un médico de su nivel, y que en algunas cuestiones ideológicas se expresa de forma reaccionaria. A la pregunta sobre la manera reaccionaria concreta en que se expresa el cam. Brousek, refirió que, por ejemplo, habla de que la posición de los médicos en las ciudades capitalistas, como Viena, es mejor, por lo que «Klouzek» juzga que su opinión de la medicina soc. es negativa y que prioriza el

sistema explotador del Occidente imperialista sobre el sistema de salud nacional, como lo define el Ministerio de Salud de la Rep. Soc. Checoslovaca. Al mismo tiempo, «Klouzek» insinuó que le gustaría saber cómo había llegado a esa comparación el cam. Brousek. Se le contestó que consideraríamos la cuestión.

Conclusión: «Klouzek» sigue siendo un colaborador secreto idóneo, su motivación e interés en cooperar son altos.

Operación acabada el 10.12.1976 a las18.45 h.

Gastos totales: 162 coronas

145

Consejo de la Junta Nacional Local de Žítková A la Sección Comarcal de la Seguridad del Estado de Uherské Hradiště, III div.

A la atención del resp. Švanc

A petición suya, le enviamos la copia de los documentos que demuestran la relación de parentesco de la interrogada Dora Idesová y Terézie Surmenová, solicitados en nuestra JNL el 26. 11. 1976 por parte de Dora Idesová, residente en Žítková n.º 28. Confirmamos asimismo que redactamos el certificado de su parentesco el día 1. 5. 1977, por consejo de ustedes. Además, añadimos que la antedicha Idesová pidió también un documento similar para Ides Jakub, en la actualidad en la Institución de Cuidado Social para Jóvenes con Discapacidad Mental de Brno-Chrlice, y que indicó que el motivo de su intención era ejercer su tutela de forma parcial.

Tramitado: Čermáčková

El 17. 1. 1977

148

Oficina Estatal de Servicios Sociales de Brno

Doc.: Medidas 124 007/JMK Bo 02

A la Sección Comarcal de la Seguridad del Estado de Uherské Hradiště, III div.

A la atención del resp. Švanc

A petición suya, entregamos el informe sobre el caso del menor interno Ides Jakub, nac. 16. 2. 1961.

El susodicho, registrado por nosotros como un caso social de semiorfandad, padece de discapacidad mental y física. Tras la muerte de la madre, en 1966, fue puesto bajo la tutela de Surmenová Terézie, su tía, previa petición de esta, junto con su hermana Dora. Surmenová, conforme al reglamento del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales de la Rep. Soc.

Checoslovaca n.2 182/1961 bol. ofic., comenzó a recibir, en cuanto tutora de un discapacitado, una pensión de 498coronas mensuales. Al mismo tiempo, se otorgó a los dos menores una pensión de orfandad de 456 coronas, enviada mensualmente por giro postal a la tutora Surmenová Terézie hasta el 30. 6. 1974. Tras su hospitalización en el Sanatorio Psiquiátrico Estatal de Kroměříž, el menor Ides Jakub fue entregado por orden de la fiscalía de Uherské Hradiště el día 18. 6. 1974 a la tutela de la Institución de Cuidado Social para Jóvenes con Discapacidad Mental, en el centro apartado de Brno-Chrlice, donde reside en la actualidad.

El día 4. 5. 1977, la Institución Estatal de Serv. Soc. de Brno, centro para la región de Moravia del Sur, recibió, con respecto al caso del antedicho menor Ides Jakub, la petición de Idesová Dora, nac. 30. 10. 1958, residente en Žítková n.º 28, para compartir la tutela con una tercera persona. La susodicha adjuntó su acta de nacimiento como prueba de mayoría de edad, además del certificado de relación de parentesco con respecto al menor Jakub Ides, el certificado del empleador sobre su situación laboral reglamentaria y, asimismo, indicó que era la única pariente capaz de hacerse cargo del paciente.

A petición de ustedes, adjuntamos el informe psiquiátrico de la Sección del Servicio de Dictamen Médico de la Institución Estatal de Servicios Sociales de Brno.

Tramitado por: Kavková Magdaléna

El 7. 5. 1977

Anexo

INFORME PSIQUIÁTRICO

IDES Jakub, nac. 16. 2. 1961

Anamnesis familiar: identificadas psicosis en la familia (la tía del interno act. en el Sanat. Psiq. Est. Kroměříž con diagnóstico de trastorno psicótico agudo). Padre alcohólico.

Anamnesis personal: Operaciones y enfermedades graves – 0. Diagnosticado con desarrollo insuficiente de la personalidad, grado medio de oligofrenia, discapacidad cognitiva con un CI 46. Ineducable, incapaz de concentrarse en ningún tipo de trabajo manual ni de orientarse en el mundo, que para él resulta caótico. Además, el paciente padece el síndrome de Apert, acompañado por el fenómeno típico de suturas craneales prematuramente soldadas e hipoplasia en la parte central de la cara. Ojos fuera del eje facial, sindactilia en la región de las manos y los pies, de lo que se desprenden problemas motores. Muy sugestionable.

Su estado es crónico, no se puede esperar una mejoría significativa.

Abuso de sustancias adjetivas: No encontrado. No bebe alcohol. No fumador.

Anamnesis social: Viene de una familia pobre: la madre murió en 1966, el padre act. cumpliendo condena. En los años

1966-1974, con su hermana, confiado al cuidado de su tía. Vive en un mundo limitado al cuidador, no comprobados otros contactos o relaciones. Educado en la fe cristiana.

Educación y profesión: Ineducable, aunque ha aprendido costumbres de autoauxilio. Jurídicamente incapacitado. La mayoría de sus necesidades biológicas satisfechas.

Relación con el sistema socialista: Ninguna.

Estado en el ingreso hospitalario: Paciente traído por los trabajadores de la Institución Estatal de Servicios Sociales con fecha de 18. 6. 1974, pequeños hematomas en el cuerpo, vómitos. Se mostró desorientado, angustiado, no era capaz de comunicarse ni de reconocer a ninguna de las autoridades médicas. No colaboró. Los trabajadores de la institución social advirtieron de una crisis con pérdida de conciencia y espasmos, también informaron de que el paciente manifiesta cambios ocasionales de comportamiento durante los cuales cae en un estado de excitación y pérdida de autocontrol (descrito como enfurecimiento).

Medicación: Hasta ahora sin medicación, en la actualidad prescrito un tratamiento hormonal con Ciproterona 2 mg diariamente para paliar la libido y Diazepam en caso de ataque.

Dora conocía los documentos que seguían al informe. Todavía los tenía guardados en casa, en el fondo de un cajón. En el pasado, le habían proporcionado una gran alegría, por eso no se había deshecho de ellos. Los hojeó despacio, deteniéndose en el último.

161
Institución Estatal de Servicios Sociales de Brno
IDESOVÁ Dora, Žitková n.º 28, distr. Uherské Hradiště

Resolución

De conformidad con el articulo §45b/1963 bol. ofic. sobre la familia se autoriza a reasignar el cuidado del menor Jakub Ides, nac. 16. 2. 1961. Se modifica su tutela a tiempo completo por parte de la Institución de Cuidado Social para Jóvenes con Discapacidad Mental a una tutela conpartida con

IDESOVÁ Dora, nac. 30. 10. 1958, residente en Žítková n.º 28, distr. Uherské Hradiště, hermana del menor Ides Jakub.

La antedicha ha realizado el curso obligatorio de asistencia a discapacitados mentales, incluidas situaciones de crisis, y se ha comprometido con su firma a cumplir el «ordenamiento institucional». También ha sido informada del diagnóstico del menor Ides Jakub, su medicación y su tratamiento. En

consecuencia, se confía el menor a su custodia compartida desde el día 1. 6. 1977.

El interno de la Institución de Cuidado Social para los Jóvenes con Discapacidad Mental de Brno-Chrlice, el menor Ides Jakub, podrá abandonar el centro cada viernes a las 13 horas y ser de nuevo ingresado para su cuidado institucional los domingos, antes de las 17 horas.

Firma: Ing. Vlastimil Kovár

El 7. 5. 1977

173

Sección Comarcal de la Seguridad del Estado de Uherské Hradiště, III div.

A la atención del resp. Švanc

Elaborado por: Nombre en clave / Dosier: INTÉRPRETE / 15701

Tipo de colaboración: trabajador operativo Registrado en: Administración de la SE de Uherské Hradiště

Informe sobre la investigación de Dora Idesová

La investigada asumió en el mes de junio de 1977 la custodia compartida de su hermano menor discapacitado mental Ides Jakub, del que se ocupa de viernes a domingo. Lo recoge cada viernes a las 13 horas, a las 14.20 se marchan en tren a Uherské Hradiště, de donde a las 17.15 parten en autobús en dirección a Starý Hrozenkov hasta la estación de Žítková. El domingo la investigada entrega al menor en la institución a las 17 horas. Entre semana, la investigada reside en un piso de alquiler en Brno, en la calle Francouzská n.º 112, y aparte del trabajo en la Cooperativa Cejl de la calle Cejl n.º 72, asiste a un curso de alemán en la Escuela de Idiomas Estatal de la calle Kolisté n.º 1 los viernes por la tarde. Tiene pocos contactos con otras personas, lo que probablemente se deba a que se mudó a Brno hace poco.

Conclusión: Confirmo el presupuesto de que la logística y el volumen de trabajo con su hermano discapacitado ment. imposibilitan por completo el contacto con Surmenová, a quien no puede ir a ver en las horas de visita de Kroměříž.

Seguimiento acabado el día 30. 9. 1977

JAKOUBEK

Ya entonces todos le explicaron que Dios Nuestro Señor sabía por qué había enviado aquella desgracia a Jakoubek. Que todo lo hacía por algún motivo, solo que a menudo se descubría más adelante. La expresión de sus rostros mientras se lo decían se convirtió en uno de los primeros recuerdos que conservaba de su infancia.

Surmena le ayudó a nacer, quién si no. Dora y su padre esperaron mucho rato en el soportal, arrebujados en sus abultados abrigos, cambiando de pie por el frío, hasta que oyeron el largo grito de la madre seguido de un llanto, aunque silencioso, convulsivo, y después nada más. Su padre dio unas cuantas vueltas más a la cabaña hasta que al fin se decidió a entrar. En la puerta, se topó con Surmena.

—Primero ve a buscar a Irma Gabrhelová —le dijo ella.

Su padre protestó, quería ver al recién nacido, pero ella no le permitió entrar. Estaba sobrio. Si hubiera estado borracho, sin duda no habría podido impedírselo. Así que se fue. No volvería antes de dos horas, porque hasta el claro de Černé, donde vivía Irma, había casi una hora de camino, que, con los bancos de nieve de febrero, podía alargarse más.

Así pues, tras su madre y Surmena, Dora fue la primera que vio a Jakoubek.

Su madre lloraba.

Lo tenía en brazos, ya lavado y envuelto; estaba tumbado, descansando en su pecho. Sobre la cabecita caían las lágrimas que fluían por las mejillas agotadas de su madre. Entendió el porqué en cuanto trepó a la cama de madera. La cara del bebé la espantó. Cierto, hasta entonces no había visto a ningún recién nacido, pero tampoco se había encontrado nunca nada tan extraño.

—¿Por qué tiene tan pocos dedos? —preguntó. En las manos tenía tres muñones sin uñas. Su madre empezó a sollozar todavía más. Surmena prefirió apartar a Dora, llevarla a la mesa.

—El hombre propone y Dios dispone —le dijo—, y nuestro deber es aceptar el destino que Él nos ha otorgado. Y nosotros: tú, yo y mamá y papá,

lo aceptaremos con valentía, prométemelo.

Dora asintió, obediente, aunque no estuviera nada segura de lo que significaba «aceptar algo con valentía».

Enseguida lo entendió, por la reacción de su padre.

Primero lloraron los dos, él y su madre.

Irma y Surmena caminaban inquietas por el cuarto, y Dora, desconcertada, se quedó sentada en el banco junto al hogar, tratando de descifrar aquella escena incomprensible, hasta que la venció el calor y empezó a dar cabezadas.

Quizá sucediera en duermevela, quizá tan solo lo soñara. No lo sabe.

Cree recordar que su padre cogió dos botellas de aguardiente del estante y se fue, por lo visto, al bosque. Irma y Surmena se sentaron al lado de su madre, que no dejaba de sollozar, y del niño silencioso. Con aquellas caras serias y pensativas, parecían dos hadas madrinas. De vez en cuando decían algo.

«Contrahecho», Dora recuerda esa palabra.

No puede deshacerse de la sensación de que aquel atardecer en que estuvieron allí sentados y ella dormitaba junto al hogar, también su madre habría preferido no tener a ese niño con la cabeza deformada, la cara hundida, hasta el punto de que casi se le perdía la nariz, y los ojos estrábicos.

«Quizá muera en breve, no tiene el paladar lo suficientemente formado», alcanzó a oír.

¿Fue Irma o Surmena quien, después, después de un susurro excitado del que solo quedaron las sibilantes enfatizadas, dijo que aquello era un pecado?

¿Qué era un pecado?

Cuando se despertó, se dirigió en silencio hacia ellas, hacia la cama, donde estaban inclinadas sobre el bebé, tumbado en el regazo de su madre. A través de sus robustos traseros no veía lo que estaba sucediendo, tuvo que apartar las dos recias figuras para mirar.

—¿Es una hermanita o un hermanito? —preguntó, y las tres se sobresaltaron hasta soltar un grito. En aquel momento Jakoubek empezó a llorar. Y sonó hueco, porque tenía una tela doblada colocada sobre su carita. Al empezar a retorcerse, su rostro quedó a la vista y ella sintió que la miraba por primera vez, que le había echado un vistazo, como de soslayo, hasta que sus ojos azul celeste se convirtieron en dos húmedas rendijas.

—Un hermanito —dijo su madre en voz baja apretando al niño contra su pecho. Surmena e Irma se apartaron de la cama.

Hoy sabe que los niños tan pequeños todavía no ven y, aunque no fuera así, Jakoubek no la habría visto con su ojo derecho, porque nunca vio bien con él. Pero con el izquierdo, sin embargo, aprecia hasta los detalles que se le escapan a Dora. Y con ese ojo izquierdo que a los extraños les provoca malestar, hundido en la cavidad del cráneo, sabe sonreír. Lo hace siempre que va a recogerlo, cada viernes por la tarde, a la institución, donde la espera en una sala tan fría como si fuera de hielo. Le sonríe con su ojo bueno y luego

arruga el muñón que tiene por nariz, y la cara se le tuerce todavía más, se hunde. Después emite una suerte de gruñido antes de decir algo similar a «po-fin», o simplemente su nombre. «Do-a», así la llama, porque su paladar nunca acabó de formarse y no pronuncia bien.

Hoy sabe también que esos son los síntomas del síndrome de Apert.

Pero, en aquel momento, en su casa, en Žítková, nadie lo sabía, y nadie lo supo hasta que los Servicios Sociales se los llevaron, a los dos. Entonces el único nombre que le daban era «engendro».

—¡Do-a, Do-a! —gritó cuando, ese viernes por la tarde, apareció en la puerta de la sala de espera de la institución. Pero esta vez era ella la que estaba más entusiasmada. Necesitaba una distracción que la apartara de los pensamientos opresivos que daban vueltas hasta el infinito alrededor del expediente de Surmena. Para ella, un fin de semana con Jakoubek en el silencio de la cabaña de Žítková era la salvación.

Él ya estaba preparado. Lo acompañaba una enfermera sonriente.

—Entonces nos vemos el domingo a las cinco, ¿no? —preguntó cuando soltó su brazo del suyo para pasárselo a Dora. Los hermanos se abrazaron. Ella le dio un beso en la frente; él la apretaba con fuerza sin dejar de chillar:

—¡Do-a, Do-a!

Al menos eso había cambiado, pensó, satisfecha. Antes era una enfermera esquiva e indiferente a las quejas quien le entregaba a un Jakoubek desaliñado, nervioso y con una visible sensación de alivio por que lo sacara del terrible entorno de la institución socialista. Después de la revolución, cuando los puestos de trabajo dejaron de ser asignados de oficio, aquellas arpías, poco a poco, fueron reemplazadas por cuidadoras más jóvenes y pacientes, que, al menos, eran amables. Ya fuera porque habían escogido el empleo voluntariamente y conociendo sus dificultades o porque el capitalismo obligaba a la gente a ganarse el sustento con su trabajo, el cambio era notable. En todo caso, comprobó que, con el paso del tiempo, su hermano dejaba de enfurruñarse cuando el domingo tocaba a su fin. Ahora, al llegar al centro, hasta se mostraba alegre. Eso suponía todo un alivio para Dora. Si al principio temía que Jakoubek pudiera estar siendo víctima de injusticias parecidas a las que ella experimentó en el internado de Hradiště, varios años después de la revolución estaba totalmente tranquila. Incluso contenta. Los reproches que se hacía por no poder hacerse cargo de él se esfumaron al saber que estaba feliz en la institución. Puesto que él no sufría, también ella decidió dejar de sufrir. Ambos se acostumbraron a sus nuevas vidas, un proceso que vivieron con alegría.

El autobús salía de Zvonařka en cuarenta minutos. Les sobraba tiempo para ir a la estación a pie y tomar algo dulce. Un helado, de los que compraban

en el quiosco que estaba al lado cuando hacía calor, o quizá el chocolate que Dora llevaba en su mochila cuando hacía frío. Los dos saboreaban con todos sus sentidos los primeros instantes de su reencuentro semanal.

Ahora, en otoño, llegaban a Hrozenkov ya de noche. La única tienda estaba aún abierta. Jakoubek, como de costumbre, se agarró al mango del primer carrito y empezó a moverlo espasmódicamente hasta que Dora lo ayudó a soltarlo de los demás. Luego, despacio, se dirigieron a las estanterías de la comida. Con paciencia, ella devolvía a su sitio las cosas innecesarias que su hermano, a un ritmo regular, tiraba en el carro de la compra. Por poco no agarró un bote de verduras que no habría aguantado el choque contra el resto de productos.

—Menudo chicarrón, ¿eh? —voceó Tichačka desde el mostrador de la carne.

—Y tanto… —asintió Dora con una sonrisa.

—¿Y no quiere llevarse esta carne ahumada? Me queda el último corte, está bien tierno, mire —preguntó, agitando sobre su cabeza el último trozo de carne.

—Vale.

—Pues se lo envuelvo. ¡Y tendrían que venir a misa! Me he dado cuenta de que hace al menos dos meses que no pasan por la iglesia. —Antes de terminar de empaquetar la carne tuvo tiempo de amenazar con el índice levantado.

—Si ya sabe que no le gusta. Y, además, molesta a todos —dijo ella disculpándose y, con una ligera presión en la espalda, forzó a Jakoubek a girar el carrito en dirección al mostrador de carne.

—Ya lo sé, pero de vez en cuando podría aguantarse, ¿no?

—Sí, sí… —respondió desconcertada, sonriendo y cogiendo su paquete.

—Pues hasta el domingo. Y no se les ocurra faltar, les llevaré unos bollos para que tengan algo para el camino de vuelta.

Dora quiso declinar su ofrecimiento con cortesía, pero, en lugar de eso, lanzó el paquete de carne al carrito e hizo un leve asentimiento a modo de despedida. Janigena estaba detrás de ella. No tuvo ni que darse la vuelta para saber a quién pertenecían la robusta silueta que entrevió por el rabillo del ojo y su olor tan peculiar, tan penetrante.

—Hola —saludó en voz baja, tratando de esquivar a su vecina del lejano claro de Pitín.

Janigena, desconcertada, respondió murmurando algo. Tichačka, desde el mostrador de la carnicería, las miraba con curiosidad.

Dora se dio la vuelta y fue hacia la caja apresuradamente.

Jakoubek, asustado, corrió tras ella. No entendía por qué su hermana se daba tanta prisa en pagar y meter en su mochila el contenido del carro.

Por lo general era él quien llenaba la bolsa de plástico que luego subía hasta Žítková. Pero ese día no. Dora se echó la mochila atiborrada a la espalda, agarró a Jakoubek de la mano y tiró de él. No se detuvieron hasta llegar a la parte trasera del cementerio, donde empezaba el sendero empinado que llevaba a su claro.

Jakoubek estaba enfurruñado.

—Toma, anda —dijo Dora, cansada, liberándose de la pesada carga.

La cara del muchacho se iluminó. Cogió las correas de la mochila y, con ayuda de Dora, se la echó al hombro. Entusiasmado, gimió. Las botellas de leche, pensó ella.

Solo entonces emprendieron el camino a su hogar, satisfechos. Empezaba un fin de semana como todos los demás.

ARCHIVO: CUARTO DÍA

Al cabo de tres días, el lunes por la mañana, volvió a llamar al timbre de la puerta de la sala de consulta. Le contestó la voz que ya conocía. Como de costumbre, subió al segundo piso.

«Hoy, seguramente, será el último día», le dijo al archivero que le entregó el expediente de Surmena. Unos momentos más tarde estaba pasando las páginas hasta llegar a las que le quedaban por leer.

192
A la sección comarcal de la Seguridad Estatal de Uherské Hradiště, III div.
A la atención del resp. Švanc
INFORME DE SITUACIÓN: Caso Surmenová Terézie
Entregado por: es «Klouzek»

Por la presente, informo de que el domingo día 10 de octubre de 1977 la paciente Surmenová Terézie recibió la visita de su sobrina Idesová Dora. Esta se identificó con todos los documentos requeridos. Por tanto, la enfermera de servicio, la camarada Frolková Eva, le permitió visitar a la paciente, que se halla estable, a resultas de la terapia electroconvulsiva.

El encuentro, de unos 40 minutos de duración (Idesová llegó ¾ h antes del fin del horario de vis.), discurrió sin complicaciones: la paciente y su sobrina se encontraron en la sala común y estuvieron en todo momento bajo la vigilancia del personal. Idesová trataba de entablar conversación con Surmenová, pero, bajo el efecto de la medicación sedante que se le aplica durante los fines de semana, la enferma no fue capaz de corresponder. Según el testimonio de la enfermera de servicio, Surmenová exhibió una inquietud fuera de lo habitual. La joven, visiblemente conmovida por el estado de su tía, hizo algunas preguntas a la enfermera, a las que se le contestó que Surmenová es un caso psicótico grave y que no se espera una mejoría. Como no se quedó satisfecha con la respuesta, la enfermera la instó a una consulta telefónica con su médico, algo que Idesová realizó el mismo lunes. Durante dicha consulta, se le explicaron con todo detalle los

pormenores la insidiosa enfermedad mental que sufre Surmenová, con lo que sus dudas quedaron disipadas. Tras acabar las horas de visita, la inquietud de la paciente alcanzó un punto crítico, motivo por el que se le suministró una dosis extra de sedantes IM. También en los días posteriores al encuentro con Idesová se observa en ella un exceso de agitación. La medicación se ha adecuado a las nuevas necesidades.

La culpa, que había conseguido ahuyentar durante el fin de semana con Jakloubek, abrumó de nuevo a Dora. Un solo documento y volvía a estar ahí.

Frente a sus ojos apareció Surmena tal como la vio por primera vez después de años. Costaba reconocerla. Una anciana temblorosa, vestida, en lugar de con el colorido típico de los Claros, con el mono azul del hospital; una mujer vieja y arrugada que sin su ayuda no habría llegado ni hasta la mesa de la sala de visitas.

Se había asustado. Aunque esperaba a una persona enferma, se encontró con un despojo, alguien que apenas le recordaba a Surmena. No parecía comprender que Dora estaba allí, que por fin estaba allí, que la había encontrado, que después de tanto tiempo había conseguido reunirse con ella. Si Baglár no hubiera ido a su casa de Bedová para ofrecerse a acercarles en coche a Brno, no le habría dado tiempo a devolver a Jakoubek a la institución tan temprano y coger el autobús a Kroměříž. Al acabar la breve visita, en el camino de vuelta a Brno, no dejaba de pensar en lo que habría podido ocurrir durante aquellos casi cuatro años en que no se habían visto.

Calculó que Surmena debía de tener en torno a setenta años. No siempre sucede así, pero, en ciertos casos, a esa edad algunas personas se convierten muy rápido en una sombra de sí mismas. Una sombra de lo que fueron.

Recordó la voz compasiva y suave de Kalousek, que habló con ella por teléfono al día siguiente, tratándola como a una niña.

«En estos casos la ciencia se queda corta, créame. Hay decenas de investigaciones médicas abiertas sobre este tipo de trastornos mentales, en nuestro país y en la Unión Soviética. A mí también me gustaría que por fin hubiera algún resultado inequívoco, ni se lo imagina. Podría contarles a los familiares cosas mucho más concretas. ¿Acaso cree que me resulta fácil? ¿Pasar un día tras otro sin ser capaz de dar una explicación a las familias que sufren? ¿Sin proporcionar consuelo alguno al paciente que sufre? Aparte de los medicamentos, claro está… Pero, por desgracia, el cerebro sigue siendo un gran misterio. Lo único que puedo decirle es que el caso de su tía, en realidad, es común. Una persona sana, poco a poco, se convierte en otra, la enfermedad es progresiva, y a veces es más rápida, otras, más lenta… Y la medicación revierte este proceso solo en parte. Depende también del paciente y de cómo asimile los medicamentos. En algunas ocasiones, como en el caso de su tía, estos no actúan según lo esperado y la enfermedad degenera en un estadio terminal. Ya la ha visto. Y sin duda se habrá fijado en otros casos así en la

sección, ¿verdad? Claro. Pero sí le puedo asegurar una cosa: su tía no sufre. En este momento, a ella todo le da igual, incluso usted. Ha perdido la capacidad de pensar atendiendo a la lógica, no percibe ni el tiempo ni a la gente a su alrededor, el mundo le es indiferente. No. No mejorará. Lo siento, intente tomárselo por el lado positivo: ante todo, ella está contenta. La enfermedad que padece, al menos en esto, es misericordiosa… Se lo garantizo, sí, así es la vida, simple y llanamente».

Miserable. La convenció. Por otra parte, ella recabó toda la información que pudo encontrar sobre el trastorno que padecía Surmena. Y lo que encontró no fue en absoluto alentador.

Así que se resignó.

Quizá antes de lo que hubiera debido, pero, aparte de la enfermedad de Surmena, en aquella época tenía muchos más problemas de los que ocuparse: el nuevo trabajo, la vida en una ciudad desconocida, la convivencia con Jakoubek y sus difíciles traslados de un lugar a otro, la cabaña de Žítková… Apenas podía con todo. No le quedaban fuerzas para dudar de las palabras de Kalousek.

Tras aquel primer encuentro, la visitó varias veces más; la última, en la primavera de 1979.

Era un día soleado y los pacientes, ataviados con la ropa del hospital, encogida de tanto lavarse, paseaban por el parque que se extendía alrededor del edificio, solos o en compañía de sus respectivas visitas. Y ella le pidió a la enfermera que permitieran salir también a Surmena. Y se lo permitieron. Obviamente, sabían que en su estado no tenían nada que temer.

Se arrastró con ella hacia el ascensor. Y, una vez abajo, caminaron por el sendero de grava hasta el banco, bajo los tilos en flor. Olía a flores, y los insectos zumbaban entre las ramas de los árboles. Recuerda lo contenta que se puso por poder sentarse a su lado, sin más, por estar cogiéndole su mano inquieta mientras aspiraba el olor del tilo y disfrutaba del calor de los rayos del sol, que absorbía por todos sus poros.

Nunca habría esperado que se despertara algo tan potente en Surmena.

Empezó con una convulsión. No se trataba de ese temblor continuo de quienes sufren de párkinson, que estremece sus miembros a un ritmo regular, sino otro, mucho más violento, que la sacudía en oleadas. La ensoñación de Dora se desvaneció cuando sintió el frenesí con el que Surmena la agarraba. Miró aterrada a su tía.

Unos pequeños calambres contraían su cara, las comisuras de sus labios se retorcían en una mueca que desaparecía enseguida para volver a formarse. Dora se arrodilló para verla mejor. Le preguntó qué le pasaba, lo repitió varias veces, como si esperara que Surmena, hasta entonces muda, le contestara. Y,

para su sorpresa, lo hizo.

«No te vayas», le dijo. Tal vez ella, aturdida por el calor primaveral, se convenció de haberlo oído, ya no es capaz de afirmarlo.

«No te vayas», pensó entonces que había dicho Surmena. Aquel cambio repentino la paralizó, no se le habría pasado por la cabeza irse a ningún sitio. Pero quién sabía, quizá no fuera solo el estado de Surmena lo que había cambiado, quizá fuera cosa suya. Dora se había adentrado en un sueño, un delirio místico en el que se aproximaban la una a la otra para poder contarse lo que hoy constaba escrito con letra torpe y nerviosa, todavía marcada por la rabia, en su diario. Quién sabe. Pero así fue y, en los minutos que siguieron, Dora se bebió las palabras que salían de Surmena; unas palabras expulsadas de manera espasmódica, a borbotones; palabras empañadas por una voz ronca que se abría paso desde los labios habitualmente cerrados con firmeza.

Las horas de visita debían de haber acabado hacía mucho, porque los murmullos de Surmena fueron interrumpidos por la enfermera y el celador, que las estaban buscando. Cierto, el parque estaba ya vado, sin duda los pacientes habían regresado a sus habitaciones, pero ella se dio cuenta demasiado tarde, cuando ya todo había acabado. Antes de eso, el celador había agarrado a Surmena, aunque Dora gritaba que la soltara. La cogió, se la echó a la espalda como un saco e, ignorando a Dora, se la llevó a su pabellón. Entre tanto, la enfermera le cerraba el paso y le decía a voz en grito, con un tono muy agudo, que estaba violando los horarios de visitas y el régimen regular de la paciente, a la que había alterado, a la que había provocado una crisis nerviosa, a la que… Y, mientras, Surmena, encogida, con los ojos y la desdentada boca abiertos de par en par, estirando la mano impotente hacia ella, hacia Dora, se eclipsó en la curva del camino, donde desapareció de su vista.

La enfermera, casi con violencia, condujo a Dora hacia la recepción, la empujó fuera del recinto, y la puerta se cerró amenazadoramente a sus espaldas.

Dos pasos después de doblar la esquina, se desplomó. No llegó a coger el autobús de Brno.

Tuvo que esforzarse mucho para ahuyentar los recuerdos dolorosos. Pero el tiempo acuciaba implacable, así que, con un suspiro, prefirió seguir con otro documento.

207
A la sección comarcal de la Seguridad Estatal de Uherské Hradiště, III div.

A la atención del resp. Švanc
INFORME DE SITUACIÓN: Caso Surmenová Terézie
Entregado por: es «Klouzek»

Defunción en el San. Psiq. Est. de Kroměříž

La paciente Surmenová Terézie, hospitalizada aquí desde el 17. 6. 1974, ha muerto en la sección 5A del San. Psiq. Est. de Kroměříž a las 22.00 horas del día 12 de mayo.

Causa de la muerte: insuficiencia cardiaca.

El cuerpo de Surmenová Terézie fue examinado el 13. 5. 1979 a las 7.30 horas por el doctor del SPEK Dr. Petera Pavel (perteneciente a la sección 5A), que firmó el registro. También constataron el deceso los médicos de Uh. Brod y en el domicilio de la antedicha, en la JNL de Žítková. El cadáver se encuentra en el depósito del SPEK y en los próximos días será trasladado para la cremación o el entierro.

216

A la Sección Comarcal de la Seguridad del Estado de Uherské Hradiště, III div.

A la atención del resp. Švanc
Elaborado por: Nombre en clave / Dosier: INTÉRPRETE / 15701
Tipo de colaboración: trabajador operativo Registrado en: Administración de la SE de Uherské Hradiště

Registro del funeral de Surmenová Terézie

Con fecha de 19. 6. 1979, en la JNL de Žítková se recogió la urna con los restos de Surmenová Terézie, que ese mismo día a las 11 horas, por iniciativa de su sobrina Idesová Dora, fue depositada en el cementerio de Starý Hrozenkov.

El funeral fue oficiado por el párroco Sesták Antonín de Starý Hrozenkov, en presencia del secretario eclesiástico de la JNL. Asistieron al entierro un total de 21 personas.

Tras la finalización del funeral, la sobrina Idesová Dora expresó su agradecimiento a los presentes con estas palabras: «Gracias a todos los que habéis acompañado a nuestra tía, aunque no la hayáis visto desde hace mucho tiempo. Sin duda le habría gustado saber que no la habéis olvidado. Todos los que estáis aquí sabéis dónde ha pasado los últimos años. En este sentido me gustaría rogaros una sola cosa: que nadie la recuerde como a una enferma mental, sino como a una persona que durante toda su vida tuvo la voluntad de ayudar…». Idesová no fue capaz de continuar. Dos mujeres vestidas con traje regional (Gabrhelová Irma y Baglárová Alžběta) se hicieron cargo de ella, le cubrieron la boca y la cara con un pañuelo, así que no hubo más discursos. Durante el entierro no se registraron incidentes. Cuando concluyó, los ciudadanos

presentes se disolvieron e Idesová y su hermano regresaron en autobús a Brno; él a la institución donde reside.
Operación concluida el día 19. 6. 1979 a las 17.45 h.
Gastos totales: 96 coronas

Dora, pensativa, examinó la copia del acta de defunción y la factura por la cremación, que estaba grapada. Era la primera vez que las veía.

De la muerte de Surmena se enteró dos semanas después. Nadie la informó. Se quedó allí, rabiosa ante la puerta de la sala de enfermeras, que se cerró frente a ella de golpe.

—¡No puede ser verdad! —exclamó, alzando los puños.

Desde alguna habitación del largo pasillo que quedaba a sus espaldas, se escapó un grito.

—¡No puede ser verdad! —repitió. Estaba a punto de golpear la puerta de nuevo cuando se abrió sin darle apenas tiempo a retirarse.

—¿Y esos gritos? ¿No sabe en qué sección está? Aquí debe mantener la calma, ¿no lo ve? —La enfermera señaló el cartel de la pared.

—No puede ser verdad lo que acaba de decir… ¡No puede ser verdad!

—Pues sí. Usted misma la vio, aquí, cuando vino a visitarla. Estaba en las últimas. Mis más sinceras condolencias. Y si quiere saber algo más, ¡llame mañana al doctor!

La enfermera intentó cerrar la puerta, pero Dora consiguió meter el pie en el resquicio.

—¿Y dónde está?

—¿Cómo que dónde está?

—¿Dónde la han enterrado? ¿Dónde están sus restos?

—La han incinerado, por supuesto, como ordena la ley en el caso de las personas que viven solas, sin familiares directos. Quizá esté a tiempo de recoger la urna en el crematorio. Informe a su JNL, allí deberían saberlo. Y aparte ese pie, por favor, ¡no puedo pasarme todo el día charlando con usted!

Dora se retiró, impotente. Surmena no valía para ellos ni una sencilla llamada de teléfono. A ella, a Dora.

Entonces tenía todavía veintiún años, no sabía lo que debía hacer. A quién dirigirse, a quién quejarse. Surmena había muerto, antes o después tenía que ocurrir, y Dora, después de haberla visto la última vez en aquel terrible estado, lo sabía bien. Pero no tendrían que haberla incinerado. Surmena merecía una misa donde se hubieran reunido todos los habitantes de los Claros, que se habrían despedido apretándole la mano, tras un cortejo fúnebre que habría recorrido el pueblo. La habrían acompañado en su último viaje, el párroco habría oficiado un responso y los más pequeños habrían estirado el cuello para ver si también esta diosa salía volando del ataúd, como todas las que la precedieron. Como Krahulka, Dora lo había visto con sus propios ojos. Por otro lado, cómo no iba a salir volando, fue inevitable, pues los porteadores del

féretro trastabillaron por los nervios y por las altas dosis del aguardiente que debían ahuyentar su miedo. Sin duda tropezaron, el tío Ruchár o Burget, uno de los de delante, el ataúd volcó junto a la tumba, la tapa saltó y la mitad del cuerpo de Krahulka se quedó colgando sobre el hoyo. Los brazos rígidos se quedaron separados de los hombros de una forma antinatural. Todos gritaron de terror, y durante meses los niños de Hrozenkov tuvieron pesadillas. Incluida Dora.

Pero a Surmena no se le concedió un entierro así. Sencillamente, no la enterraron. La habían incinerado, le habían quitado su cuerpo, algo que ella no habría querido.

Tenía una fe inquebrantable en la resurrección, como todos los habitantes de Hrozenkov, a quienes nadie habría podido convencer de que un día no volverían a sus cuerpos terrenales. Esa idea les resultaba tan natural como sacar el abrigo del armario en otoño y ponérselo. Todos ellos podrían hacerlo, menos Surmena.

Este recuerdo todavía atormentaba a Dora.

¡Qué triste, comparado con un entierro de verdad, fue depositar la urna en la tierra, esa pequeña caja gris que ocultaba en sus entrañas el polvo de Surmena! Para colmo, ahora descubría que ni siquiera les permitieron hacerlo en la intimidad.

¿Cuál de las personas que rodeaban la tumba de Surmena sería el *Intérprete*? Hacía tiempo que sus caras se habían fundido en una masa única. Y en aquel momento Dora no estaba en condiciones de preguntar quiénes eran los desconocidos. Suponía que serían parientes lejanos o gente a la que Surmena había ayudado alguna vez.

Con un suspiro, dejó el informe del *Intérprete* sobre el trascurso del funeral en la pila de documentos leídos.

En el montón de la derecha quedaban pocos documentos. Aprisa, repasó las actas oficiales sobre el proceso de la herencia de Surmena, que conocía bien. Sus propias cartas, en las que regateaba con la Administración por la cabaña de Bedová, medio derruida. Apartó las respuestas negativas. No se detuvo en esos papeles, no quería volver a obcecarse con algo a lo que en el pasado le había costado tanto resignarse. Que le hubieran quitado incluso lo poco que había quedado de Surmena para luego alquilárselo de nuevo, como si fuera una extraña. Al final, sin poder contenerse, fue directa a las últimas páginas.

279

A la sección comarcal de la Seguridad Estatal de Uherské Hradiště

Informe concluyente del caso «SURMENOVÁ TERÉZIE»

Exped. desig. PO-KT3 30 987 establecido el 10. 9. 1953 sobre la ciudadana de nacionalidad checoslovaca:

SURMENOVÁ TERÉZIE, nac. 24. 7. 1910, domicilio en Žítková n.º 28, distr. de Uherské Hradiště (orig. Uherský Brod)

El expediente fue abierto para investigar una actividad curativa ilícita, con la que amenazaba la salud de los ciudadanos checosl., y por la que solicitaba un importe no declarado, robando así a la economía checosl. y al pueblo checosl., con lo que incurría en la comisión del delito contemplado en el artículo §221/1 del Código Penal.

Cuando se transmitió la investigación a las autoridades de la Seg. Est. de Uh. Brod, se comprobó que Surmenová pertenecía a un grupo de personas al que se tuvo bajo vigilancia en los años 1945-1953 en el marco de la operación con nombre en clave «Diosas». Durante este proceso se investigó a sospechosos de actividades hostiles internas y opiniones contra la República Dem. Pop. Checosl., sobre todo por los contactos que mantuvieron durante la ocupación con las autoridades alemanas enemigas por encargo especial de las SS, y que no fueron indagadas por el tribunal del pueblo en 1945.

La operación «Diosas» estaba dirigida principalmente a averiguar la identidad de algunas de las personas que visitaban a estas mujeres, en el pasado y en el periodo en el que se desarrolló la investigación. Se tenían fundadas sospechas de que, en el marco de la red clientelar que, debido a su actividad, establecieron Surmenová y las demás integrantes del grupo «Diosas», se posibilitara el traspaso de información a las potencias enemigas, presumiblemente, a través de algunos ciudadanos que acudían a Žítková desde distintos puntos de la república, o extranjeros, de los que se sospechaba que podían ser miembros de una red de agentes enem. Entre los visitantes fue posteriormente identificado el miembro del cuerpo diplomático de la Rep. Austríaca (viajó a Žítková en 1948), además de varias personas de la Rep. Pop. Húngara (en los aa. 1945-1949),la Rep. Pop. Polaca (en los aa. 1946-1950) y otras. Por desgracia, durante la operación no se averiguó nada relevante sobre el contenido de las reuniones de las personas vigiladas con los sospechosos de actividades de sabotaje, porque la información, en caso de haber sido transmitida, lo fue de manera privada y oral, y por tanto imposible de verificar (no se consiguió instalar equipos de escucha en las viviendas). Una única sospechosa, con el nombre en clave «ADIVINADORA», fue condenada por divulgar noticias alarmistas y falsas sobre los representantes de la SSSR y la CSSR, que descubrió en un proceso de adivinación por vertido de cera (por lo visto adivinó la muerte de los camaradas Stalin y Gottwald). Habida cuenta de la falta de pruebas sobre las «Diosas», habida cuenta de la disminución de las

actividades de estas tras la captura de la ADIVINADORA, y habida cuenta también de la finalización de las visitas extranjeras a Žítková, la operación fue suspendida en agosto de 1953.

Un mes más tarde se inició la investigación a Surmenová, que continuó con su práctica médica ilícita y reaccionaria.

No se pudieron probar ninguna de las acusaciones del Comité Nac. Prov. — Dep. de salud de Uh. Brod, que denunciaban los negocios ilegales de Surmenová; sin embargo, en 1974 fuimos advertidos por el informador de nombre en clave «HECHICERA», que había colaborado ya notablemente con nosotros durante la operación «Diosas», de la práctica ilícita de un aborto, que habría sido llevado a cabo por Surmenová y que tuvo como consecuencia una defunción.

Tras presentarse al interrogatorio por dicho incidente, Surmenová se negó a colaborar y mostró tal agresividad que la autoridad competente llegó a la conclusión de que estaba mentalmente incapacitada, por lo que fue trasladada al San. Psiq. Est. de Kroměříž para una revisión. Allí se descubrió que padecía de una enfermedad psiquiátrica que fue agravándose poco a poco hasta su muerte por paro cardiaco en 1979.

Desde 1974 hasta 1979, dada la gravedad de su caso, se mantuvo a Surmenová apartada de las visitas, durante las que podría haber continuado con sus prácticas subversivas. Por este motivo, pensamos que toda la actividad sediciosa del sujeto vigilado terminó en 1974.

Valoración: Surmenová Terézie era una enemiga del gobierno socialista. Fue complicado desenmascarar sus procedimientos, pues los realizaba de manera individual y adoptando numerosas medidas de seguridad. Transcurrieron varios años hasta que se demostró su actividad, pero luego fue apartada con éxito del colectivo sano, previniendo así el futuro daño a la sociedad checos 1. Surmenová no transmitió sus opiniones y su visión reaccionaria del mundo, así como tampoco su relación con la medicina pagana, a los menores puestos a su cargo en 1966-1974. En aquella época ambos eran todavía muy pequeños y no entendían la actividad de Surmenová ni aprendieron a practicarla. En la actualidad, Idesová Dora trabaja como dependienta en la Cooperativa Cejl de Brno, adonde se mudó para estar más cerca de su hermano, Ides Jakub, interno en la Institución de Cuid. Soc. para Jóvenes Disc. Ment. de Brno-Chrlice, sanatorio en el que pasa sus días de una forma tranquila. Concluye, por tanto, su seguimiento.

Por la presente declaramos que el proceso contra el enemigo interno «SURMENA» ha sido resuelto con éxito y proponemos que se archive el exped. desig. PO-KT3 30 987.

Resp.: J. Švanc

El 15. 7. 1979

EL CASO «DIOSAS»

El último documento se encontraba boca abajo, aunque las palabras se transparentaban. Dora estaba triste. Era como si Surmena hubiera muerto de nuevo, aunque esta vez de manera diferente.

Con todo, también se sentía contenta. Estaba agotada. De la infinita serie de actas y declaraciones manipuladas. De todas aquellas revelaciones sobre la Anda de Surmena, empezando por sus hijos y acabando por la operación «Diosas». ¿Y quién era la *Adivina*? ¿Y la *Hechicera*?

Pensativa, acarició el reverso de plástico de la última página.

Solo le quedaba por examinar la carpeta azul medio vacía con la etiqueta caso diosas (fragmentos relevantes al caso surmenová), colocada en último lugar, sujeta a la tapa con unos clips. Con movimientos lentos y cansados, la liberó y la abrió. Sobre la mesa se desparramaron varios recortes de periódico y un par de folios escritos a mano o a máquina.

Hojeó los recortes, el último se le quedó pegado a los dedos.

119

Bohyně na Žítkové

Poděl mor.-slovenských hranic jsou Kopanice, země vzdálená, zapomenutá a ztracená, kde je začátek kamení a konec chleba. Podnes tam žije lid skoro biblický, který si zachoval prastaré obyčeje a kroje; je to národek samá poesie a píseň, ale plný pověr a čarodějnictví. Jedna kopaničářská vesnice, rozhozená na neschůdných kopcích, Žítková, je proslulá tím, že tam už několik století mají své sídlo „bohyně", kterým ve středověku říkali čarodějnice.

Když se chce na Kopanicích oženit chlapec nebo vdát děvče, zajde si k bohyni; když někoho potká neštěstí, nebo stihne zlá nemoc, pomůže a poradí bohyně. Lid věří, že tyto ženy pomocí tajemných přírodních sil mohou ovlivňovat lidi i zvířata. Navštívili jsme tyto věštkyně, snad poslední svého rodu, těšící se velké proslulosti. K jedné z nich přišli jsme pozdě večer a poznali, že žena, která „čaruje", znalostmi různých praktik může opravdu nahnat současníkům hrůzu.

Druhá bohyně, bydlící na těžko dostupném kopci, 73 letá, ovládá řadu podivných rituálů, kterých užívá ke své tajuplné práci. Obě bohyně připravují různé lektvary, masti a jedy. Nejběžnější způsob „bohování" je ten, že bohyně nalije do vody roztavený vosk a při tom odříkává tuto formuli:

„Moja bystra čista vodička, odkel ty tečeš? Od Jordána mesta. Čos tam robievala? Pana Ježiša Krista umývala, opatrovala, okrašlovala. Teš ja ca pekně prosím, keď od pána Boha musím, abys tuto robičku (v případě, že je to žena) opeknila, okrasnila, oveselila, aby ona bola najpeknějšia, najkrasnějšia, nad všecky panny, nad všecky ženy, len nad Macičku bohu nie. Nerobým ja to z mojej moci, Krista pana dopomocu. K temu mi odpomáhaje Bůch Otec, Bůch syn, Bůch duch svatý, amen." (Přesně opsáno jak mluveno.)

Z vosku nalitého do vody tvoří se houbovité útvary a z nich bohyně pomocí černé magie a znalosti přírodních věd bezpečně pozná nemoci a vše co vás čeká dobrého i zlého a co vás nemine.

Zná pro každou nemoc byliny, které pomohou, pro každé neštěstí východisko. Zná praktiky, z kterých se lidé zmocňuje strach, ale dovede také dáti naději, vrátit víru v život, navrátit zdraví . . .

Vesnice i stavení na Kopanicích, jsou od sebe velmi daleko, za deště a v zimě je na neschůdných kopcích cesta nemožná. Obyvatelé nemohou volat k nemocnému lékaře, nemají rádia v nouzi a v osudových krocích do života. Proto podnes bohyně na Žítkové zůstaly jejich nadějí a vírou, neboť dovedou „bohovat", všecko vědí, vše znají a dovedou dělat divy, jako nikdo na světě . . .

J. V.

Anna Strahalová, proslulá věštkyně na Žítkové (73letá) je matkou 11 dětí.

Marie Mahdalová, bohyně z Potočné.

PŘI ŽENSKÝCH NEMOCECH se užívá velice často přírodní hořká voda Františka Josefa, neboť její užívání jest snadné a její mírně projímavý účinek se dostavuje v krátké době a bez nepříjemných vedlejších škodlivých účinků.

Así que este era el aspecto de la madre de Irma, la ilustre diosa y comadrona Anna Struhárová. Al periodista se le había colado una errata en el nombre. Pero a quién le habría interesado entonces, si ni la misma Anna sabría cómo se escribía exactamente, lo más probable es que fuera analfabeta. Observó con detenimiento su rostro surcado de arrugas. Incluso a pesar de la desconfianza que debía de suscitarle la cámara del fotógrafo desconocido, tuvo la sensación de que irradiaba bondad y sabiduría. Se habría puesto en manos de Anna Struhárová, igual que de su hija Irma.

Los rasgos de la segunda mujer de la imagen, Marie Mahdalka, los conocía. Cuando era pequeña, la veía algunos domingos en la iglesia. Aunque era del lado eslovaco, de Potočná, iba a la iglesia de Hrozenkov, que le quedaba más cerca. Se sentaba con toda la familia en el último banco. Dora recuerda su figura menuda y el jaleo que armaban sus hijos, que interrumpían la misa. Y también sus ojos oscuros y penetrantes, cuando se posaban sobre ella por casualidad. Como si se burlaran, pensaba Dora siempre después, y enseguida se convencía de que era una estupidez, de que aquella diosa extranjera no tenía ningún motivo para reírse de ella. De la fotografía saltó al texto. Sonrió cuando llegó a lo de la magia negra. Recordó que un vecino le había contado que en una ocasión, hacía mucho tiempo, él y sus amigos fueron a espiar a la diosa. Nada más irse su visita, vieron a un demonio centelleante saliendo de la chimenea. Huyeron de allí tan aprisa que a punto estuvieron de abrirse la cabeza. ¡Así que magia negra…!

Dejó a un lado el artículo y cogió otro fragmento. Era una nota escrita con caligrafía anticuada:

Comprobar
Del Archivo MZM de Brno: Gestapo, fondo B-340 (Geheime Staatspolizei Zlin)
Del Archivo SNA de Bratislava: Gestapo, fondo NS-42 (Staatliche Sicherheitszentrale in Preßburg)
1) Actividad de las diosas 1939-1945
2) Su orientación política durante la guerra, esp. la relación con el fascismo y el capitalismo burgués

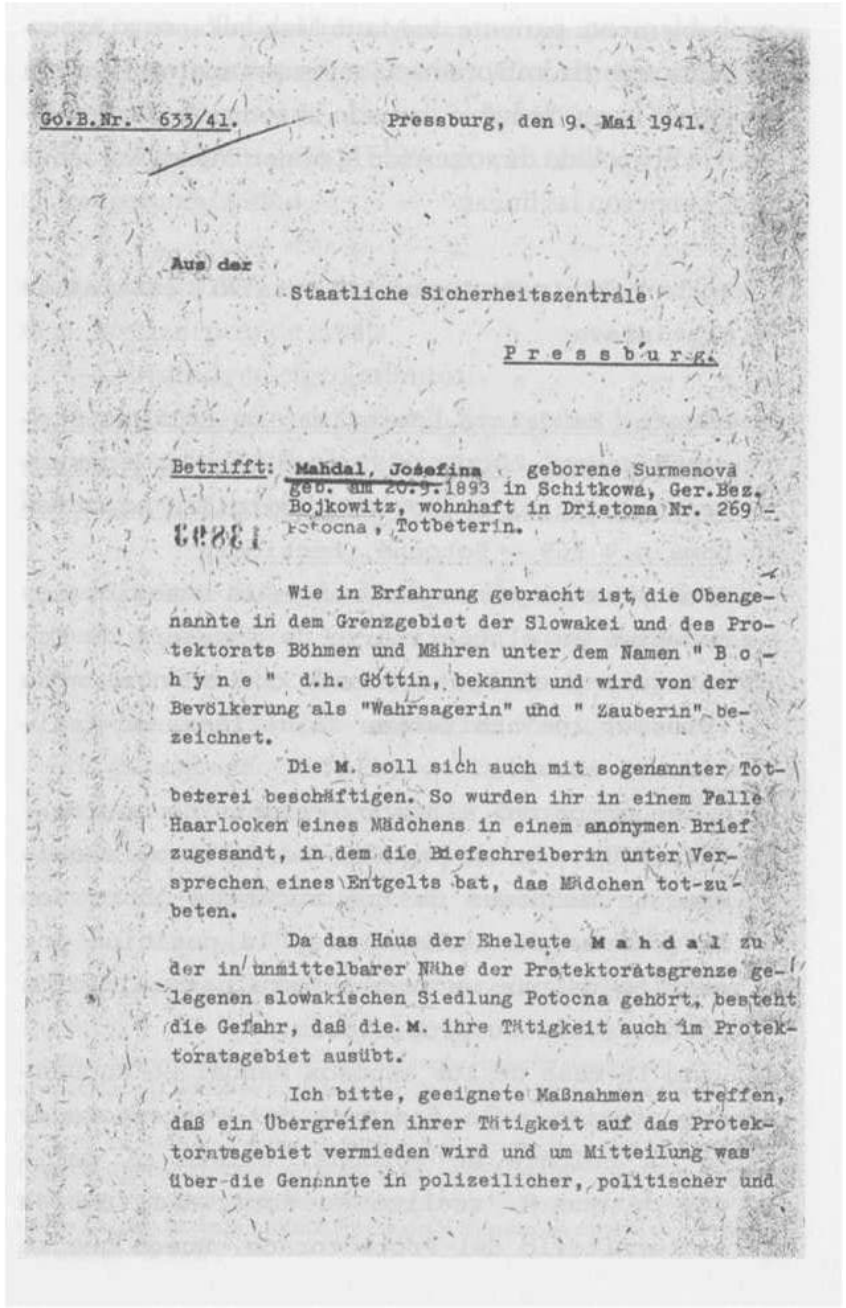
De nuevo aquella absurda vinculación de las diosas con la política del Protectorado y la ocupación, pensó Dora, negando con la cabeza. ¿Lo creían en serio o es que necesitaban una excusa para perseguir a las diosas?

No recordaba que Surmena hubiera preguntado nunca a una visita qué opinaba, de qué nacionalidad era o cuáles eran sus ideas políticas. No le interesaba en absoluto, apenas sabía quién era presidente en cada época y no tenía ni idea sobre qué partido gobernaba. Por qué iba a saberlo, no lo necesitaba para curar: si alguien estaba en apuros lo ayudaba, checo o alemán,

eslovaco o húngaro. Dora habría jurado que entre Surmena y la gente que la visitaba no hubo nada que no tuviera que ver con la curación, ni durante la guerra ni después. Por eso las acusaciones de colaboración con la red de agentes enemigos a las que se hacía alusión en el informe final del expediente le parecían falsas. Si no lo hubiera visto con sus propios ojos, negro sobre blanco, jamás habría creído que a semejante invención pudiera dársele credibilidad. Pero así fue y, bajo la supervisión de un funcionario ideológicamente meticuloso, había germinado como caso «Diosas», y más tarde había sido determinante también en el periodo de vigilancia de Surmena.

El joven archivero cruzó la sala, se inclinó sobre los ordenadores de la esquina y los fue apagando, uno tras otro. Se acercaba la hora de marcharse.

Dora devolvió a la carpeta el artículo y el fragmento de papel con la nota manuscrita y, poco a poco, hizo lo mismo con las notas de un periodista que había ido a ver a Surmena para un reportaje y con el resto de los documentos. El último en el que reparó era en verdad extraño: una carta oficial escrita en alemán y enviada al comienzo de la guerra a los guardias de frontera del Protectorado. Concernía a otra de las diosas, Josefina Mahdalová, probablemente pariente de Marie Mahdalka, cuyo aspecto había recordado Dora hacía unos momentos. Pero era otra cosa la que le había llamado la atención; sorprendida, vio el apellido de soltera de la mujer: Surmenová. Sus ojos barrieron las líneas:



Go.B.Nr. 633/41. Pressburg, den 9. Mai 1941.

Aus der

Staatliche Sicherheitszentrale

P r e s s b u r g.

Betrifft: Mahdal, Josefina geborene Surmenová geb. am 20.9.1893 in Schitkowa, Ger.Bez. Bojkowitz, wohnhaft in Drietoma Nr. 269 - Potocna, Totbeterin.

Wie in Erfahrung gebracht ist, die Obengenannte in dem Grenzgebiet der Slowakei und des Protektorats Böhmen und Mähren unter dem Namen " B o h y n e " d.h. Göttin, bekannt und wird von der Bevölkerung als "Wahrsagerin" und " Zauberin" bezeichnet.

Die M. soll sich auch mit sogenannter Totbeterei beschäftigen. So wurden ihr in einem Falle Haarlocken eines Mädchens in einem anonymen Brief zugesandt, in dem die Briefschreiberin unter Versprechen eines Entgelts bat, das Mädchen tot-zubeten.

Da das Haus der Eheleute M a h d a l zu der in unmittelbarer Nähe der Protektoratsgrenze gelegenen slowakischen Siedlung Potocna gehört, besteht die Gefahr, daß die M. ihre Tätigkeit auch im Protektoratsgebiet ausübt.

Ich bitte, geeignete Maßnahmen zu treffen, daß ein Übergreifen ihrer Tätigkeit auf das Protektoratsgebiet vermieden wird und um Mitteilung was über die Genannte in polizeilicher, politischer und

De la Policía de Seguridad Estatal, central de Bratislava

Asunto; Mahdalová, Josefina, de soltera Surmenová, nac. 20. 9. 1893 en Žitková, departamento judicial Bojkovice, domicilio

en Drietoma n.º 269 – Potočná, hechicera

Como sabemos por experiencia, la susodicha es conocida en el territorio de frontera de Eslovaquia y el Protectorado con el nombre de «Diosa», los habitantes la califican de «adivina» o «bruja».

M. se ocupa del llamado «conjuro de muerte». Para ello, en un caso se le enviaron anónimamente mechones de una muchacha junto con la promesa de recompensa y la petición por escrito de que se pronunciara una maldición mortal sobre su propietaria.

Como la casa de los esposos Mahdal se encuentra próxima a la frontera del Protectorado, en la colonia de Potočná, existe el peligro de que M. realice su actividad también en territorio del Protectorado. Ruego que se apliquen las medidas pertinentes para que, en caso de extender sus prácticas al territorio del Protectorado, su actividad sea limitada e intervenida política y policialmente con responsabilidad.

Cuando Dora dio la vuelta al documento, una voz resuelta cortó el silencio de la sala.

—¡Cerramos en cinco minutos!

Dora miró el reloj de la pared. Era verdad, le quedaban cinco minutos. Sin perder un segundo, leyó atentamente la última parte del texto.

De la actividad de la llamada M. se ha informado también a la división SS-H-Sonderauftrag, sección Ahnenerbe[10], que ha conducido una investigación sobre dicha cuestión en el territorio del Estado Eslovaco y nos pidió que notificáramos casos parecidos. En los próximos días, esperen, pues, la visita de un comando con acreditación especial.

Ignaz Mielke, Hauptkommissar Staatliche Sicherheitszentrale in Preßburg

Cuando acabó de leer, se quedó mirando sorprendida el papel unos segundos.

Conque ese es el nexo entre las diosas y los miembros de las SS, pensó. Si el comando especial llegó a hacer esa visita, ¡la persecución de las videntes de Žítková por sus contactos con los alemanes y todo el caso «Diosas» no carecía de fundamento!

Sus reflexiones fueron interrumpidas por las toses del impaciente archivero. Dora, vacilante, volvió a meter el papel en la carpeta. Los más variopintos pensamientos revoloteaban por su cabeza. ¿Qué demostraba esta carta? Nada que apuntara a Surmena como colaboradora de los ocupantes, pues se refería a una diosa distinta. Pero ¿por qué estaba entonces en su carpeta? ¿Por el apellido de soltera de Mahdalka, Surmenová?

Tras un instante de indecisión, se levantó de golpe y, con el expediente y la carpeta azul en la mano, dio unos golpes en el vidrio tras el que estaba sentado

el archivero.

—¿Puede copiármelo, por favor? Son un par de folios nada más, no querría tener que regresar solo a por esto desde Brno, ¿entiende? Si fuera tan amable… —dijo y, con la mirada suplicante, le entregó la carpeta mientras colocaba el expediente en el estante de préstamos devueltos.

El hombre miró a su alrededor. No estaba permitido hacer copias. Pero luego tendió la mano y dijo:

—Tráigalo aquí, por dos o tres documentos nadie me pegará un tiro.

La luz bajo la tapa de la fotocopiadora relampagueó en sus caras cuatro veces. Eran las cinco y un minuto cuando bajaba corriendo las escaleras de caracol. Atravesó el parque a toda prisa para no perder el tren a Brno.

PARTE II

EL INTERNADO

La impotencia que siente quien no sabe qué ha sido de sus seres queridos es inimaginable. Aquel día de junio de 1974, Surmena se fue y ya nunca regresó, luego se llevaron también a Jakoubek, y nadie, nadie quiso informarla de lo que estaba ocurriendo. Se dio de bruces contra la barrera del silencio de las cuidadoras. Llamó en vano al comité popular de Žítková. Escribió cartas desesperadas a Baglárka para que le revelase dónde estaban, también en vano. Nunca le respondió, o tal vez confiscaran sus respuestas en la portería del internado. No le habría extrañado.

Desde el principio fue mucho peor de lo que jamás hubiera podido imaginar.

La encerraron en una gran sala con las paredes desnudas, pintadas con una capa brillante y lavable de color verde claro, con ocho literas de hierro cuyas patas arañaban el suelo y dieciséis taquillas metálicas alineadas, de las que le asignaron la penúltima. Un casillero estrecho con dos estantes arriba y dos abajo, y una portezuela con la pintura desconchada de la que colgaba un pequeño candado con una llave. En él tenía que meter lo que quedaba de su vida.

En el fondo de latón colocó la única bolsa que había conseguido prepararse, apremiada por un policía y una trabajadora social. Nada más cerrarse, con un chirrido, el armarito en que dejó sus miserables propiedades, quince fríos pares de ojos se clavaron en su espalda.

Se quedó dormida entre lágrimas. Ahogaba sus sollozos en la colcha ribeteada con el distintivo del internado. Las otras chicas se dedicaron a chistarle e insultarla hasta que llegó la cuidadora nocturna. Se llamaba Hrtoňová y no tardó en quitarle la costumbre de llorar por las noches. La sacó al pasillo bañado por la luz de una trémula bombilla blanca y la abandonó allí de pie, primero una hora, la segunda vez dos, y al final hasta el amanecer. Además, ¡ay de ella si se le ocurría apoyarse en la pared!

Entonces no tenía ni idea de por qué le había caído tan mal. Pero siempre era ella quien llamaba su atención o provocaba su ira. En aquel torbellino de agravios e injusticias, Dora empezaba ya por la mañana a luchar por su

autoestima.

Hrtoňová tenía la costumbre de ir a llamarlas justo antes de que sonara el despertador y lo hacía usándola a ella. Abría en silencio la puerta de la habitación, se arrastraba de puntillas hasta su cama y, mientras aún dormía, le arrancaba bruscamente el edredón. Nunca omitía un improperio: sobre lo mal que olía, sobre la postura en la que dormía y, por supuesto, sobre lo que hacía por la noche. Gritaba, cuando aún no se había espabilado, y ella se avergonzaba. Quería responder, pero al principio ni siquiera sabía de qué le hablaba. Hasta mucho después no entendió que se refería a los suspiros y gemidos que algunas veces, por la noche, se oían desde las camas de las chicas mayores, y tardó aún más en captar qué los provocaba.

También le registraba la taquilla, le quitaba las compresas, que sustituía con algodón corriente, y luego la castigaba por manchar las sábanas de sangre. Tampoco sabía qué había llevado a aquella mujer a encerrarla en la ducha y apagar la luz para asustarla. O qué la empujaba a levantarle el camisón para comprobar si su sexo y su culo estaban lo suficientemente limpios y, si se le metía en la cabeza que no era así, rociarla con agua helada hasta que su piel cobraba un color azulado. No sabía por qué Hrtoňová la culpaba de cualquier cosa que ocurriese en el internado. Cuando desapareció el paquete que le habían mandado a Anna Stolařová, la acusaron a ella. Cuando no encontraron las deportivas nuevas que los padres de Lenka Rybářová le habían enviado desde Canadá, volvieron a acusarla. Y, por descontado, el dinero de Majka solamente podría haberlo robado ella.

Entonces pensaba que todo era por haberse rebelado desde el principio contra las normas del internado, por haberse negado a jugar al juego de jefa y subordinada. O por ser una de las pocas que se quedaba allí los fines de semana, cuando la mayoría regresaba a sus casas.

Hoy, tras haber leído el expediente de Surmena, sabe sin lugar a dudas por qué se había convertido en el polo de atracción de toda aquella rabia, la de las mujeres que deberían haberla ayudado a madurar, a crecer. Era por culpa de la carta consignada con el n.° 82, que se le había grabado de tal manera que podía recitarla de memoria. «Respecto a su futura educación, ponga especial cuidado en los principios ideológicos de nuestra sociedad socialista y téngala siempre bajo vigilancia», escribió allí entonces Švanc, y las cuidadoras lo obedecieron al pie de la letra.

Durante aquellos años aprendió también a pelear. A la hora de dormir, sus compañeras no permitían que sus presuntos delitos quedasen sin castigo. Ahora sabe por qué en noches como aquellas, por muy escandaloso que fuese el altercado, no aparecía ninguna de las cuidadoras. Y sabe por qué la despertaban con un malicioso: «¿Has recibido ya lo tuyo?».

Lo recibió, demasiadas veces, y también por eso huyó. A casa, a Žítková. Pero no tenía ningún sentido. Pasó dos días allí escondida, deambulando por

los alrededores, pero a medida que transcurría el tiempo se sentía más perdida. No tenía a quién acudir, y la incertidumbre por la soledad absoluta, sin esperanza alguna de futuro, la aterrorizaba cada vez más. Además, tenía hambre. Al final, de hecho, hasta se alegró cuando el presidente del comité popular, al que se dirigió para pedir información sobre Surmena y Jakoubek, la encerró en su oficina e hizo que la devolvieran al internado. Durante los seis meses siguientes se lo prohibieron absolutamente todo, la acompañaban hasta el colegio y se la llevaban de vuelta como a una presa. Y ella, sin nada por lo que luchar, por lo que vivir, cedió, no se resistió, entregada a su destino como una oveja.

En un momento dado, en aquella época, empezó a escribir un diario. No tenía a quien dirigirse, y aquel vacío y soledad infinitos eran tan opresivos que le resultaban insoportables. El papel era ideal. Absorbía todo su dolor, no se cansaba de la eterna repetición de penas inalterables. Sentía hacia él un amor incluso físico. Por eso la afectó tanto cuando se lo quitaron.

¿Había dejado su casillero sin cerrar o habían forzado el candado? ¿Habían sido las mismas cuidadoras las que habían sacado el cuaderno mientras estaba en el colegio y lo habían dejado tirado en la habitación, o tal vez una de las chicas? Lo cierto es que, un día, al volver a su cuarto, se las encontró a todas escudriñando las páginas de su diario, del que solo quedaba un esqueleto vacío. Lo habían leído hasta la última línea. De hecho, las páginas estuvieron circulando mucho tiempo por el resto de habitaciones. Y ponía cosas terribles. Sobre ella. Y sobre ellas. Sobre lo que le gustaba de alguna, lo que la atraía de otra. Allí, negro sobre blanco, estaban sus ilusiones y los temores que la atormentaban. El miedo de no saber si era una persona normal.

Habría podido aguantar la rabia y el desprecio. Pero la burla quemaba como la sal en una herida abierta, desgarrada con cada nuevo insulto. ¡Es una pervertida! ¡Marimacho! ¡Maricona! ¡Lesbiana! Incluso las cuidadoras los usaban, con una sonrisa maliciosa.

No escribió ni una línea más hasta que no encontró un lugar fuera del internado donde esconder el diario. Todo aquello que habría necesitado compartir lo enterró muy dentro de sí. Durante los meses y años venideros.

En lugar de eso, encontró otra válvula de escape. Primero, de forma ocasional, aunque luego cada vez más a menudo, robaba y destrozaba los bienes del internado y los objetos de las demás chicas o, aún mejor, de las educadoras, tal como la acusaban de hacer ya antes. Satisfecha, los veía arder en la papelera. Y ellas corrían alrededor gritando como si el tejado mismo fuera pasto de las llamas.

Había muchas cosas para quemar. También para cortar, arañar, apuñalar, tirar como quien no quiere la cosa; por ejemplo, el busto de Komensky que cayó junto a Hrtoňová cuando salía con su bici con las ruedas pinchadas. En aquella ocasión no la pillaron. Sí la descubrieron, en cambio, por aquellas

estúpidas bombillas y, con razón, la culparon por los lavabos atascados con toallas que provocaron que el dormitorio se inundara, además del comedor de debajo. A punto estuvieron de enviarla al reformatorio, pero le habría dado igual. Lo único que no le daba igual era haberse dejado atrapar. No haber sido más precavida.

Por aquella torpeza se impuso a sí misma un castigo que superaba con creces los de las cuidadoras. Ningún antebrazo apretado con una goma hasta que la mano se quedara azul, ninguna prohibición de dormir, ningún ayuno. Nada parecido. Unos cortes, tres, vertical, horizontal, vertical: H porque era una huevona por haberse dejado cazar; H como las hijas de perra que la tenían encerrada, que no la dejaban en paz, que la tenían amedrentada; y sobre todo ella, H de Hrtoňová, que no le quitaba ojo de encima, que siempre encontraba un motivo para machacarla. Se sentaba por la noche en el baño, colocaba el tobillo en la rodilla de la pierna contraria y hundía en la carne blanda del muslo el filo de unas tijeras de manicura. Y apretaba. Horizontal, vertical, horizontal. Y con la sangre que goteaba en la superficie del agua de la taza del inodoro corría, al menos por un momento, la rabia contra sí misma, contra ellas. Contra todas ellas, incluso las que no estaban. Contra su madre.

En aquellos años infinitamente largos en el internado, cuando odiaba al mundo entero, pensaba en ella mucho más a menudo que antes, cuando todavía estaba con Surmena. Una y otra vez se la imaginaba, cómo debió de ser cuando el filo del hacha se clavó en su cráneo, en el cráneo de una mujer a la que tanto amaba, para la que respiraba, por la que habría hecho cualquier cosa. Sin embargo, su madre no hizo nada por ella, ni siquiera protegerla de lo que pasó. Se convenció de que, si había algún culpable de que todo hubiera acabado así, era su madre.

IRENA IDESOVÁ

—Con Irena nada fue fácil.

El sol de mediodía estaba sobre el claro. Las sombras se perdían bajo los pies, el aire trepidaba de calor, y solo los incansables grillos y el trino de una alondra alteraban el silencio de los prados. Aquel último día de escuela del terrible junio en que su primera familia había quedado reducida de manera tan drástica, Dora había regresado a toda prisa con el boletín de notas. Quizá hubiera olvidado comentarle a Surmena que aquel día las clases acabarían antes. Quizá fue Surmena quien lo olvidó. El caso es que nadie bajó a buscarla, así que subió corriendo y las sorprendió escondidas en la penumbra, dentro de la cocina. Antes de entrar, se detuvo junto a la ventana. Escuchó dos voces. ¿Estaban hablando de su madre?

—No tenía paciencia. No quería estudiar. Como si no lo necesitara. Estaba tan segura de sí misma que nunca obedecía a madre. Que no tenía por qué, aseguraba. Ella tenía voluntad propia, y otros mentores, ya sabes. Desde las entrañas de la cocina le llegó el chirrido de una silla apartándose de la mesa, varios pasos, el tintineo del cucharón contra el cubo de aluminio con agua del manantial.

—Bebe, hace calor.

—De pequeña, Irena me daba miedo —dijo en voz baja una voz desconocida de mujer—. Su desasosiego me aterraba. Nunca sabía lo que le pasaba por la cabeza, ni con qué me vendría… Un minuto era cariñosa, al siguiente, huraña. Y lo de los ángeles… Sigo sin entenderlo.

—Sí —confirmó Surmena—. Aseguraba que podía hablar con ellos.

—¿Y la creías?

Se quedaron en silencio.

—Bueno, Irena tenía algo especial. Algo que ni siquiera ella comprendía, ese era el problema. Y las cosas no iban mal mientras estaba con los ángeles… Lo peor era cuando se quedaba a solas consigo misma.

—Así que la creías… —insistió la otra, sorprendida.

Surmena se aclaró la garganta y dijo:

—Sí. O, al menos, siempre creí que ella sí vivía ciertas experiencias, ya

fueran ángeles u otra cosa.

La mujer, sorprendida, alzó la voz. Dora reconoció entonces a Baglárka.

—¿Cómo? Pues yo creo que estaba un poco loca. ¿Recuerdas cuando se corrió la voz? Todos murmuraban que había perdido el juicio. ¡Hablar con los ángeles! Una chiflada y punto, algo le pasó, no estaba en sus cabales. Y al cura parecía que le iba a dar algo. ¡Qué blasfemia! Dora vio en su cabeza cómo Baglárka se santiguaba.

—Los tres domingos siguientes dedicó el sermón a la humildad y a la fe verdadera. No dejaba en paz a Irena. Cuántas veces, después de misa, vi cómo la llamaba para hablar con ella, y ella acababa llorando, iba a confesarse como quien va al patíbulo.

—Era el padre Hurka, ¿verdad? No fue fácil para él, es cierto, pero tampoco lo hizo bien —gruñó Surmena—. Fuera lo que fuera lo que le pasaba a Irena no se resolvía con coacciones y amenazas. Tampoco con la correa que usaba nuestro padre. No es de extrañar que al final se encerrara en sí misma.

Baglárka, dubitativa, carraspeó, pero Surmena continuó:

—Aún hoy no sé por qué, pero entre madre e Irena siempre hubo un abismo. No sé si se abrió antes de que los ángeles visitaran a Irena, pero así lo creo. Jamás obedecía a nuestra madre. Se mostraba distraída, impaciente, se cansaba de recoger y clasificar plantas, no le interesaba nada, no quería aprender. Tenía su propio mundo. No necesitaba a nadie, quizá solo al perro que teníamos en aquella época. Él la acompañaba en sus paseos, y luego se sentaba a su lado en el cruce de caminos, bajo el tilo, o junto a las piedras del altozano. Ella hablaba. Entonces pensábamos que se dirigía a él; fue más tarde cuando se le escapó que hablaba con los ángeles. Quizá madre pensara que con palizas y amenazas, padre y el cura la amansarían, y que luego, humilde, se acercaría a ella. Supongo que por eso no intervino. Pero todo se torció, el resultado fue el contrario. Irena se desbocó, solo estaba tranquila después de hablar con sus ángeles. Ni yo la entendía. —Las tazas vacías golpearon la mesa de madera—. Con el tiempo empeoró, sobre todo tras la muerte de nuestros padres. Perseguía a los hombres de cabaña en cabaña, a veces no volvía a dormir a casa. Se exhibía en las fiestas. Y al final vino *prespatá*, con un niño en camino. Mis consejos y preceptos le daban igual, no me obedecía nunca, decía que era mayor para hacer lo que le viniera en gana. Al principio pensé que el nacimiento del bebé no cambiaría nada, pero el domingo siguiente anunció su boda. Fue el cura el que me descubrió quién era el novio. Créeme, habría preferido mil veces tenerla en casa que entregársela a Ides. Pero nadie me preguntó. Por suerte, se instalaron en la cabaña que quedaba frente a la mía, la que nuestros padres le habían dejado, los tenía cerca.

—¡Dios mío! Si mis hijas hubieran hecho algo así, las habría matado… —exclamó Baglárka—. Y encima con Matyáš Ides…

—Sí. Fue su mayor error. Intenté disuadirla. Todos lo intentaron, en

realidad, pero hizo oídos sordos. Creo que hasta sus ángeles trataron de convencerla de que cambiara de idea, en vano. Quizá precisamente por eso se enfureciera con ellos y se negara a hablarles, porque desde entonces todo cambió. Por lo que pude percibir en los raros encuentros que Ides permitió que tuviéramos aquí, su vida se convirtió en una caída al abismo. Ni siquiera los niños lograron evitarlo. Perdió el primero, también el segundo, y Dora era niña. Cuando fui a visitarla el día después del parto para comprobar que todo estuviera bien, tenía el labio roto y media cara tan hinchada que ni se le veía el ojo. Le dio una paliza y desapareció. Regresó cuatro días después. Está claro que Irena no aguantó esa carga. ¿Y quién habría soportado pasarse la vida sorteando las perversas normas de ese borracho? La había sometido hasta tal punto que perdió los últimos resquicios de voluntad, e incluso el sentido. Le pegaba, volvía ebrio, se apostaba sus bienes a las cartas, e Irena convencida de que todo era culpa suya. Que no había llegado, no había hecho, que había estropeado algo… Que le había dado dos hijos así. Una niña… y un «engendro». Se doblegaba ante él, se lo permitía todo, perdió la cabeza. No podía acabar bien.

Dora humedeció sus labios secos y agrietados. A mediodía el calor era abrasador.

—Pobre Irena —suspiró Baglárka.

Surmena chasqueó la lengua:

—Bueno… Madre debería haberse ocupado más de ella… Pero nunca tenía tiempo. Se pasaba el día corriendo por toda la región, de un claro a otro, curando… Tan pronto estaba en los Beskides como en Trenčín, y los demás nos limitábamos a dejar en paz a Irena. Era la más pequeña, demasiado para trabajar, así que la dejábamos jugar en la ladera. ¿Quién hubiera imaginado que su vida acabaría de una forma tan desgraciada? No nos dimos cuenta hasta que era tarde.

¿Baglárka estaba llorando? Pero quizá fuera ella, Dora, quien estuviera llorando. Por Irena, la madre a la que, de hecho, no había conocido. En sus recuerdos era distinta. Bella, muy bella, con una melena castaña rizada que casi siempre llevaba recogida bajo el pañuelo bordado. Pero también, impredecible. En un arrebato de cariño, bailaba con ellos por la casa, salían en los días soleados y luego volvían a entrar cantando alborotados; o al contrario, poseída por una furia repentina, les lanzaba los platos y gritaba cosas que Dora no entendía.

—Discúlpame, Surmena, ¿por qué no la avisaste? Habría bastado verter cera para predecir lo que le esperaba… ¡Irena podría estar viva! Si hubiera sabido lo que pasaría, no se habría casado con Ides. Con el don que tienes, ¡y no lo utilizaste con tu familia!

La respuesta se hizo esperar.

—No es posible. Ninguna de nosotras puede hacerlo. No puedes leer tu

propio destino ni el de los miembros de la familia. Además, Irena no habría dejado que le vertiera cera, ella misma era una diosa.

—Una pena…

—Qué va… El destino es el destino. No habría ayudado a Irena ni aun sabiendo lo que le iba a pasar. Se desvió del buen camino muy pronto, desdeñó el don que al final la devastó. Dirigió sus capacidades hacia sí misma, no hacia fuera, y eso no podía acabar bien. Algo tenía que pasar. Era imposible impedirlo. Pero puedo revertirlo con Dora. Quizá ella también lo tenga, he de ir con cuidado para que aprenda a manejarlo. O convencerla de que no lo acepte. Todavía no lo he decidido.

Tras unos momentos de silencio, Dora volvió a oír a Baglárka.

—¿Piensas alguna vez en…, sabes lo que cuentan…, piensas alguna vez en la relación de Irena con Mahdalka…?

No llegó ni a acabar la pregunta. El ruido de una silla al caer ocultó las últimas palabras. De repente sonaron unos pasos, seguidos de la voz alarmada de Jakoubek y unos murmullos malhumorados de Surmena. La conversación sobre su madre había acabado.

Dora no sabe si lo que oyó se dijo tal como más tarde recordaba. Es muy posible que lo evocara tantas veces que la idea creada por su imaginación se superpusiera a la verdadera imagen de su madre, tal como la retenía en su memoria. Lo cierto es que, a medida que pasaba el tiempo, el recuerdo se redujo hasta que solo quedaron retazos de una mujer loca que desde su infancia hablaba sola, perdida en su propio mundo. ¿No se contaba que era algo hereditario que afligía a su familia de generación en generación, desde hacía siglos, y que de cuando en cuando emergía en forma de un desequilibrado mental? ¿Qué si no era Jakoubek? ¿Y cuántos hubo antes que él? Seguro que existieron otros, porque se decía que en su linaje hubo tantas mujeres excepcionales como hombres perdidos. Sus hermanas y sus madres, murmuraban, les habían robado la fuerza, que luego reconvertían y utilizaban para ejercer de diosas. En su madre se había fundido todo: era excepcional, pero al final la consumió la locura.

Encontraron a Dora bajo la ventana de la cocina deshidratada y sedienta, en un estado casi inconsciente, próximo al delirio. Pasaron dos días hasta que superó la insolación. Surmena le dijo que por poco no había acabado convertida en polvo.

EL ANTICUARIO DEL SEÑOR OŠTĚPKA

No sabe cómo habría sobrevivido a aquel periodo si no hubiera sido por el señor Oštěpka y el mundo que descubrió gracias a él. Aquel mundo silencioso de la polvorienta librería de viejo, agazapada en un estrecho callejón que llevaba a la sinagoga cerrada. Desde el momento en que entró por primera vez, le ofreció un refugio secreto, oculto a las miradas de las educadoras. Cada día pasaba varias horas allí escondida antes de regresar al internado.

Nunca había nadie. Solo él, el señor Oštěpka. Estaba sentado detrás del alto mostrador en el que se amontonaban pilas de libros antiguos salpicados de las migas de un panecillo que él dejaba encima de un trapo lleno de grasa. El olor de los libros viejos quedaba eclipsado por el hedor vulgar y penetrante del salami de Vysocina o de algún embutido húngaro.

Al principio, ella trataba de colarse discretamente en la librería, evitando que chirriara la puerta de entrada, y esconderse en algún lugar entre los estantes sin que el señor Oštěpka se enterara. Temía que pudiera echarla, porque sentarse a hojear libros y luego no comprar ninguno… Para eso estaban las bibliotecas, no las librerías. ¡Pero qué va! Al señor Oštěpka vender libros le traía sin cuidado, lo que le interesaba eran las adquisiciones. Y si sus libros favoritos seguían donde estaban, mejor. Él cobraba su sueldo de todos modos, en aquella época el estado socialista era generoso, y lo demás le era indiferente.

Todo eso se lo explicó más adelante, el primer día que hablaron. Al final de la conversación, la invitó incluso a la trastienda para que viera toda su polvorienta riqueza desde la perspectiva del vendedor. En breve, la parte trasera del mostrador se convirtió también en su territorio. Soba sentarse a espaldas del señor Oštěpka, en los peldaños de la escalera de madera, a leer mientras lo escuchaba masticar, despacio.

La pasión del señor Oštěpka era la aeronáutica. Bajo el mostrador se acumulaban un sinfín de libros y revistas astrosos, cuyas páginas estaban repletas de ilustraciones de globos aerostáticos, aviones y los más variopintos aerodeslizadores. Dora, en cambio, encontró su reino en los estantes de

etnografía. El mundo del folklore le parecía fascinante, admiraba las imágenes en las que se reproducían trajes regionales de los pueblos moravos, cercanos y lejanos, y se asombraba al descubrir cómo cambiaban las costumbres de un lugar a otro. En sus pilas se acumulaban los libros de Zíbrt, Niederle o Václavek, gracias a los cuales recuperó, en cierto modo, sus recuerdos de Žítková.

«He encontrado esto sobre tu región natal», decía de vez en cuando el señor Ostëpka tendiéndole algún volumen que Dora cogía con entusiasmo.

Así, una vez, colocó frente a ella un montón de hojas sueltas, envueltas en papel de periódico, a las que hacía mucho que les faltaba el lomo. «Mira, *Las diosas de Žítková*», dijo entonces como de pasada, sonriendo ante el gesto ávido de la niña.

Dora enseguida se sumergió en la lectura de la obra de Hofer. Se enfureció con las absurdas calumnias contra las diosas con las que el autor, en las deterioradas hojas, saldaba sus cuentas. Pero también se rio allí donde reconoció el carácter de los peculiares habitantes de los Claros. A todos aquellos personajes, masculinos y femeninos, parecía conocerlos bien. Actuaban tal como ella estaba acostumbrada, se vestían con la misma indumentaria que en aquella época aún usaban un par de mujeres de la aldea, hablaban tal como seguía oyéndose en Žítková. Antes de marcharse aquel día, ya había leído la mitad. Fue la primera vez que abrió la cremallera de su cartera y colocó unas monedas frente al señor Ostëpka. Él las rechazó con la mano. Fue lo más hermoso que alguien había hecho por ella en todos aquellos años que estuvo en el internado de Hradistë.

Tuvo que pasar allí tres años más.

Al principio pensó que serían solo unos días. Quizá semanas. No se le pasó por la cabeza que alcanzaría la mayoría de edad entre los muros del internado. Pero se equivocó. Las semanas y los meses iban pasando, hasta que finalmente llegó aquel día.

Lo recuerda como si fuera ayer. Fue el penúltimo día de octubre. Aquella mañana nublada, nada más despertarse, sintió como si tras ella no quedaran unos pocos años aciagos, sino siglos enteros. Como si ni siquiera hubiera tenido una infancia, de tan lejana como le parecía.

En aquel momento cambiaron muchas cosas. Una de las mejores fue que ya no tenía que someterse a las estrictas reglas de la institución. De golpe, pasaba a ser una persona de pleno derecho a quien los muros del internado debían servir de base mientras acababa el bachillerato. Después el Estado la dejaría libre para que eligiera su propio destino. Ya nadie contaba los minutos que se retrasaba para la cena, y nadie controlaba siquiera si llegaba a cenar. Se acabaron las prohibiciones, las viejas y las nuevas. Desde aquel miércoles en

que cumplió años, ya prácticamente nadie tenía poder sobre ella: impaciente, se preparó para el viernes.

Llegó a Žítková en autobús.

Con el corazón en un puño, subió hasta el edificio del comité popular. Contempló la amplia ladera de hierba seca batida por el viento, los densos bosques de las cimas de enfrente, las cabañas diseminadas por las pendientes. No alcanzaba a ver la suya, la de Surmena, al otro lado del cordal.

Estaba nerviosa. Sabía que iba a enterarse de todo. Ya no podían darle largas; ya no podían, como tantas veces antes, remitirla a otro lado; ya no podían conectarla con otra línea en cuyo final, de nuevo, nadie sabría nada. Tampoco quitársela de encima, desconcertados, encogiendo los hombros, algo que percibía incluso por ese teléfono de la cabina de la centralita de la oficina postal que tantas veces en los últimos tres años había pegado, impotente, a su oreja.

«Dora, si acaso cuando seas mayor de edad…», dijo un par de veces al teléfono, para despedirse, Gorčíková, que trabajaba en el comité.

Ya era mayor de edad. Y más resuelta que nunca. Ni por todo el oro del mundo habría salido de allí sin saber el paradero de Surmena y de Jakoubek. Ni por todo el oro del mundo, pensó, y tras llamar a la puerta entró en la oficina de Gorčíková, que la envió al despacho del presidente. En menos de media hora estaba fuera.

—¿Qué, ya lo sabes? —Gorčíková le acercó la silla y un zumo de saúco.

Dora asintió.

Nunca se le habría ocurrido que, después de tantos intentos infructuosos, se enteraría de todo de una forma tan sencilla, sin necesidad de manifestar la rabia acumulada, sin necesidad de una discusión para la que tenía preparadas decenas de argumentos. No tuvo que hacer nada, solo sentarse y escuchar al presidente, que, evidentemente, también se había preparado para la ocasión.

—No lo voy a alargar, Dora. No nos lo merecemos. Al final, acabarías enterándote en el distrito o, más bien, ya abajo en la cooperativa. Ingresaron a Jakoubek en una institución de Brno, y Surmena está en el sanatorio de Kroměříž. Vuestras cabañas están libres, el municipio no las quiso, qué iba a hacer con unas ruinas en las montañas. Puedes mudarte a la que quieras. Te hemos guardado las llaves aquí, toma.

Dora no tuvo que decir ni una palabra. Luego salió por la puerta y se sentó frente a Gorčíková. En su mano apretaba, confusa, dos manojos de llaves.

—Coge fuerza, chica, venga, coge fuerza… La necesitarás —Gorčíková le acarició la rodilla y le tendió el vaso de zumo.

Desde luego que la iba a necesitar, porque el martirio para averiguar el domicilio de Surmena y de Jakoubek todavía no se había acabado, ni de lejos. Pasó mucho tiempo hasta que pudo visitarlos los domingos. Y luego aquellos domingos, aquellas pocas horas vespertinas en que podía ver a sus seres

queridos, se convirtieron para ella en el centro del universo, los únicos instantes para los que tenía sentido vivir. Aquel breve destello en la semana, un oscuro monolito temporal, le daba fuerzas y esperanza. Esperanza de que, ya que los había encontrado, un día todo volvería a la normalidad. Estaba firmemente decidida a volver a unir sus destinos.

Pero tenía que pensar cómo.

Pasó un sinfín de noches sin dormir, dando vueltas en la cama mientras las demás dormían, un sinfín de horas sin concentrarse en clase, numerosas tardes deambulando por la ciudad.

Pero en el momento en que, al final del año escolar, abandonó el edificio del internado con el certificado de bachillerato y el de formación profesional en una mochila tan grande como aquella con la que había llegado, ya lo sabía. Fue la decisión más importante que había tomado jamás. No se mudó a Kroměříž para estar cerca de Surmena: decidió mudarse a Brno para conseguir hacerse cargo de Jakoubek a cualquier precio. Y volver con él a Žítková, y un día, cuando Surmena se curara, llevársela también a ella.

Si cerraba los ojos, veía la imagen nítida de su cabaña. En el soportal estaba sentado Jakoubek; detrás de él, Surmena. Ambos agitaban las manos, alegres, al verla llegar. Entonces aún no sabía que los únicos recuerdos que podía evocar estaban anclados en un pasado sellado desde hacia tiempo.

JOSEF HOFER

Aquel libro envuelto en periódicos que le regaló el señor Oštěpka le cambió la vida. Dora se lo llevó a Brno, y más adelante lo tenía siempre a mano, en el estante de la pequeña y fría habitación donde vivió los años siguientes. Habría sido capaz de recitarlo de memoria de principio a fin, incluso de fin a principio. Por aquel entonces, era para ella una forma de mantener el contacto con su infancia y con Surmena. Con aquellas historias logró componer, de algún modo, un mosaico de su infancia, pero también de las vidas de su abuela Justýna Ruchárka, de las hermanas de esta y de otras diosas que Josef Hofer había convertido en las malvadas protagonistas de sus cuentos.

El libro fue su primer material de estudio, al que seguirían muchos otros. Durante varios años no solo aumentó sus conocimientos, sino que también se reafirmó en el deseo de hacer de su pasión íntima una profesión. Así pues, decidió inscribirse en la escuela superior nocturna de la Universidad de Brno, unos cursos nacidos de la necesidad de compaginar vida laboral e intelectual.

Y uno de sus primeros trabajos individuales, que le sirvió de fundamento para su tesis, concernía precisamente a la relación del cura de Starý Hrozenkov, Josef Hofer, con las diosas.

«Vaya a Luhačovice, allí viven sus hijos. O a Brno: por lo visto su legado está en un archivo», le dijo el párroco actual, que había sido monaguillo de su antecesor, cuando preguntó por él.

No descansó hasta que dio con los artículos de Hofer. Se encontraban en el archivo del Instituto Etnográfico, en la misma planta en la que, varios años después, le asignaron su propia oficina.

Revisó a fondo las cajas con la etiqueta JOSEF HOFER (1871-1947). Durante muchas tardes, por sus manos pasaron documentos oficiales, borradores de sermones y artículos, su correspondencia privada y sus diarios, gracias a los cuales consiguió reconstruir su pasado.

Josef Hofer era el segundo de siete hermanos, hijos de un granjero de Snovídky, un pueblo de Moravia del Sur. Él mismo, en sus notas, decía que

había heredado de su padre la cabeza dura y el temperamento efusivo, y, a juzgar por sus fotografías familiares, además de eso, también la gran nariz aguileña, que le afeó la cara toda su vida. Pero obviamente no tenía buen olfato, porque su nariz lo desvió más de una vez del buen camino. Primero cuando huyó del seminario teológico. Eso le puede pasar a cualquiera que tenga dudas, debieron de decir todos entonces, incluidos sus padres, que suspiraron aliviados cuando volvió a los estudios. Pero qué otra cosa le quedaba: la finca natal la administraba el primogénito, de modo que los demás hermanos tenían que ocuparse de sí mismos. Los estudios eran, por tanto, su única oportunidad, y prefirió acabarlos. Más tarde, agradecido, ocupó el puesto de párroco de Polanka y, un par de años después, el de capellán en Zábřeh nad Odrou, adonde huyó tras él Stázka, la mayor de sus hermanas menores, que la seguirían después. Las peleas con Hofer eran constantes, aunque, por lo que se intuía de su correspondencia, era más bien su avariciosa mujer el objeto de las frecuentes discusiones.

Si las hermanas se hubieran reunido antes con él, quizá los acontecimientos habrían seguido otro curso, quizá no habría osado rebelarse como le dictó su naturaleza vehemente. Pero, en la época en la que Stázka llamó a su puerta, ya estaba todo en marcha, no podía revertirlo. Ni quiso. Dora tuvo claro que el éxito lo había devorado, lo había embriagado. El picor de su mano cuando no podía agarrar la pluma para escribir nuevas críticas mordaces debía de resultarle insoportable. Esa mano de Josef Hofer, alias *Josef Hřiva, Jákub Posolda o Rectus*, es decir, «Justo», era la mano de una persona que multiplicó su identidad para, con la ayuda de una lengua acerada y ciertas revistas, la más radical de las cuales era *¡Atención!* de Olomouc, conseguir el destierro del arzobispo Kohn, un «perro judío» que había forzado su nombramiento por medio de «intrigas y sobornos».

«Este Kohn», leyó Dora en sus diarios, «se aprovecha de un cargo que debería pertenecer a los mejores de nosotros ¡y no a un pisaverde advenedizo cuyo abuelo estaba circuncidado!». Hofer no estaba solo en la trémula indignación de sus diarios y sus artículos críticos. Es muy probable que lo animase a expresarse con más contundencia la irónica declaración del primer ministro austríaco, el conde Taaffe, cuando le comunicaron la elección de Kohn desde la archidiócesis de Olomouc: *Und hat er sich schon getauft lassen*? ¿Y ya lo han bautizado?

Encontró esta frase subrayada en rojo y resaltada con varios signos de exclamación en el margen de una carta de Manlich, un amigo vienés de Hofer. Dora no duda de que la escribió el mismo Hofer.

De la serie de recortes que el cura conservó y que glosaban la carrera del arzobispo Kohn, se desprendía que ni siquiera el discurso de aceptación del cargo, en el que dejaba patente su lealtad a la comunidad eclesiástica, le valió clemencia alguna. Titulándolo *De infallibilitate Romani Pontificis o De la*

infalibilidad del Papa de Roma, provocó el desprecio de Hofer y de cuantos opinaban como él, que lo tacharon de adulador. A su parecer, Kohn esquivaba como una serpiente la polémica que desde finales del siglo anterior agitaba los círculos eclesiásticos, en una obra servil con la que asegurarse su posición respecto a las autoridades eclesiásticas.

«¡Cómo no se muere de vergüenza!», escribió un verano Hofer, rabioso de nuevo. Y lo fustigó por haber recorrido todas las parroquias regañando a aquellos sobre cuyas espaldas recaía el poder de su cargo, por firmar decenas de suspensiones, por aplicar condenas excesivas tras interrogatorios protocolarios a ciertos sacerdotes, por poner obstáculos al nombramiento de catequistas y, en general, por amargar la vida a todos los funcionarios eclesiásticos que tenían la mala suerte de toparse con él. Y tampoco lo tenía fácil la gente corriente, pues no le permitía ir a la misa por los caminos que cruzaban el campo del arzobispo. ¡Por no hablar de llevarse una ramita de su bosque! «El judío que alberga en su interior es incontenible», alegaba en los ponzoñosos artículos que Rectus publicaba cada vez más a menudo.

Y quizá habría seguido publicándolos sin mayores consecuencias si el propio Kohn no hubiera tomado cartas en el asunto. Mandó que rastrearan al escritor de aquellas filípicas y, partiendo de un análisis caligráfico, que resultó equivocado, ordenó que detuvieran y encerraran a František Ocásek, párroco de Kończyce Wielkie. Y cuando la voz del auténtico Rectus clamó con una condena a la falta de respeto arzobispal, que había castigado a un inocente, el asunto llegó a oídos de Roma. La nunciatura vienesa informó a la Santa Sede y Kohn fue convocado a una audiencia con el Papa en diciembre de 1903. Hofer escribió después que se murmuraba que, si a su regreso no hubiera renunciado él solo, lo habrían destituido.

Rectus celebró una victoria. «¡Rectus el justo! ¡Rectus el incorruptible! ¡Rectus el omnipotente!», se vanagloriaba Hofer en sus diarios. Dora sintió asco.

Pero aquella tan solo fue la victoria de la primera batalla. Apenas se deshizo de Kohn, Hofer escogió a otro rival, y esta vez decidió poner el punto de mira en Roma. «¿Se puede vivir moralmente sin Dios y sus mandamientos? La dejadez de la Iglesia romana. Roma, enemiga de los checos». Cuando artículos como este y otros similares comenzaron a aparecer en *¡Atención!*, quedó claro que Hofer había dejado de ser un compañero de lucha útil para transformarse en un agitador incómodo. La decisión subsiguiente, como entendió Dora, no fue complicada. En las montañas de los Cárpatos Blancos, donde vivían personas extrañas e indoblegables, de las que desde Bojkovice no llegaban nada más que quejas, Hofer aprendería una lección.

Llegó en invierno de 1940, cuando las heladas de enero golpeaban con toda su

fuerza. Frente a la parroquia de Starý Hrozenkov, se detuvieron tres trineos tirados por caballos de los que bajaron cinco jóvenes arrebujadas en amplias toquillas de las que solo emergían los ojos, y un hombre con un gran abrigo recto de piel. Quienes en aquel momento pasaban por allí se detuvieron formando una multitud susurrante sobre la que se elevaba el vapor de sus alientos. De otro trineo descargaron seis edredones de plumón, un armario, dos camas de madera y una serie de baúles de diferentes tamaños. La puerta se cerró al momento tras los nuevos habitantes de Hrozenkov, y los caballos emprendieron enseguida el camino de vuelta. La concurrencia se disolvió poco a poco, consciente de que había llegado el nuevo párroco, que era nada más y nada menos que el hombre que había conseguido que derrocaran al arzobispo de Olomouc.

Así pues, el primer domingo de febrero centenares de ojos se posaron sobre él. La iglesia estaba atestada de gente. ¿Entonces este era el cura rebelde al que habían transferido a la fuerza porque nadie quería venir voluntariamente? ¿Era esta la fiera que había logrado la destitución de su arzobispo? ¡Aquel hombre enjuto, casi calvo, con unos quevedos sobre su gigantesca nariz!

Un torrente de pensamientos cruzaba también la cabeza de Hofer. Según sus notas, estaba aterrado. Desde la multitud que se acumulaba bajo el púlpito, lo miraban las caras de unas mujeres con trajes bellamente bordados que no ocultaban su miseria, algunos niños llevaban la ropa agujereada y trapos en lugar de zapatos. Y los hombres… estaban borrachos incluso en misa.

Hofer, cada vez de peor humor, examinó los rostros de sus parroquianos, deteniéndose en los que parecían especialmente obtusos. No eran pocos.

Quizá fuera en aquel preciso instante cuando nació en él aquel desprecio hacia los habitantes de los Claros, entre los que tenía que aprender a vivir y de los que no parecía salir nada bueno, solo una moral socavada, alcoholismo y niños ineducables. Desprecio hacia toda aquella región olvidada de la mano de Dios, aquel desprecio que tanto daño provocó al final.

«¡Las diosas son consecuencia de vuestra ignorancia! ¡Se aprovechan de ella, viven de ella mejor que muchos de vosotros, que trabajáis honradamente!», bramaba desde el púlpito.

«A diario, óiganme bien, a diario pasan por las casas de las diosas hasta cincuenta personas, que buscan ayuda en distintas circunstancias. Corren a sus cabañas gentes miserables, señores con cadenas de oro, damas vestidas de seda y con velos para ocultar sus rostros. Y nuestras "sensibles" diosas tienen una palabra amable para todos, un "buen" consejo, un medicamento "beneficioso". Ellas abren la puerta al pasado, descubren el oscuro manto del futuro, invocan a los muertos en sus tumbas oscuras. En resumidas cuentas, por dinero lo

saben "todo", y por dinero lo entienden "todo". Y estos recipientes de sabiduría, estas sencillas mujeres, ganan con su "don" tanto como cualquier funcionario de nivel 8, y también así viven», escribía Hofer en el boletín informativo local, algo que repetía después en sus libros sobre las diosas.

Y de este modo sembró entre sus feligreses la semilla de envidia de la que se ocupaba cada domingo. Dedicaba las misas a labrar y abonar la tierra hasta que la planta germinó y alcanzó unas dimensiones extraordinarias. Los habitantes de Hrozenkov comenzaron a tratar a las diosas con reservas. Se extendió el rumor de que se aprovechaban de las desgracias ajenas, y más de una familia dejó de recurrir a ellas, aunque las necesitaran.

Los visitantes de las diosas no disminuyeron: la escasez de lugareños fue sustituida por una abundancia de forasteros. Pero ellas vivían peor. De repente, los vecinos no les expresaban el respeto y agradecimiento habituales, sino rencor y envidia. Fue entonces cuando sus hogares se cerraron: una diosa se lo pensaba bien antes de dejar entrar a un extraño. No era raro que quien llamara a la puerta fuera un agente de policía, para después informar a Hofer de algún delito del que un parroquiano hubiera hablado en casa de la diosa en lugar de en la comisaría. «La diosa ha dicho, la diosa piensa, la diosa ha aconsejado…», sonaba de vez en cuando entre las rejas de madera del confesionario. Algo que sacaba de sus casillas al cura, acostumbrado a llevar siempre la razón. ¿Acaso la palabra de unas mujeres que ni siquiera habían acabado la escuela elemental había de valer más que la palabra de Dios? ¿Que la palabra de Josef Hofer? ¡Inadmisible!

Así que las fustigó, las difamó, se negó a bautizar a sus hijos, a bendecirlas o a administrarles la extremaunción, y esto para las diosas, profundamente creyentes, fue una catástrofe. Se encontraron en una encrucijada: o la voluntad de Hofer o su muerte.

Cuando leyó los borradores de los sermones, en los que encontró la burla y la afilada arista de la calumnia contra las adivinas y contra aquellos que aún se atrevieran visitarlas, a Dora se le encogió el corazón. O cuando leyó sus *Cuentos de los Claros*, o los *Cuentos de los habitantes de los Claros*, pequeñas obras en las que las figuras de las diosas eran fundamentales, y que, sin embargo, el cura narró de una manera distinta a como habían sucedido las cosas. Estos libros, que se publicaron en poco tiempo, informaron a su amplio público de los agravios que cometían unas mujeres astutas e insidiosas, taimadas charlatanas sin una pizca de conciencia, contra los pobres y estúpidos pobladores de los Claros. El lector se indignaba y, por supuesto, se ponía del lado del sagaz e inventivo narrador, que al final de cada historia castigaba a alguna de las diosas. Aquel narrador, y protagonista magnánimo, no era otro que el mismo cura de Starý Hrozenkov, Josef Hofer.

Dora quiso saber cómo habían nacido en ese hombre la vanidad, el rencor iracundo y el autoritarismo de los que hacía gala. En alguien que se

compromete a servir a Dios esas cosas no brotan de la nada.

Investigó, exploró, repasó los archivos de las revistas con las que había colaborado, el legado literario de sus amigos escritores, leyó su correspondencia. No tuvo que buscar demasiado para dar con el archivo de František Sokol-Tůma y su olvidada novela *El celibato*. Y entonces se abrió ante ella una página desconocida de la vida de Hofer.

De pronto, tuvo ante sí no a una persona que se había aprovechado, llena de odio, de su posición en la comunidad de unos montañeses ignorantes, sino un hombre solitario e insatisfecho que no había reunido valor para ser dueño de su destino y vivir según sus convicciones. Su historia no era excepcional en nada, al contrario. Era un mero ejemplo de la suerte que compartían con él numerosos hombres con talento pero sin posesiones, cuya vida, en otras circunstancias, habría tomado una dirección completamente distinta. Sin embargo, la insuficiencia de medios le ofreció un único camino. Fue el maestro de Snovídky quien se lo brindó al inteligente y dotado Josef, o más bien a sus padres: lo enviaron al seminario jesuita, que asumió por ellos la carga de su educación.

Fuera cual fuera la predisposición hasta entonces del joven Hofer hacia la fe y sus deberes, se vio obligado a avenirse rápidamente con ella. Que no lo consiguió es algo que se vio a las claras no solo en su correspondencia, en la que aseguraba que el celibato era la peor tortura de los hombres que desean ser buenos servidores de Dios, sino también en sus actos. Intentó, en un primer momento, huir del yugo de su deber desertando de los estudios. Pero, al no tener posibilidad alguna de progresar en la vida solo y sin medios, se rindió y se resignó con un futuro consagrado a los demás, a las ovejas de la Iglesia. Nunca perdonó sin más a quien lo tenía en jaque. Retó a la Iglesia a un duelo, primero contra el arzobispo de Olomouc y más adelante contra toda la Iglesia católica. Cómo acabó, Dora ya lo sabía. Hofer, expulsado a las cumbres de los Cárpatos Blancos y sentenciado al olvido, vertió toda su rabia sobre aquellas que se le resistían: sobre las diosas. Acotó un nuevo campo de batalla en el que no estaba dispuesto a perder, al menos no contra ellas, ya que en su lucha privada, la lucha contra los grilletes de la Iglesia católica, no vencería jamás.

Pero la palabra «jamás», obviamente, lo ahogaba. Y debía de sonar cada vez más fuerte a medida que se acercaba a la cincuentena. Si el destino no le hubiera brindado otra oportunidad, Hofer no habría soportado su carga. Quizá incluso habría cometido una temeridad, pero la caída de la monarquía y el nacimiento de Checoslovaquia lo salvaron a tiempo. En cuanto pudo, abandonó la Iglesia católica y se hizo miembro de la Iglesia husita checoslovaca; es más: fue uno de sus promotores más ruidosos.

En Hrozenkov, apenas corrió la voz de su deserción, empezó el tumulto. Las mujeres salieron a la calle, enviaron a los niños a llamar a los hombres que trabajaban en los campos, la taberna se llenó. Todos lo entendieron como una

traición. Ya no lo consideraban «el rebelde», ahora lo trataban de «Judas».

Durante diez años había tenido a sus parroquianos bajo control con la excusa de convertirlos en buenos católicos. Incluso habían hecho la vista gorda cuando Anezka quedó *prespatá*. Al fin y al cabo, no sería el primer ni el último cura en comportarse así. Pero ¿traicionar su fe? ¿Y encima querer casarse con otra, que ya estaba en estado, delante de sus narices, en Uherský Brod?

Al anochecer, el capellán fue a advertir a Hofer de que los hombres se estaban preparando, de que había oído en la taberna algo sobre degollarlo. En consecuencia, el cura recién convertido prefirió hacer las maletas y abandonar en secreto su parroquia para esquivar la indignación de su rebaño y no volver jamás. Al menos, vivo. Solo años después, tras cambiar su carrera eclesiástica por la de profesor en los pueblos de Moravia del Sur, tras una larga enfermedad y una jubilación difícil, regresó. Lo trajeron en un ataúd, porque, al parecer, fue su última voluntad que lo enterraran ahí, en ningún otro lugar. En los Claros, entre sus antiguos feligreses y las diosas.

Todos se extrañaron, su familia, sus amigos. Todos, salvo los habitantes de los Claros.

Su herencia, de hecho, seguía tan presente que a nadie le sorprendió su última decisión. De hecho, la esperaban.

Nada más saberse que el cuerpo de Hofer estaba en camino, lo enterrarían un día después en el cementerio de Starý Hrozenkov, quedó claro para todos que eran las diosas mismas quienes lo habían hecho volver: aquellas con las que más se había ensañado y que ya hacía tiempo que se pudrían en sus tumbas: Pagáčena, Justýna y la Pelona, porque les quedaban cuentas por saldar con él. Los muchachos del pueblo, tras lavar y vestir el cadáver, contaron que se estaba poniendo negro, de los pies a la cintura. Por la noche todo el pueblo, aterrado ante la perspectiva de que Hofer se oscureciera por completo, hablaba de ello. Se preguntaban si las brujas saldrían volando de sus tumbas para llevárselo o si lo haría el mismo diablo.

Ninguno de ellos sabía que había muerto de gangrena, como ponía en el acta de defunción, pero, aunque lo hubieran sabido, Dora estaba segura de que se habrían limitado a negarlo, convencidos de que aquella había sido la voluntad de las diosas, que así se habían vengado de su verdugo. Una venganza que, después del pecado de la conversión, también ellos, los habitantes de los Claros, aprobaban, al igual que Dora, aunque por otros motivos, porque él, Josef Hofer, el cura de Starý Hrozenkov, había atentado contra la mayor riqueza de su tierra natal: las diosas.

Los últimos días, después de leer el expediente de Surmena y la carpeta azul con el caso «Diosas», Dora pensó mucho en el clérigo. Y no solo por su nefasto papel en la vida de aquellas mujeres. Había un nombre que regresaba

una y otra vez a su cabeza: Josefina Mahdalová, de soltera Surmenová. No era la primera vez que se lo encontraba.

Se había topado con él en la universidad, en la época en la que recopilaba material para su tesina sobre Josef Hofer. Entonces no le pareció sospechoso: en los Claros había muchos Surmena, era un apellido común, y ella no podía conocerlos a todos. Solo ahora, tras revisar aquellos documentos, conjeturó que podía tener alguna relación más profunda con su Surmena.

Josef Hofer comenzó a llevar un diario en su juventud y, aunque consagraba gran parte a escribir sobre su apasionada persecución, otra estaba dedicada a sus sueños. Los anotaba con una regularidad inquebrantable, cada dos días, y estaban repletos de detalles sobre el entorno en que se desarrollaban, sus colores e incluso olores. Dora los había leído detenidamente. Uno de los que él había registrado en el último año de su actividad en la parroquia de Hrozenkov se le había quedado grabado en la memoria. De hecho, le vino a la cabeza mientras revisaba el expediente de Surmena. Era este:

Al atardecer, la oscuridad empezaba a verterse en el pequeño valle de Hrozenkov desde los montículos de los claros. Yo venía de Bojkovice por el camino principal y, apenas salí de un cruce y vi el campanario de la iglesia, me di cuenta de que frente a la puerta había una figura ovillada. Entrecerré los ojos para ver mejor en la penumbra y aceleré el paso. ¿Y si fuera un viajero herido? Oía el murmullo de la sotana y él aullido de los perros. En los pueblos casi todos tienen un perro que vigila sus casas cuando ellos se ausentan, pero ¡había tantos como para montar ese escándalo! ¿Y dónde se encontraban, de hecho, sus dueños? Las calles estaban desiertas.

Cuando me hallaba a unos cien metros de la iglesia y volví a mirar hacia su puerta, descubrí sobresaltado que el viajero ya no estaba. ¿Dónde se había metido? Lo busqué con la mirada, inútilmente. Y en aquel instante, aparte del murmullo de la tela alrededor de mis pies y los perros desenfrenados, oí también un suave «¡Reta! ¡Reta!». Así es como los habitantes de los Claros piden ayuda. Por la voz, no había duda de que se trataba de una mujer. Eché, pues, un vistazo a mi alrededor para intentar averiguar de dónde venían aquellas palabras, y entonces la vi, pero a una distancia considerable, tras el recodo del camino, donde comienza el sendero del cementerio. Con presteza corrí hacia ella, ya no tenía la menor duda de que estaba herida.

Pero apenas me acerqué, la mujer empezó a arrastrarse, después se puso a cuatro patas, se giró hacia mí y volvió a mirar hacia adelante, como si tuviera miedo de que la estuviera siguiendo para hacerle daño. Era evidente que mi presencia la aterrorizaba, así que le grité: «¡No te haré daño, vengo a ayudarte!». Distinguía la mirada asustada de la joven, casi una niña, que intentaba desesperadamente subir por el sendero arcilloso, hacia el cementerio. Quizá buscara entre los árboles un

refugio donde ocultar su sufrimiento. Entre tanto, yo también había empezado a remontar el camino. Su huida me llenaba de curiosidad y, al mismo tiempo, me preocupaba lo que hubiera podido pasarle para que huyera así de la gente. ¿Quién le habría hecho daño? También me asaltaba el miedo a que, en su estado, se lastimara aún más. Llegó a la puerta del cementerio, en el que se adentró para ocultarse de mi vista. Sin embargo, yo la divisaba y entraba corriendo tras ella. Estaba tumbada, miserable, herida, y se apartaba de mí sollozando, muerta de espanto. Me arrodillaba a su lado y la cogía en brazos. «Niña, niña, ¿qué te ha pasado?». Como única respuesta, gemía y se apretaba con fuerza contra mi. Quizá sintiera que yo no le iba a causar ningún mal, así que su desesperación se tomó en un llanto más suave. Yo tenía el corazón en un puño. Le acariciaba el pelo, la consolaba y esperaba con paciencia a que se tranquilizara para que pudiera contarme sus inquietudes. No sé en qué estaría pensando, pero, en ese preciso instante, el deseo se apoderó de mí. Incontrolable, desenfrenado, ávido. Quizá fuera su muslo, cuya palidez refulgía entre sus trapos rasgados, quizá fuera el olor de su regazo, que yo percibía mientas la abrazaba, quizá fuera el cuerpo dócil y cálido, cuyas seductoras curvas no podía ignorar. Para mi sorpresa, no se defendió. Se volvió lánguida entre mis brazos, y su llanto se fue calmando a medida que yo la acariciaba cada vez con mayor pasión, hasta que fue sustituido por unos suspiros anhelantes que me incitaban a continuar. En mi entrepierna la presión era feroz, y ella lo sabía y, cuando me tocaba ahí, dejaba escapar un suspiro, sus muslos se abrían, invitándome con tal sinceridad que yo no era capaz de resistirme. Y así copulábamos, como animales salvajes, ocultos tras la columna de ladrillo de la entrada al cementerio, y yola sujetaba por los hombros, de los que se había deslizado la tela negra del vestido harapiento, dejando a la vista unos pequeños pechos que yo cubría de besos.

De pronto estábamos en un claro abierto, bajo una radiante luna llena. En los sueños, los lugares cambian y el tiempo no se rige por las mismas normas. Pero estábamos allí, en aquel lugar. Y su pecho recibió el estallido de mi hombría. Potente y casi doloroso, lo sentí en la ingle y en el vientre, fue infinitamente liberador. Ella arqueó la espalda, todo su cuerpo en tensión y la cabeza inclinada, gritó de placer hasta la última embestida. Luego se derrumbó sobre mí, su cara pegada a la mía. ¡Por Dios, Josefinka! ¡Josefinka Surmenová! La chica que me observaba con desconfianza desde debajo del púlpito… ¡Era ella! De pronto soltó una carcajada demente. Me asusté. Entonces me percaté de que nos hallábamos en la cima de Ja montaña Sacrificial, donde antaño los paganos realizaban sus ofrendas sangrientas, y estábamos en el centro de un círculo de fuego, detrás del cual, cogidas de la mano, había más figuras. Josefina Surmenová seguía sentada sobre mí, frotándose contra mí con sus vergüenzas y riendo, mientras la gente que nos rodeaba bailaba y gritaba, como una endemoniada. En ese momento me desperté, cubierto en sudor.

EL CONJURO DE LA TORMENTA

Colgados de las Vigas, bajo el techo, se balanceaban numerosos haces de plantas recogidas en San Juan. El viento jugaba con ellas, las mecía de un lado a otro, y a veces una brusca ráfaga de aire las embestía con fuerza y las flores secas golpeaban el muro. Jakoubek estaba debajo, contemplándolas. Si el tiempo lo permitía, se sentaba cada día en el mismo lugar y esperaba a que Dora volviera de la escuela. Él nunca se alejaba del claro de Bedová, pasaba los días allí en compañía de Surmena, que rara vez bajaba a Hrozenkov, aparte de las visitas a la iglesia o para hacer la compra. La gente iba a verla a ella, y le traían lo que necesitaba.

Dora subía caminando despacio y ya desde lejos Año a su hermano saludándola. Tenía las rodillas pegadas a la barbilla, se las sujetaba con un brazo y agitaba el otro con ímpetu. Ella le devolvió el saludo y, empujada por el viento, que soplaba a su favor, aceleró el paso. Se avecinaba una tormenta y, aunque aún no era tarde, Žítková estaba sumida en la penumbra. En cualquier momento empezarían a caer las primeras gotas.

—He-e… —le dijo Jakoubek a modo de bienvenida cuando ella por fin llegó al jardín frente a la casa, levantando la barbilla en dirección a Hrozenkov. Dora se dio entonces la vuelta y supo lo que él miraba con tanta insistencia. No la observaba a ella, sino los densos nubarrones que se cernían sobre sus cabezas. Las pesadas nubes se arremolinaban y se fusionaban unas con otras, parecían vivas, una bestia incontrolable capaz de destruir en los siguientes minutos todo lo que se cruzara en su camino. Un camino que recorría los Claros de Žítková: Bedová, Koprvazy, Hudáky, Rovné y, finalmente, también Černé.

—Huuu —soltó Jakoubek, escondiendo la barbilla entre las rodillas. Dora calló, estupefacta.

Llegó a sus oídos el sonido lejano de la campana pequeña de la iglesia, cuyo tono se supone que debía ahuyentar la tormenta. No lo conseguirá, pensó Dora cuando sintió en su brazo desnudo el beso frío de la primera gota de lluvia.

—Deberíamos entrar —sugirió, intentando obligar a Jakoubek a

levantarse.

Él la observó sorprendido, negó con la cabeza y, con el de en medio de sus tres dedos, señaló el camino por el que Dora acababa de llegar hacía un instante. Ella miró hacia atrás y, entre los torbellinos que agitaban la hierba del prado, bajo el frenético vuelo de las golondrinas, distinguió una figura de mujer con un brillante vestido blanco. Trataba de sujetar un pañuelo que apenas la protegía de la lluvia.

Era una vecina: sin duda venía a ver a Surmena. Dora entró en la cabaña para avisarla, pero allí no había nadie, de modo que se quitó la cartera y volvió con su hermano.

—¿Dónde está la tía? —preguntó.

Jakoubek, confuso, sacudió la cabeza. El viento había cobrado tanta fuerza que su pelo serpenteaba como la melena de Medusa.

—¡Surmena! —gritaba la mujer.

Unos momentos después, Baglárka llegaba hasta el soportal, sin aliento.

—¿Dónde está Surmena, chicos? —preguntó.

—No lo sabemos. —Se encogieron de hombros.

—Esto es una catástrofe —Baglárka hizo un gesto en dirección a la tormenta—. Las semillas acaban de brotar y el granizo va a acabar con todo. —Movió la cabeza, triste—. Si no hubiera supuesto tanto esfuerzo, si no le hubiéramos dedicado tanto tiempo… Que Dios me perdone… Con la que se nos viene encima, el año que viene no podremos ni sembrar. ¿Dónde está Surmena, pues?… ¿Está con el ganado?

Dora lo dudaba, porque en ese caso habría acudido al escuchar sus reclamos, pero se levantó y fue a buscarla. No encontró a nadie. En la cuadra pataleaba, nerviosa, Stračena. Su ternero se frotaba el costado contra el revoque áspero del muro interior. Los acarició a ambos en la cabeza y cerró con cuidado la puerta para que no huyeran desbocados cuando se desencadenase la tormenta.

Una vez fuera, su mirada se detuvo en la pendiente que se elevaba cabaña arriba. En el centro divisó una pequeña silueta de mujer. Dora se acercó desde el establo para verla mejor, aguzó la vista, y entonces se dio cuenta, sorprendida pero con certeza, de que quien estaba en mitad de la abrupta ladera, inclinada como si en cualquier momento fuera a bajar rodando con grandes volteretas, era Surmena.

Desde su posición, distinguía cómo se tambaleaba, aguantando con dificultad el equilibrio, resistiendo a las acometidas del viento.

Sin esperar un instante, echó a correr hacia ella, incapaz de entender qué estaba haciendo con los brazos tendidos hacia los nubarrones, esperando a que las primeras ráfagas de agua la azotaran. ¿Se había vuelto loca?

Trepó la escarpada cuesta ayudándose de las manos. Entre los dedos le quedaban briznas de la hierba a la que se agarraba para subir más deprisa.

«¡Tía!», gritaba.

Pero Surmena seguía allí, aún lejos, sin prestarle atención. Estaba concentrada en la oscuridad que se cernía sobre Hrozenkov.

Dora aceleró el paso. Estaba claro que las embestidas del viento, que la ayudaban en la subida, no tardarían mucho en convertirse en un auténtico vendaval. Avanzando todo lo rápido que pudo, pronto se encontró tan cerca que distinguió la cara de Surmena. Su expresión feroz la sorprendió tanto que durante unos instantes se quedó paralizada, atónita. Nunca la había visto así.

«¡Tía!», volvió a gritar. Nada. Surmena ni siquiera la miró. En lugar de eso, empezó a levantar los brazos muy despacio, como si quisiera abrazar el cataclismo que de un momento a otro desataría su fuerza devastadora. Luego comenzó a farfullar algo, pero el viento le quitaba las palabras de la boca, así que Dora no alcanzó a entenderla.

Consiguió todavía dar un par de pasos hacia ella antes de que el vendaval cambiara de dirección de golpe, haciéndola caer de bruces al suelo. Asustada, ni siquiera se levantó. Y cruzó por su mente la imagen de su propio cuerpo, rodando indefenso, raspándose contra las piedras hasta parar la caída contra el tronco de su tilo o contra la puerta del establo. Se agarró con todas sus fuerzas a la hierba, sin perder de vista a Surmena.

Parecía que bailase. Como si su cuerpo se hubiera sincronizado con la ventisca, ya no necesitaba guardar el equilibrio. En lugar de eso, trazaba amplios círculos con las caderas, con los brazos abiertos, abrazando la borrasca. Primero juntaba las manos, intentando atraparla, tal vez. Luego, con un amplio balanceo de la cabeza, volvía a expulsarla por donde había venido. Y entonces la hierba que la rodeaba comenzó a ondear siguiendo los movimientos que describía el cuerpo de Surmena. La tormenta se desviaba.

Hasta Dora, atónita, comenzaron a llegar retazos de palabras, palabras que no entendía, un cántico, una oración, para alguien que desconocía.

—… ¡Lucha, Padre de los Cielos, Dios todopoderoso, que luche Su Hijo más amado, que luche también el Espíritu Santo! *Agios O Theos Iskyros*… Santo, santo, santo Dios Señor de las multitudes… ¡Llenos están los cielos y la Tierra de Tu alabanza y de Tu gloria!

Dora aguzó el oído, mirando con incredulidad a su tía, que empezó a dibujar en el vacío la señal de la cruz. Su conjuro no había terminado.

—… Aparta de nosotros este turbio celaje y este viento tempestuoso, así como todos los elementos nocivos que traen consigo: el granizo, los truenos y los relámpagos… ¡Te lo rogamos, disípalos y acaba con ellos, Dios todopoderoso!

Los torbellinos levantaban barro, tallos de hierba seca y flores. Dora tenía los ojos y la boca llenos de polvo.

—… Yo os amenazo con el Día del Juicio Final, con la ira del Todopoderoso y el temor de Dios, para que apartéis el granizo del trigo joven

y los huertos y lo dirijáis a las montañas, las rocas, los bosques y las aguas donde no se siembre ni se injerte…

En aquel momento un golpe de viento embistió a Dora con tanto ímpetu que salió volando, con las manos llenas de hierbajos arrancados, para caer de espaldas varios metros más allá. Se le nubló la vista y un grito de terror quedó atascado en su garganta. Ya estaba aquí, la ventisca se la llevaría como un fardo de paja, absolutamente indefensa… Una piedra había frenado su caída. Se le saltaron las lágrimas del golpe.

—¡Ayuda! —Intentó que su voz superara el aullido del viento—. ¡Ayuda!

Pero Surmena no se inmutó y, aparte de ella, no había nadie que pudiera echarle una mano. Se pegó a la roca, desesperada, e inclinó la cabeza, tratando de protegerse de la hierba seca y las ramas que le azotaban la cara, resguardándose del pavor que en ella despertaba la tormenta. En su impotencia, no se le ocurrió nada más que rezar.

—Padre nuestro que estás en el Cielo, santificado sea tu nombre… —recitó, al borde del llanto. Y continuó, a pesar de que el polvo que se le metía en la boca le provocaba unos continuos ataques de tos—. Así en la Tierra como en el Cielo…

Sobre su cabeza giraba un denso torbellino, que pasó de largo. Siguió rezando, primero en voz baja, luego cada vez más alto, hasta que al final acabó gritando con todas sus fuerzas, fuera de sí:

—Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores…

Volvió a levantarse el viento, luego amainó un poco, recobró fuerza y de pronto giró, casi como contra sí mismo, y con una ráfaga fulminante se apagó y se hizo el silencio.

En la quietud posterior, la voz de Dora se sumó a la de Surmena en un:

—… mas líbranos del mal… Espíritu Santo, Dios único, por los siglos de los siglos. ¡Amén!

Todo había acabado. Como si hubiera agitado una varita, no quedaba ni rastro del temporal. Dora se sentó y miró confusa a su alrededor. Las nubes retrocedían, su negrura amenazante se cernía sobre los bosques deshabitados del monte Kykula, lejos de Hrozenkov, lejos de Žítková.

Contempló cómo se alejaban, perpleja. ¿Qué significaba aquello?

—Venga, levanta. —Surmena se inclinó sobre ella con un suspiro. La ayudó a incorporarse cogiéndola de las axilas. Le temblaban las manos y, cuando Dora se volvió hacia ella, vio en su cara que estaba exhausta.

Se apoyaron la una en la otra y bajaron despacio. Desde el establo, Baglárka las saludaba contenta con la mano, a su lado, se unió al alboroto Jakoubek.

—¡Lo has conseguido, Surmena, lo has conseguido! ¡Has ahuyentado la tormenta! —gritaba, alegre.

—Esta vez he contado con una ayudante —musitó Surmena, señalando con un gesto de la cabeza a Dora cuando Baglárka le pasó el brazo por los hombros.

Aquella noche, Surmena bebió más que de costumbre.

ALŽBĚTA BAGLÁROVÁ

Del conjuro contra la tormenta hacía ya treinta años. Desde entonces se había repetido en varias ocasiones. Dora se acostumbró a que la gente de Žítková creyera que su tía era capaz de dominar el tiempo, de ahuyentar el viento y la lluvia.

El recuerdo de aquel día volvió con ímpetu. Como cada viernes, habían cogido el autobús que los llevaba hasta los Claros, que hoy se abría paso entre la persistente lluvia otoñal, avanzando bajo un cielo oscuro y amenazador.

Unos pequeños regueros serpenteantes enturbiaban el amplio ventanal. Jakoubek trataba de seguirlos con el dedo índice, deteniéndose y comenzando de nuevo cuando confluían. Dora, mientras tanto, miraba hacia fuera, al paisaje que corría y se inclinaba bajo las ráfagas del viento, cuyos embates se sentían incluso en el interior de autobús.

¿Habría sabido Surmena qué hacer? Desde aquel día, el día del conjuro, no podía evitar pensar en ello cada vez que llovía. Dejaron atrás Bánov, Bystřice pod Lopeníkem y subieron despacio hacia Hrozenkov. Con aquel aguacero, sin embargo, no se apearon allí, como solían hacer, sino que decidieron seguir la ruta hasta Žítková.

Avisaron al conductor al llegar a la cima, aunque todavía les quedaba un largo trayecto pasando por Rokytová y Hudáky hasta Bedová. Dora ayudó a Jakoubek a ponerse la mochila, cogió el maletín del portátil y abrió el paraguas para protegerse de la lluvia y el viento.

El camino de guijarros pronto se difuminó en un garabato fangoso. Iban juntos, acurrucados bajo el paraguas, intentando esquivar los charcos, mirando de cuando en cuando hacia abajo, a la parte eslovaca, a las laderas que un poco más allá volvían a elevarse en una alta cúspide. Allí se acumulaba el vapor del bosque, formando unas nubes que subían por el estrecho valle hasta casi rozarles los pies. A pesar de que la lluvia seguía calándoles los pantalones, se detuvieron para contemplar, fascinados, tanta belleza.

—¡Dorlička, Jakoubek, hace mucho que no os veía! —Los sorprendió la voz de Baglárka. Ocultos bajo el paraguas, no se habían dado cuenta de que se les acercaba.

—Venimos de Brno, tía —dijo Dora, contenta de verla. Por otra parte, quería hablar con ella.

—¿No os apetecería venir a almorzar mañana? Hace mucho que no pasáis por casa —propuso Baglárka como si hubiera leído los pensamientos de Dora, mientras se ceñía el impermeable amarillo, cuya capucha le tapaba parte de la frente.

Dora se giró hacia Jakoubek y dijo:

—Con mucho gusto, ¿verdad?

Jakoubek asintió alegre con la cabeza.

—Pues hasta mañana, que seguro que ya habrá acabado esta desgracia divina… Tened cuidado, no vayáis a resbalar en el barro. Os espero sobre las doce —dijo Baglárka antes de alejarse a toda prisa—. ¡Seguro que tú también has pensado si vuestra tía habría consentido todo esto…! —gritó antes de desaparecer por el camino de bajada, hacia el claro de Rokytová, donde vivía. El resto de las palabras se las llevó el viento.

Por la noche, cuando al fin escuchó la respiración calmada de Jakoubek, que dormía junto al hogar, Dora sacó sus diarios viejos del fondo de un baúl lleno de ropa, esos que se había atrevido a escribir después de abandonar el internado. La anotación que buscaba era la que correspondía al día posterior a la visita a Surmena.

Hojeó el diario. Qué diferente era todo entonces, pensó satisfecha reflexionando sobre su vida de ahora. Tenía casi todo lo que había soñado cuando cumplió la mayoría de edad. Se paró a leer varias entradas anteriores, pero avanzó hasta la página que buscaba: principios de mayo de 1979.

Fue terrible, ¡terrible! Cuando la saqué, estaba fuera de sí, igual que la última vez. Era como si moviera una marioneta. Ya no era Surmena, solo un fantasma. Otra persona que guardaba un lejano parecido con la tía. Nos quedamos sentadas en silencio casi todo él tiempo, no sabía si valía la pena decir algo…

Pero entonces… comenzó a temblar, a estremecerse y a jadear como si algo se hubiera desgarrado en su interior. Me miró de una manera que me asustó. ¿Y qué fue lo que dijo? Yo pegué la oreja a sus labios, pero no logré entenderlo bien… ¿qué fue?

¿De quién tenía que escapar? ¿De quién no podía fiarme? ¿De los de allí o de los de casa?

¿Y qué quería decir con «magia negra»? ¿Se refería ál arte de las diosas? Qué tontería… Si ya ni los curas se ocupan de eso, ¿por qué lo dijo ella? ¿Y qué repetía sobre las diosas, por qué murmuró sus nombres, por qué precisamente el de Mahdalka y el de Fuksena, si ni las conozco, no las he visto en mi vida? Ni al bebé, ¿qué bebé? ¿Y por qué tenía que esconderlo? Ella o yo, no fui capaz de entender quién debía esconderlo ni dónde. Tampoco qué se podría usar cuando llegara lo peor… Fue todo tan confuso, ¿fueron esas sus palabras? No sé, no había manera de aclararse, esos

retazos de recuerdos e ideas confusas no encajaban… Quizá solo cuando mencionó a los alemanes supe de qué época estaba hablando, pero no me escuchó cuando le dije que se equivocaba, que sin duda no había podido ver a ninguno ahora, que aquello había acabado y que no debía tener miedo. Pero no conseguí apaciguar el terror que la atenazaba. Me veo obligada a contarlo aquí, aunque sigo sin querer creérmelo. ¿Mi Surmena, nuestra Surmena está loca? Pero ¿cómo llamar de otra manera a lo que pasó ayer?

Siento un escalofrío al recordarlo… Nada es como antes, porque ella no es como antes. Mis deseos, que algún día todo cambie y volvamos a vivir en Bedová como antes, los tres juntos, no se cumplirán porque Surmena vive en su propio mundo, donde la persiguen horrores que no entiendo, contra los que no puedo hacer nada. ¿Cómo podría traerla de vuelta y ocuparme de los dos? No lo conseguiría nunca…

Dora se puso las manos en las mejillas, y solo después de un buen rato las ahuecó formando una concha en la que escondió la nariz y la boca. Se quedó unos minutos sentada, impasible, mientras los reproches se acumulaban en su cabeza. Ella también había creído entonces que Surmena había perdido el juicio, que había caído en el pozo insondable de la locura. Que estaba enferma…

Ahora era ella, Dora, quien al saber que había creído todas aquellas mentiras, que se había dejado engañar tan fácilmente y que la había dejado sola, temía perder la razón. ¡Abandonar a Surmena, que había hecho tanto por ella!

Pestañeó con fuerza para ahuyentar las lágrimas y decidió regresar a los diarios. Buscó la parte donde había registrado los incomprensibles avisos de Surmena. Pero ni siquiera ahora, que conocía más íntimamente el trasfondo de su proceso, entendía lo que había querido decir.

«Escapar y no fiarse». ¿De quién? ¿A quién se refería Surmena? ¿Y la mención a Mahdalka? ¡Así que al fin y al cabo tenía algo en común con ellos, tenía razón! ¿Y de qué bebé había hablado Surmena? ¿Qué podría usar y cómo?

En su cabeza se agolpaban más preguntas de las que podía responder. La pusieron de mal humor, la agotaron. Todas sus esperanzas estaban puestas en Baglárka: era la única que podía ayudarla a disipar la niebla de su propia memoria y averiguar lo que se ocultaba tras las palabras de Surmena.

Para almorzar, Baglárka preparó su famosa sopa de col. Después de comer, Dora se sentó en el banco frente a la cabaña con un tazón de achicoria. Observaba a Jakoubek, que correteaba junto al camino. Baglárka se acercó con un plato de bollos. Se sentó a su lado y, friolera, se tapó con su amplio chal de punto. Con cuidado, estiró las piernas, protegidas por unas tupidas medias.

Dora escuchó un ligero crujido; se está haciendo mayor, pensó.

—¿Entonces dices que la policía secreta vigilaba a Surmena? ¿Que fueron ellos quienes la encerraron en el manicomio? Es terrible… —suspiró Baglárka —. Tantos años y no me di cuenta de nada —añadió después, todavía pensativa.

Dora bebió en silencio.

—Claro que… tú misma sabes cuántos extraños venían a verla. Y no solo a ella, también a Irma Gabrhelová, y cuando todavía vivían, a Kateřina Hodulíková y a Krasňačka, a todas… Nadie habría podido darse cuenta de que las vigilaban. Jamás se me ocurrió preguntar a nadie quién era o qué hacía aquí, ni si iban a ver a Surmena por otro motivo que no fuera pedirle ayuda o un consejo. Nunca me metí en los asuntos de los demás. Pero, para que te quedes tranquila, tampoco oí nunca comentar que la policía seguía a Surmena. —Baglárka se quedó unos momentos callada, luego añadió—: Claro, de vez en cuando iban a su casa, eso sí. Hacían lo mismo con todas las diosas. Ya sabes, no todos estaban satisfechos con sus servicios. Especialmente los ladrones y los estafadores a los que habían descubierto; tampoco les tenían en mucha estima los mujeriegos… Era esa gente la que les echaba encima a las autoridades. No era nada serio, eso sí, solo pequeños roces que no representaban amenaza alguna. Comparado con lo de Hofer y la Primera Guerra Mundial, no era nada. En aquellos momentos sí que fue peligroso ejercer de diosa, cada cierto tiempo les tocaba pasar un fin de semana en el calabozo. Según se contaba, Dorka Gabrhelová tiene que agradecer a los guardias y doctores el haber muerto tan joven… Sin embargo, creía que en la época de Surmena ya no pasaba.

Dora se colocó el cojín de lana en el que estaba sentada. La lluvia del día anterior había dejado paso a un luminoso día de otoño, pero el sol estaba perdiendo su fuerza. Entonces dijo:

—Pues, al parecer, sí que pasaba. La tuvieron bajo vigilancia y al final se la llevaron. También a mí. Y nos convencieron de que estaba enferma.

Baglárka sonrió a medias, confusa, e inclinó la cabeza, como si quisiera calmar a un niño irritado. Dora se giró sorprendida hacia ella.

—¿O es que cree que la tía estaba de verdad enferma? ¿Qué tenían un buen motivo para retenerla? —preguntó ofendida. El gesto de la mujer le había dolido.

—Bueno… Yo solo sé una cosa: que las diosas tenían muy mala suerte. Hasta donde alcanza mi memoria, ninguna acabó bien. Tu madre… ya sabes qué le pasó, y eso que ella casi ni ejercía; las hijas de Kateřina e Irma huyeron porque se avergonzaban del oficio de sus madres, e Irma además perdió a dos hijos, se dice que por su propia culpa. Y, sin embargo, podría haber vertido cera, haber visto su futuro, avisarlos de que no cogieran ese coche. Sus dos hijos perdieron la vida en aquel accidente, con sus mujeres, y dejaron a cuatro

huérfanos. Una tragedia. Y, que yo recuerde, por los relatos de mi madre y de su madre, tampoco las más viejas escaparon a la desgracia. Y todo esto culmina con Surmena en un psiquiátrico. Ya fuera porque estaba realmente enferma, ya porque alguien la retuviera allí, es lo mismo. No habría acabado bien —dijo Baglárka.

Dora se estremeció. ¿Acaso daba igual que Surmena acabara allí por una enfermedad o por voluntad de la policía secreta? ¡No podía decirlo en serio!

Estaba a punto de replicar algo, pero la otra se le adelantó:

—Ser adivina tiene un precio. Habrás oído hablar de Fuksena, ¿no?

Dora se quedó atónita.

—¿De Fuksena? Algo sí… —dijo, titubeando, y luego continuó—: Surmena la mencionó una vez, cuando fui a verla a Kroměříž, pero ya entonces hablaba sin sentido… Creo que quería advertirme… Ya sabe, las pastillas la habían dejado tan atontada que no debía de ser consciente de que hacia mucho que Fuksena había pasado a mejor vida.

Baglárka asintió.

—Aparte de aquella vez, nunca habló de ella —añadió Dora.

—No me extraña —dijo Baglárka. Al poco, sintió que debía añadir algo más—: Tal vez su destino sea uno de los mejores ejemplos de la mala fortuna de las diosas. Cuanto mayor es el don, más amarga es la vida y peor la muerte. Fuksena murió justo al final de la guerra… y ¡cómo! La apalearon, igual que a un perro —terminó con un gesto de indignación, frunciendo los labios.

Dora estaba estupefacta. Fuksena… ¡murió en la guerra! A Fuksena… ¡la mataron como a un perro! Nunca se lo habían contado.

—¿Le dieron una paliza? ¿Quién? —preguntó.

—Ya, chica, es un misterio. Este era un lugar de paso de los soldados, los bosques estaban llenos de forasteros, y a los lugareños no les gusta resolver los pleitos en los juzgados. Ya sabes… Habrás oído que Trmelák quemó a su vecino en la cama, salió hasta en los periódicos, que se quemó, no hace ni un mes. Es el tipo de cosas que solo sucede en los Claros. Puede que también lo de Fuksena fuera un ajuste de cuentas, no sé. Vivía con las Mahdalka, mala gente…

Dora prestó atención. ¿Las Mahdalka? Ese era el apellido de casada de Josefina Surmenová.

—¿Fuksena vivía en casa de los Mahdal? ¿Y quiénes eran los Mahdal?

—¿Los Mahdal? —repitió, Baglárka, desconcertada, como si oyera ese nombre por primera vez—: Bueno… era una familia rara, originaria de Potočná.

La muchacha esperó para ver si continuaba, pero, ante el silencio de la mujer, preguntó:

—¿Y los Mahdal no serían parientes de los Surmena? Baglárka se estremeció y, algo disgustada, respondió: —¿Parientes? Ni idea… Yo solo sé

que Surmena y las Mahdalka no se gustaban mucho, pero en eso no había nada de particular, en absoluto. Por una parte, algunas diosas se odiaban entre sí, pero además… las Mahdalka no le caían bien a nadie. Era una gente de la peor calaña. No sé más— zanjó Baglárka, se levantó, se arregló la falda y regresó a la cabaña.

Dora notaba que se callaba algo. Como si tras los Mahdal se escondiera algo turbio. Algo que ella sabía aunque se esforzara en ocultarlo. Quería preguntárselo. En ese momento, Baglárka volvió al soportal y empezó a hablar:

—Las diosas discutían a menudo. Se tenían envidia, se calumniaban, al fin y al cabo eran rivales. Luchaban por la clientela y echaban mano de todos los medios a su alcance para demostrar que ellas eran las mejores. Acuérdate de Irma y Kateřina. Eran cuñadas, pero no podían ni verse. Y no se hablaron jamás.

Dora sabía que Irma y Kateřina, las últimas diosas que aún hacia un par de años practicaban su oficio en Žítková, ni siquiera se saludaban. Las conocía, unas viejas con joroba, agradables y siempre dispuestas a ayudar, pero ¡ay de quien mencionara a una delante de la otra! Entonces brotaba de ellas un odio intenso y comenzaban a escupir veneno.

—Aquella enemistad separó a las familias. Y su oficio acabó por alejarlas también de sus hijos, aunque eso no las disculpa. Nadie rechaza a su propia madre por un informe del Partido. Como te acabo de decir, las diosas no tuvieron una vida fácil. —Baglárka, desanimada, guardó silencio hasta que de repente dijo—: Tú no tengas miedo, a ti no te pasará. Por otra parte, tú no conoces el oficio, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. ¿Cómo se le había ocurrido?

—Eso está bien, menos mal que no lo aprendiste —asintió Baglárka, abrazándola con alivio—. Tú no ejerces, y por eso tu destino no será fatal. Es preferible dejar dormir el don. Estarás mejor sin él.

Dora se encogió de hombros, tampoco tenía elección. Surmena no había llegado a enseñarle. Después ya fue demasiado tarde.

Jakoubek se acercaba a ellas. Descontento, agitaba una ramita que había recogido en el bosque. Dora le gritó varias veces que era hora de volver a casa, pero él no hacía caso.

—No te he ayudado mucho, ¿eh? —dijo Baglárka a modo de despedida al tiempo que le daba un plato con bollos—. Bueno… Si quieres saber algo de Surmena o de cómo eran las cosas antes por aquí, ve a ver a Irma. Todavía está bien, aunque ya casi ha cumplido noventa y cinco. Llévale pastas o salami del pueblo, ve a visitarla y pregúntale. No te rechazará. Que yo recuerde, Surmena y ella se caían bien.

IRMA GABRHELOVÁ

Estaba sentada a la mesa, con la cabeza ladeada a causa de la enfermedad que agarrotaba su espalda. Se había puesto un delantal encima del típico traje de faena. Su cara delicada y grisácea se perdía en el pañuelo rojo intenso con el que se había cubierto el cabello ralo. Sus profundos ojos negros, llenos de vida, atraían la mirada como dos imanes. Con los dedos temblorosos jugaba con el dobladillo de la manga cuyo pálido bordado, aún hermoso, llamó la atención de Dora. Nadie habría esperado que aquella anciana enjuta tuviera una voz tan ronca y potente.

—La guerra fue algo terrible. Sobre todo hacia el final. La incertidumbre, la inquietud… Teníamos miedo hasta de dormir por las noches. Siempre acababa apareciendo algún partisano o un contrabandista o agentes del Servicio de Vigilancia Aduanera… ¡y siempre tenían que llamar a nuestra puerta! Mi marido se dedicaba al estraperlo, ya sabes, eran tiempos difíciles, de alguna manera tenía que alimentamos… En aquella época teníamos ya cinco hijos, y además su padre, enfermo, vivía también con nosotros. Pero cuando trajo el caballo me asusté. Pasearse por las montañas con un caballo robado, delante de las narices de los agentes de aduanas, era una insensatez. A punto estuve de echarlo de casa, pero al final se impuso la razón. Se dedicó al aguardiente y otras cosas menores, seguramente comida y cigarrillos, qué si no. Yo no preguntaba. Entonces todos querían tabaco. Lo dejaba en el secadero de fruta, en el bosque. Al anochecer, venían a buscarlo sus compinches, otros contrabandistas, y a veces traían a alguien también para mí. Una vez apareció un hombre con el pie dislocado, otra, uno con un disparo; las diosas hacen milagros, debían de pensar. Los agentes de aduanas no nos dejaban en paz. Nos registraban la cabaña cada poco. Y en 1944 comenzaron a pasar aviones por la zona. Jaleo de día, jaleo de noche —dijo Irma suspirando con tristeza—. Empezó a principios de verano y, en agosto, ya era una catástrofe. Lo recuerdo como si fuera ayer. Fue el 29, por la mañana hacía frío, aquel año más que ninguno, como si hubiera llegado de repente el otoño. En aquella época ya nos habíamos acostumbrado, unas veces se limitaban a pasar por encima, otras, tiraban octavillas. Pero nadie se esperaba la masacre que tuvo lugar aquel día.

El cielo retumbó antes de que alcanzáramos a vislumbrar aquel par de puntos relucientes. Me refiero a los bombarderos estadounidenses. Y luego fue cuestión de segundos. Los cazas alemanes, que parecían halcones, se abalanzaron sobre ellos desde Trenčín. Dispararon, y los aviones norteamericanos, grandes y pesados, cayeron.

Dedicaron toda una semana a buscarlos, desde Bošáčky hasta Slavičín. Algunos estaban quemados y se balanceaban en las ramas de los árboles. Se pasaron dos días colgados de sus paracaídas. Peinaron el bosque: la policía alemana, que vino desde Zlín, los guardias checos, los partisanos… También los nuestros los buscaban. Es decir, los que en aquel momento no tenían otras preocupaciones. Aquella mañana, Hrozenkov estuvo inmersa en un mar de tristeza.

»Lo pagó, por ejemplo, Andulka Zindulová de Vyskovec. Estaba trabajando en el campo con sus hijos, como de costumbre, cuando los restos de un avión les cayeron encima. No consiguieron recuperar sus cuerpos hasta la tarde. Después de apagar el fuego y retirar el fuselaje, solo alcanzaron a extraer pedazos de cuerpos quemados. Dos años más tarde, arando, encontraron una mano. Un hueso. Nunca supieron si pertenecía a Andulka o a alguno de los pilotos, así que lo enterraron bajo el monumento americano, en el cementerio de Slavičín. Allí se llevaron, en 1946, los huesos de todos sus compatriotas. La mano sigue debajo del monumento.

»Los Šopík, que viven en el camino a Bošáčky, tampoco salieron indemnes. Aquella zona es donde más monumentos conmemorativos encontrarás. Hay tres, uno en cada lugar en el que se estrelló un avión. El ala de uno atravesó el tejado de la cabaña de los Šopík. Dos de ellos murieron, no me acuerdo de quiénes, pero uno debía de ser muy joven, porque el día del entierro el ataúd lo llevaban unas chicas de negro. Llamaron a mi madre. En aquella época recurrían a ella más que a mí; no había una diosa mejor. Pero tampoco pudo hacer nada. Cuando apagaron el incendio, solo encontraron restos quemados. De los Šopík y de un aviador.

»También cayó uno aquí. Se llamaba Harry, fue lo único que averiguamos de él. Aparte del nombre no entendimos una palabra de lo que decía. Pero, para saber lo que le ocurría, no nos hacía falta entenderlo. Se había quedado sin pelo, tenía la cara abrasada, el cuerpo arañado y una herida profunda en la espalda. Y le pasaba algo en la pierna, no podía caminar. Tuvo suerte de caer cerca de la casa de madre. Se arrastró hasta su cabaña en plena la noche, y ella lo dejó entrar; entonces ya estaba sola, mi padre había muerto y nosotros ya no vivíamos con ella. No había nadie más, así que tuvo que ayudarlo. Ya sabes, era un riesgo encubrir a un soldado estadounidense, pocos se habrían atrevido. Madre, sí. Tenía coraje, y le dio pena. Se encontraba en un estado lamentable, completamente desubicado. Cuando yo lo vi, deliraba. Fue al día siguiente, por la mañana; llegué por el camino de Hrozenkov, me había enviado un

mensaje con los vecinos. Enseguida supe que pasaba algo. La puerta estaba cerrada con pestillo, inaudito en ella. Y no salió ni cuando llamé con los nudillos. Me entró miedo. Ella abrió, se asomó y me hizo entrar. Y allí estaba el muchacho. Desnudo, tumbado en un rincón, en un montón de paja, porque mis padres nunca tuvieron cama, en casa siempre se dormía junto al hogar o en la buhardilla. No dejaba de gemir, se te hacía un nudo en la garganta al verlo todo desfigurado, sufriendo.

Y por nosotros, por los checos, me dijo entonces madre. Así que me envió a buscar a Surmena, para que le colocara los huesos. Salí corriendo a por ella.

»Nada más ver al americano, se arrodilló junto a él, lo palpó y nos pidió aguardiente. Pensábamos que se lo tomaría ella, a Surmena le gustaba beber, pero en lugar de eso le levantó la cabeza y le echó media botella por el gaznate. Tras dejarlo descansar un rato, cuando se quedó en silencio, le cogió la pierna, la apoyó en el hombro de madre para poder moverla mejor, se sentó de costado, le abrazó la rodilla y después le dio un tirón y la giró, se oyó un crujido y la articulación había vuelto a su sitio. Fue todo tan repentino que el americano ni siquiera alcanzó a gritar. Soltó un leve sollozo y luego enmudeció. Al menos parecía algo aliviado. Dimos cuenta, las tres, del resto del aguardiente. Para nosotras no fue plato de gusto. Madre y Surmena bañadas en sudor, por el esfuerzo; yo, por miedo a que alguien pasara por allí y oyera algo. Volvimos al trabajo un rato después. Madre ya lo había lavado y le había puesto hierbas trituradas en las quemaduras la noche anterior, pero tenía fiebre y ampollas, había que cambiárselas cada poco. Yo lo sujeté, Surmena le levantó los brazos y las piernas, madre le quitaba la piel muerta de las quemaduras. Gemía como un niño. Aún ahora, cuando me acuerdo, me duele. Lo vendamos, lo tumbamos para que pudiera dormir… Entonces ya sabíamos que la recuperación sería muy lenta. Pasarían semanas, dijo madre. Estaba preocupada. Curarlo era una cosa, ocultarlo otra. Ella y Surmena se quedaron charlando sobre otras maneras de ayudarlo, y me enviaron a mí a por hierbas y a por una gallina para caldo. No volví hasta la noche. Tardé porque tenía que cuidar a los niños. Además, desde Černé hasta Pitín hay más de una hora de viaje. Llegué corriendo, ya anochecía. Entré a toda prisa en la cabaña, la gallina degollada se bamboleaba en mi cintura, llevaba los sacos de hierbas y más aguardiente en una cesta. Para nada. En el sitio donde había estado el americano había un charco de sangre. Ni rastro de él. Madre y Surmena estaban sentadas junto al hogar. En silencio total, cogidas de la mano. "¿Dónde está?", pregunté sorprendida. No contestaron. Tuve que zarandearlas para que volvieran en sí. Y no hablaron hasta después de haber bebido un vaso de aguardiente cada una. A punto estuve de desmayarme, aún no sabía cosas que ahora sé. No quedó una sola gota de alcohol. Al día siguiente me encontraba fatal.

»Por lo visto se quedaron allí una hora más. El americano, bajo el efecto

del aguardiente y con la pierna en su sitio, se había quedado dormido. Madre y Surmena hablaban de cómo subirlo a la buhardilla, para que no estuviera tan a la vista si venía alguien, cuando oyeron motores de coches. No había nada que hacer. Solo les dio tiempo a echar encima del estadounidense una manta que habían dejado calentándose junto al fuego, y ya estaban dentro. Controles. Recorrían el bosque, los pastos y las cabañas buscando al aviador: la policía alemana de Zlín. Madre se quedó petrificada. De repente, frente a ella había un hombre vestido de paisano y tres más de uniforme, mirándola. Fue todo muy confuso. Dos hombres que estaban fuera se abalanzaron sobre el aviador, mientras los otros tres gritaban a madre y a Surmena. Por supuesto, ellas no entendieron una palabra. Las dejaron en manos del tipo de paisano, Schwannze, lo llamaron, dijo madre. Lo recordaba porque había sonado parecido a "cerdo" en alemán. Y el tal Schwannze sabía checo, así que comenzó el interrogatorio. Que dónde lo habían encontrado, qué le pasaba, qué le habían dado, qué les había dicho. Madre y Surmena se lo contaron todo, para qué negarlo, si estaba claro. Evitaron, eso sí, mencionarme a mí. Les explicaron que no había dicho nada: deliraba, y, aunque hubiera dicho algo, tampoco lo habrían entendido: no sabían inglés. Y tan pronto como lo soltaron, pasó algo peor. Uno de los soldados retiró la manta y, al verlo desnudo, empezó a gritar: *Jude! Der ist Jude!*

»Madre me contó más adelante que en aquel momento creyó que todo había acabado. Que no vivirían hasta la noche. Dijo que Surmena y ella se abrazaron y empezaron a rezar. Uno de los hombres gritó una orden. El americano, despierto, miraba aterrado el cañón del fusil que lo apuntaba. Dispararon. No tuvo tiempo ni de despedirse. Les tocaba a madre y a Surmena. Las llevaron afuera a punta de fusil, donde las esperaban los demás alemanes, furiosos. No dejaban de hacerles preguntas, pero ellas solo entendían a Schwannze, que debía de haber recibido la orden de traducir. Este tenía el rostro más colorado que el oficial que se acababa de bajar de un coche. ¿Sabían que estaban ayudando a un ejército enemigo? ¿Sabían que estaban ayudando a una raza degenerada? ¿Sabían cuáles eran las consecuencias de sus actos? Madre y Surmena callaban. Schwannze empezó a golpearlas, seguramente para que respondieran, porque la pregunta de un superior no puede quedar sin respuesta. Algo dijeron. Madre nunca recordó qué. Fue Surmena la que consiguió detener el bombardeo de bofetones, patadas y gritos. Cuando Schwannze tradujo sus palabras al oficial, este gritó: *Haití*, y todos se pusieron firmes. Después preguntó al traductor, que a su vez preguntó a Surmena: "¿Sois diosas?". Madre, que ya era mayor, se incorporó y antes de dejarse caer de nuevo, consiguió murmurar un sí. Sí, ella y Surmena eran diosas. El oficial se limitó a asentir. Y entonces dos de sus hombres las levantaron del suelo. Aún vieron cómo le decía algo en voz baja, muy serio, a Schwannze. Este le contestó, negando incrédulo con la cabeza, protestando y

alzando los brazos con tanta furia que en aquel momento les dio más miedo que el alemán.

»Lo que se dijeron entonces esos dos nadie lo sabrá jamás. Pero a continuación Schwannze les gritó a madre y a Surmena que no podían alejarse de allí, que no habían acabado con ellas. Eso fue todo. Ellas no se lo creían. Doloridas pero vivas, las empujaron de vuelta a la cabaña. Dos soldados se llevaron el cuerpo del piloto, lo echaron en el contenedor del camión, donde ya había otro cadáver, todavía con el paracaídas arrugado debajo. Y después se subieron al vehículo, arrancaron y se fueron. El oficial se giró para mirarlas, pensativo. Ellas no entendían nada. Se sentaron dentro, una al lado de la otra. Tal y como me las encontré yo. Y luego esperaron. Esperaron y no pasó nada. Nadie volvió a por ellas, los alemanes debían de estar ocupados con cosas más urgentes que dos viejas locas. En aquella época también perseguían a los partisanos por los Cárpatos y los Beskides, luego se supo lo de Ploština y Prlov[11], que quedan al lado de los Claros. Más adelante aparecieron los rusos, y se acabó. Madre vivió solo un año más. El invierno siguiente ya estaba en la tumba.

La voz de Irma, emocionada, fue apagándose hasta quedar completamente en silencio. Dora, que había escuchado a la anciana sin respirar, no osó decir una palabra. Acurrucada, esperaba a que Irma quisiera continuar.

—He pensado mucho en qué se le pasaría por la cabeza a ese oficial para dejar vivas a las dos mujeres —siguió después de unos momentos—. Y no puedo evitar pensar que Ferdinand y Rudolf tuvieron algo que ver, dos tipos bastante bien parecidos que estuvieron un tiempo merodeando por los Claros. Pasaron un tiempo aquí y luego volvieron. Eran los militares de más alto rango que habíamos visto. Y ellos idolatraban a las diosas, sobre todo a Mahdalka y Fuksena. Ah, sí, ¡la familia de las Mahdalka! —recordó de repente Irma y, agitando la mano, ahuyentó el recuerdo de su madre, la Pelona —. Si has venido precisamente por ella… Por eso te estoy hablando de la guerra… Las conozco, claro, y tanto que las conozco. Pero fue una historia fea, muy fea. ¿Seguro que quieres oírla? —preguntó Irma, muy seria.

Dora asintió, exaltada.

—Pues espera… —Suspiró—. Pero, antes, sírvete un té y ponme uno a mí también. Es de nueve flores. Te sentará bien, aunque te vendría mejor una infusión de corazoncillo, ¿no? —Se animó de repente—. Para que encuentres a un buen muchacho. ¿Echamos cera? ¿Qué? Ya no te la echará nadie más que yo, nadie sabe hacerlo… Aprovéchalo, mientras puedas. Hace mucho que tendrías que estar casada, así que no te pongas nerviosa. Veremos al elegido, que está esperándote en algún sitio —dijo Irma con una mirada traviesa.

A Dora se le amargó el té dulce en los labios. Consiguió detenerla en el último momento.

—¡Primero cuénteme lo de las Mahdalka y Fuksena, tía! —rogó.

—Hmmm… Lo más interesante de esa familia es lo que pasó con Fuksena —dijo la anciana—. Seguro que sabes quién era Fuksena, ¿a que sí?… ¿Y que su madre era Pagáčena? Sí, esa diosa que solo tuvo hijos y a punto estuvo de morir sin sucesoras. Era tan conocida que antes de la Primera Guerra Mundial venían a verla desde Viena, Budapest y Cracovia. Antes de casarse y volver a los Claros, se había ganado la fama mientras estuvo sirviendo en esas ciudades. Eso decían, aunque nadie sabe si es verdad, también mi madre lo ponía en duda, pero quizá fuera por envidia, porque a ella no venían a verla desde tan lejos.

»Recuerdo, por ejemplo, a un fabricante vienés que se presentó en una carroza y al que curó con un mes de ayuno, por lo que después la encerraron tres semanas en la cárcel. Y eso a pesar de que el fabricante pidió clemencia, porque sí que lo había ayudado. Hasta Hofer lo contó en algún sitio… ¡Qué se pudra ese mal bicho! Ese hombre cuyo único fin en la vida era atormentarnos. Y, sobre todo, a mi madre y a la de Surmena y a Pagáčena, las tres de las que más se oía hablar, las que más dinero ganaban. Seguro que eso le molestaba más que aquello contra lo que predicaba. Siempre con esas calumnias sobre el oscurantismo, las supersticiones y las fábulas que sacábamos de la cera solo para timar a las personas honradas y confiadas. Pero lo que más le molestaba, y que también denunciaba a voces desde el púlpito, era que las diosas cobraran. ¡Claro que cobraban! ¡A cuántas almas salvaban! Así que cobraban, por supuesto. Y este renegado de la Santa Iglesia, que tenía cuatro bocas que alimentar, no se lo podía perdonar. ¡Que vivieran mejor que él! —dijo Irma, moviendo la cabeza con rabia—. En algo tenía razón… Y es que no todas las diosas ejercían su oficio de la misma manera. Podría contarte cuántas veces tuve que correr a ver a una chica que se había dejado ayudar con un embarazo no deseado, para finalmente llegar demasiado tarde en la mayoría de los casos. O cuántas veces oí que los conflictos entre vecinos llegaban hasta el tribunal porque una diosa había adivinado que un vecino había embrujado a la vaca de otro o le había robado algo. Pues sí, también había diosas así. Como Ruprechtka, que no venía de ningún linaje de diosas, pero tenía a una a su servicio y había visto cuántas veces iban a verla y lo que sacaba de esas visitas. Así que la echó y empezó a ejercer ella, y como su cabaña estaba muy bien situada, se quedaba con todas las visitas antes de que subieran hasta Žítková. E hizo tanto daño… ¡Para qué hablar! Ya te digo que también había de esas… Pero Hofer no distinguía a unas de otras, nos tenía a todas por estafadoras, y por eso nos perseguía. Tú has leído sus libros, ¿verdad? Entonces también sabrás lo de Pagáčena, a quien nunca dejó en paz, como si la pobre no tuviera ya suficiente con su propia vida. Se vio obligada a huir de casa muy joven porque su padre bebía. No es que eso fuera raro aquí, no encontrarás a ningún abstemio por estos lares, y repercute en los niños. Yo se lo decía a todo el mundo, hombres y mujeres: no bebáis tanto aguardiente, no bebáis,

especialmente si os encontráis en estado… Y ellas respondían que solo un poco, para darle fuerza al bebé. Y luego seguían dándoles fuerza para que durmieran bien, y tú misma ves cómo acaban. Algunos hasta dan pena, de lo bobos que son. Qué podía hacer yo, no me hacían caso, como no le hicieron caso a mi madre ni a la madre de mi madre… Hasta donde me llega la memoria, ninguna mujer de nuestra familia pudo hacer nada. Y no es que a nosotras no nos gustara beber un poco, si un buen aguardiente es la misma vida. Pero las embarazadas, los padres, qué te voy a contar… En fin, volviendo al padre de Pagáčena… Además de beber, también se contaba que la rondaba de manera indecente. Hasta mi madre me lo dijo una vez, que la vieja Anka Gabrhelová, o sea, Ruchárová de casada, también una diosa, no hacía más que parir a uno tras otro y ya estaba harta del viejo Ruchár, así que se limitó a cerrar los ojos. Quién sabe cómo iban las cosas en realidad. Pero bien, no. Por eso Pagáčena, en cuanto tuvo oportunidad, se fue de casa a trabajar de criada. Fue Jura quien la trajo de vuelta, por lo visto se encontraron en Pest cuando él retornaba del servicio militar. Hablaron, y en cuanto él le escribió para avisarla de que ya tenía una cabaña en los Claros, ella volvió y se casaron enseguida. Al parecer se montó una buena, porque ninguno de los dos fue a la casa del otro a pedir la mano. Pero bueno, estuvieron bien juntos, y sus hijos nacieron de un amor verdadero. Pagáčena tenía un hijo tras otro, todos varones, y Jura por lo visto estaba orgulloso y se jactaba diciendo que los convertiría en un ejército. Si el pobre hubiera sabido que no se equivocaba, nunca se le habría ocurrido bromear con eso. Se los llevaron a todos. Jura fue abatido a comienzos de la Primera Guerra Mundial, los hijos desaparecieron en alguna de las batallas transcurridas a orillas del río Piave. No volvieron. Ella nunca supo qué pasó con ellos. Murió, dicen que de pena, el último año de la guerra. Yo todavía era pequeña, pero me acuerdo de su entierro. Hofer lo estropeó. Se lo reprocharon durante mucho tiempo. Hacía mucho viento, algo raro en verano, un vendaval de tormenta. La gente caminaba hacia el cementerio muy junta, para protegerse y poder avanzar. La ventisca también empujaba a los portadores del féretro: a los de delante los impulsó con tanta fuerza que los de detrás no alcanzaban a seguirles el ritmo. Un sombrero rodaba por el camino. El ataúd cayó, la tapa saltó. Un instante después Pagáčena estaba fuera. Las grandes diosas salen volando, así es. Y Hofer, en lugar de despedirla con dignidad, en su misma tumba dio un sermón sobre las supersticiones y los engaños, se burló de quienes creen que las fuerzas de la naturaleza se despiden de las diosas, se burló de quienes habían soltado un grito de terror al ver salir el cuerpo de la caja, aunque estuvieran allí llorando por la marcha de la buena vecina Pagáčena, que los había ayudado a todos, y varias veces. A parir, a curarse, a tomar decisiones. Y entre ellos se hallaba también Fuksena, que entonces tendría unos cinco años. Imagínatela, la pequeña huérfana escuchando las pestes que el cura echaba sobre su madre. El corazón se me encoge aún hoy

cuando me acuerdo… Entonces se decía que aquella niña sería la diosa más poderosa de Žítková porque había nacido el día de Navidad y, además, enmantillada, recubierta todavía por la placenta. Pagáčena estuvo a punto de morir en el parto. Lo cierto es que murió apenas cinco años después y no tuvo tiempo de instruir a su hija. Aun así, Fuksena no pudo escapar a su destino. Mahdalka se hizo cargo de ella, por lo visto las unía algún tipo de parentesco, y se la llevó a Potočná. Y eso no estuvo bien, no estuvo bien. Fue una lástima que se la llevara antes que tu abuela, Justýna Ruchárka, que era tía de Fuksena —dijo Irma con un suspiro.

A Dora le pareció extraño, así que preguntó:

—¿Por qué fue una lástima, tía?

—Hmmm… —replicó la anciana—. Se decía que las Mahdalka eran hechiceras. A la vieja Mahdalka, Josifčena, le tenían miedo… Sus conjuros siempre funcionaban. Las vacas dejaban de dar leche o, al contrario, daban el doble.

Sabía provocar úlceras y curarlas. Y dejar a las mujeres secas, pero también ayudar a las estériles. Y ay de quien la engañara, quisiera embaucarla o tocara a su familia. Era capaz de echarte un mal de ojo. Se decía que había convertido a su marido en viudo antes de casarse con él, y que no ponía reparos en maldecir a quien fuera si le pagaban generosamente; su poder era negro como la noche. Tal vez te acuerdes de su nuera, Marie Mahdalka, que murió hace poco. Ella afirmaba que también era una diosa, que había aprendido de su suegra. Pero no era verdad. Quizá la vieja la ayudara, pero Marie no albergaba en su interior la fuerza necesaria, no había nacido diosa. Por eso Mahdalka adoptó a Fuksena, quería vina sucesora de su propia sangre. Ella solo había tenido un hijo, muy joven, y se murmuraba que ni siquiera con su marido, y no volvió a quedarse en estado. Por eso eligió a Fuksena. Se la llevó el mismo día del entierro, la apartó de Justýna Ruchárka, y por lo visto no la dejaba ni ir a visitarla. Algo pasó entre ellas, no se soportaban… —Hizo una pausa, pero enseguida añadió—: Bueno, de eso hace mucho tiempo, mucho, deberíamos dejarlo estar. En realidad, creo que a Fuksena no le fue tan mal en casa de Mahdalka, que la trató con cariño. Una madre es una madre, pero la niña llegó a quererla como a tal. La instruyó en sus artes desde bien pequeña. Plegó la ramita mientras era tierna y flexible. Que yo sepa, iban juntas a buscar hierbas al lado húngaro, cruzando el Drietomice, en dirección a Trenéín. Así no nos encontrábamos. Si acaso en la iglesia o después de alguna feria, pero era raro.

»Fuksena era hermosa. Alta, fuerte, con una abundante melena del color del sol cuando es más oscuro. Nunca se había visto un cabello tan bonito en nuestros valles. Algunos aseguraban que era la muchacha más guapa de los Claros, todos los jóvenes andaban tras ella. Pero no hacía caso a nadie. Estaba muy unida a Mahdalka, en exceso, y no quería ni oír hablar de boda. La gente

decía que alguien acabaría prendiendo fuego a su casa. Ya sabes cómo son por aquí. No hace tanto que quemaron el tejado de la viuda Pavlicová, ya que había rechazado a un joven y a un viudo, ¿te acuerdas? Nunca sabremos cuál de los dos fue, incluso pudieron ser ambos, se les escuchó gritar en la taberna que era una engreída. En fin, por estos lares esas cosas están a la orden del día, y se comentaba que algún día le tocaría a Fuksena. Y le tocó, aunque de una manera diferente a la que habían supuesto.

»El día en que aparecieron, todos pensaron que se trataba de agentes del Servicio de Vigilancia Aduanera. Es verdad que fue un poco raro, porque llevaban unos uniformes oscuros, se entendía que de un rango superior, pero se alojaron donde el Servicio, en el nuevo edificio que habían construido casi en la frontera, allí en la linde de Hrozenkov, donde el arroyo discurre paralelo al camino, así que pensamos que eran del cuerpo. Y esos primeros días siempre los acompañaba alguno de los agentes de aduanas. En realidad era para que alguien les enseñara todo esto, como supimos más tarde. Estuvieron por aquí husmeando, midiendo, recorriendo el cordal, y luego se marcharon para regresar al cabo de unos meses. Y entonces fueron directos a casa de Mahdalka. Dicen que les leyeron la fortuna y que pagaron una cantidad que jamás se había visto en los Claros.

»Se corrió la voz de que las Mahdalka habían tenido una visita de alta alcurnia: del Tercer Reich. Sucedió una noche; un comando se distribuyó alrededor de la cabaña y entraron solo dos, en compañía de un hombre enmascarado. Lo contaron los chicos Hostálka al día siguiente, en la taberna, sin preocuparse de que todos supieran que por la noche espiaban a Fuksena. También la joven Mahdalka dejó caer algo más adelante. Cómo no iba a presumir con las demás cuando charlaban después de misa, le daba igual que a esas alturas ya nadie apreciara a los alemanes. Alardeó de que fuera un tipo importante, de que les pidiera con suma cortesía que adivinaran su suerte. Quería saberlo todo. Su pasado, su futuro. Entonces la vieja Mahdalka le leyó la fortuna. Como la habían despertado en mitad de la noche, no había tenido tiempo de peinarse, así que los mechones de pelo cano le caían sobre la cara. Puso cera en el fuego, Fuksena le preparó el agua. Cuando tocó la cera endurecida en el cuenco, se quedó helada. La joven Mahdalka dijo que la asustó su expresión, que nunca la había visto así. ¡Aquello era un indicio de lo que se avecinaba! Leyó en el cuenco el pasado del inquieto huésped. Había nacido en un país próspero, el sol brillaba después de una tormenta con ciento sesenta y ocho relámpagos que se había llevado una vieja amistad rota por una traición. Vio también el nacimiento de la inocencia, un niño, y quién sabe qué más. El hombre no abrió la boca. Las predicciones sobre el futuro eran difusas, pero tú misma sabes que las adivinaciones no se pueden dirigir, no son exactas, su sentido se abre lenta y gradualmente, igual que una flor, hasta el día en que se hace evidente. Cuándo, depende de lo perceptiva que sea la

persona… Y de si de verdad quiere saberlo. Ella palpó con cautela la cera. Por lo visto, el frío que acompañaba el destino de aquel hombre la hizo temblar. Su camino subía, en un ascenso implacable, hasta la cúspide, en la que, sin embargo, vio la silueta derruida de un gran castillo lleno de salones secretos y grandes hombres. También dijo que en aquel camino veía una segunda traición, igual de poderosa que la primera, que tanto había ayudado a su ascenso imparable. Pero esta vez provocaría su llanto y el de los demás hombres influyentes, pues el traidor sería uno de ellos. Marie Mahdalka contó aún más: que por primera vez en su vida oyó a su suegra transgredir las normas. Le dijo al visitante que podía seguir si él así lo deseaba, pero que más allá de aquello solo veía su final. Ya sabes que a las diosas no les está permitido hablar de la muerte, ni siquiera si el que pregunta está a sus puertas, pues el destino que ven no está cerrado, la rueda puede girar hacia otro lado en cualquier momento. Y las diosas jamás han quebrantado esta norma, así que la joven Mahdalka se quedó muy sorprendida cuando oyó a la vieja hablar del fin del visitante. Ella pensó que, o bien lo odiaba, o bien quería advertirle. Le contó que, si miraba mucho tiempo al Este, convocaría a la muerte. Y que si su final llegaba desde allí, en las generaciones venideras, su sangre se mezclaría con la de aquellos que ahora tenía presos. Por lo visto, el hombre se asustó tanto que se levantó de un salto. La joven y Fuksena tardaron mucho en calmarlo. Le sirvieron un vaso de aguardiente para que se tranquilizara. Según parece, Fuksena trató de reinterpretar las profecías de Mahdalka, de atenuarlas, hasta que estas se diluyeron en un río de palabras que no tiene sentido recordar. El visitante, que poco a poco volvió a su ser, se dejó examinar. Se quejaba de que siempre estaba cansado. Le dieron una mezcla de escaramujo triturado, tallos de sanguinaria y menta para el fortalecimiento, y una bolsa especial de orégano con angélica. También hipérico, para despejarle un poco la mente. Cuando, al fin, meditabundo, se marchó, parecía satisfecho. Y no las amenazó ni las castigó de manera alguna, al contrario. Al despedirse, incluso les preguntó qué desearían a cambio de sus servicios. Antes de que la joven Mahdalka pudiera negarse, ya que el miedo le impedía requerirle nada, Josifčena gritó desde la cabaña que quería que le devolvieran a su hijo, a quien se habían llevado a trabajar a algún lugar del Reich. El hombre no dijo nada más, se limitó a juntar los talones, se tocó de refilón la visera, subió al coche seguido de los otros dos, y se fueron. Nadie ha sabido nunca quién era, aunque los otros sí volvieron por aquí. Se decía que uno de ellos ni siquiera se alojó con los agentes del Servicio de Vigilancia Aduanera, sino en casa de Fuksena. Friedrich Ferdinand. Si bien era el mayor, su rango era inferior. Se dirigía al más joven llamándolo *Herr Doktor*, decía *Herr Obersturmbannführer*. Creo que su nombre era Levin, pero qué sé yo, hace muchísimo tiempo.

»Lo más probable es que ellos, que siguieron frecuentando a Fuksena y Mahdalka, tuvieran algo que ver con que se hiciera la vista gorda con madre y

Surmena. No eran SS corrientes, aunque llevaran sus uniformes. Desde luego, tenían estudios. Fuksena contó una vez que estaban llevando a cabo una investigación. ¿Sobre qué? Pues sobre las diosas. Pero no me preguntes más, nunca llegué a conocer los detalles. Solo sé que al final, sus indagaciones fueron una bendición, que Dios me perdone. El rumor corrió hasta Zlín. Por eso aquel oficial había dejado en paz a madre y a Surmena, dijera lo que dijera el cerdo confidente, checo o alemán o de dondequiera que fuera el dichoso Schwannze. No las castigó porque sabía que las diosas se regían por otra ley. Eso creo. Pero nunca lo averiguaremos.

»¿Y sabes lo que pasó al final con Fuksena? Lo sabes, claro, pero preferirías no saberlo, no es agradable. Aquí todos prefirieron olvidar cómo acabó la diosa más poderosa de los Claros. Alguien la mató a golpes.

»En fin, esos dos se marcharon cuando la guerra tocaba a su fin, y en pocos meses hubo un nacimiento en casa de las Mahdalka. Era la época en que los partisanos se refugiaban en las montañas. También las recorrían los primeros rusos, que iban reclutando a los hombres. Ellos avivaron la esperanza, todos se aferraban a ella, la gente estaba nerviosa. Y, en mitad de todo esto, la chica que había sido desdeñosa con los lugareños pero que se había confabulado con un alemán tuvo un bebé. Deberías haber visto lo enfurecidos que estaban algunos. Y luego, cuando pasó por aquí el frente y todos huyeron al monte Kykula o a los bosques de Pitín para ponerse a salvo de aquellos salvajes, Fuksena desapareció. Solo un par de días después, cuando la gente volvió a sus casas, la encontraron desfigurada, mutilada. La enterraron sin funeral. Y, después de la liberación, cuando se pidió que la trasladaran a una tumba como una buena cristiana, nadie sabía quién la había encontrado ni dónde. Y desapareció también el bebé, por lo visto era una niña. Según contaron, la vieja Mahdalka se alteró hasta tal punto que todos pensaron que le daría un infarto. Había perdido a su sucesora, a la que había enseñado todo lo que sabía, y también a la hija de esta, la última diosa de su estirpe. Para ella debió de ser terrible. Tan solo le quedaba la joven Mahdalka, que no era de su sangre, y un hijo al que se habían llevado a algún lugar del Reich. Entonces todavía no tenía nietos —Irma agitó la cabeza y luego se volvió hacia Dora—. Pues ya sabes todo lo que hay que saber de las Mahdalka y de Fuksena. Ahora toca que te eche la cera, ¡y no quiero oír una protesta! Dentro de un año quizá ya no esté aquí, y te quedarías sin saber lo que te espera… —Así puso fin a su relato. Se levantó con decisión, pero luego se detuvo y preguntó con suspicacia —: ¿O es que lo sabes?

Dora se sobresaltó.

—¿Qué sé?

—Tal vez tú misma lo hayas visto… Eres la sobrina de Surmena, la nieta de Justýna Ruchárka, vosotras también lo lleváis en la sangre. ¿No lo notas?

—¿El qué, tía?

—El don, qué va a ser. El que te permite ver el pasado y el futuro, y todo lo demás.

Dora negó con la cabeza.

—No.

La anciana asintió, satisfecha:

—Bien. Aunque, por otro lado, es una pena. Entonces yo seré la última diosa.

Dora sonrió, pero cuando Irma continuó con expresión de amargura, volvió a ponerse seria.

—Mis hijas tendrían que haber perpetuado nuestro don, al menos un tiempo más. Pero se fueron a la ciudad, esto no les gustaba, de modo que no llegaron a aprender nada. Elección suya. Aunque no creas que quien ve el futuro puede esquivar su destino…

La mujer la observaba. Ella volvió a negar con la cabeza.

—En fin… ¡te echaré la cera!

Al poco había un tazón humeante encima de la mesa. El olor de la corteza de árbol mezclada con las hierbas era embriagador. Aquel aroma especiado, el silencio y el té caliente sumados a los lentos gestos de Irma, que preparaba los utensilios necesarios para la adivinación, la adormecieron.

—Enseguida te enterarás de todo, mi niña —farfulló. A continuación, bendijo solemnemente los objetos necesarios para su ritual. Luego trajo la cera fundida del fogón y la vertió en un cuenco lleno de «agua feliz» del manantial que quedaba encima de la cabaña. Mientras tanto, recitaba—: Invoco el poder de Dios, no el del diablo, con ayuda de Jesucristo Nuestro Señor… Háblame, querida cera, de la vida de Dora, qué le ha sucedido y le sucederá, cuál será su suerte, cuál su felicidad… y si Dios la bendecirá. Yo invoco para ella su poder por vez primera…

Entonces Irma se inclinó sobre el cuenco de loza. La cera se solidificó al contacto con el agua fría. Irma esperó un poco y luego sacó el pedazo en el que se habían formado varios pliegues, lo sopesó un instante y luego empezó a palpar con los dedos de ambas manos las intrincadas sinuosidades.

El suspiro de la anciana rompió el silencio.

—Mi niña, a ti te han echado mal de ojo.

Dora la miró, inquieta. ¿Mal de ojo?, pensó, pero no alcanzó a decir nada en voz alta porque Irma ya volvía a recitar:

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que venga y asista la buena y bienaventurada Virgen María, que venga y ayude a Dora, para que la salud, la felicidad, la bendición divina…

El tono monocorde era como un bálsamo. Estaba a punto de quedarse dormida cuando la anciana se dirigió a ella:

—Yo sé lo difícil que lo has tenido, todos lo saben. Eso también lo veo. Muerte en la familia, soledad, una inmensa soledad, aquí está todo. Incluso

Jakoubek, que se apoya en ti, recorréis juntos un largo camino. Aquí se ha moldeado todo, mira —dijo, poniendo un trozo de cera de color de miel frente a ella. Apenas pudo enfocar, Irma ya volvía a examinar las prominencias con detalle.

—Niña mía, niña mía… —repetía, mientras Dora se esforzaba en combatir la somnolencia y concentrarse un poco—. Tú también te has echado mal de ojo a ti misma, ¿verdad? —preguntó, mirándola con preocupación.

Dora, a pesar del sueño, se quedó atónita. ¿Ella? ¿A sí misma?

—Aquí siento la rabia. Y tanto dolor en vano… No te quedaba otra que vivirlo. Podrías haberte ahorrado la mala sangre. Eso te ha afectado al estómago. Suele dolerte, ¿verdad? Luego te daré unas hierbas.

Dora asintió, pero en el fondo no estaba de acuerdo con ella. ¿Inútil? No. Nada de lo que había hecho, si Irma se refería a lo que había pasado hacía años en el internado, había sido inútil. No habría podido dejarlo pasar. Tenía que actuar, defenderse, y si se viera en la misma situación, lo haría otra vez. ¡Si casi la habían destruido, con aquellos escarnios!

—Pero ahora las cosas van mejor, ¿a que sí? —continuó Irma—. Estás en paz. Todo fluye, todo está en su sitio… Pero no olvides que la vida no puede planificarse por completo, día a día, semana a semana, siempre igual. Vives como si ya estuvieras muerta. Y eso no puede ser, no puede ser… Desde luego, no a tu edad. Eres de carne y hueso, tienes un corazón que late. La fuerza de tu interior ha de manar hacia algún sitio. No luches contra ella, no lo hagas…

Irma se miró las manos en silencio.

—¡Espera! ¡Esto ya es otra cosa! —exclamó, sorprendida.

Las yemas de sus dedos surcaron los salientes de la cera. Al fin se detuvieron, como si no quisieran creer lo que palpaban.

—Anda… Pero esto es terrible —Irma, incrédula, miró sorprendida a Dora—. Vaya, parece que esta chica no sabe contar hasta cinco, ¡y mira todos los que hay! —Negó con la cabeza—. ¿De verdad necesitabas tantos? ¿Es que no puedes escoger a uno? ¿A uno cuyo nombre recuerdes, al menos? —la reprendió, pero, como si se hubiera arrepentido, añadió con tristeza—: Es por miedo, ¿verdad? Crees que son todos iguales… Que todos son como tu padre… ¿Estoy en lo cierto? No es un buen camino, créeme; no puedes huir de ellos porque creas que son todos iguales que él. No es así. No lo son —dijo, en tono de súplica, moviendo la cabeza en señal de desacuerdo.

Dora reunió valor para contradecirla. Su mente aletargada pegó una palabra a la otra, pero no sabía ni por dónde empezar. Y cuando ya estaba abriendo los labios, miró hacia Irma y, apenas vio su expresión, toda su voluntad la abandonó. En lugar de eso, cerró los ojos. Estaba claro que acababan de desquiciar la puerta número trece de la historia de su vida.

—Pero esto… Esta persona… Esta mujer de aquí… —continuó la anciana en voz baja, incrédula, examinando con más atención el contorno de la cera.

Fue explorando cada saliente, uno tras otro, sin dejar un solo resquicio, tratando de encontrar una explicación, hasta que de repente, atónita, casi asustada, gritó—: ¡Así que eso es!

Dora, despertando de su letargo, se quedó sentada con los párpados cerrados, concentrada en respirar. Inspirar, espirar. Inspirar, espirar. El olor amargo de la infusión le llenó los pulmones, el corazón le latía con fuerza y la vergüenza se derramó por sus venas. Sintió una oleada de sangre caliente desde las puntas de los pulgares hasta el rubor de las mejillas. «¡No es posible que lo haya visto! ¡No tiene sentido!», pensó.

Tragó saliva y, con toda la abnegación que fue capaz de reunir, se atrevió a levantar la vista hacia la anciana. Pero Irma no la miraba, seguía concentrada en la cera. La indignación fue desapareciendo de la expresión de Irma. Ahora estaba visitando otro cuarto distinto del interior de Dora. Miró en ella por la ventana de sus manos abiertas y, como si hablara con alguien, de sus labios salió un torrente de palabras ininteligibles. Solo después de unos momentos, Dora consiguió comprender lo que decía:

—No lo tendrás fácil, no —susurraba, compasiva—, pero no te lamentes. No todas tenemos que ser madres. No es una obligación. No te lo reproches… Tú tienes otra cosa —afirmó, convencida, balanceándose como si estuviera borracha y no consiguiera mantener el equilibrio—. Algo grande que te devorará… Corre tras ello, ese es el buen camino, el que te llenará, ya lo verás —le aseguró con satisfacción, como si en el centro del moldeado de cera se hubiera topado con la absolución.

Entonces enmudeció, repasó los contornos una última vez y, como si hubiera entendido que ya no leería nada más, agitó la mano y se dispuso a acabar con un último conjuro:

—Ruego por esta muchacha, ruego por Dora, bendecida en santo bautizo, bendecida por la Santísima Trinidad… Y conjuro los sufrimientos y las penas: apartaos, alejaos de Dora, no tenéis influencia alguna sobre ella, ni de día ni de noche, abandonaos a las montañas negras y desiertas. No lo hago con mi poder, sino con el poder divino, con la ayuda de Cristo Señor. Ayúdame Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo. Amén.

No dijo nada más. La habitación se quedó en silencio, interrumpido tan solo por el ligero crujido del banco de madera cuando la anciana tomó asiento y por el crepitar de la corteza y las hierbas.

Dora quería plantarle cara. Quería decirle a voz en grito a aquella andana lo que pensaba, que se equivocaba, lo mal que leía la cera. Quería abrumarla con su juicio antes de que pudiera desmenuzar aún más su intimidad, desenmascarándola y haciéndola pedazos, ya fuera con burla o indignación.

Pero Irma se le adelantó. Estiró los brazos por encima de la mesa y le acarició la mano. Fue un gesto tierno y maternal, nadie la tocaba así desde hacía años. Aquella sensación, olvidada ya, la confundió y, al tiempo, la colmó

de un inesperado agradecimiento.

Alzó los ojos y se topó con la mirada de Irma. Era cálida; de algún modo, parecía entenderla.

—Yo sé lo que te ayudará, sé por dónde deberías empezar —dijo entonces —. Lo sé y te ayudaré. Y si haces lo que ahora te voy a aconsejar, sentirás alivio, créeme. Porque nada tiene por qué ser como es ahora.

—¿El qué? —preguntó ella.

—Lo sabes. Pero yo te ayudaré a encontrar el buen camino, no temas… Aunque tú quizá ya intuyas cuál es, ¿a que sí? Bueno, no temas, no temas, solo tenemos que empezar a desenredarlo desde el extremo adecuado. Pero primero prométeme que harás lo que te voy a decir… Prométeme que me obedecerás, Dorličkа.

—Sí —dijo ella, con cautela—, lo haré.

—Así se hace, así se hace. —Irma asintió—. Todo cambiará, encontrarás la paz, créeme… Y te sentirás mucho mejor. Pero primero tienes que hacer algo. Tienes que ir a hablar con él.

—¿Con quién?

—Con tu padre.

Fue como una ducha de agua helada. En ese momento, cuando comprendió el sentido de las palabras de la anciana, sintió que se le paraba el corazón.

EL PADRE

Supuso que después de lo que había pasado ya no volvería a verlo. Desapareció de su vida cuando lo encerraron, y ella se esforzó tanto en no pensar en él que al final también lo borró de su memoria. Fue, literalmente, como si hubiera dejado de existir. Ni se le ocurrió que pudiera ser diferente. Y, sin embargo, él regresó unos pocos meses antes de su graduación.

Cuando aquella tarde Jakoubek y ella bajaron del autobús, el ambiente en la plaza de Hrozenkov era el de cualquier otro viernes. En la parada, un par de vecinas esperaban el autobús de Bojkovice; en el banco, junto a la cooperativa, varios viejos fumaban en pipa bajo los cálidos rayos del sol vespertino; un poco más allá, en la plaza, unos muchachos jugaban al fútbol.

Dora, cargada con la mochila y tirando de Jakoubek, se dirigió a la cooperativa para comprar algo antes de subir. Nada más entrar, cogieron una cesta, como de costumbre, Dora saludó en voz alta y, como de costumbre, le devolvieron el saludo. Todo parecía igual que siempre. Excepto una cosa. Algo que no se podía nombrar, que solo se podía sentir, como si estuviese suspendido en el aire. Únicamente lo percibió por el modo en que la gente se la quedaba mirando.

Cogió un paquete de pasta y dos botes de verduras del estante, una hogaza del cesto del pan y, por último, se inclinó sobre la nevera para coger un cartón de leche semidesnatada, la del letrero azul. Después, avanzó un poco y pidió un corte de salami en el mostrador de la carnicería.

—¿Me lo envuelve, por favor?

Su voz resonó en el silencio del supermercado. Indecisa, se giró hacia la salida.

—Buenos días, señora Janková —saludó tratando de sortear a su enjuta vecina cuando tropezó con ella en el estrecho pasillo.

—Dios te guarde, Dorka… ¿Vas a casa?

—Sí, a casa.

—Pues ándate con cuidado, chica. Pronto oscurecerá.

Dora sonrió. Como si fuera la primera vez que iba de Hrozenkov a Žítková…

—Es mejor que lo sepas —intervino Tichačka, estirándose detrás de la caja para alcanzar el contenido de la cesta de Dora—: ha vuelto tu padre.

El cartón de leche resbaló de su mano y dio un batacazo en el linóleo estampado. Tichačka, con los labios fruncidos por el aprieto, levantó la vista hacia ella. ¿Qué había dicho?

—¿Mi padre?

Tichačka asintió con la cabeza.

Aquel día, cuando el claro de Koprvazy estaba ya sumido en la oscuridad, una luz iluminó su vieja cabaña. Tras las cortinas de la densa lluvia, emergió una lucecilla tímida, casi imperceptible, que centelleó hacia ella, como un mensaje. El mensaje de que estaba allí. De que había vuelto de verdad.

Sentada en la sala en penumbra, donde solo se escuchaba la respiración regular de Jakoubek y el repiqueteo de las gotas de agua al chocar contra el tejado, lo observaba por el ventanuco. No podía dejar de mirar. Se quedó así mucho tiempo, hasta que se dio cuenta de que todo estaba oscuro. Pero ni siquiera entonces, bajo ningún concepto, quiso levantarse y pulsar el interruptor para devolverle el mensaje: estoy aquí.

Y entretanto se arremolinaban en su cabeza preguntas que confluían en una sola: y, ahora, ¿qué? Había borrado a su padre de sus vidas con tanta eficacia que se había olvidado de prepararse para esta situación. Ahora la cogía por sorpresa. Saberlo tan cerca le ponía la piel de gallina. Bastaría con bajar corriendo por el camino de Bedová, subir por el sendero que rodeaba el campo comunal y dejar a la izquierda el huerto descuidado para llegar a la cabaña donde se encontraba él. O al contrario. También él podría plantarse en su puerta en menos de un cuarto de hora.

El miedo la atenazaba.

¿Y si lo intentaba?

Y en aquel mismo instante, como si lo hubiera invocado ella misma, escuchó el chirrido de la cancela. Dora se estremeció. No se atrevía ni a respirar por temor a no oír lo que estaba sucediendo fuera. Al poco, después de unos pasos amortiguados, alguien llamó a la puerta. Se quedó rígida. Los golpes intermitentes se repitieron, seguidos de un tenue:

—¿Dorka?

Antes de poder responder, el picaporte se inclinó y una empapada y desconcertada Janigena entró en la casa. Apenas abrió, la punta plateada de un relámpago se clavó en el suelo acompañado de un estruendo ensordecedor.

Aquel año pasaron la mayoría de fines de semana en Brno. El miedo y el desasosiego ante la perspectiva de encontrarse con él le impidieron ir a Žítková más de un par de veces, y luego llegó el invierno, que aislaba la cabaña de Bedová de la civilización. Volvieron en marzo. Pero tampoco entonces Dora

encontró la paz, su hogar se convirtió en una jaula para ella.

No se quitaba de la cabeza la idea de abandonar Žítková, de no regresar mientras él estuviera allí. La entristecía, sobre todo por Jakoubek, pero empezó a resignarse ante la idea. Y entonces sucedió algo inesperado.

No iré bajo ningún concepto, ni aunque me arrastren, pensó cuando lo supo. Pero entonces Baglár la amenazó:

—Si no vas, te lo traeré aquí. Solo quedas tú, es tu obligación. Y de nadie más.

Así que fue. Caminó con Jakoubek desde la cabaña de Surmena y luego subieron hacia Koprvazy, muy despacio, un par de pasos por detrás de Baglár.

La cancela del pequeño patio estaba abierta. Las malas hierbas crecían entre el pavimento, el césped estaba demasiado alto y el serbal que se erguía junto a la casa parecía apoyarse en el tejado de paja. Había ruido en el interior.

Cuando entró, todos se giraron hacia ella: Baglárka, Janigena y el médico forense. No vio el cuerpo de su padre. Únicamente las botas bajo el banco, junto al hogar. Las botas, como aquella Vez.

Entonces se apartaron, le abrieron un pasillo, un camino que llevaba hasta él, hasta su padre. Fue sola, Jakoubek se detuvo en la puerta.

Estaba tumbado en la mesa de la cocina, bajo sus manos, cruzadas sobre el pecho, le habían colocado una cruz de saúco. Tenía heridas en el cuello y en su rostro quedaban huellas del dolor que había padecido.

—Ha sido rápido —dijo el forense—, y estaba borracho… como una cuba, lo de siempre… Ahora está mucho mejor.

—De los muertos solo se habla bien —replicó Baglárka, y Baglár soltó una carcajada.

Dora se acercó a la mesa. Era curioso mirarle a la cara después de tantos años. Lo observó sin pestañear, con la sensación de que sus rasgos no ocultaban nada que quisiera rememorar. Ningún recuerdo. Excepto uno, que regresaba de vez en cuando, la mayoría de veces de forma inesperada, como ahora. Hop, hop, una tras otra ruedan ante su mirada desenfocada las cabezas cortadas de los gatitos con una mueca de terror. Del cuello les chorrea la sangre, y distingue los pedazos de carne y la piel cubierta por una ligera pelusa. Hop, hop, ruedan una tras otra.

Asustada, parpadeó y se apartó de la mesa.

—Es mejor que te sientes —sugirió el forense—. Ven, siéntate aquí.

Se dejó caer en la silla que este le ofrecía. Le habría bastado con alargar la mano para tocar las puntas de los pies de su padre, sus gruesos calcetines de punto. ¿De dónde había sacado aquellos calcetines tan buenos, si no tenía nada?

—¿Cuándo ha ocurrido? —preguntó.

—Ha debido de ser durante la noche. Hacia medianoche, más bien. Por la tarde estuvo en la taberna, yo lo vi allí. Era evidente que algo lo atormentaba,

estaba como aturdido, no hablaba con nadie —dijo Baglár.

Dora asintió.

—¿Y quién lo ha encontrado?

Janigena tosió y, con una voz profunda, como crispada, respondió:

—Yo.

Por un momento pareció que ya no diría nada más. Pero cuando vio que todos esperaban que describiera con más detalles lo que había sucedido, continuó:

—Esta mañana, iba por el camino de abajo cuando vi que vuestro serbal no estaba en la misma posición de siempre. Parecía inclinado hacia la tierra, como si algo pesado lo encorvase. Corrí todo lo rápido que pude, pero ya era demasiado tarde. Debía de llevar allí desde anoche —añadió, y con la punta de la bota enfangada dio una patada a un tablón que sobresalía del suelo. Al hacerlo se desprendieron pedazos de estiércol de vaca, debía de haber venido directamente del turno matinal en la Cooperativa Agrícola. Al menos eso parecía indicar el olor que desprendía.

Guardaron silencio. Tan solo se oía a Jakoubek levantando astillas del marco de la puerta.

—Yo te ayudaré con los preparativos. Hay que organizar una despedida, no queda otra —dijo por fin Baglárka. Y, cuando vio que Dora no era capaz siquiera de objetar nada, repartió las tareas—: Baglár le tomará las medidas y bajará con el forense a Hrozenkov, para dar aviso a la parroquia y al carpintero. Janigena podría visitar a los vednos y encargarse del cantante. Nosotras, mientras, lo lavaremos. Lidka hará la masa para *pagáče*, y del aguardiente que se encarguen los vecinos.

Por la tarde, Dora caminaba intranquila de un lado a otro de la estancia, observando a Baglárka calentar agua, preparar la solución salina y desvestir al muerto. Antes de que pudiera evitarlo, le quitó también los calzoncillos, los cortó con unas tijeras y los lanzó al fuego del hogar.

—Si no, esta noche esto apestará… Se cagó encima —dijo, mientras tanto.

Su padre estaba frente a ella tal como Dios lo había traído al mundo: entre las piernas, el diminuto miembro que la había creado a ella. Un cuerpo desnudo, lampiño, gris: el cuerpo de su padre.

A Dora se le revolvió el estómago.

Baglárka, implacable, continuó. Dejó una olla con agua caliente en la silla, junto a la mesa, y le dio un trapo.

Fueron lavándole las piernas y los brazos, una sujetaba, la otra pasaba el paño por todos los resquicios. Dora tuvo que contenerse para no arañarlo. Hacerlo sangrar. Como él hizo sangrar a su madre. Pero no hizo nada. Lo lavaron y lo dejaron allí tumbado mientras la ropa se secaba al calor del hogar.

Cuando empezó a oscurecer, estaba listo. Limpio, afeitado, peinado y vestido. Colocaron un vasto edredón en el ataúd recién construido. Lo había traído Baglár al mediodía en su carro junto con las sillas, que colocaron por toda la estancia.

—Ya llega el cantante con las mujeres —dijo Baglárka, encendiendo una vela junto a la cabeza del muerto—. No tardaremos mucho en empezar.

Dora estaba nerviosa. Hasta entonces se había concentrado en su tarea. Se limitaba a escuchar a Baglárka, que no dejaba de hablar, de todo: de la cosecha, del tiempo, del ganado, de la Cooperativa Agrícola, del nuevo cura, un torrente de palabras que la eximía de pensar. Pero el trabajo mecánico estaba a punto de concluir. Y se esperaba que se comportase como alguien que hacía tiempo que no sentía ser: como una hija.

—¿No tienes hambre? —Se volvió hacia Jakoubek. Había estado todo el día observándolas desde el hogar, desde un lugar que le gustaba también en su casa de Bedová. Él asintió y bajó despacio.

—Claro, casi nos habíamos olvidado… Coge un par de *pagáče* y espera… Luego te darán lo que traigan. —Baglárka le acercó la bandeja con las pastas.

Descansa después del trabajo diario,
hermano querido,
y espera la gloria de la resurrección,
pues has muerto en Jesús,
que es la vida misma…

Desde fuera, llegaban a la cabaña las entonaciones de los cánticos. Poco después entró Janigena con el cantante, y tras ellos las vecinas.

Dora se puso de pie, Jakoubek le cogió la mano con fuerza.

—Bienvenidos —dijo Baglárka a los recién llegados, ofreciéndoles la bandeja de *pagáče*. Uno tras otro, aceptaron un dulce, acariciaron las cabezas de Dora y Jakoubek y dejaron sus presentes junto a los fogones. Sobre el hogar se acumulaban botellas de aguardiente, diferentes clases de verduras, leche, incluso *tlačenka*[12]. La sala estaba repleta. También el hogar estaba ocupado, pues los niños se habían sentado alrededor. Varias personas tuvieron que quedarse en el soportal, frente a la puerta abierta.

Sentaron a Dora y a Jakoubek junto a la mesa y, tras la cabeza del difunto, se colocó el cantante, vuelto hacia el público:

—Sean todos bienvenidos… —dijo alzando la voz, y todos callaron de golpe. Clavaron sus ojos en él. Y en ellos. Dora los sintió en la nuca, en la espalda, en los costados, todos los observaban. Querían saber cómo se comportarían. Si llorarían. Era una obligación: debían llorar y lamentarse. El llanto de las plañideras tenía que sumarse al de Dora, completarlo. Pero no lo haría, no soltaría ni un sollozo—. Estamos unidos hoy aquí para despedir al

difunto Matyáš Ides. Bienvenidos sean los parientes y los vecinos, bienvenidos sean sus pobres huérfanos. Participemos primero de la oración.

La gente comenzó a rezar.

También Dora juntó las manos y movió los labios en silencio. Pensaba en lo que había llevado al tío Machala a convertirse en cantor fúnebre. ¿Cuánto tiempo hacia que se dedicaba a eso? Que recordara, en los Claros no se había conocido a ningún otro. ¿Lo había heredado de su padre? ¿De su abuelo? ¿Había asumido la carga del adiós a los difuntos de un modo voluntario? No era una tarea grata. Tenía que subir hasta alguno de los claros más alejados en pleno verano y también en invierno, cuando los caminos están cubiertos de nieve, para ocuparse de los deseos finales de los muertos. ¿Cómo había aprendido a identificarse con ellos hasta el punto de interpretar sus pensamientos postreros? Dora dudaba que conociera la voluntad última de su padre.

Nada más acabar la oración conjunta, alguien a su izquierda le tendió una botella de aguardiente. Quiso rechazarla, pero luego cambió de idea y le dio varios tragos. El fuerte licor le abrasó la garganta, le faltó poco para atragantarse.

La voz melancólica del cantante se extendió por la estancia. Las penas de Jesucristo y los martirios que aguardaban a los pecadores impenitentes en el Infierno resonaban en sus oídos. Era la canción que daba inicio a los lamentos de los familiares cercanos.

Encended una vela por mí,
mis queridos amigos,
me despido con tristeza de vosotros
y ahora os encomiendo a Dios…

Machala acabó de tararear la última estrofa y enmudeció. Luego miró inquisitivo hacia Dora y, al descubrir su mirada gélida, dejó de esperar su lamento, cerró los ojos y suspiró. Cuando volvió a abrirlos, todos los asistentes tenían claro que era Matyáš Ides quien ahora hablaba por su boca.

—Yo, difunto Matyáš Ides, os doy la bienvenida y me alegro de veros aquí reunidos. Me alegra que no me hayáis olvidado, ay de mí, y que hayáis venido a despediros y a acompañarme, porque no conozco lo que me espera, y me da miedo lo que me aguarda cuando me vaya de aquí, si un camino largo, si el perdón o el suplido. El Dios de los Cielos sabe que caí infinidad de veces. Que quebranté sus mandamientos. Pero yo tengo esperanza en el buen Jesús, en que me perdone. Pedro se convirtió en san Pedro y erró y le fue perdonado. Si Dios Señor perdona a los pecadores, vosotros, pecadores, perdonadme a mí. Yo me equivoqué, vosotros también, todos fuimos como fuimos…

Detrás de Dora se escuchó un sollozo tenue. Siguieron otros. Las

plañideras, animadas por el aguardiente que iba de mano en mano, se consagraban a su tarea sin prestar ya atención a los hijos del difunto.

—Y, por eso, antes de nada os ruego: por Dios Padre, por Dios Hijo, por Dios Espíritu Santo, por las cinco llagas de Cristo, que por amor me perdonéis aquello que os enfureciera de mí.

»Antes de nada me dirijo hacia este mundo para pedir perdón a mi difunta esposa Irena. Pido perdón por el pecado por el que te acorté la vida, te pido mil veces perdón, y créeme, mi amada esposa, que lo que te hice a ti me lo hice también a mí mismo. Nunca dejé de arrepentirme, y el reproche me acompañó hasta mi último aliento. Perdóname, por favor, y cree que a menudo recé para que al menos encontraras en el Señor paz y una vida mejor que la que yo te di aquí en la tierra.

»En segundo lugar, me dirijo a ti, mi querida primogénita. A ti te quise como a mi propia alma y asimismo te lastimé arrebatándote a tu madre, algo que nunca dejó de afligirme hasta el final de mis días. Si puedes, perdóname.

Siempre fui una persona con grandes defectos, pero ninguno de ellos, Dorlička, era la falta de amor hacia ti. Perdóname por haber destruido tu infancia, te dejé crecer entre extraños y eché sobre tus hombros el deber de cuidar de tu hermano. Perdóname, aunque sé que llevaste tu destino con valor, perdóname si puedes y aprende de mis errores.

»Y hazlo tú también, hijo mío, Jakub, si puedes. Me dirijo a ti con el mismo ruego de perdón por haberte quitado a tu madre y no haberme entendido nunca contigo, por haber sido un mal padre. Créeme que yo también sufría por eso, especialmente los últimos años, en que no pasé ni un minuto sin recriminarme lo que os había hecho a ti y a Dora. Al final, los reproches y la pérdida de vuestro amor me empujaron a este acto indigno de un cristiano: quitarme la vida. Pero prefiero arder en el fuego del infierno que ser testigo de vuestro mudo desprecio. Por eso os lo suplico una vez más: perdonadme.

Alguien tocó el hombro de Dora con una botella y ella la cogió para dar otro trago. Quemaba menos, un calor agradable recorrió su garganta.

El lamento de Machala no la conmovió en absoluto. Dudaba que los últimos pensamientos de su padre hubieran sido esos, así que perdonarlo no se le pasaba por la cabeza. Ojalá se acabara ya esta farsa. Tenía que haberse ceñido a un entierro normal, sin despedida, sin cantante, sin plañideras. Habría estado en su derecho.

—Por segunda vez ahora os pido a todos: por Dios Padre, por Dios Hijo, por Dios Espíritu Santo, por las cinco llagas de Cristo, perdonadme lo que os haya enfurecido de mí. Me dirijo a ti, Jura Kovačín, pues prendí fuego a tu cabaña. Perdí el control, bebía mucho. No debía de haber peleado tanto contigo en la taberna, como si aquellas riñas fueran a alguna parte. Pero echasteis una maldición a nuestra vaca, y se nos fue, así que perdóname como

yo te perdono.

»También a ti me dirijo, Jano Gorčík, durante años me enemisté contigo por la linde de Koprvazy. ¿Y qué conseguimos? Tú perdiste el dinero con juicios, yo también. ¿Nos hacía falta? Pronto estaremos tumbados uno junto a otro y nadie labrará ese par de metros.

»Y me dirijo a ti, Marina Pecuchacka, también a ti tengo que pedirte perdón. Cuando era joven, te prometí que te tomaría por esposa, y no cumplí mi palabra. Codiciaba las propiedades de mi desventurada esposa. Como es evidente, aquello no nos trajo felicidad, y para colmo gasté la mitad del patrimonio en alcohol. ¿Para qué sirven las posesiones? Para nada. Pero me di cuenta tarde y al final no tuve tiempo ni de pedirte perdón. No me lo tomes a mal y perdóname tú también.

»Por último, os pido perdón a todos si alguna vez os hice algo malo, me despido, os deseo todo lo bueno y os pido que recéis tres padrenuestros por mí.

Las plañideras, que sollozaban en voz baja, enmudecieron de golpe. Todos juntos comenzaron la oración.

Dora miró furtivamente a sus vecinos, que susurraban la plegaria concentrados. Recorrió con la mirada las cabezas inclinadas sobre las manos juntas hasta detenerse en Janigena, que la observaba desde una esquina de la sala. Su mirada sombría la asustó. ¿Qué pasaba? Janigena hizo un gesto con la cabeza en dirección a Jakoubek y Dora entendió. Entre sus manos, colocadas sobre el regazo, había una botella de la que faltaba más de un tercio de aguardiente. Puede que se la hubiera dado alguno de los vecinos. Y él había bebido y ahora se mecía adelante y atrás en la silla, una y otra vez. Apenas consiguió atraparlo para que no cayera al suelo. Varias gotas de licor la salpicaron cuando le quitó la botella. Él esbozó una débil sonrisa.

El tercer padrenuestro acabó.

—Y bien, ahora quedaos aquí tanto rato como deseéis. Comed, bebed y recordad al difunto Matyáš Ides. Por la mañana, hacia las diez, nos espera el señor cura.

El papel del cantante había terminado. Agotado, se dejó caer en el banco frente a Dora, a la que sonrió por encima del féretro. Por la sala se extendió el murmullo de la gente cambiando de lugar. La comida y la bebida corrían entre los invitados. Las plañideras se sentaron alrededor de la cabeza del muerto y empezaron a cantar un lento responso. Las madres echaron a sus hijos del hogar y se despidieron de los demás.

—¡Hasta mañana en el cementerio!

—¡Con Dios, Dorlička, Jakoubek!

—Lloradlo como es debido —decían para despedirse, alzando las cejas.

Dora se estremeció. ¿Es que no lo habían entendido? Ella no estaba dispuesta a soltar ni una lágrima. Al día siguiente todas las vecinas hablarían

de ello. Allá ellas.

Preocupada, recorrió la sala buscando a Jakoubek. Se había acurrucado en un rincón, hipaba y jadeaba cada vez que alguien se acercaba para despedirse. Le acariciaban el pelo claro; él, feliz, buscaba sus manos, no había entendido por qué hoy lo agasajaban aquellos vecinos que la mayoría de veces lo esquivaban.

Janigena se abrió paso entre la multitud para acercársele, y Dora agarró la botella de aguardiente que le tendía y bebió.

El rumor de las conversaciones de los vecinos, dispuestos a pasar la noche allí, y los cánticos de las plañideras, que habían empezado a ganar ritmo, llenaban la sala. El alcohol pasaba de mano en mano, los dulces desaparecieron, y de vez en cuando se oía una risa. Ya nadie se fijaba en el féretro ni en el finado, como si estuviera dormido y hubieran decidido no despertarlo.

Lo último que recordaba antes de que Janigena se la llevara afuera fue la melodía de una *czarda*, cantada por las plañideras borrachas, y a Baglár, que intentaba bailar con Tichačka. Giraban pisando a los que, igual que Jakoubek, se habían quedado dormidos, acurrucados en el suelo, entre un aluvión de botellas vacías y platos rotos.

El día siguiente transcurrió un poco mejor. Desde temprano, Baglárka le asignó a Dora varias tareas que la tuvieron ocupada. Había subido hasta Koprvazy hacia las cinco de la madrugada para despertar a todos los que quedaban en la cabaña. Su ímpetu se impuso al ambiente viciado que inundaba la sala.

Dora se lavó la cara con agua fría y se puso manos a la obra. Cumplió meticulosamente con todos los requerimientos del funeral. Mientras las plañideras, exhaustas, seguían entonando sus cánticos, limpió la cocina, barrió todos los restos y tiró los desperdicios al fuego del hogar para que, después de la despedida, el muerto no tuviera que volver. Antes de que cerraran el féretro, puso en los párpados dos pequeñas monedas para el barquero, supervisó cómo clavaban la tapa para que no hubiera posibilidad de que escapase, cuidó de que el difunto saliera con los pies por delante y de que los chicos golpearan el ataúd contra el umbral tres veces, para que se despidiera de la casa. Por último, se puso el delantal con el reverso hacia fuera para que el muerto supiera que lo dejaba irse y bajó con el cortejo fúnebre hacia Hrozenkov.

Nunca habría pensado que cumpliría con todas aquellas convenciones. Pero, en el caso de su padre y de su sueño eterno, lo hizo todo, hasta el menor detalle, para asegurarse de que no regresara jamás.

La ceremonia en la iglesia fue breve. No había muchas cosas bonitas que decir del difunto, tampoco había motivo para dar consuelo a los parientes.

Dora estaba nerviosa. Miró varias veces hacia Janigena, miró varias veces hacia el reloj. Al final, Baglárka le llamó la atención y le susurró que se estaba comportando de un modo inapropiado. Quizá, pensó Dora, pero quería que aquello acabara cuanto antes.

Igual de ausente, caminó hasta el cementerio.

El féretro descendió en silencio a la tumba. Dora no había encargado música y, tras la noche agotadora, a ninguna de las plañideras le quedaban lágrimas. Su mirada, más que a los vecinos vestidos de negro que, uno tras otro, echaban tierra al agujero que se abría bajo la lápida familiar, se desvió hacia las ramas de los árboles que rodeaban el cementerio. Ojalá pronto muriera alguien de Hrozenkov, así el alma de su padre no tendría que velar mucho tiempo entre aquellas hojas susurrantes, pues el último difunto le daría el relevo. Y por fin se marcharía al Infierno.

Solo después, en la taberna, Dora se tranquilizó. Pidió dos botellas de aguardiente para regar los ojos del muerto, junto con los Baglár, Tichačka, Janigena y el cura, y una cerveza para cada uno. También para su padre, al que se reservó una silla presidiendo la mesa. No le quitaba la vista de encima, con la sensación de que él la estaba vigilando, una sensación aún más fuerte que cuando el cuerpo, la noche anterior, yacía ante ella. Pero nada. La cerveza frente a la silla vacía se fue desbravando poco a poco y su vaso de aguardiente seguía intacto.

¿Se había ido de verdad? ¿Había desaparecido de sus vidas? ¿Podía deshacerse de una vez por todas del miedo a encontrárselo? Tal como ya había sucedido una vez, por otra parte.

Fue dos meses después de que él volviera de la cárcel, cuando subía con Jakoubek a Žítková, cansados tras un largo viaje desde Brno. Lo vio bajando el camino desde su casa de Koprvazy, encorvado, mayor, gris, pero hasta cierto punto igual a como lo recordaba. Seguía siendo un hombre apuesto. Dora empujó bruscamente a Jakoubek para que acelerase el paso y hasta acabó tirando de él. Consiguieron evitarlo por unos pocos metros. Estaba frente al cruce de caminos, parecía como si hubiera visto un espíritu. Dora y Jakoubek pasaron sin saludar, no volvieron la vista atrás. Él nunca intentó acercarse a ellos.

De camino a Brno, se preguntó por qué nunca habría dado ese paso. O por qué al menos no les escribió una carta. Nunca. Ni desde la cárcel ni después de volver. No le había perdonado, pero al final se enfadó consigo misma. ¿Por qué permitía que siguiera ocupando sus pensamientos? Ahora ya había desaparecido bajo tierra, y con eso se acabaría todo, estaba convencida. Lo pasado, pasado está.

Desde entonces solo había vuelto a pensar en él una vez. Fue cuando Baglárka, el sábado siguiente, le contó que había desaparecido la cuerda con la que se había ahorcado. Algún vecino con un juicio pendiente la habría robado,

pues nadie puede con aquel que tiene en su poder la cuerda de un ahorcado. Gana todos los juicios.

LA CARTA

Y, después de todo lo que había sucedido, después de todos los años que su padre llevaba descansando tranquilamente en su tumba, Irma pretendía que hablara con él. ¿Se había vuelto loca? ¿Hablar con su padre? Era absurdo.

Se fue a todo correr, caminaba tan aprisa que estuvo a punto de tropezar varias veces.

Recogió a Jakoubek en casa de Baglárka, pero ni siquiera se quedó a beber achicoria con ella. Quería llegar a casa cuanto antes. Tampoco allí se le pasó el disgusto. Se cortó partiendo el pan para la cena. No era capaz de concentrarse. Corrió por la habitación con el dedo en la boca, tratando de encontrar una tirita.

Jakoubek, perplejo, la miraba desde un rincón.

Esa noche le costó conciliar el sueño.

Las tablas de la cama de roble crujían en el silencio de la noche. Ante sus ojos desfilaban todos aquellos que entonces fueron a despedirse de su padre, aquellos en cuyos ojos pudo leer o una indulgencia exagerada o un rechazo por no haber cumplido con la tradición de la despedida. Volvió a recordar sus caras, la cara de Janigena. Fue la única que no la juzgó por su comportamiento. Deseó con toda su alma que apareciera y disipara su pesar, como hizo entonces por primera vez.

Ven, ven, suplicaba para sus adentros.

Pero los minutos corrían y no pasaba nada. Solo perdía el tiempo. Sería mejor salir un rato fuera, respirar aire fresco, quizá luego pudiera dormirse. Se levantó, se puso el abrigo y salió.

El vaho se escapaba de sus labios en la fría noche otoñal. Se acercaba el invierno. Contempló la hoz de la luna, en lo alto del firmamento sembrado de estrellas. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza. Y, por mucho que se esforzara, al final siempre acababan desviándose hacia lo que le había dicho Irma. Solo ahora se dio cuenta de que sus últimas palabras la habían alterado hasta tal punto que había salido corriendo de su casa sin preguntar lo más importante, el motivo por el que de hecho había ido a verla: qué había pasado con Surmena y qué tenía que ver con Mahdalka.

Se quedó allí quieta, de mal humor, un rato más, pero luego el frío la obligó a volver adentro. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, le llegó un ruido amortiguado desde el camino. Era Janigena. Su figura alta y robusta avanzaba con ligereza por el prado a la luz de la luna. Se había cubierto el cabello largo, recogido con austeridad, con una gorra de lana. La saludó con la mano y se puso a silbar, como había hecho hacía un momento, y señaló hacia Koprvazy. Dora no dudó. Se ciñó el abrigo y salió tras ella.

El mal humor, no obstante, no abandonó a Dora tampoco al día siguiente. La acompañó durante todo el tiempo que estuvo deambulando por las laderas con Jakoubek. No desapareció ni siquiera mientras miraba cómo arrancaba con alegría la hierba seca, recogiendo las hojas de colores que el viento había llevado hasta los prados y examinando con asombro sus nervaduras.

«La semana que viene iremos al bosque», prometió cuando tuvo que interrumpir su diversión para que les diera tiempo de llegar al autobús de Brno.

Por la tarde, Jakoubek se incorporó a los internos de la institución y Dora se fue a su casa. Antes de entrar, como de costumbre, abrió el buzón. No esperaba que hubiera nada un domingo por la noche, pero encontró una carta. Debía de haber llegado el viernes. Era del Ministerio del Interior de la República Checa. Desgarró el sobre y sacó la hoja doblada en tres.

Querida señora Idesová:

Con respecto a su solicitud de apertura del expediente personal del agente de la Seguridad del Estado ŠVANC JINDŘICH del 18 de octubre de 1998, le informamos de que se procede a rechazar su petición, puesto que de conformidad con la ley n.° 140/1996, cualquier documento sobre un miembro de las Fuerzas de Seguridad de la Seguridad del Estado únicamente puede ser consultado por sus solicitantes autorizados, como salvaguarda del secreto que impone su labor; esto es, las personas sometidas a observación. En el caso del archivo con el nombre en clave SURMENA, la persona sometida a observación era la investigada Terézie Surmenová. Tras su muerte, el derecho a acceder al expediente de un agente, de conformidad con el §4 par. 1, 140/1996, solo corresponde de forma legítima a la persona con derecho a proteger al fallecido. Lamentamos comunicarle que usted no cumple con este requisito legal.

Las mismas condiciones rigen el acceso al expediente del caso DIOSAS, del que, sin embargo, podemos informarla de que el caso fue archivado en 1974.

Mgr. Karel Dolejsí
Director del Departamento de Administración de
Archivos y Servicios de Actas del Ministerio del
Interior de la República Checa
Praga, 20 de noviembre de 1998

Perfecto. Un fin de semana desagradable no podía acabar peor.

Dora leyó la carta una vez más. Luego, decepcionada, volvió a meterla en el sobre y subió las escaleras hasta su apartamento.

¡Así que ella no era una persona autorizada para proteger a Surmena, su propia tía! Y si no lo era ella, entonces ¿quién?

La inundó la amargura, se sentía impotente, desesperada; una tristeza aún más opresiva que la del día anterior se apoderó de ella.

Unos momentos después, dejó que el agua caliente que llenaba poco a poco la bañera fuera templando su cuerpo.

Sin embargo, su cabeza no paraba de dar vueltas.

De la carta se desprendía que ese camino acababa allí. Y que justo aquellos cuyo supuesto trabajo era colaborar en la resolución de crímenes del pasado, con su decálogo burocrático, la habían atado de pies y manos para que no pudiera continuar:

Distraída, contempló cómo se formaba un pequeño lago en el hueco de su ombligo, y también sus manos, que, como peces torpes, se estremecían bajo el agua. En una de las muñecas seguía la pulsera roja, ya desteñida, que hacía años le había regalado Surmena. Su tía. ¿Por qué motivo no le permitirían a ella, que era su pariente directa, su sobrina, indagar la suerte que corrió? Le vinieron a la mente las historias sobre la oscuridad que rodeaba las identidades de los antiguos agentes de la policía secreta y que aún hoy ocupaban cargos en el gobierno. Pero no podía ser el caso de Švanc, un simple funcionario regional, ¡no podía dejarse llevar por la paranoia!

Y, como si quisiera ahuyentar esta idea absurda, en un impulso repentino que la sorprendió incluso a sí misma, empezó a agitar con todas sus fuerzas la superficie del agua. Despacio, se levantaron montes de espuma con olor a lavanda. No paró hasta que todo su cuerpo estuvo cubierto de un blanco manto de nieve. Solo entonces se quedó inmóvil, recorriendo el baño con la mirada cansada. GEL RELAJANTE, ponía en la etiqueta del bote de plástico que estaba en la esquina de la bañera. Justo lo que necesitaba, había pensado cuando, hacía varios días, en la droguería, lo había metido en la cesta. Pero no se sentía más tranquila.

Cerró los ojos y se quedó tumbada un instante en silencio. En el cuarto de baño solo se oía su respiración.

De repente, cogió aire y se sumergió, su cara y su pelo desaparecieron bajo la espuma. Solo sus rodillas sobresalían del agua. Si los que debían hacerlo no

la ayudaban, lo conseguiría de otra manera, se propuso antes de volver a emerger a la superficie, salpicando ruidosamente. ¡Encontraría por su cuenta al responsable de lo que le había sucedido a Surmena!

JOSEFÍNA MAHDALOVÁ

Hacía tiempo que la primavera había dejado paso a un ardiente verano cuando por fin consiguió volver a encontrar a Baglárka en su casa.

—¿Dónde ha estado, tía? He venido a verla varias veces… —preguntó Dora cuando se sentaron bajo la agradable sombra del tilo, detrás de la casa.

—Ay, los médicos, ellos lo cortarían todo. Me han tenido en el hospital casi un mes. Pero ahora al menos me han dejado en paz. Irma me ha dado unas hierbas, parece que la herida está curándose bien… —dijo dándose unos golpes en la cadera izquierda.

En las visitas que había hecho el otoño pasado a Baglárka e Irma, Dora se había dado cuenta de que las dos eran reticentes a hablar de la mentora de Fuksena. Cambiaban de tema, lo eludían contando otras anécdotas, sin contestar nunca a lo que les había preguntado. ¿Qué clase de secreto había alrededor de Mahdalka para que ninguna de ellas se atreviera a mencionarlo? Dora siguió dándole vueltas un rato, hasta que, incapaz de contenerse, se volvió hacia Baglárka y le preguntó directamente:

—¿Mahdalka? —replicó Baglárka, indecisa—. ¿Dices que Irma te insinuó que ella y Fuksena estaban emparentadas con tu abuela Justýna?

Dora asintió, convencida.

—Bueno, esto… Supongo que sí… Pero, chica, yo no sé si me acuerdo bien…

—¡Pero tía…! —exclamó Dora, malhumorada—. ¡Soy nieta de Justýna, tengo derecho a conocer a mis parientes! ¡Y quién sino usted, mi madrina, habría de conocerlos!

Baglárka se encogió de hombros y dijo:

—Pues vaya, es cierto… Creo que Mahdalka era tía vuestra…

Dora puso los ojos como platos, sorprendida por la inesperada noticia. La mujer, asustada, calló.

—¿Tía nuestra?

—Eh, sí… —continuó, indecisa—, era la hermana mayor de Surmena… Vosotros no la conocisteis. De joven se marchó al lado eslovaco, antes de que naciera vuestra madre, que era la menor. Creo que se fue detrás de un

pretendiente, al que, según dicen, ella misma había convertido en viudo, pero es difícil decir qué hay de verdad en eso. En cualquier caso, se casó y fue a vivir a Potočná, con los Mahdal, por eso más tarde la llamaban Mahdalka… y allí empezó a ejercer de diosa.

—¿Y usted se acuerda de ella, tía? —preguntó Dora, sorprendida.

—Sí, claro que me acuerdo —titubeó Baglárka.

—¿Cómo era?

La andana miró para otro lado.

—De los muertos solo se habla bien.

Dora, descontenta, se aclaró la garganta e insistió:

—Irma dijo que era una hechicera…

—¿Eso dijo Irma? ¿De verdad? —Baglárka giró extrañada la cabeza, pero luego continuó, irritada—: Pues sí, la maledicencia se ensañó con Josifčena. Una pena que no te lo explicara Surmena, quizá debió hacerlo. —Ahora que había mordido el anzuelo, sabía que Dora no la dejaría escapar, así que continuó, despacio—: Se rumoreaba que en Josifčena había una fuerza mala. Decían que era una bruja, no una diosa. Así insultaban también a las demás cuando a alguien no le gustaba el resultado de sus artes. Pero con la vieja Mahdalka era distinto. Se murmuraba que sabía invocar a los malos espíritus, que sabía echar maleficios y que, cuando alguien la disgustaba, hacia que la enfermedad se apoderase de su cuerpo. No sé cuánto hay de cierto en todo eso, solo recuerdo lo que viví con Surmena. Fue después de la guerra, quizá a principios de los años cincuenta, cuando le traje a una forastera. Me la encontré abajo, al lado del cementerio; se había perdido junto a la carretera, daba vueltas, después iba recto, luego volvía sobre sus pasos, así que pensé que debía de estar buscando la casa de una diosa. Quise llevarla a ver a Irma, a Hodulice o a Surmena, según lo que necesitara. Me contó que era de Zemianske Podhradie y que Mahdalka le había echado mal de ojo. Nada más. Y tenía un aspecto raro, toda despeinada, blanca como la nieve, parecía fuera de sí. La cogí del brazo y, sin pensar, la llevé a Bedová. Si el problema era Mahdalka, solo Surmena sería capaz de ayudarla, pues habían compartido la misma maestra, su madre, Justýna Ruchárka. Y así fue. Nada más contarle que se había peleado con Mahdalka por el precio de un hechizo, Surmena supo qué pasaba. A toda prisa, puso agua para una infusión, tumbó a la mujer en la cama, le cubrió las piernas con una colcha y a mí me ordenó que le quitara todo lo que pudiera incomodarla. Le desaté el pañuelo, le quité la falda, le desabroché las botas para que no le apretase nada, y entonces Surmena me dio un trapo para taparle la cara. Aunque la mujer estaba débil, empezó a agitarse, no resistía el trapo, como si le quemara la cara, así que luché un rato con ella, sin dejar de mirar, asustada, hacia Surmena, que seguía junto al hogar encendido con el tazón de loza, en el que habría echado unas veinte hierbas diferentes. Murmuró luego algo que no entendí; algo feroz, oscuro, que me

provocó un escalofrío. Y lo peor estaba por llegar. Tendrías que haber visto lo que pasó cuando le hizo beber la infusión, cuando le mojó con ella las manos y salpicó su cuerpo con unas gotas. Primero pensé que la mujer gritaba porque estaba demasiado caliente, luego me di cuenta de que Surmena metía las manos en el tazón sin inmutarse. Pero ella se comportaba como si le estuvieran poniendo encima brasas de carbón. Gritaba sin parar, se sacudía como una yegua salvaje, aunque no se movía del jergón, no se levantó ni salió corriendo, como uno esperaría. Parecía un exorcismo, como los que debían de practicar los curas para que el diablo abandonara los cuerpos de las brujas. Solo que estábamos en la cabaña de Bedová y era Surmena quien lo hacia. Al acabar, la visitante estaba exánime, empapada en sudor, y tu tía fue a abrir las ventanas y las puertas. Le dije: «Estás loca, así enfermará», y ella me respondió que daba igual, que lo importante era que aquello saliera. Preferí no preguntar a qué se refería con «aquello». La mujer pasó la noche allí. Yo regresé a mi casa y pasé a verlas al día siguiente. Me la encontré sola en la cabaña, inusualmente malhumorada. Le pregunté: «Qué pasa, ¿no te ha dado bastante?». No se trataba de eso, respondió, es que no había querido esperar como le había ordenado. ¿Por qué?, le pregunté. Me contestó que no quería esperar por si el mal espíritu volvía a poseerla. «¿El mal espíritu?», pregunté, sorprendida. «Estaba poseída», me confirmó entonces. «El mal espíritu lucha por el cuerpo que ha poseído, siempre intenta regresar a él. No ha querido escucharme, se ha despedido diciendo que se sentía de maravilla, que ya estaba sana y que gracias, y se ha marchado sin hacer caso. En una semana la tendremos de nuevo por aquí, pongo la mano en el fuego». No fue así. Tras salir de casa de Surmena, bajé a Hrozenkov y me paré en la taberna. Acababan de entrar unos chicos de Trenčín, contaron que habían encontrado a una mujer en el arroyo de Drietomice, pero que por lo que quedaba de su cabeza ni siquiera se habrían dado cuenta de que era una mujer si no hubiera llevado un pañuelo y una falda. Dijeron que era como si un remolino la hubiera hecho girar y la hubiera arrastrado hasta estrellarla contra las piedras del río. Su ropa estaba hecha jirones. Era ella. Cuando corrí a Bedová para contárselo a Surmena, solo dijo que Josifčena siempre había sido más fuerte que ella, que con sus demonios no se jugaba. No entendí nada, pero encajaba con lo que se decía: cuanto más lejos de la vieja Mahdalka, mejor. Había algo incomprensible en ella, y al final se confabuló incluso con los alemanes, esa carroña… Pero de eso no te puedo contar nada —concluyó Baglárka, de nuevo indecisa.

Dora salió aturdida de su casa. Le sorprendió que aquel lugar del que conocía cada piedra, cada recodo del camino, cada árbol, sus Claros, todavía pudiera ocultarle algo: algo tan cercano como su propia tía.

Atardecía. La temperatura era agradable. Subió con Jakoubek a Bedová despacio, sin prisa, pero no podía deshacerse de una sensación de traición. ¿Por qué no le habían hablado de ella? ¿Por qué todos aquellos que podrían recordarlo habían guardado silencio? ¿Por qué ni siquiera había encontrado algo de información en la infinidad de documentos que habían pasado por sus manos durante aquellos años? Ahora le resultaba sospechoso que jamás hubiera descubierto nada sobre ella. ¿Cómo era posible que se hubiera escurrido entre sus dedos? Aunque su estudio se centraba en otra época anterior, en el trascurso de los meses se había ido encontrando con información de todas las diosas que alguna vez vivieron en los Claros, desde la más antigua hasta la última de su estirpe, desde las más importantes hasta las menos poderosas. De todas menos de Mahdalka, su nuera y Fuksena, una familia empañada por el silencio.

¡Y de repente lo entendió! Ellas vivían en Hrozenkov, sí, ¡pero al otro lado del río!, en un lugar que se llama Potočná, y que, de hecho, pertenece a Potočná pod Drietomu. Estaba claro por qué no había encontrado nada sobre ellas en los archivos o registros checos: si tales documentos existían, obviamente estarían en manos de las autoridades eslovacas.

MAGDALÉNA MĹKVA

Dora había recopilado con sumo esmero el material para su tesis. No había dejado por revisar ni un solo fondo de los archivos checos que trataban de magia y brujería, había recorrido media república para examinar todo lo que tuviera relación con la historia de las diosas de Žítková. Había conseguido acceder también a un registro de los expedientes del distrito de Bojkovice, donde se reportaba cada uno de los delitos cometidos en el municipio de Žítková. Dora se sorprendió entonces de la cantidad de denuncias que se habían interpuesto contra las diosas: por un tratamiento malogrado; por un fallo al adivinar el futuro, cuando no llegó cierta ganancia, y el denunciante, confiando en ella, había apostado la cabaña y el ganado; hasta por haber inducido a un error intencionado, cuando no se cumplía una predicción y la chica no conseguía amarrar a su amado. Incluso había encontrado un acta sobre la investigación de una disputa entre clientes en casa de una de las diosas, y tampoco faltó una pelea entre las diosas mismas.

Dora sonrió: la estupidez humana, los planes frustrados e intrigas encubiertas. No entendía cómo no se le había ocurrido pensar que habría registros similares en Eslovaquia, donde se acudía a la ayuda de las diosas con la misma fe que en el lado checo.

Los días posteriores los pasó en su despacho, siguiendo ese hilo, acompañada del sonido de un ventilador que al menos movía un poco el aire sofocante. Antes de que la semana tocara a su fin, ya tenía respuesta tanto del archivo de Trenčín como del de Bratislava. No sería mucho, pero era menos que nada.

Al cabo de unos días, estaba sentada en la sala de lectura de Trenčín ante una pila de documentos oficiales del municipio de Drietoma, incluidas crónicas, registros de la comisaría local y de la del distrito de Trenčín; es decir, un enorme montón de papel con toda la información de lo sucedido del otro lado de la frontera de Hrozenkov. Los revisó escrupulosamente. Y no fue en vano. Muchos ciudadanos eslovacos que se habían sentido agraviados por las diosas habían decidido denunciarlas: tratamientos sin éxito, acusaciones de difamación de un supuesto ladrón, querellas por la venta fraudulenta de

hierbas, pues habían resultado ineficaces como tratamiento de belleza, y tantas otras… Cuando por fin llegó al registro de actos delictivos de finales de los años veinte, descubrió lo que buscaba: el rastro de Mahdalka.

JOSEFÍNA MAHDALOVÁ: 1927/234-SkS/26. 8. — TENTATIVA DE ASESINATO, ponía en la columna de la infracción. Con mano temblorosa, rellenó una solicitud para investigar el caso.

Pasaron varias semanas antes de que el archivo de la comisaría del distrito de Trenčín le permitiera revisar a la carpeta de los casos no resueltos del año 1927.

Comisaría de policía de Skalica
n.º 234-SkS/26.8.1927

Denuncia de Magdaléna MÍkva contra Josefina Mahdalová y Alžběta Baleková por el asesinato de su marido. Izidor MÍkvy, fallecido el 7.8.1927.

Transcripción de la deposición de la testigo

Yo, Magdaléna MÍkva, de solt. Kavková, nac. 3. 7. 1905, residente en Skalica, denuncio lo que sigue: hace cinco años aún no estaba casada, pero tenía ya una relación con mi futuro marido Izidor MÍkvy. Nos acostamos y quedé encinta. Todavía era joven y me avergoncé de estar soltera y prespatá, y no se lo conté a nadie. Por consejo de mi madrina, Alžběta Baleková, busqué a la hechicera Mahdalová, que vive en los Claros, porque Baleková me contó que solo ella podía ayudarme con un embarazo no deseado. Fui a ver a Mahdalová a principios de abril, en el cuarto mes de gestación. En casa conté que iba con mi madrina a visitar a unos conocidos suyos y no pusieron objeciones. Baleková me acompañó el viernes a casa de Mahdalová. Puesto que mi madrina la había avisado, la hechicera ya sabía qué necesitaba y empezó enseguida con sus conjuros. Echó a su marido de la cabaña, donde tenía preparada una una en la que vertimos agua caliente. Me metieron dentro, menos la cabeza, y tuve que beberme una infusión de la que solo recuerdo el sabor a tabaco y a nuez moscada. Pero le echó más hierbas, vi cómo la preparaba. Pasé así un par de horas, bebiendo la infusión mientras ellas me cubrían de agua caliente, hasta que expulsé el feto. Luego salí de la tina y me sequé, pero, por seguridad y porque me sentía débil, nos quedamos en casa de Mahdalová el sábado. El domingo por la mañana, cuando ya me encontraba bien, partimos. Le pagué 110 coronas por el servicio prestado y prometí enviar dos varas de lino blanco, lo que hice nada más llegar a casa. Eso pasó en 1922, un año antes de que me casara con Izidor MÍkvy. Un año

después de la boda nació nuestro hijo Justin, completamente sano. Pero tuve un desprendimiento de útero, consecuencia de haber vuelto al trabajo nada más dar a luz, por lo que empecé a padecer fuertes dolores durante las relaciones sexuales con mi marido, lo que me llevaba a evitarlo. Resentido, se dio a la bebida. Nos peleábamos constantemente, empezó a pegarme y, al final, encontró a otra con la que aliviarse. De nuevo me confié a mi madrina Baleková, y ella me aconsejó que volviera a visitar a la hechicera Mahdalová. A mi marido le dije que iba con Baleková a ver a unos parientes de Brno. Mahdalová me aseguró que no tenía nada que temer, que ella me ayudaría. Al principio me asusté, pero Baleková y Mahdalová me garantizaron que nadie se daría cuenta, que todos pensarían que mi marido había fallecido de muerte natural. Baleková mencionó que hacía ya dos años que su difunto marido había muerto de apoplejía y que nadie había insinuado que no hubiese sucedido por voluntad de Dios Nuestro Señor, ante lo que ella y Mahdalová se rieron y yo entendí que en este sentido ya tenían experiencia.

El maleficio se desarrolló de la siguiente manera: Mahdalová puso al fuego una mezcla de tierra, cera y otra cosa, a la que echó pelo y uñas de mi marido, que yo había llevado por consejo de mi madrina. Añadió un ingrediente más mientras decía algo que nosotras no alcanzamos a entender, porque estábamos sentadas a la mesa en una esquina de la cabaña. Yo cosía una camisita con un trozo de la ropa interior de mi marido. Luego me pidieron que moldeara una figura con forma de persona con la mezcla y que la vistiera con la camisa que acababa de coser. Y esperamos a la medianoche. Mahdalová quemó unas hierbas. Bebimos aguardiente, así que a medida que se acercaba la noche nos fuimos sintiendo más cansadas y algo débiles, no sé juzgar si a causa del alcohol o del humo. A medianoche, me dio la figura y me ordenó clavarle alfileres y agujas, pincharla y arañarla en el corazón. Como vacilé, porque estaba asustada, ella misma cogió la figura y lo hizo en mi lugar, mientras repetía un conjuro que ya no recuerdo, solo sé que iba sobre liberar el alma. Después, quemamos las extremidades del hombrecillo con una vela, lo sumergimos en agua, volvimos a quemarlo y salimos al bosque, donde lo tiramos en un hormiguero. Después nos fuimos a dormir.

Por la mañana, Mahdalová me dio agua de lo que había quedado en la olla al hervir la figura y me ordenó que durante los nueve días siguientes echara unas gotas en la comida de mi marido. También pidió 180 coronas, que ella emplearía en nueve misas para esos nueve días. Le di el dinero a Mahdalová, así como dos varas de tela que quería. Al fin regresamos a casa, donde durante nueve días hice lo que me ordenó Mahdalová. Un mes después mi marido murió de un infarto, aunque tenía solo treinta y cuatro años. Eso me dejó tan conmocionada que me pasaba el día en casa de Baleková, llorando y diciendo que no podía ser, que era nuestra obligación denunciarlo, que debía entregarme y que la policía tenía que detener a Mahdalová, si

no lo hacía Dios Nuestro Señor, porque su magia era muy peligrosa. Mi madrina me hizo jurar que no iría a ningún sitio, que ni siquiera lo contaría en confesión, que no se lo revelaría a nadie, que así le haría daño a ella, a mí e incluso a Justin, y que tampoco arreglaría nada. Pero yo no podía aguantar, quería ir a la policía. Cuando se lo dije a Baleková, me advirtió que, si lo hacía, iría a ver a Mahdalová y que la próxima que tendría un derrame sería yo. Eso me aterrorizó y al principio no supe qué hacer, pero cuando me enteré de que se había ido a visitar a unos parientes a Brno, aunque yo sabía que no tenía ninguno, pensé que había ido a ver a la hechicera de los Claros. Por eso, el 26. 8., pasé por la comisaría para denunciar lo ocurrido, reconocer mi culpa en el asesinato de mi marido y pagar honradamente por ello. Solo pido que mi hijo Justin sea confiado al cuidado de mis padres: Jozef Kavka y Anna Kavková de Skalica.

Firma: Magdaléna MÍkva

Aviso de la Comisaría de Skalica
n.º 234-Sks/29.8.1927
Para la Comisaria de Drietoma

Adjuntamos este documento, copia de la transcripción de una declaración sobre las actividades de Josefina Mahdalová, residente de Drietoma-Potočná. Rogamos que verifiquen su contenido e informen de los resultados a la mayor brevedad posible.

Firma: Comisario Krejza, jefe de la policía

Aviso de la Comisaría de Drietoma
n.º 234-Sks/12.9.1927
Para la Comisaría de Skalica

Con fecha de 10.9.1927 se llevó a cabo el interrogatorio de Josefina Mahdalová, de soltera Surmenová, sobre el caso n.º 234 SkS/29.8.1927. Mahdalová negó conocer a la antedicha Magdaléna MÍkva y negó que esta la hubiera visitado nunca. Mahdalová declaró haber estado trabajando en el campo con su familia el día señalado por MÍkva en su deposición, lo que confirmaron tanto su marido Ján Mahdal como su suegra, que vive con la susodicha en el hogar común. Los Mahdal se encargan de un terreno de unas 1,5 ha, según hemos podido confirmar.

Por lo demás, informamos de que Josefina Mahdalová es conocida en su ciudad de residencia por practicar todo tipo de

magia. De hecho, se la considera una bruja. Por este motivo, es sabido que a menudo la visitan los lugareños, así como forasteros, a los que ella asegura ayudar.

Ya ha sido investigada anteriormente por delitos relacionados con esta actividad. En concreto, en 1919 se la acusó de ser responsable del suicidio de una mujer poseída por un espíritu maligno; en 1922 de maldecir al caballo de un hombre de Horná Súca, al que tiró de su montura haciendo que se fracturara el cuello y acabara muriendo; en 1925 de diseminar una enfermedad contagiosa; en 1926 por provocar un incendio. Su autoría en los crímenes previos no pudo ser demostrada, por lo que nunca ha sido condenada.

Firma: Comandante Lukšo, jefe de comisaría

Comisaría de Skalica
n.º 234-Sks/23.9.1927

Propuesta de desestimación

Con fecha de 26. 8. 1927, se presentó en la comisaría de Skalica Magdaléna MÍkva, de soltera Kavková, que declaró ser culpable del asesinato de su marido Izidor MÍkvy, fallecido por paro cardiaco el 7. 8. 1927. MÍkva manifestó haber sido coautora del delito y señaló como cómplices a Alžběta Baleková de Skalica y a Josefina Mahdalová de Drietoma-Potočná. Según la deposición, fue esta última quien urdió un plan y preparó la infusión que MÍkva echó en la comida del difunto MÍkvy.

La investigación del director de policía Lukšo de la Comisaría de Drietoma no alcanzó a demostrar que Mahdalová conociera ni a MÍkva ni a Baleková, ni que se hubiera reunido nunca con ellas.

La investigación del comisario de policía Krejza, de la Comisaría de Skalica, no fue capaz de demostrar tampoco que Baleková visitara, o siquiera conociera, a Mahdalová. Pero esta sí confirmó que MÍkva iba a menudo a su casa a quejarse de la convivencia con su marido Izidor MÍkvy, que la hacía sufrir hasta el punto de que ella misma afirmaba que acabaría perdiendo el juicio. Baleková indicó que MÍkva le parecía mentalmente desequilibrada, lo que empeoró después de que su marido, Izidor MÍkvy, conociera a otra persona. Baleková desconoce la identidad de esta persona. También explicó que en los últimos años había visitado en varias ocasiones a sus parientes de Brno, en concreto a Rozália Píšová, residente en Brno-Kolisté, en cuya casa una vez también pasó una noche en compañía de MÍkva.

La investigación del comisario Benda, de la Comisaría Provincial de Brno, demostró que la mencionada Píšová es la prima de Baleková y que el día indicado por MÍkva la visitó y pasó allí la noche.

El dictamen médico realizado por el Dr. Stejnoha del centro de salud municipal de Skalica confirmó que Izidor MÍkvy había fallecido por insuficiencia cardiaca, y que tarde o temprano habría pasado, porque en la autopsia se comprobó que sufría de un desajuste de la válvula.

La denuncia presentada por Magdaléna MÍkva no pudo, pues, ser corroborada. Teniendo en cuenta que MÍkva murió durante la investigación el día 21. 9. 1927 en un accidente de tráfico, no se la pudo informar de los resultados de las pesquisas.

Proponemos archivar el caso n.º 234-SkS/29.8.1927.

Firma: Comisario Krejza, jefe de policía

Dora cerró la carpeta y se quedó observándola, inmóvil. ¿Un accidente?

¿Fueron las muertes de Izidor y de Magdaléna una coincidencia? ¿Habrían ocurrido aunque MÍkva no hubiera visitado a Mahdalka? El comisario Krejza estaba convencido de que sí. En su mundo, construido sobre fundamentos estrictamente racionales, gobernaban unas leyes físicas incontestables. La brujería no formaba parte de él. Como tampoco en el de Dora. El mundo de la Dora científica se guiaba por los mismos principios que sostenían el del comisario Krejza. Pero el de la Dora de los Claros era distinto. Ella sentía que tras la cortina del orden y de las cosas obvias y palpables, se ocultaba algo diferente. Algo que se movía en la frontera de este mundo mesurable. Algo que la hacía dudar de que la concurrencia de tantos acontecimientos pudiera ser un mero accidente. La serpiente blanca se abría paso.

Cuando salió del archivo, ya estaba convencida de que en aquellas habladurías sobre el mal que dormitaba en Mahdalka había algo de verdad. Es más, la atenazaba la sensación persistente de que ese mal también la concernía a ella.

PARTE III

LA CARPETA AZUL

Había pasado casi un año desde que Dora pidió al archivo de Pardubice que hiciera copias del contenido de la carpeta azul, un breve documento que se adjuntaba al final de expediente de Surmena. Ya hacía meses, pues, que Dora era consciente de que había vivido veinte años engañada.

Durante este tiempo, volvió varias veces a la carpeta azul. La examinó con atención y buscó la bibliografía accesible en la República Checa que le aclarara un poco el contexto de aquellos acontecimientos. Por desgracia, no había mucha. Solo noticias parciales, fragmentos que en ningún caso servían para reconstruir la historia completa.

Encontró algo más en internet: estudios en la prensa especializada alemana, como el *Historische Zeitschrift* o el *Zeitschrift für Historische Forschung*, cuyos ejemplares pudo consultar en la Deutsche Nationalbibliothek de Leipzig; varios artículos sensacionalistas que hacían referencia a los procesos de brujería en Poznań; una sucinta información en la página web del archivo escrita solo en polaco. Eso era todo. El Archiwum Państwowe de Poznań reunía bastante material, pero, tras varios días escarbando en el inventario de sus fondos, comprobó que tampoco allí encontraría la respuesta a sus preguntas, así que dejó su infructuosa búsqueda, envió un mensaje a la dirección de contacto que aparecía en la página web y esperó.

Tras los escasos *mails* intercambiados durante aquellos meses, supo apreciar la flexibilidad de las instituciones archivísticas checas y la buena disposición de sus trabajadores. Cuando recordaba al señor Bergmann, del archivo de Uherské Hradiště, que la ayudó hasta la noche a buscar entre los montones de libros que le llevó en ocho carros llenos hasta arriba, o a la señora Borová, del Museo de Valaquia, que, después de acabar su jornada laboral, le enviaba fotografías de documentos de finales del siglo XVIII que concernían a algunos de los procesos contra una diosa de Žítková que se había trasladado a su región, se dio cuenta de la eficacia de los funcionarios de su país. ¿O es que la simple mención a las diosas de Žítková despertaba, de algún modo, el lado humano de la gente? Así sucedió en el caso de la llamada de teléfono a uno de los museos regionales. Tuvo la sensación de haber pronunciado un conjuro.

«No solemos hacerlo, pero si está investigando sobre ellas, veré si… Mi abuela me habló de las diosas cuando era pequeña, me parecían fascinantes. ¿Nos lo hará saber cuando acabe el trabajo?», preguntó la archivera al otro lado del teléfono.

Para recibir repuesta del archivo de Poznań tuvo que esperar más de un mes, el plazo máximo que indicaban en su web. Fueron cuatro semanas de incertidumbre, en las que dudó a menudo si habría escrito a una dirección inactiva desde hacía tiempo, pero finalmente recibió el primer mensaje y la correspondencia se puso en marcha. Las copias impresas de las cartas estaban ahora en su regazo, igual que el resto del contenido de la carpeta azul, extraído del expediente de Surmena. Iba repasando todo el material en el autobús nocturno, que en las siguientes nueve horas la llevaría traqueteando desde Brno hasta Poznań.

El viejo Karosa de fabricación checa, que se distinguía de las líneas urbanas solo en los asientos reclinables, se abrió paso por la estrecha carretera comarcal, dejando atrás Svitavy y Litomyšl. Luego subió por otra sin asfaltar. A cada bache, la cabeza de Dora golpeaba el respaldo y sus ojos perdían el hilo de lo que estaba leyendo.

¡¡ALTO SECRETO!!
Traducción JURADA de la carta adjunta encontrada en el centro de la Gestapo de Zlín, archivo D.
Original: véase expediente «Diosas».

Mein Reichsführer!

Con el presente despacho le envío los resultados de la investigación de la zona fronteriza moravo-eslovaca, que confirman tanto la premisa de la existencia de un enclave de población alemana autóctona como las prácticas místicas de las mujeres locales, que parecen remitir a una gnosis germana antigua de conexión con la naturaleza. Los rituales que realizan y sus conocimientos dan la impresión de ser —sin que ellas sean conscientes— una versión ligeramente transformada y modernizada de las costumbres y ceremonias mágicas ario-germánicas, según pudimos reconstruir a partir de las *Edda*, las sagas teutónicas, y tal como las describió Guido von List en sus estudios sobre los sacerdotes wotanistas. La serie de rituales que, en sus ceremonias mágicas, practican las llamadas «diosas», coinciden con las descripciones de los ritos que, en su crucial obra *Die Rita der Ario-Germanen*, perfila Von List y desarrollan Lanz von Liebenfels y otros ariosofistas.

Mein Reichsführer! Tenemos ante nosotros un vestigio extraordinario de los tiempos prehistóricos, que ha permanecido inalterado y completamente vivo gradas a las adversas condiciones naturales y sociales de esta región: quizá estas

mujeres sean las descendientes, hasta ahora ignotas, de la *Armanenschajt*; por otra parte, el territorio en el que viven presenta bastante similitud con el exaltado *Halgadom*, y también la estructura de la lengua local comparte ciertos elementos con la alemana. Si se confirma nuestra suposición, habríamos llegado a un descubrimiento asombroso y rompedor que corroboraría el carácter de nuestro estudio, demostraría la fuerza del elemento teutón, que no fue doblegado durante siglos, ni siquiera por la importación subversiva judeocristiana, y ante todo pondría de manifiesto el carácter autóctono de esta raza en el amplio territorio europeo, ¡y esclarecería así una serie de puntos desconocidos de la historia del pueblo ario-germánico original!

Todas las pruebas sobre la adecuación anatómica de las personas que viven aquí, incluidos los datos de la investigación craneológica, se encuentran entre la documentación recogida por el *SS-Sturmbannführer* F. F. Norfolk, quien sigue en el terreno para llevar a cabo una investigación más detallada de las *Hexenwesen* en observación. Gracias a su estudio, podrá conocer en un futuro cercano la definición y estructura de los métodos utilizados en su actividad visionaria y curativa. Mi trabajo, que tampoco he concluido aún, contendrá la documentación obtenida a partir de la compilación de datos en los archivos del Protectorado sobre la cuestión de los procesos de brujería (incluidas estadísticas) ejecutados en la zona del Protectorado de Bohemia y Moravia. En los demás estados del Reich, la investigación la desarrollan los restantes miembros del comando *Hexen-Sonderauftrag* que continúan con el proyecto. Antes de final de año presentaré mis conclusiones en el informe que estamos elaborando actualmente.

Teniendo en cuenta la trascendencia del descubrimiento de las *Hexenwesen* de Starý Hrozenkov y su significación para el Reich, aconsejo dejar un comando de investigación de un mínimo de dos miembros en Starý Hrozenkov para que pueda dedicarse de manera exclusiva a los sujetos monitorizados (la *Hexenwese* Fuksena y las mujeres de las familias Mahdal, Surmena, Krasňačka —llamada *la Polaca*—, y Struhárka —apodada *la Pelona* —). En el trascurso del próximo mes, desde la central del *Áhnenerbe* de Berlín, estaré en condiciones de entregar un informe personal sobre los resultados actuales del trabajo de este equipo.

¡Gloria eterna al Reich!, Heil!
SS-Obersturmbannführer Dr. Rudolf Levin
SD-Außendienstéüe Zlin, Protéktorak Böhmen und Mähren
Aus Alt Hrosenkau[13]*, den 11. Juli 1942*

¡¡ALTO SECRETO!!

Original: véase expediente «DIOSAS»
Elaborado por: Dr. Věnceslav Rozmazal, CSc., prof. Rudolf Vejrosta, CSc.
Sección etnográfica y Sección histórica, Museo de Moravia, Brno, 12 de noviembre de 1949

Dictamen

A partir de la carta del miembro de las SS Dr. Rudolf Levin, que me fue entregada para su evaluación el día 17 de junio de 1948 por el camarada [redacted], incluida la traducción a la lengua checa, he elaborado, en colaboración con el prof. Rudolf Vejrosta, *CSc.*, de la sección histórica del Museo de Moravia, el siguiente dictamen sobre el plan de estudio del mencionado investigador nazi.

De las referencias en la misiva se desprende que el equipo del Dr. Levin, en el marco de su proyecto de investigación, se ocupó de las mujeres de la región de los Claros de Moravia, donde se las conoce como «diosas».

Este estudio resulta, para el investigador actual, muy sorprendente, sobre todo por el énfasis que pusieron Levin y su superior en una cuestión completamente marginal en nuestra etnología. Hasta el punto de que hasta hoy ningún académico se ha ocupado de ella.

Este hecho se puede explicar de dos maneras: bien la verdadera esencia de su investigación nos queda oculta, bien los enemigos de la paz mundial en época de guerra se encontraban en una situación tan desesperada que no dudaron en emplear a un colectivo de pseudocientíficos que, con su indagación sobre las charlatanas supersticiosas de la región de los Cárpatos Blancos, debían defender las pretensiones del Tercer Reich sobre el espacio europeo (lo deducimos a partir de varias menciones a la teoría autóctona). Esta segunda hipótesis la concebimos teniendo en cuenta la interpretación de la carta del Dr. Levin, y en los siguientes párrafos intentaremos esbozar los puntos destacados de su investigación.

Zona de la investigación: CLAROS DE MORAVIA

Excurso histórico y antropológico

La región de los Claros de Moravia, en la frontera moravo-eslovaca, comprende solo unas pocas aldeas, dispersas por las laderas de los Cárpatos Blancos. Se trata de una región que ha conservado plenamente sus tradiciones folklóricas, perpetuadas en su forma arcaica, sin duda por tratarse de un lugar casi aislado del resto del mundo. El nivel de vida de sus habitantes, incluso hoy en día, linda con la pobreza, pues la región no posee potencial natural ni económico alguno, impera el analfabetismo (según la última estadística anterior a la guerra, del año 1930, el porcentaje de población analfabeta en la

entonces República Checoslovaca se encontraba en torno al 13,2 %, mientras que en los Claros alcanzaba el 52 %) y el modo de vida de sus habitantes está determinado por la Iglesia católica, muy arraigada, y también por las costumbres y ritos populares, con diversas manifestaciones a lo largo del año. En el marco de estas, en la región desempeñan un papel irreemplazable las citadas «diosas»: transmisoras de los rituales específicos que se practican en dichas ocasiones.

Objeto de investigación: LAS DIOSAS

En todo el territorio se tiene la creencia imprecisa de que las personas en cuestión poseen capacidades extraordinarias que les permiten curar enfermedades, humanas y animales, ver el pasado y el futuro o descubrir información oculta a las personas corrientes. Su existencia ya ha sido evidenciada en las publicaciones etnográficas, entre otros, de A. Václavík, F. Bartoš, F. Dúbravský o L. Niederle. En el plano no académico, sus nombres y actividades aparecen asimismo en la antología de cuentos de la región de los Claros de J. Hofer, el párroco de Starý Hrozenkov, en una novela de A. Jirásek o en el popular libro *Gabra y Málinka* de la conocida escritora Amálie Kutinová.

Gracias a sus presuntas capacidades (que, sin embargo, desde el punto de vista del materialismo científico son un mero fraude que sobrevive solo gracias al oscurantismo de la población local), estas mujeres también llamaron la atención de los investigadores Levin y Norfolk.

Por lo que se desprende de la carta de Levin, los investigadores partieron de la premisa de que los sujetos en observación serían vestigios de una población autóctona originaria que, de acuerdo con la historiografía nazi, había sobrevivido en pequeños enclaves, sobre todo en zonas montañosas de difícil acceso, incluso a pesar de la consiguiente repoblación del territorio por los eslavos, que expulsaron a la población germana original en el transcurso de los siglos V y VI. Según esta teoría, estos moravos podrían ser descendientes de la tribu de los marcomanos, que están documentados en la región de Moravia septentrional y oriental hasta el principio del siglo I d. C. Teniendo en cuenta la conocida inclinación germana a considerar heroica su propia mitología y a adorar de manera desmedida, incluso fanática, los aspectos ocultos y esotéricos, intuyo que estas diosas representaban para el grupo de investigación mucho más la que la simple confirmación de su teoría sobre la población autóctona. A juzgar por el énfasis de Levin en la importancia del descubrimiento y su entusiasmo por cualquier hallazgo sobre la vida de estas mujeres, parece que estuviera escribiendo sobre auténticas *nomos*, y no sobre simples aldeanas, aun suponiéndoles ciertas capacidades y un origen germánico.

En este punto, es necesario hacer notar la existencia de una discrepancia

entre los objetivos de la investigación (presuntos objetivos, pues no se detallan en la carta) y los hallazgos reales.

Como es de sobra conocido, la organización social de los agresores alemanes, también en la antigua mitología germánica, se basó siempre en un modelo significativamente patriarcal. Aun cuando en dicha mitología se hace mención a una serie de diosas (a las que Levin, en sus referencias al ariosofismo, recurre varias veces) que, en el sistema religioso, interpretaban un papel importante, y en la antropología europea se citan ejemplos de sacerdotisas con un lugar relevante en la estructura familiar germánica, nos desconcierta el hecho de que los líderes nazis acogieran con agrado una investigación que situaría a la mujer germánica en un lugar tan preponderante como el que se le otorga en los Claros de Moravia. La estructura local, de hecho, se basa en un profundo respeto hacia la maternidad y la condición femenina en general. Prueba de ello es no solo la consideración con la que los lugareños tratan a los sujetos femeninos estudiados, sino también a la feminidad como tal. En la región no es extraño que sea el hombre el que se mude a la cabaña de la mujer, y el desprecio habitual hacia aquellas que paren fuera de la unión matrimonial está aquí completamente ausente. Las principales representantes de la comunidad ocupan una posición en la cumbre de la pirámide social, ya que son imprescindibles en las complejas coyunturas que acompañan el transcurso de la vida: ejercen como parteras, curanderas instruidas en los efectos de toda clase de hierbas y, de manera natural, también como una autoridad de arbitraje en los conflictos entre los habitantes locales, que llegan a resolver sirviéndose de profecías[14].

Si las conclusiones de esta investigación, que subrayan el papel de la mujer en la sociedad, hubieran sido publicadas por el grupo de investigación del Dr. Levin, habrían llevado a la desestabilización del principio fundacional patriarcal que imperaba en el Tercer Reich. Debido a la escasez de información en el material suministrado, no podemos proporcionar una explicación satisfactoria respecto a este aparente conflicto de intereses, al igual que desconocemos la verdadera amplitud de la investigación.

Evidencias sobre el origen germánico de los sujetos estudiados

En el texto de la carta se hace mención en varias ocasiones a la teoría autóctona, que se vería confirmada por el estudio de las diosas de los Claros. El fundamento más significativo de esta teoría sería el supuesto origen ario de estas diosas, comprobado gracias a la medición craneológica.

En este punto, debemos constatar que resulta imposible que los miembros uniformados de las SS realizaran mediciones craneológicas sin el conocimiento de los sujetos investigados. De ello se desprende que, si realmente fueron sometidas a dichos exámenes, lo que se confirma en el texto de la carta, las diosas debían de estar, al menos hasta cierto punto, informadas de la

investigación de los científicos nazis. De esto se deduce que debieron de interactuar de algún modo, y por tanto también su colaboración.

Se puede, pues, concluir que las diosas a las que se examinó fueron juzgadas idóneas por sus características: cráneo lo bastante largo (es decir, dolicocéfalo: alargado y que se angosta hacia atrás, considerado en el marco de la antropometría como típico germánico), pelo rubio y piel blanca, ojos azules o castaños claros, la figura alta y esbelta. Estas se sometieron voluntariamente a las mediciones, y de algún modo se convirtieron en colaboradoras, fueran voluntarias o remuneradas, del equipo de investigadores enemigos.

El Dr. Levin también menciona las particularidades lingüísticas de la región. Esta cuestión merecería un estudio independiente por parte de un especialista en lingüística comparada. Basándome en mi propia experiencia en la región, puedo constatar que la lengua local, que aquí se llama «habla de los Claros», presenta ciertas diferencias con respecto al llamado dialecto moravoeslovaco, que pertenece al grupo de dialectos moravos septentrionales. Las excepciones aparecen, por ejemplo, en el plano morfológico, que incluye una serie de expresiones alemanas, y en el sintáctico, como la formación de las oraciones interrogativas, muy similares a las de la lengua alemana.

Conclusión: esbozo del objetivo de la investigación y aplicación práctica

Consideramos que el objetivo de la investigación original es la verificación de la teoría autóctona de preservación de una población germánica en Moravia, que fue una de las motivaciones primordiales y también públicas de las investigaciones respaldadas directamente por la central del *Amt VII — Weltanschauliche Forschung und Auswertung*, a la que, según suponemos, podía pertenecer la organización *Ahnenerbe*, hasta ahora desconocida por nosotros, cuyo representante era el Dr. Levin. Esta investigación era importante sobre todo por motivos propagandísticos, que posteriormente servirían a la defensa de las pretensiones del Tercer Reich respecto del territorio centroeuropeo.

El Dr. Levin encontró en la región de los Cárpatos Blancos —donde la población escogida realmente disponía de rasgos fisionómicos que confirmaban sus sospechas, además de capacidades que se convirtieron en fundamento de la teoría de la supervivencia de las antiguas sacerdotisas germánicas— una confirmación perfecta para su hipótesis. La posterior investigación, en palabras del propio doctor, debía «esclarecer una serie de puntos desconocidos de la historia del pueblo ario germánico original». Así pues, el equipo nazi se centró en el estudio de la mitología, la historia y la filosofía ariosofista y se extendió más adelante a los archivos sobre la cuestión de las cazas de brujas, como se había designado a estas mujeres en el pasado.

Nos resulta imposible, no obstante, determinar los rasgos y la orientación exactos de esta investigación sirviéndonos de un texto breve que no es más que un informe del avance de la investigación del segmento escogido de mujeres.

Para perfilarlos de una manera exhaustiva, sería necesario conocer los estudios que se incluían en el parte mencionado.

Como conclusión, solo cabe añadir que, en el contexto de los recientes acontecimientos bélicos, es de suponer el profundo significado que tendría para la ideología nazi y sus representantes destacados (a quienes está dirigida la carta) una teoría tan ampliamente definida y documentada. Sin duda, podría aprovecharse para fines de propaganda masiva que justificaran su política agresiva no solo en el plano histórico horizontal (la liberación de los actuales *Volksdeutsche* y su vuelta a la patria), sino también vertical (la pertenencia perpetua de una región determinada al Tercer Reich). Consideramos, pues, que el uso de la teoría autóctona con fines propagandísticos y la búsqueda de individuos para corroborar esta teoría es el motivo principal del apoyo brindado por los más altos representantes del Tercer Reich al equipo de investigación del Dr. Levin.

Sección comarcal de la Seguridad del Estado de Uherské Hradiště, III div.

A partir del anterior peritaje, redactado por el Dr. V. Rozmazal, CSc., considero necesario someter a investigación a las personas que fueron objeto de estudio para el equipo enemigo del Dr. R. Levin, en concreto:

KRASŇÁKOVÁ, Žofie, llamada Krasňačka o la Polaca
MAHDALOVÁ, Josefina, llamada Mahdalka la vieja
MAHDALOVÁ, Marie, llamada Mahdalka la joven
SURMENOVÁ, Terézie, llamada Surmena

Teniendo en cuenta la mencionada colaboración voluntaria con el equipo de investigación de las SS, podemos suponer que estas personas tuvieron cierta afinidad con la ideología nazi que no fue descubierta después del fin de la guerra. Así, las antedichas representan una seria amenaza para nuestra joven rep. dem. pop., puesto que tal vez podrían aprovechar su amplia clientela para mantener el contacto con la red de espionaje extranjera. La investigación ha de enfocarse hacia la actividad y los contactos de las susodichas en la época de la ocupación nazi, pero sobre todo después del año 1945. Además, ha de ser llevada a cabo por los organismos de seguridad locales (aquí la sec. com. de la Seguridad del Estado de Uh. Brod), a espaldas de las personas investigadas. La Junta Nac. elaborará un informe sobre la reputación de estas mujeres, que entregará antes de un mes desde el inicio de la orden al encargado de la III div., bajo la denom. de la activ. antiestatal del grupo DIOSAS.

Tramitado por: encargado Švanc
El 17. 9. 1950

HEXENARCHIV

Dora imaginaba que el edificio del archivo de Poznań estaría inmerso en una atmósfera medieval. Esperaba encontrar en sus muros cuadros de escenas de martirio, dibujos extraídos de los manuales para verdugos ilustrando diferentes tipos de suplicios, e incluso una exposición de aparatos de tortura. Entró angustiada, como si se dirigiera a la picota.

Nada más traspasar la puerta automática, se encontró, sin embargo, en un luminoso pasillo. Era un edificio no demasiado moderno, cubierto por la pátina de los años ochenta, momento en el que se fundó el archivo, sin rastro alguno de los dramáticos episodios ligados a las cazas de brujas. Subió en ascensor hasta la sala de consulta. No se diferenciaba en absoluto de las checas. Incluso el hombre que se encontraba en el punto de entrega de documentos encajaba con exactitud con la tipología de un archivista. Al verla, le hizo una señal y le deslizó el libro de visitas bajo el borde del vidrio. Dora rellenó todas las columnas que le requirió. Con el diccionario polaco-checo en mano, pidió despacio y con claridad el inventario de los fondos de la *Kartoteka procesów o czary* que atañían a Moravia. El hombre se limitó a asentir con la cabeza y al poco colocó frente a ella el expediente completo y unos documentos pardales, clasificados según las fechas de los procesos, limitados al territorio de las tierras checas, incluida Silesia. Un tanto insegura, abrió la primera carpeta. El texto introductorio estaba en polaco, pero, unas páginas más adelante, encontró su traducción al alemán. Sintió un enorme alivio, porque el polaco, a pesar de ser parecido al checo, habría complicado bastante las cosas. Sus ojos comenzaron a recorrer las líneas.

Hexen-Sonderauftrag

El fondo Hexen-Sonderauftrag *(Hex-SAT), que recoge información sobre los procesos por brujería individuales comprendidos en el plazo temporal del siglo IX al XVIII, es el resultado de nueve años de trabajo de la unidad especial* SS-Hexen-Sonderkommando. *Esta unidad era parte de la sección VII* (Weltanschauliche

Forschung und Auswertung) *de la Oficina Central de Seguridad del Reich* (Reichssicherheitshauptamt*) de Himmler, que se centraba en la investigación histórica. El trabajo de la sección VII era fundamental para la labor de otras secciones, que debían llevar a la práctica las conclusiones teóricas extraídas. Se trataba sobre todo de la justificación histórica de la superioridad de la raza germánica, para lo cual debían confirmar, por medio de complejas investigaciones genealógicas, que sus representantes más eminentes eran descendientes de los antiguos monarcas germánicos, cuyas raíces se prolongaban a su vez hasta la mitología germánica. La singularidad eugénica de dicha raza, por tanto, había de ser reforzada garantizando la propia pureza (es decir, la higiene racial) y liberándola de la influencia de entidades enemigas del superhombre. Estas se dividían en tres categorías (de genéticas a ideológicas), respetadas también por la ordenación del fondo Hex-SAT:*

I. Enemigos de la raza
II. Enemigos de la nación
III. Enemigos político-ideológicos

a) La Iglesia
b) Los francmasones
c) Los comunistas

Dora avanzó directamente hasta la III.a.

La actividad del SS-Hexen-Sonderkommando *que hace referencia a la teoría sobre la represión de la raza nórdica por parte de la Iglesia está archivada en el fondo Hex-SAT bajo el número de inventario III.a., en 4017 fichas con los números de registro Hex-12-c/1.1935-Hex-12-c/312.1944. Las fichas están clasificadas en grupos temáticos, que coinciden con los campos de la actividad del* SS-Hexen-Sonderkommando.

Clasificación del inventario III.a.:

1) Material sobre los procesos individuales por brujería

Heinrich Himmler planeaba utilizar este material como herramienta de propaganda antieclesiástica. Él planeaba que la Iglesia fuera censurada por conspiración contra los millones de mujeres germánicas asesinadas durante varios siglos en los procesos contra las brujas, así como contra la raza germánica, cuya expansión pretendía impedir. Contiene las fichas de los procesos individuales con información detallada sobre las víctimas obtenida en los libros de sangre de sus respectivas ciudades. Demuestra que la Iglesia, por medio de estos procesos, dirigió sus ataques contra aquellas que practicaban el culto a la antigua gnosis germánica.

Dat. 850-1875.

2) Material para la investigación de los antiguos rituales germánicos, cuya

secuencia fue generada a partir del estudio de los procesos de brujería reunidos en III.a.1.

Ensayos, estudios, observaciones de los miembros del grupo de investigación, material fotográfico.

3) Material sobre las prácticas de tortura empleadas durante los procesos contra las brujas, estudio de los instrumentos y métodos de tortura

Descripciones, dibujos, estudios, notas para Heinrich Himmler aconsejando el uso de algunas técnicas en las actividades de las SS.

4) Estado actual de la existencia de la gnosis antigua germánica

Material para la investigación dirigida a la búsqueda de vestigios de la praxis religiosa de los antiguos germanos. Región de los Cárpatos Blancos, Protektorat Böhmen und Mähren, *dat. 1940-1944.*

Dora hojeó algunas otras páginas, recorriendo rápidamente algunas frases. Solo se detuvo al llegar a la descripción de la historia del comando y a su actividad.

El SS-Hexen-Sonderkommando *(llamado también* Hexenkommando*) fue fundado oficialmente en el año 1935 y se convirtió en parte del* Reichssicherheitshauptamt, *a cargo de Heinrich Himmler. Su sede se encontraba en Berlín, en la Wilhelmstraße 102, donde se estableció el primer archivo.*

La investigación de los procesos por brujería efectuados en la Edad Media y la Primera Edad Moderna, confiada a este comando, fue dirigida por el Dr. Rudolf Levin, que tenía a su disposición a un equipo de dieciocho expertos, la mayoría de los cuales eran diplomados en disciplinas históricas. A cada uno se le asignó una región de Alemania (más adelante también de todo el territorio ocupado), que constituía su campo de estudio. La conclusión había de ser una estadística exacta de las ejecuciones en el marco de la caza de brujas, además de la descripción de las circunstancias en las que transcurrieron estos procesos.

Para ello, el Dr.: Levin elaboró un detallado manual de los procedimientos que debían pautar las tareas, así como varios tipos de formularios para hacer seguimientos.

*Cada ficha (*Hexen-Blätter *de formato A4) contiene 57 preguntas sobre el nombre, apellido, edad, confesión, entorno familiar y social de la víctima, aparte de otras referidas al proceso, el nombre del denunciante principal (el inquisidor), la herencia de la víctima confiscada por el tribunal, etcétera. No todas pudieron ser completadas, porque en ciertos casos no se pudo obtener información relevante sobre un proceso de varios siglos de antigüedad. Otras, sin embargo, incluyen notas con minuciosos detalles, p. ej. la declaración de los testigos o registros de los cronistas locales que fueron dando cuenta de la evolución de los casos.*

El material recopilado por el equipo en los archivos de las diversas ciudades del Reich y del Protectorado (tras examinar los libros negros, infaustos o de sangre, las

actas judiciales, etcétera), que hoy está recogido en III.a.1., llegó, con el tiempo, a incluir hasta 33.846 fichas que el comando separó, en los nueve años que duró su actividad, en 3.670 carpetas, de las que se han conservado hasta la actualidad 3.622. Contienen información sobre los procesos desde el siglo IX hasta el año 1944; en cuanto a los territorios, comprenden sobre todo la zona alemana, pero también Bélgica, Checoslovaquia, Dinamarca, Escocia, España, Estonia, Francia, Grecia, Hungría, Inglaterra, Irlanda, Islandia, Lituania, Noruega, Países Bajos, Polonia, Portugal, Rumania, Rusia, Suecia, Suiza, Yugoslavia, e incluso también India, México, Transilvania, Turquía y Estados Unidos.

En los años posteriores, se centraron en cuestiones que quedaban patentes en III.a. 2-4. Los impulsores del trabajo fueron principalmente el Dr. Rudolf Levin, quien pretendía que el estudio le sirviese para hacerse con una plaza de catedrático de la Philosophische Fakultät der Ludwig-Maximilians-Universität de Múnich, *y el Dr. F. F. Norfolk, escritor de éxito originario de los Sudetes moravos, que publicó numerosos libros, tanto literarios como técnicos, sobre la pervivencia de los cultos arcaicos (*Hexenwesen*).*

Sin embargo, la actividad del Hexenkommando *no dejaba de retrasarse con respecto a los plazos que se habían fijado debido, por un lado, a la falta de cualificación de los investigadores y, por otro, a que se habían planteado unos objetivos inalcanzables. Según una estimación, durante los siglos que duró la caza de brujas iniciada por la Iglesia, se habría ejecutado a 9.500.000 mujeres germanas, una cifra absurda y exagerada que se extrapoló de un artículo de Alfred Rosenberg (antes de él, sin recurrir a cifras, Mathilde Ludendotff había llegado a una conclusión semejante). El* Hexenkommando *nunca pudo corroborar este número. En el curso de la investigación, solo consiguieron registrar decenas de miles, algo que la dirección del RSHA consideró un fracaso profesional. Por este motivo, a principios de 1944 el propio Himmler decidió suspender la actividad del equipo científico* SS-Hexen-Sonderkommando.

En defensa del grupo de investigación, debemos añadir que resultaba muy complicado recabar documentación en una Europa castigada por la guerra. De hecho, los investigadores dejan constancia en sus misivas de la lentitud y la reticencia que encontraban cada vez que solicitaban información por cauces oficiales. El equipo del Dr. Levin recopiló el material tras dilatadas negociaciones con archivos, anticuarios, comerciantes de memorabilia y prensa antigua, etcétera. En este contexto es interesante el mercado negro de documentación que Levin practicaba gracias a fondos del RSHA. Sobre la falsificación de documentos por parte de los archivos estatales, consúltese el registro del proceso en el tribunal de Núremberg, el testimonio de Herbert Blank, preso del campo de concentración KL Sachsenhausen, o la sección de libros de contabilidad del SS-Hexen-Sonderkommando, *n.° de invent. V.a-V.b.*

Los últimos registros de la actividad del grupo de investigación datan de enero y febrero del año 1944, aunque algunos investigadores siguieron manteniendo

correspondencia, incluida en el fichero n.° invent. VII y ordenada por orden alfabético, según los apellidos de los correspondientes (VI-I.a.-VII.m.).

El último año de la guerra, el archivo del SS-Hexen-Sonderkommando *desapareció. Es probable que alguno de los miembros del grupo se encargara de ocultarlo. Después, en 1946, lo encontraron en Sława Śląska, en la actual República de Polonia, clasificado en el* Archiwum Państwowe *de Poznań. Existe una copia en el Archivo Estatal de Fráncfort del Meno.*

El registro y la catalogación de los documentos del fondo se extendió hasta 1985, y en l 987 fue abierto al público bajo el nombre de Kartoteka procesów o czary.

Dora volvió al mostrador y solicitó al atento funcionario el *dossier* III.a.4 completo y también los expedientes de los números VII.a.-VII.m.

—¿Todo? —preguntó el joven de las gafas de montura redonda.

—Todo —respondió ella.

—El tres se lo entrego enseguida. Los demás se van a retrasar un poco… Tardarán en prepararlos y me temo que no los tendré hasta las tres. ¿Puede esperar?

—Sí, claro.

EXPEDIENTE HEXENWESE SURMENOVÁ

Después de un breve descanso con un café de la máquina, Dora, conteniendo la respiración, cogió las cajas que el archivero le había preparado. No todas estaban llenas, algunas apenas contenían unos pocos papeles, otras eran más pesadas. Estaba nerviosa. Puede que en breve descubriera el secreto de las mujeres de los Claros. Quizá también el de Surmena.

Con cuidado, colocó las cajas en la mesa y revisó sus etiquetas: *HEXENWESE* GABRHELOVÁ, KRASŇÁKOVÁ, MAHDALOVÁ, STRUHÁROVÁ. Al final, se decidió por la que llevaba escrito *HEXENWESE* SURMENOVÁ.

Contenía una fina carpeta, atada con un cordel casi deshecho. Ansiosa, la sacó, desató los nudos y abrió la cubierta de cartón. La primera hoja llevaba el título:

III.a.4 Estado actual de la existencia de la gnosis germánica antigua

Material para el estudio orientado a la búsqueda de vestigios de la práctica religiosa germánica antigua.

Región Cárpatos Blancos, Protektorat Böhmen und Mähren*, dat. 1940-1944.*

TERÉZIE SURMENOVÁ

La siguiente página era un extenso formulario, rellenado aquí y allá con una tosca caligrafía. Mientras recorría las líneas con la mirada, sonrió con amargura ante la meticulosidad alemana, que lograba que no se omitiese detalle alguno de la vida de la persona investigada. No se podía comparar con el expediente que llevaba la Seguridad del Estado sobre Surmena en Checoslovaquia: allí donde el funcionario a cargo del expediente policial se había visto obligado a mantener correspondencia con múltiples fuentes para recabar toda la información posible sobre la persona perseguida, los alemanes se las habían apañado con unas columnas preimpresas inquietantemente similares a las fichas que los *Hexen-Blätter* habían utilizado cuatro siglos atrás

para interrogar a las brujas. Solo cambiaban algunos puntos.

Rápidamente, hojeó el formulario del caso de Surmena, deteniéndose en las partes donde se indicaba que el nombre del investigador encargado de recopilar la información era F. F. Norfolk.

```
Apellido: SURMENOVÁ
Nombre: TERÉZIE
Nacimiento: 24. 7. 1910
Estado civil: soltera, ama de casa
Domicilio: Schitkowa 28 (Alt Hrosenkau), claro de Bedowa[15]
Especialización: curandera, reparación de fracturas, herborista, adivinación del futuro, conjuros contra las tormentas
Categoría: A
```

Le seguía una descripción de Surmena, incluida información actualizada que Dora ya conocía: sobre su familia, sus hermanos, su bajo nivel de estudios, su fuerte fe en Dios y sus asiduas visitas a la iglesia, sobre su relación con Ruchár, que entonces frecuentaba Bedová, donde, después de la muerte de sus padres, se quedó ella sola con Irena, su hermana menor. Irena, la madre de Dora. Esta siguió con el dedo las siguientes líneas por si encontraba algo más sobre Irena Surmenová, que entonces tendría unos diecisiete años. Es probable que no clasificaran a la hermana menor de la *Hexenwese* Surmena en la categoría A. Decepcionada, dejó el formulario a un lado.

A continuación había un folio con el membrete del *Ahnenerbe*, esta vez para el registro de los datos craneológicos. Y estaba vacío. No pudo contener un suspiro: Surmena, por tanto, no había colaborado con ellos. «Estaba limpia», se repitió para sus adentros varias veces.

Con un sentimiento de victoria, continuó pasando las páginas hasta dar con unas fotografías pegadas en una cartulina. Se trataba de su cabaña de Bedová, que reconoció enseguida porque desde entonces no había cambiado nada, fotografiada desde muchos ángulos. Y después varias imágenes de Surmena realizando distintas actividades: con un grupo de gente ante la iglesia; en el cementerio, junto a la lápida familiar; o frente a la cabaña, tendiendo la ropa. Qué guapa era de joven. No la había conocido así. Al fijarse más, se percató de que no era la mala calidad de la fotografía lo que hacia que Surmena pareciera más gorda, sino que en realidad estaba embarazada. Debía de ser, por tanto, de 1942, según recordó Dora lo que había averiguado leyendo el expediente.

Inmediatamente después había un *Beobachtungsprotokoll*[16] con membrete de un águila del Reich. Probablemente lo hubieran redactado unos meses después de haber tomado la instantánea de Surmena embarazada.

Beobachtungsprotokoll vom 27. Juni 1942

Nuevo informe sobre el caso

La noche del 23. 6. 1942, Surmenová, a pesar del toque de queda nocturno y la vigencia de la ley marcial, organizó un encuentro con el fin de recoger hierbas. Por lo visto, a las 20:30 h, llegaron a su casa siete mujeres equipadas con cestas que procedían de diversos lugares del término municipal de Schitkowa. Unos diez minutos después de la medianoche, partieron con Terézie e Irena Surmenová más allá del claro de Bedowa, camino arriba. El Zubringer AH-12 informó de que, una vez en la ladera, las mujeres se quitaron la ropa y, desnudas, estuvieron recogiendo hierbas hasta las cuatro de la madrugada. Luego se vistieron, bajaron hasta la casa de Surmenová, donde dejaron el contenido de las cestas y, antes del amanecer, regresaron a sus respectivos domicilios.

Una posterior investigación de campo permitió constatar que esta conducta es habitual en la región durante la noche de San Juan, pues se cree que entre la medianoche y el amanecer las hierbas alcanzan su mayor poder. Sus efectos, por lo visto, aumentan si las recogen nueve muchachas, a ser posible desnudas.

Dicha tarea fue realizada aquella noche por: Gabrhelová Irma y su madre Struhárová Anna, Hodulíková Kateřina, Krasňáková Zofie, Mahdalová Josefina y su protegida Pagáčová Marie, llamada Fuksena, véanse las carpetas personales de las antedichas. No se procedió a detener a ninguna de las mujeres que acompañaba a T. Surmenová. Se tomó la determinación de no denunciarlas, pues la salida nocturna no tenía ningún objetivo fuera de los límites de la legalidad.

Firma: F. F. Norfolk

A Dora le entraron ganas de reír. Luego cerró los ojos y se imaginó a Surmena y al grupo de mujeres desnudas corriendo por las laderas bañadas por la luna, igual que ella misma lo hizo, varios años después, con ellas. Supuso que, si el encargado del SD que esa noche estuviera de servicio en Bedová no era de la zona, tuvo que quedarse asombrado. Lo imaginó persiguiendo a las mujeres al amparo de los arbustos, luego en campo abierto, aprovechando la oscuridad de una noche que le permitía acercarse sigilosamente, pero también la luz de la luna, que iluminaba las curvas femeninas como las luces de un teatro. Lo vio agarrándose la entrepierna, mientras, con un suspiro cálido y silencioso, describía en su cuaderno la escena al mismo tiempo púdica y libertina que se desarrollaba ante sus ojos. Seguro que aquella noche ser confidente no le pareció un trabajo tan ingrato.

En ese momento entró en la sala un hombre mayor que la saludó en voz baja, sacándola de su fantasía. Ella echó un vistazo rápido al reloj y se dio cuenta de que el tiempo pasaba implacable. Si quería volver esa misma noche a Brno —y por el escaso material que le quedaba por leer del caso de Surmena

eso parecía— debía apresurarse un poco.

Hojeó entonces varios *Beobachtungsprotokoll* que contenían solo registros breves de algunos datos: que Surmena había dado a luz a un mortinato y que lo enterraron sin bautizar en la tumba familiar; que Ruchár, a consecuencia de una pelea, había dejado de ir a su casa, ese tipo de cosas.

Nada que hubiera llamado la atención de Norfolk, de manera que todo quedó anotado en unas sucintas frases.

Solo mucho después prestó una mayor atención a Surmena, cuando ya casi había pasado la mitad del tiempo que debía permanecer destinado en Žítková. Dora se detuvo en un *Beobachtungsprotokoll* más extenso, en cuya esquina superior derecha descubrió la palabra ¡¡AMULETO!! escrita a lápiz.

Beobachtungsprotokoll vom 14. Oktober 1943

Nuevo informe sobre el caso

Con fecha dé 29. 9. 1943, se detiene a M. Lechová, del municipio de Bojkowitz[17], por su implicación en un delito de comercio ilegal de cupones de racionamiento. Entre otras cosas, durante el interrogatorio en la sede de la Gestapo de Zlin, el oficial a cargo comprobó que llevaba al cuello un colgante cuyo origen atribuye a una de las diosas de Žítková. También se averiguó que se trata de un amuleto de protección elaborado precisamente por Surmenová. Dicho objeto fue enviado al centro H-Sonderauftrag con la siguiente transcripción de la declaración:

«Fui a su casa para espantar el miedo, sufría de malos pensamientos. Ya llevaba varios días con pesadillas, en las que se me aparecía mi marido, que había muerto sepultado en la cantera de Hrosenkau hacía más de tres meses. No podía dormir, aunque durante el día me caía de sueño. Cada vez que entrecerraba los ojos se abalanzaba sobre mí, así que fui a ver a la diosa Surmena para pedirle ayuda. Me dio una infusión y también un saquito en el que metió unas hierbas, una gota de mi sangre que tomó de un corte en el dedo corazón y un papel en el que previamente había garabateado unas palabras. Me dijo que debía llevar el saquito atado al cuello y tomar la infusión 9 días y 9 noches. Desde entonces las pesadillas han desaparecido, pero por si acaso no me lo he quitado».

El amuleto en cuestión recuerda a las filacterias que prohibió la Iglesia por ser un atavismo de las costumbres paganas incompatibles con la idea cristiana de la fe verdadera. El papel contiene un dibujo cuya forma, según considero, podría derivar de una runa escrita en el llamado futhark antiguo, que se puede interpretar como «día». Lo adjunto para su análisis.

Firma: F. F. Norfolk

Desde aquel momento, Norfolk no perdió de vista a Surmena.

Y no fue el único.

Los demás *Beobachtungsprotokoll*, aparte de nuevas averiguaciones sobre las costumbres de Surmena, contenían algo diferente. Las hojas grapadas de las denuncias que se interpusieron contra ella en la central de Zlín del SD.

«Declaro que Surmenová Terézie, que vive en el claro de Bedowa del municipio de Schitkowa, recibe, sin tributar, cuantiosos ingresos por actividades espiritistas y adivinaciones ilegales, negocio que practica desde su juventud, sin tener en cuenta que se considera un delito en el Reich y en el Protectorado», ponía en uno de los papeles.

«Declaro que Surmenová Terézie, que vive en el claro de Bedowa del municipio de Schitkowa, llevó a cabo la matanza no autorizada de una becerra en mayo de 1942», ponía en otro. Y en otro lugar, con mayor gravedad: «Investiguen a Surmenová de Bedowa: al asegurar que Alemania nunca ganará la guerra, que la *Endsieg* no llegará nunca, ¡está socavando la moral de quienes la escuchan!».

Beobachtungsprotokoll vom 6. Dezember 1943

Nuevo informe sobre el caso

Durante marzo de 1942 y hasta noviembre de 1943, llegaron una serie de denuncias contra Surmenová (véase anexo). Estas se suceden con cierta regularidad cada pocos meses en la dirección de la SD-Aulienstelle de Zlin, que siempre nos tiene informados mediante copias de las denuncias, que remiten a la sede del H-Sonderkommando, oficina del servicio de vigilancia aduanera de Alt Hrosenkau.

La autoridad antedicha acepta nuestra petición de que la investigación del sujeto por parte de la H-Sonderkommando no se vea alterada por nuevos procesos mientras no cometa una infracción excepcional e inaceptable contra las leyes del Protectorado.

En el caso de las demás diosas, no vemos que se produzca conflicto de intereses alguno, pero tal vez en el futuro no podamos evitar que a Surmenová se le abra otro expediente oficial.

Por el momento, los órganos investigadores, capitaneados por el SS-Sturmbannführer Reinhardt Glütsche, no han sido capaces de averiguar la identidad del delator. Es probable que se trate de algún cliente descontento, aunque hemos descartado a Jan Ruchár, que es analfabeto y por tanto incapaz de escribir una carta.

Firma: F. F. Norfolk

Dora examinó concienzudamente las restantes denuncias. En ocasiones los delitos eran leves, otras más graves, y hasta encontró alguno que, sin el amparo de las autoridades pertinentes, sin duda no habría esquivado una investigación ulterior por parte de la Gestapo. Irma tenía razón, Dora lo tenía ante sus ojos.

La mano protectora de Norfolk, que debía de contar con la autorización directa del Estado Mayor, protegía a las diosas. Gracias a él, eran intocables.

Hojeando varios *Beobachtungsprotokoll* más, Dora llegó hasta el final del expediente de Surmena. Concluía con un sobre repleto de cartas que, a juzgar por el matasellos, se habían escrito cuando la actividad del comando había quedado oficialmente suspendida. Por eso las habían enviado a la dirección privada de Norfolk, a su villa en las afueras de Leipzig.

No iban acompañadas de ningún *Beobachtungsprotokoll*; en su lugar, en la parte posterior del sobre, se leía una única frase:

10/9/1944: Recibidos dos documentos sobre el caso Hexenwese *Surmenová, véanse anexos 1 y 2. Realizado un análisis graf., véase anexo 3.*

Dora se enfrascó, pues, en la lectura del primero de los anexos.

ANEXO 1
Carta
Destinatario: F. F. Norfolk, VILA EVELYNE, Am Strand 12, Leipzig 2, Deutsches Reich Remitente: Reinhardt Glütschke, SD-AuJlendienstelle Zlin, Protektorat Böhmen und Mähren

Ferdinand:

Te saludo afectuosamente, todavía pensando en tu última visita. Todas las semanas, desde entonces, escucho sin falta las grabaciones que me trajiste… Sobretodo los himnos, me los he puesto al menos diez veces. ¡Divinos!

Hace un par de días me llegó un envío de Viena, Bach y Haydn. ¿Recuerdas que te hablé de ellos? Ojalá tenga pronto oportunidad de enseñártelos… En cualquier caso, ¿cuándo vuelves? Estaba convencido de que tardarías menos…

Por otra parte, tampoco me extraña… El ambiente ahora es bastante tenso. Conseguimos abatir varios bombarderos americanos en los Claros, pero generó mucho caos, sobre todo por la reacción de la gente. De hecho, es otro de los motivos por los que te escribo.

Se trata de tu investigación, concretamente sobre dos de las mujeres que me mencionaste. Me temo que se han metido en un lío. Después del incidente de los aviones, estoy obligado a tenerlas bajo vigilancia y, para ser sincero, te advierto que si comenten un solo error más no podré hacer la vista gorda, como he hecho en anteriores ocasiones.

Esta vez sobrepasaron el límite: ocultaron y cuidaron de un americano, además judío; uno de los pilotos. No ordené que las ejecutaran allí mismo por consideración para con vuestro estudio. Pero no tengo que explicarte en qué desagradable tesitura me puso delante de mi propio comando, sobre todo ahora que han enviado al *Kommissariat*, desde Charlottenburg, a unos

asistentes de la policía criminal para que supervisen las actividades delictivas. Incluso desde mi posición, a duras penas pude protegerlas, menos mal que me dejastela autorización del *Geheime Reichssache* con el comunicado del *Reichsführer*.

Pero sí te aviso de que ya no puedo garantizar la seguridad de tus *Hexenwesen*, y que tengo motivos para pensar que deberían andarse con cuidado. Y no solo con respecto a nosotros, sino también con los lugareños. Insisto en que son tiempos de mucha inquietud, los partisanos andan dispersos por los Cárpatos, hace dos semanas se apostaron en la zona los *Bandenbekämpfungsstab*[18] der ZbV[19]—*Kommandos 1,9 utid 24* y, desde los cercanos montes Beskides, donde la situación es bastante peor, llegan muchos hombres sin identificación alguna. Comprenderás que en tales condiciones la desaparición de una mujer, o incluso de más de una, no llamaría la atención de nadie. Ni siquiera yo me enteraría a tiempo de intervenir.

Para que entiendas el peligro que corren, te contaré lo que sucedió con uno de mis *Vertrauensmann*[20]. Me costó bastante contenerlo cuando encontramos a ese judío estadounidense en casa de las dos *Hexenwesen*. Parecía que el *V-mann*[21] B-7 tuviera un interés personal en acabar con ellas, y te digo que, si no hubiera estado yo al mando, lo habría hecho allí mismo.

El *V-mann* B-7 Schwannze, nativo de la región, afirma que hay bastante gente descontenta con los servicios de estas diosas, así que no me sorprendería que, aprovechando la confusión, alguien se tomara la justicia por su mano. Sospecho que él podría ser ese alguien. Su encarnizamiento con ellas durante nuestra intervención y la información que me facilitó más adelante en una audiencia privada me parecieron algo exagerados. Sin embargo, le pedí que elaborara un informe sobre la actividad antiestatal y antisocial de las diosas y le insinué que, en caso de confirmarse un riesgo real, será él quien lidere la unidad de un *Hexen-Jagdkommando*. Deberías haber visto su reacción, henchido de orgullo.

A pesar de que a estos *Vertrauensleute*, gente local de la peor calaña, los mueve su paga mensual, son los encargos más nimios para el régimen los que garantizan su lealtad absoluta. Schwannze es en la actualidad el confidente más servil del SD en Zlin. Si todos los del Protectorado fuesen como él, podríamos quedarnos tranquilos.

Te envío su informe, es un parte de casi cinco páginas elaborado con todo detalle: su red de *Zubringer* y *Gewährsmänner*[22] es amplia, y él mismo es muy activo, así que han recopilado todo tipo de datos sobre las diosas. Creo que ha elaborado un panorama exhaustivo sobre el tema de tu trabajo secreto de estos dos últimos años. Y también aporta algo más, que descubrirás en la parte que se ocupa del encubrimiento de partisanos.

En este contexto, por lo que a ti respecta ojalá Schwannze no esté en lo cierto. Como puedes imaginar, eso sería intolerable. Además, superaría de

lejos mi competencia, ya que de los partisanos se encarga ahora el ZbV-K.

Para resumir, Ferdinand, ve con cuidado con ellas, con tus mujeres, quizá se avecinen tiempos difíciles para ellas. ¡Espero que quede algo que investigar cuando regreses! Envía un telegrama antes de venir. Y no tardes…

Saludos afectuosos, *Heil*,
Reinhardt

Dora dejó a un lado la carta e, impaciente, sacó el anexo de cinco páginas: el informe de Schwannze y su propuesta de actuación.

Frente a sus ojos bailaba una caligrafía tosca y descuidada, que no respetaba las líneas. El texto estaba escrito sin orden ni concierto, a vuelapluma. Sin destinatario, empezaba con una serie de denuncias, acusaciones, conjeturas y medias verdades que hacían referencia al pasado y el presente de las diosas de Žítková.

Yo, Heinrich Schwannze, ciudadano alemán y fiel colaborador del Tercer Reich, desde el año 1936 miembro del SPD, desde 1938 del NSDAP[23]*, desde 1940 colaborador del* SD-Aufiendienstelle *de Zlin, presento aquí la información obtenida tras un largo periodo de observación de campo de la región de Alt Hrosenkau. En los Claros viven unas mujeres que se denominan a sí mismas «diosas» y se dedican a ejercer de curanderas. Pero su actividad no es nada más que mera charlatanería que ocasiona múltiples perjuicios a la gente decente. Siempre encuentran supersticiosos e ilusos a los que timar con la excusa de sus poderes de adivinación y no se avergüenzan de embolsarse suculentos honorarios por sus mentiras. Se cuenta que una de ellas le pidió nada más y nada menos que una vaca a una judía con un tumor tan grande como su cabeza a cambio de un hechizo que supuestamente la curaría. Como es natural, la sucia chusma judía se la dio. Esto sucedió en los años treinta, cuando estos elementos insidiosos todavía se enriquecían a nuestra costa. Cómo no iban a pagar, si tenían.*

En este sentido, la peor siempre fue Surmenová, que vive en el claro de Bedowa, quien solicitaba a cambio de sus servicios los más elevados estipendios y no tenía reparo alguno en dejar en la ruina a las madres de niños enfermos, como en el caso de Kamenická de Pitín. A un tal Sopouch de Krhov le quitó hasta su última corona tras comunicarle que tenía cáncer, motivo por el que él acudió a visitarla con frecuencia durante años, aunque estaba sano como un roble…

Dora leía a toda velocidad, se saltaba algunos párrafos. Tal acumulación de calumnias y disparates le resultaba repugnante. Hojeó y saltó hasta la última página:

… sin contar que dichas prácticas están prohibidas desde 1941 en el Reich y en el Protectorado. Se consideran ilícitas y, aunque estas mujeres no dejen de asegurar que se dedican exclusivamente a las hierbas y no a la adivinación, nosotros sabemos la verdad: con ayuda de cera fundida, fingen adivinar el futuro a cualquier tonto dispuesto a pagarles una corona. ¡Algo de todo punto ilegal! Estas supuestas diosas no son mejores que cualquier gitano timador. ¡Yo propongo castigarlas como la escoria que son!

Y, por último, añado a lo anteriormente dicho que en casa de Surmenová se alojó durante dos noches un joven, con bastante probabilidad un partisano, al que debió de ofrecer refugio y sus mal llamadas «artes curativas».

Por eso pienso que no solo por sus fraudes, de los que sacan un provecho económico y con los que estafan a la gente cándida del lugar, sino también por su ayuda a la ruin raza judía y ahora también a los partisanos, podemos deducir que sus métodos constituyen una conducta hostil al Reich que no debería quedar impune.

Teniendo en cuenta mi conocimiento de sus costumbres y del entorno local, me atrevo a proponerme para formar un equipo de varios hombres que, tras recabar las pruebas pertinentesde la actividad delictiva de estas mujeres, las llevaría ante la justicia.

¡Gloria eterna al Reich, Heil!
Schwannze H.

El texto lo completaba una hoja con una lista de direcciones de todas las supuestas diosas de Žítková a finales del año 1944.

Dora, asqueada, dejó a un lado el panfleto de Schwannze y centró su atención en la limpia hoja que cerraba el archivo. Se trataba de una breve declaración escrita sin el menor cuidado.

Beobachtungsprotokoll vom 29. Oktober 1944

Nuevo informe sobre el caso

El análisis de un perito caligráfico confirma la coincidencia entre la caligrafía del informe de H. Schwannze y las cartas de denuncia enviadas desde el SD-Außendienstelle Zlin al centro SS-Hexen-Sonderauftrag de Star Hrozenkov. Dictamen adjunto.

Firma: F. F. Norfolk

Dora leyó la breve nota otra vez. ¡Mira tú!

El confidente Schwannze no solo se esforzó por hacerse con el puesto de líder de un *Hexen-Jagdkommando* por vía oficial, ¡sino que también quiso asegurárselo enviando denuncias anónimas! Aquel párrafo le repugnaba todavía más que el informe de Schwannze. ¿Por qué lo haría?

Podría haber medrado de otra manera, ¿por qué recurrir a las diosas? Y,

además, ¿por qué Surmena?

Pensativa, buscó la nota del perito que mencionaba el *Beobachtungsprotokoll*. No la encontró, aunque revisó la carpeta entera. Tampoco era de extrañar, en aquella época todo era diferente. Norfolk tendría bastantes asuntos de los que ocuparse, e incluir un papel en un informe no debía de estar entre sus prioridades.

Dora se levantó y fue hasta la ventanilla para preguntar al archivero si podía hacer fotos de los documentos. Él asintió, sin más. Así que sacó la cámara de la mochila y fue fotografiando una por una todas las cartas.

Espero que lo pagaras al final de la guerra, susurró amargamente para sí misma mientras devolvía los papeles a la carpeta. Entonces recordó que Surmena estaba limpia de las acusaciones de colaboración con los nazis. Dora no había encontrado nada que pudiera desacreditarla, ningún secreto inesperado. Nada de nada, cero, se repetía para sus adentros. Con esa sensación, aliviada y conmovida, devolvió al archivero de Poznań la caja de cartón.

EXPEDIENTE *HEXENWESENFAMILIE* MAHDAL

El pasado de Surmena estaba ya un poco más claro para Dora. Pero en su mesa había varias cajas más, una junto a la otra, que custodiaban los destinos de otras diosas. Con cierta indiferencia, se saltó a Krasňačka, a Struhárka y a algunas otras para dirigirse a la que llevaba la etiqueta *HEXENWESENFAMILIE* MAHDAL. Quizá consiguiera averiguar al fin qué unía a esta familia con la suya.

La caja pesaba bastante más que las demás. En cuanto le quitó la tapa, comprobó que dentro había considerablemente más documentación que en la de Surmena. Sin duda, las Mahdalka suscitaron un gran interés en los alemanes.

Empezaba con la misma nota que había encontrado ya en el expediente de Surmena: la de la *Sicherheitszentrale* de Bratislava para el SD más cercano del Protectorado por la que se solicitaba la investigación de las actividades ejercidas por Josefina Mahdalová. Decidió saltársela, como hizo con los extensos formularios sobre las tres mujeres de la familia. Incluso con un rápido vistazo se percató de que eran muy similares a los del resto de las diosas, excepto por sus «especialidades» (también de la categoría A), donde se había añadido: «magia negra, capacidad de hacer daño, *seiôr* (?)». Se detuvo en los protocolos, que documentaban el inicio de la colaboración con los miembros del equipo de Levin.

Beobachtungsprotokoll vom 19. Oktober 1941

Nuevo informe sobre el caso

Establecida la colaboración con la familia. Acopio de datos craneológicos, que han confirmado la observación previa de que, especialmente Mahdalka la vieja y Fuksena, presentan rasgos arios.

Firma: F. F. Norfolk

Beobachtungsprotokoll vom 20. Februar 1942

Nuevo informe sobre el caso

Con el fin de avanzar en la investigación, se realiza una oferta para alquilar una habitación en la casa de las Hexenwesen Mahdalová, con el pretexto de la imposibilidad de encontrar alojamiento en Alt Hrosenkau.

Aceptada. Coste 100 coronas del Protectorado al mes.

Firma: F. F. Norfolk

Beobachtungsprotokoll vom 9. Mai 1942

Nuevo informe sobre el caso

Los sujetos sometidos a vigilancia han aceptado una colaboración más estrecha y han autorizado que se asista, con cierta discreción, a sus actividades mágicas. La observación se efectúa desde el zaguán. El día 9. 5. se registran dos visitas para solicitar consejo; para una descripción detallada del encuentro, incluido el ritual, véase el estudio particular.

El conjuro que acompaña al ritual se recitó en el dialecto local, rápido y en voz baja, por eso resulta imposible descifrarlo ni realizar un registro. Será objeto de una investigación ulterior.

Firma: F. F. Norfolk

Beobachtungsprotokoll vom 12. Oktober 1942

Nuevo informe sobre el caso

De la vida doméstica de los sujetos sometidos a vigilancia se ha averiguado lo siguiente: que su cotidianidad se estructura siguiendo los principios de la fe católica, practican el rezo matinal y nocturno, alaban el nombre de Dios antes de sus comidas, asisten a la misa dominical en la iglesia de Alt Hrosenkau, etc. Junto a las rutinas regladas por el catolicismo, no obstante, conservan ciertas costumbres incompatibles con dicho credo. Entre las desviaciones observadas, escogemos dos que hemos conseguido analizar en profundidad y que, por tanto, podemos considerar un vestigio de una costumbre pagana.

Vorfall I: Consideramos que el rasgo que supone una diferencia mayor de los sujetos sometidos a observación con respecto a otros católicos es su culto del jueves por ser el día exento del desempeño de actividades importantes. En tal día, no reciben visitas ni trabajan en el campo, al que dedican el resto de la semana, excepto el domingo, también un día sagrado, aunque cuando se les pregunta no saben exactamente por qué.

Desde el punto de vista del conocimiento actual de la sociedad germánica antigua y de su cultura espiritual, sin embargo, sabemos que nuestros antepasados rendían culto al jueves por ser el día dedicado al dios del trueno y del relámpago, Donar, de donde procede también su nombre en alemán Donnerstag, día de Donar. Guido von List afirma que el jueves

era el día que nuestros antepasados habían de dedicar al cultivo de la fe y no a las preocupaciones mundanas. Suponemos que esta tradición ha sobrevivido entre los sujetos sometidos a vigilancia desde la época precristiana, por lo que veneran intuitivamente esta jornada, aun ignorando las razones.

Vorfall II: También el poder que los sujetos bajo vigilancia extraen de la naturaleza circundante confirma la conexión con la fe de los antiguos teutones. Adoran un árbol sagrado, en este caso el tilo, habitual en esa zona, que simboliza la fuerza de su linaje y suele plantarse cerca de sus viviendas. Explican la veneración hacia este árbol aludiendo a un motivo práctico, pues les proporciona uno de los ingredientes que usan para la preparación de sus pócimas. Ahora bien, rinden a su árbol familiar un tributo muy especial, el mismo tipo de respeto que profesaban las sacerdotisas teutonas hacia los árboles consagrados a cada sociedad tribal.

Encontramos un paralelo también en el cuidado de la fuente, que brota cerca de la cabaña de las mujeres vigiladas, en el bosque en dirección a Wischkowetz. La familia de los Mahdal, por lo visto, se ocupa de ella desde siempre, porque su agua, llamada «agua feliz», tiene propiedades curativas, sobre todo en contacto con ciertas hierbas. Como sabemos, también en los rituales espirituales de los antiguos germanos desempeñaban un papel indispensable las fuentes y los manantiales, tal como quedaba probado en distintas3 99ceremonias mágicas, entre ellas los rituales de sanación.

A mi pregunta sobre el motivo de la excursión nocturna hasta la fuente en el equinoccio de primavera, la Hexenwese Fuksena también alegó un fin curativo. Explicó que el ritual de purificación consiste en sumergirse de noche en la fuente para expurgar los achaques invernales.

Pensamos que la estrecha relación de los sujetos sometidos a vigilancia con la naturaleza es un resto de la gnosis germánica antigua, que hacía hincapié en la consagración a los misterios naturales, para los que las sacerdotisas iniciadas conservaban y practicaban los rituales necesarios.

Firma: F. F. Norfolk

Beobachtungsprotokoll vom 24. März 1943

Nuevo informe sobre el caso

Interesante hallazgo sobre los presagios de infortunios o muertes. Igual que en el caso de las estelas encontradas, por ejemplo, en Niederdollendorf, en Renania, o en el brezal de Tuchola en Prusia septentrional, también aquí el símbolo de la serpiente se considera un mal augurio. En esta zona concreta, se trata de una «serpiente blanca», que según se dice vive en las paredes de las casas.

Su aparición indica una desgracia o la muerte de un miembro de la familia, mientras que su muerte vaticina la destrucción de todo el linaje.

Los sujetos sometidos a vigilancia no saben de dónde procede ese presagio, aseguran que siempre ha sido así.
Firma: F. F. Norfolk.

A Dora se le hizo un nudo en la garganta. Frente a sus ojos, pasó rápidamente la imagen del cuerpo machacado de la serpiente y la expresión aterrorizada de Surmena. Adelantó unas cuantas páginas y cogió el último de los protocolos más extensos.

Beobachtungsprotokoll vom 15. August 1943

Nuevo informe sobre el caso
Notas sobre las visitas de algunos clientes.
Vorfall I: Una mujer (de unos 40 años) llegó pidiendo ayuda. Afirma que un vecino la ha maldecido y su vida corre peligro.
La ceremonia mágica empezó, como de costumbre, poniendo a hervir agua de la fuente, a la que se vertió cera fundida, mientras se quemaban hierbas aromáticas y se recitaban conjuros rituales, que tenían una extensión y un contenido parecidos al conjuro traducido por el informador, véase el anexo del día 11. 9. 1942. La sospecha de la visitante se confirma al leer el vertido de cera, y se procede entonces a liberarla del mal de ojo y protegerla de diversas maneras. Se rompe después la taza de porcelana, sus fragmentos se colocan en un bote de conservas junto con clavos, agujas y trozos de cuchillas. Se exhorta a la visitante a que orine en el bote, cosa que ella hace en el patio. Tras volver, las mujeres se dirigen al bosque a enterrar el bote, previamente sellado. A su regreso, se seleccionan las hierbas que habrá de usar durante nueve días. La Hexenwese Mahdalová la vieja recibe el pago de 10 coronas del Protectorado.
Vorfall II: Un hombre (de unos 45 años), convencido de que lo han estafado en los trámites de una herencia. Desea que su hermano soltero muera para quedarse con el resto del legado. Ofrece la alta suma de 200 coronas del Protectorado si nadie se entera de que él está implicado en la muerte de su hermano. Igual que en los casos anteriores, se realiza la ceremonia de vertido y adivinación con cera, tras lo cual se le comunica que, para llevar a cabo su petición, durante dos domingos consecutivos tendrá que administrar él mismo a su hermano cierta poción de hierbas que ellas se encargarán de preparar. El visitante vacila, repite que no quiere tener nada que ver con el proceso. En la ceremonia, que hasta el momento dirige la Hexenwese Fuksena, interviene Mahdalová la vieja, que advierte al visitante que respete lo que se le ofrece o se marche de inmediato. Después de su intervención, el visitante accede, tras lo cual se le emplaza a regresar el viernes para recoger las hierbas para su hermano. Mahdalová le sugiere que lo invite a almorzar con la excusa de reconciliarse y le eche la mezcla en la comida. Él consiente a disgusto, deja un pago

de 100 coronas del Protectorado alegando que pagará el resto cuando regrese a por el preparado.

Cuando pregunto qué habrá en la mezcla, se me contesta que eso es irrelevante, porque esta persona ya no vendrá. Hasta la redacción de este escrito, no ha aparecido.

Firma: F. F. Norfolk

Dora continuó leyendo con avidez hasta que sus ojos, secos y cansados, comenzaron a arderle. En los siguientes *Voifälle*, encontró casos parecidos. La gente iba a ver a las Mahdalka principalmente por conflictos con la ley, rara vez aparecía alguien buscándolas por una enfermedad o para una simple adivinación del futuro. El registro de casos de Norfolk estaba repleto de peticiones para perjudicar a parientes, vecinos, adversarios o adversarias en el amor, solicitudes para hacerse con propiedades ajenas, etcétera.

Entre todos, llamó especialmente su atención un caso de lo más inocente, y no solo porque el visitante fuera un hombre al que había conocido en Hrozenkov. Se trataba de un patrimonio familiar que el dueño, en vista de los tiempos inciertos, había enterrado en algún lugar del bosque. No se esperaba que muriera, pero un caballo se cruzó en su camino y le partió el cráneo de una coz. El pobre desgraciado falleció antes de que el cura le administrara la extremaunción. Tampoco alcanzó a decirle a nadie dónde había enterrado la fortuna familiar.

Un pariente visitó a las Mahdalka para pedir que le ayudaran a encontrarlo. Lo que sucedió fue, ni más ni menos, una invocación del espíritu de un difunto. Según el registro del protocolo, no tuvo lugar en Potočná, sino en el cementerio de Hrozenkov. Armándose de valor, allí acudió el visitante antes de la medianoche con un objeto que pertenecía al fallecido y se encontró con cuatro personas en la tumba, que, cogidas de la mano formando un círculo mágico, asistieron a lo que el informante calificó de sesión de nigromancia.

El proceso de preparación, cuyo éxito fue confirmado por un enjambre de luciérnagas que de repente revoloteó sobre la tumba del difunto, fue largo. Después, se invitó al solicitante a realizar su petición, que Mahdalka la vieja, en una suerte de trance, comenzó a repetir como un mantra. Se convirtió en una médium en conexión con el mundo de ultratumba, con el muerto, que indicó un lugar concreto al pie de la montaña Kykula. Con eso se dio la sesión por terminada, y el hombre, aterrado, prometió un tercio de la fortuna encontrada como pago por los servicios prestados.

En el informe no se indicaba si el dinero se encontró en el sitio señalado ni si el visitante regresó para saldar su deuda. La concisa narración prometía hacer un seguimiento, que, sin embargo, Dora no encontró en la carpeta, repleta de otros *Vorfälle*.

Dora estaba estupefacta. Aparte de lo que habían contado Baglárka e Irma, que podían ser exageraciones, solo la historia de Magdaléna MÍkva

hacia referencia a las prácticas dañinas de las diosas. Esta había sido la primera prueba de que las Mahdalka realizaban magia negra, aunque siempre podía tratarse de un caso único. Pero ahora, frente a ella, había una carpeta completa de testimonios similares, muchas veces incluso reportados como exitosos.

Respiró hondo.

De nuevo, ya por enésima vez aquel año, contempló a las diosas y su pequeño mundo de los Claros con otros ojos. Desde esta nueva perspectiva ya no eran aquellas mujeres complacientes de su infancia, dispuestas a ayudar a cualquiera que llamara a la puerta de su cabaña. Ahora sabía que entre ellas había también seres peligrosos que no tenían escrúpulos a la hora de perjudicar a alguien a quien no conocían de nada a cambio de dinero. Tanto si sus actividades mágicas eran una mera comedia que no pesaba sobre su conciencia porque intuían que no causaba efecto alguno, como si de verdad empleaban sus dotes, que sabían que trascendían la realidad para hacer el mal, su empeño en hacer daño resultaba aterrador.

Pensativa, hojeó el resto de los protocolos que quedaban en la carpeta. La última inscripción databa, igual que en el caso de Surmena, de finales de febrero de 1944; es decir, de la época en que el comando fue disuelto. La historia de la familia Mahdal se cerró, pues, ante sus ojos dejando en ella, además de un profundo desasosiego, un sentimiento de decepción. No había encontrado lo que buscaba: por qué y cómo se había cruzado el destino de Mahdalka la vieja con el de Surmena.

Quedaba menos de media hora para las tres, la hora a la que le traerían los informes de los investigadores alemanes. Le hizo una señal al archivero para indicarle que podía guardar las cajas de su mesa y luego, sorteando las mesas, salió de la sala de consultas.

INVESTIGADORES CON UN ENCARGO ESPECIAL

Cuando volvió, encima de su mesa había unas cajas que contenían los expedientes de los miembros del *Hexen-Sonderkommando*. Dora buscó entre ellas, impaciente, y sacó la titulada VII.g: *FORSCHER DER HEXENSONDERAUFTRAG F. F. NORFOLK*. Estaba llena de cartas.

Ferdinand:

¿Cómo estás? ¿Cómo avanza la investigación? ¿Alguna novedad? A decir verdad, nos vendría muy bien; el ambiente está muy crispado. Tengo la sensación de que están presionando al *Reichsführer* para que reduzca los *Ahnenerbe*, y huelga decir que estamos en el punto de mira. En siete años de investigación, ningún resultado relevante, ningún estudio, ni la trilogía sobre las brujas que habíamos prometido; deberías haber oído su voz gélida, por poco se me congela el auricular en la mano. Menos mal que un primo suyo forma parte del equipo; si no fuera por él, me temo que habrían cancelado el proyecto hace mucho.

Cada día pienso en que, si hubieran aceptado mi propuesta, ya me habrían nombrado profesor asociado y me habrían dejado en paz con este *Sonderauftrag*[24]. Esos vejestorios arrogantes… ¡al menos podían apartar sus sucias manos de la política!

Pero qué se le va a hacer, me temo que no podemos esquivar la trilogía. Ahora espero noticias de los demás, a ver cómo llevan sus contribuciones… Sospecho que solo Merkel está preparado, ¿o tal vez tú también? Espero que no des prioridad a tu nueva novela, ¡es lo último que necesitamos! Yo he acabado la primera parte, la que trata sobre la conspiración de la Iglesia contra las mujeres germánicas, y no te imaginas la de problemas que me están trayendo los números. De momento, dispongo de estadísticas de Bavaria, Sarre y Brandemburgo, ¡y entre los años 1200-1790 no salen más de dos mil ejecutadas! Me volveré loco si esa cifra no asciende, y se volverá loco sobre todo el *Reichsführer*, que, como bien sabes, tiene muchas esperanzas puestas en

este asunto. Es como si el destino de su antecesora, quemada en la hoguera, no lo dejara dormir tranquilo.

Aparte de esto, tengo que preparar para el ministro de Propaganda algunos materiales que puedan constituir la base para la campaña dirigida a las mujeres del nacionalsocialismo. Les queda bastante por hacer con la *Lebensborn*[25], hacen falta más combatientes, la guerra no espera y les interesa alentar a la mujer germánica: madre, gestante, obrera. La emancipación de la mujer alemana y su contribución a la guerra, eso es lo que mueve ahora al *Ahnenerbe*, y deberías estar aquí, amigo, para ver cómo empiezan a pescar en todas las aguas, por muy superficiales que sean. Para nosotros, esto significa que urge que entreguemos nuestro estudio, y está de más decir que cuanto antes, mejor.

Intenta, pues, enviarme la documentación relativa a la posición de la mujer en la estructura tribal germánica antigua y añádele también la información que hayas recabado sobre el modelo de organización de la sociedad de los Claros. Y no olvides los dibujos ni las fotografías: ya sabes que los adoran (intenta pillar a Fuksena en una ceremonia de adivinación, creo que eso causaría un gran impacto).

Por favor, trabaja lo más rápido que puedas y envíalo pronto.

Saludos,
Rudolf
Berlín, 15 de junio de 1942

Ferdinand:

Gracias por lo que me has enviado, aunque tengo que confesarte que esperaba más. Me refiero a la extensión del informe. Un estudio con semejante escasez de datos, como tú también reconocerás, no es exactamente una prueba representativa de siete años de investigación de campo. Se lo entregué al *Reichsführer* alegando que se trataba del «borrador» de un trabajo más amplio que me enviarás cuanto antes. Espero que tú también lo veas así.

Por otra parte, por supuesto que estoy de acuerdo con tus conclusiones sobre la trilogía. Me gustan los ejemplos de la opresión eclesiástica contra las mujeres en el territorio del Protectorado, y la tabla con los datos ordenados por siglos es muy ilustrativa: demuestra que la Iglesia intensificó su virulencia con el paso del tiempo. ¡Y cuán furtivamente! Siento un enorme orgullo, porque sin nuestra investigación esta confabulación habría quedado oculta por acontecimientos históricos más llamativos.

El *Reichsführer* expresó la intención de hacer llegar tu «borrador» a Goebbels, y yo le entregué además los primeros resultados de los recuentos de mujeres ejecutadas en algunos territorios del Reich. Debo confesarte que me preocupa, pues no alcanzan ni la décima parte de lo que suponía el *Reichsführer*. Empieza a quedar claro que jamás sumaremos nueve millones de

víctimas. Six, Merkel, Biermann, Eckstein, ¡todos entregan unas cifras escandalosamente bajas! Podemos retrasarlo, porque muchos archivos no colaboran o no están en condiciones de colaborar… Eso sí, tendríamos que reunirnos en breve en la central para pensar en las posibles opciones en caso de no alcanzar una cifra que satisfaga al *Reichsführer*.

P. D.: ¡Todavía no me ha llegado tu estudio sobre la estructura de la organización tribal germánica antigua!

Heil!
Rudolf
Berlín, 24 de noviembre de 1942

Ferdinand:

¡Tal vez haya llegado nuestra oportunidad! ¡No podemos desperdiciarla! ¿Es posible llevar a Fuksena a Berlín? Necesito presentársela al *Reichsheini*[26] a cualquier precio. ¿Has oído hablar de la operación «los cinco de Wannsee»? Supongo que no, solo unos pocos de los más altos dirigentes del RHSA han tenido acceso al experimento. Te cuento brevemente: el *Reichsführer* ha mandado ir a su villa a dos clarividentes, un adivino, un astrólogo y un grafólogo que en 1941, tras la huida de Hess, acabaron en campos de concentración por no haber avisado. Ayer me lo contó Haselhuhn, en secreto, como es de entender; él mismo los escogió, y están bajo su responsabilidad. No los conozco, pero, a juzgar por lo que me contó, nuestras diosas les dan mil vueltas. Son bufones de varietés, comediantes con bolas de cristal, una mujer que lee los posos y dos astrólogos. ¡De tercera categoría, en comparación con lo que nosotros nos traemos entre manos!

Y a ver qué te parece esto: su cometido consiste en adivinar y entregar informes antes de cada operación que no acabe de convencer al *Reichsheini* o al Führer. Uno de ellos, por lo visto, no deja de entrar en trance; el otro no aparta la vista de su bola de cristal, la mujer interpreta los posos como puede, el astrólogo se entrega a los horóscopos… ¡Y todas estas tonterías se remiten a diario a la central e influyen en las decisiones del Estado Mayor! A mí me dan escalofríos cuando me doy cuenta de las posibles consecuencias… Sin embargo, si pudiéramos introducir a Fuksena en esta maquinaria, con todo lo que sabe y el aspecto que tiene… Por otra parte, en los procedimientos de las Mahdalka hay algo así como la realización de *seidr*, ¿me equivoco? ¿Sabes lo que eso significaría para el *Reichsfuhrer*? Seguro que me entiendes…

Prepárala, por favor, es una gran oportunidad para nosotros.

Yo, de momento, me ocuparé de Haselhuhn para que la incluya en el grupo de Wannsee.

Ferdinand, ¡no podemos desperdiciar esta ocasión!

Hail

Rudolf
Berlín, 8 de junio de 1943

Rudolf:

Lo lamento, pero ninguna quiere ni oír hablar de ese asunto. Les da pánico salir de Potočná, lo comparan con el éxodo de los judíos de Hrosenkau. Además, seguimos sin noticias del hijo de Mahdalka al que reclutaron. No consigo convencerlas ni por las buenas, ni por las malas. Además, afirman que su fuerza solo es efectiva aquí, en las cumbres de los Cárpatos Blancos, por los que pasa una suerte de ondas magnéticas. Me lo aseguraron tres mujeres, dos de las cuales son analfabetas… ¿Qué te parece? Intenta, por favor, enviarme a algún experto en geología y física. Me gustaría comprobarlo.

¿Qué propones?

Como seguro que comprendes, prefiero no emplear la violencia.

Ferdinand
Alt Hrosenkau, 19 de agosto de 1943

Ferdinand:

Tu carta me ha irritado profundamente. Recibes medios de sobra y llevas ahí un tiempo más que suficiente para presentarme mejores resultados. Máxime cuando la investigación de campo te está proporcionando satisfacciones que están por encima de tus obligaciones profesionales. Por eso no entiendo de ningún modo tu respuesta. En este momento, deberías tener a toda la familia de las Mahdalka metida en el bolsillo. ¡Somos nosotros los que ponemos las condiciones, no ellas!

Al principio pensé que no me importaba nada lo que ellas pensaran o quisieran, que tendrías que arreglártelas. El cómo es cosa tuya. Pero la situación ha cambiado un poco.

Tuve una audiencia privada con el *Reichsführer* en el Estado Mayor. Lo de siempre: que no está en absoluto satisfecho con nuestro trabajo… Incluso insinuó que, si no presentamos de inmediato la trilogía, el proyecto *Hexen-Sonderauftrag* quedará suspendido antes de que acabe el año.

Lo único que le interesó fue mi promesa de un informe más amplio sobre una parte de la investigación en Alt Hrosenkau. Su reacción me ha hecho cambiar también acerca de mi propósito de traerlas a cualquier precio. Podemos cambiar de estrategia. Quiere conocerlas, y de inmediato. Le expliqué los temores que albergas respecto a la idea de sacar a estas mujeres de su entorno y, sorprendentemente, lo comprendió al punto, incluso comentó algo sobre unos fenómenos paranormales que se dan solo en determinados lugares que acumulan una energía especial. Él mismo me propuso pasar por Alt Hrosenkau en su viaje de trabajo a Preßburg[27], dentro de varias semanas,

como muy pronto el 9 de octubre. Yo lo acompañaré, así que nos veremos. Llamaré a la guardia de aduanas, por si surgiese cualquier contingencia.

Te envío esta carta por correo urgente, espero que la recibas a tiempo para encargarte de lo que sea necesario. A lo mejor no es pertinente darles demasiados datos a ellas. Me gustaría que se comportaran como siempre, no quiero encontrar ninguna gallina nerviosa que ni abre el pico, ¿está claro? Haz lo que sabes hacer. Ahora todo depende de que nuestras diosas despierten el entusiasmo del *Reichsheini*.

Heil!
Rudolf
Berlín, 12 de setiembre de 1943

Ferdinand:

¡Buenas noticias! ¡Ha funcionado! Hemos conseguido el efecto que deseábamos. El *Reichsführer* no abrió la boca en todo el viaje a Preßburg, me llamó al día siguiente por la noche. Dijo que le había causado una gran impresión y que va a solicitar que se incluya a esa familia dentro de un programa más específico. Me insinuó que deberíamos añadir cuanto antes la evaluación del objetivo de investigación A, pero que para el B recomienda, con validez inmediata, designar una investigación del rito germánico antiguo y las *Hexenwesen*.

Cuando salí, volvió a insistir en la importancia de nuestro descubrimiento, y recalcó que seguirá de cerca a estas mujeres. ¡Lo hemos conseguido! Al menos por un tiempo, el riesgo de cancelación del *Hexen-Sonderauftrag* se aleja. Sin embargo, los plazos de entrega de la trilogía siguen en pie.

Heil!
Rudolf
Berlín, 15 de octubre de 1943

La correspondencia del expediente de Norfolk se acababa aquí tan repentinamente como había empezado, igual que había sucedido en otros casos en cuanto se canceló la investigación. Lo último que encontró en la carpeta fue un telegrama amarillento con el siguiente mensaje escrito en mayúsculas:

TELEGRAMM
Für: F. F. Norfolk, Ahnenerbe, Wilhelm-Straße 102, Berlin, Deutsches Reich
Von: Marie Pagáčová, Alt Hrosenkau, Protektorat Böhmen und Mähren
TEXT: Tenemos hija es bonita tiene mismo lunar en frente que tú. Bautizo 24/9/1944 ven. Fuksena.

FRIEDRICH FERDINAND NORFOLK

Como era de esperar, no respondió al telegrama de Fuksena; no fue al bautizo. No habría ido ni aunque hubiera podido. De sus notas personales, de sus apuntes al margen en documentos oficiales y de la redacción de sus informes se desprendía que no quería ir. La investigación había concluido, y con ella su relación con Fuksena. Por lo que parecía, ella solo había sido para él un material de estudio, y el bebé algo así como un daño colateral. Además, según constaba en su ficha personal, Norfolk estaba casado.

Es decir, no Norfolk, sino Ferdinand Soukup de Frývaldov, alemán checoslovaco, ganador del Mährischer Literaturpreis en 1924, que después de obtener dicho galardón adoptó el pseudónimo de Ferdinand Norfolk y decidió conquistar Europa con sus cuentos sobre los procesos contra las brujas de Frývaldov y Velké Losiny. Contó con la ayuda, al parecer, de la rubia Evelyne y de los contactos de su padre, entre otros con el profesor de Literatura Hübsche, de Leipzig, ciudad a la que Norfolk se trasladó para una estancia de estudios y donde se estableció definitivamente. Allí (según la información de su ficha), en los círculos universitarios, conoció en 1935 al Dr. Levin, que lo invitó a participar en una investigación recién iniciada que le había encomendado el mismo líder de las SS.

Dora casi podía sentir la alegría de Norfolk cuando sus sueños se hicieron realidad.

Del pequeño pueblo de montaña de Frývaldov, que volvía a llamarse Freiwaldau, se abrió camino hasta llegar a formar parte de una importante familia de Leipzig, había conseguido un puesto en la universidad, los periódicos publicaban sus cuentos de terror y, para colmo, formaba parte de un *SS-Hexen-Sonderkommando* de investigación, por lo que recibía una remuneración de la RSHA. Eso por dedicarse a la lectura de novelas históricas sobre los procesos de las brujas y por escribir sobre ellos, algo que habría hecho aunque no le hubieran pagado.

En fin, pagado… Digamos que, aparte del salario universitario, con el trabajo para el *Hexen-Sonderauftrag* ganaba al principio solo un par de decenas de marcos al mes, si se descontaban los gastos de viaje y las dietas. Pero

después, cuando Levin y él se ganaron a Herbert Blank, todo cambió.

De la correspondencia se desprendía que había sido idea de Levin. Era él quien tenía un pariente en Sachsenhausen que vigilaba a los *Sonderhäftlingen*, presos especiales que formaban parte del grupo de «restauradores», falsificadores y copistas de toda clase. Gracias a su extraordinaria capacidad y a los talleres con equipamientos de último modelo donde la ponían en práctica, eran capaces de reproducir a la perfección cualquier pintura, desde las tablas góticas hasta los cuadros realistas del siglo XIX, las ilustraciones de los manuscritos medievales y los bonos del Estado de los años veinte, y también grabados de Durero, Daumier o cualquier otro artista. No se les iban a resistir un par de los libros negros y de sangre, un par de archivos prestados de buena fe gracias a los contactos con el director de los archivos del Reich, un par de edictos de los tribunales municipales y eclesiásticos, un par de veredictos inquisitoriales… Desde luego que no. Y Rudolf Levin, su pariente Karl, Norfolk y otro miembro del comando, Murowski, se repartieron las suculentas ganancias que recibieron del fondo de la biblioteca del RSHA —*Amt VII*, y varias veces del propio *Reichsführer*, que quería engrosar su colección particular con documentos valiosos—. Las solicitudes enviadas a los archivos robados, que se acumulaban en una caja junto con los libros de contabilidad, atestiguaban la pujanza de este fraudulento comercio. Sobre todo para Norfolk.

Puesto que él sabía checo, se le encomendó viajar primero al archivo del Estado Eslovaco, así como a otros más cercanos a su ciudad natal en el Protectorado, a Cheb, Liberec, luego a Opava y finalmente también a Frývaldov, que tan bien conocía. En vista de que las tierras bohemias se habían considerado siempre zona germánica, era importante averiguar cuántas mujeres —germanas o no— habían derramado su sangre en los procesos contra las presuntas brujas, sacerdotisas de cultos paganos. Y fue él quien, gracias a un aviso de la Administración eslovaca, descubrió la existencia de estas extrañas mujeres a las que llamaban «diosas». Y supo de inmediato que había descubierto algo que para la comunidad académica equivalía a un cañón V3.

Rudolf:

¡No te lo vas a creer! Olvida los mohosos papeles de los archivos, las toneladas de manuscritos ilegibles y polvorientos. He descubierto algo increíble. ¡Están vivas! ¿Lo entiendes? ¡Viven! Las sacerdotisas, las diosas, viven en las cumbres de los Cárpatos Blancos… ¡Y practican aún los antiguos ritos germánicos! Cuéntaselo al *Reichsführer*. que he encontrado a unas criaturas que creíamos extinguidas. Y date prisa, parto ahora hacia Bojkowitz,

en cuyo archivo se encuentran los libros de sangre, y luego a Alt Hrosenkau. Te esperaré allí hasta finales de mes.

Ferdinand

Envió la carta ya de camino a los Claros.

Así empezó todo. Después de aquel primer encuentro en Hrozenkov, volvieron a reunirse allí varias veces. Los informes, dibujos y fotografías que Dora encontró entre sus documentos y que, a principios de los años cuarenta, enviaban a la central del *Áhnenerbe*, eran la prueba de que habían dirigido todos sus esfuerzos a su descubrimiento. Las motivaciones de ambos iban más allá de tener a un *Reichsführer* satisfecho: Levin anhelaba un puesto en la universidad, mientras que para Norfolk las diosas se convirtieron en una fuente crucial de inspiración. Y los premios que se fueron sucediendo constataban cuán provechosas eran sus nuevas musas. A finales de 1942 recibió el Kantate-Dichterpreis der Reichsmessestadt Leipzig por la epopeya sobre las sacerdotisas germanas, cuyas cabezas iluminaba el gélido sol de las montañas. La nación entera se conmovió, Norfolk era su héroe literario. Mientras Evelyne disfrutaba de los homenajes, henchida de orgullo y por su tercer embarazo, Fuksena esperaba. Y luego fue a ella a quien se le abultó la barriga, pero eso Norfolk ya no lo vio. En febrero de 1944 lo apartaron de la investigación, como al resto de los miembros, de hecho, porque al *Reichsführer* se le había acabado no solo la paciencia, sino también el tiempo para realizar la propaganda dirigida a la mujer germana. En el orden del día ahora se les daba prioridad a sucesos más graves que la rehabilitación de Margareth Himbler, su antepasada quemada en la hoguera, y la movilización de las mujeres alemanas. En el frente oriental, por ejemplo, el edificio que albergaba el archivo de las brujas fue arrasado. Por fortuna, lo vaciaron a tiempo.

Tanto el *Hexenarchiv* como todo el material de la biblioteca que había acumulado el *SS-Hexen-Sonderkommando* se trasladaron a un lugar seguro, y los miembros del comando se dispersaron por lo que quedaba del Reich. Lejos de ocultarse, mantuvieron una correspondencia desde sus respectivas residencias:

«¿Habéis escondido el archivo? ¿Dónde?», preguntaba un nervioso Murowski, al que Levin y Norfolk, por motivos obvios, habían expulsado del mercado negro de archivos. Probablemente no recibiera respuesta.

«¿El archivo está en su sitio? Confírmalo», escribió, por su parte, Norfolk a Levin.

Y más adelante Levin: «Me llevan a Núremberg, me han informado de que nos encontraremos allí».

Sí, así fue. Y, para su sorpresa, fueron condenados en el proceso contra Alfred Rosenberg, ideólogo del NSDAP y creador de muchas teorías nazis,

incluida la de la confabulación contra las mujeres germanas. En cuanto miembros de las SS, los juzgaron por crímenes contra la paz y por divulgar ideas fascistas; como científicos, por explotar la ciencia con intereses bélicos.

Herbert Blank, miembro del grupo especial *Sonderhäftlingen* del campo de concentración de Sachsenhausen, se presentó en calidad de testigo. Las sentencias que se dictaron contra los confundidos investigadores no fueron especialmente duras: un par de años para que reevaluaran sus futuros planes científicos. Pero la cárcel no está hecha para los académicos. Levin murió en un accidente durante el cumplimiento de la condena a finales de 1945; Norfolk, tres años después, de agotamiento nervioso.

Dora, pensativa, contempló la fotografía que se incluía en sus documentos acreditativos. Un hombre guapo y rubio, con una gorra militar, la miraba esbozando una tenue sonrisa. Le resultaba familiar… ¿Dónde había visto ese lunar en la frente?

Callejeó por la dudad haciendo tiempo hasta que saliera el autobús que la llevaría de vuelta a Chequia. Poznań le recordaba mucho a Brno. Su tamaño, el río que había sido expulsado del centro, los edificios barrocos y clasicistas que se alternaban con modernos bloques de cristal, como en el sur de Moravia, y la gente, con rasgos similares, con la misma expresión de sombría indiferencia… Y también la estación de autobús, en cuya sala de espera, con el suelo lleno de escupitajos, pasó las últimas horas antes de partir, agotada.

Se preguntó si las Mahdalka se habrían dado cuenta de con quién habían pactado al participar en la investigación de Norfolk, en qué peligrosos territorios se habían adentrado al abrirle la puerta de su hogar y decidir darle crédito. Y, también, si por aquellas cien coronas mensuales del Protectorado había merecido la pena exponer sus vidas al minucioso visor del equipo de investigación nazi. Pensó asimismo en el papel que desempeñaría Fuksena, que se enamoró del apuesto hombre de uniforme, en todo aquello. ¿Cómo reaccionarían cuando Norfolk les preguntó si accederían a que se la llevase a Berlín? ¿Eran conscientes de que no tenía por qué preguntar, que podría habérsela llevado por la fuerza cuando le diera la gana? ¿De que podía haberlas dejado en manos del *Reichsfuhrer*, que no tenía obligación alguna de ir a visitarlas hasta los Claros, que podría haberlas encerrado en Wannsee para explotar sus artes adivinatorias? ¿Y si sus profecías no se hubieran cumplido una, dos, tres veces? Dora se hacía todas estas preguntas cuando, en el tablón luminoso, se anunció la salida del autobús.

Empezaba el lento viaje nocturno hacia Hradec Králové. Las luces de Poznań desaparecieron a su espalda y el balanceo del vehículo se hizo regular tan pronto como entraron en la amplia carretera que la llevaba hacia el sur, hacia Chequia.

PARTE IV

KOPRVAZY

Aquella relación la consumió. Le arrebató el gusto por la vida y el respeto por sí misma. Deseó mil veces que no existiera y tal vez mil veces sintió que la había hundido, que la había pisoteado, aniquilado. Pero luego emergía con mayor intensidad, abrasando su cuerpo y su alma.

Empezó la noche en que se despidieron de su padre en Koprvazy. Aquella vez sucedió a campo abierto, en la ladera, y fue una catástrofe para ambas. ¿Y si alguno de los asistentes las hubiera visto de camino a casa? Después, ¿qué? A Dora, de pensarlo, aún hoy se le hace un nudo en el estómago.

Entonces tuvo la sensación de que se había tratado solo de una casualidad, de una desgraciada casualidad provocada por el aguardiente y el horror que acababan de vivir. Aquello no se repetiría, lo reprimiría, igual que llevaba reprimiéndolo desde los tiempos del internado. Conseguiría dominarlo con fuerza de voluntad, además tenía a Jakoubek y su tesis, que llenaban su vida hasta tal punto que, de hecho, era feliz. No necesitaba nada más. Pero aquello seguía latente en su interior, en algún lugar, en un profundo rincón del que, de vez en cuando, borboteaba hasta la superficie, a la conciencia aterrada de Dora. Por eso al final no se quedó en una única vez. Cuando varios años después se encontraron en una situación parecida, sucedió de nuevo, y otra vez más. Y después ya dejaron de confiar en la casualidad y de arriesgarse a que alguien las viera. La cabaña de Koprvazy seguía vacía; empezaron a quedar allí.

Nunca se habría imaginado haciendo algo así, y menos en la habitación donde se había desangrado su madre. Pero se tumbaba allí desnuda, igual que se habría tumbado en cualquier otro lugar, y se concentraba en ella, en Janigena y en todo lo que hacían en aquellas dos o tres horas que osaban pasar juntas hasta que, aterradas y culpables, salían corriendo hacia sus casas, mirando atrás por si alguien las perseguía. Para luego, los días y semanas posteriores, intentar borrar de la mente lo que había pasado, expulsarlo, extirparlo, como si no hubiera existido.

«Ojalá no existieras», le dijo una vez Janigena al despedirse antes de desaparecer en la noche oscura en dirección a la cuesta de Pitín. Luego, como de costumbre, Dora no se cruzó con ella en varias semanas, solo la veía de lejos

durante la misa, arrodillada en el banco de delante, farfullando plegarias mucho después de que el último feligrés hubiera salido de la iglesia.

Podían pasar incluso varios meses hasta que, en ellas, se acallaran las olas oscuras y agitadas de la desazón y pudieran volver a quedar en Koprvazy, una hora después de la medianoche del sábado, como habían acordado. Y después otra vez más, una semana tras otra, colisionaban en aquellos encuentros pasionales, a los que seguiría otro largo ayuno y reproches tan opresivos como la muerte misma.

Pero estas semanas fueron diferentes. Ahora vivían una especie de luna de miel que sábado tras sábado las empujaba al claro de Koprvazy. Dora, cauta y rápida, impulsada por el deseo de encontrarse cuanto antes, con Janigena, subió el camino bañado por la luz de la lima en la silenciosa noche veraniega.

Pero no había ni rastro de ella, la cabaña estaba vacía.

Dora se dejó caer, sin aliento, en el banquito junto a la casa. Frente a ella, a la derecha, la ladera descendía hasta el pequeño valle del que partía el camino hacia la cabaña de Surmena; a la izquierda, caía hacia los claros de Pitín. El paisaje se abría ante Dora como una flor oscura y lo contempló, satisfecha, sabiendo que en cualquier momento aparecería Janigena.

La noche era tranquila y silenciosa, desde el bosque cercano le llegaba de cuando en cuando el trino de un pájaro o el canto de un grillo. Sobre su cabeza se balanceaban las ramas del viejo serbal.

No sabe cuánto tiempo estuvo esperando. Solo recuerda que, de repente, Janigena estaba allí, tapando con su amplia espalda la hoz de la luna y, con sus codos apuntando a los lados, las manos apoyadas en los costados, encerrándola en una estrecha jaula de la que no había escapatoria. ¡Y cómo deseaba huir…! Pero en la cara de Janigena había algo diferente, no encontró la habitual sombra de culpa que fruncía su frente hasta formar en ella profundos surcos transversales, no encontró la indecisión que estrechaba sus ojos, como si tuviera miedo de mirarla a ella, a Dora. Había ira, la cólera hacía temblar las mejillas de Janigena hasta el punto de que a Dora le entró miedo. Y peor, antes de poder tomar aire para preguntar qué ocurría, Janigena la cogió de la muñeca, la arrastró hacia el tronco del árbol y empezó a atarla con una cuerda. Para cuando se dio cuenta, estaba abrazando el tronco del serbal y tenía las muñecas amarradas con una cuerda que le rodeaba también la cintura.

«Silencio, silencio», le susurró cuando protestó en voz alta.

¿Cómo iba a esperarse que después, igual de repentinamente, se marcharía y la dejaría allí?

Dora se giró, confusa, hacia la cabaña en la que había desapareado Janigena. Se quedó aguardándola, la llamó varias veces a media voz, sin respuesta. Estaba dentro, pero no salió ni encendió la luz, todo estaba oscuro.

Sin embargo, no dudaba de que la estaba observando.

Se preguntó aterrada si sería algún tipo de juego, si tal vez fuera algo que excitaba a Janigena. No lo sabía. De hecho, después de todos aquellos largos años no sabía casi nada de ella. Nunca había penetrado su duro caparazón, no había atravesado la barrera de su silencio.

Así que se quedó allí, estremeciéndose, confundida. Aunque no hacia frío, sintió que se le ponía la piel de gallina. La inquietud creciente, además de una sensación de agravio, se le hizo un nudo en la garganta; se le saltaron las lágrimas, pero no podía hacer nada más que abrazar aquel serbal en el que antaño se había ahorcado su padre y escuchar el murmullo de las hojas.

Finalmente, el árbol atrajo también su mirada. Pasó un tiempo antes de que reparara en que sus ojos se habían secado. Ya no pensaba en Janigena, se limitaba a contemplar, como hechizada, la copa del árbol, incapaz de apartar la vista de las ramas entre las que su padre se había balanceado. Como si allí todavía quedara algo de él. Se le pasó entonces por la cabeza que tal vez así fuera. Al fin y al cabo, él no se había reconciliado con el mundo, con ellos, antes de marcharse.

El pánico se apoderó de ella. A la angustia y la imposibilidad de moverse se les añadieron las imágenes de su padre muerto. Empezó a agitarse, arañándose dolorosamente contra el tronco del árbol mientras se esforzaba en desatarse. Mientras tanto, llamaba a Janigena. Gritó, suplicó, nada. Janigena no salió de la casa, aunque debía de estar viendo su desesperación. Y entonces se echó a llorar.

Fue en ese momento cuando apareció Janigena, pero en lugar de liberarla le tapó desde detrás la boca con la mano. La voz de Dora dejó de extenderse por el silencioso paisaje nocturno. Sobre su espalda cayó todo el peso del robusto cuerpo de la mujer y luego sintió cómo la mano derecha de ella recorría su vientre, se metía bajo su falda, le levantaba un poco la pelvis y acariciaba su ingle.

Todo se juntó: el terror, el miedo, la repugnancia que le provocaba ese lugar, ese árbol hacia cuyas ramas miraba porque Janigena tiraba de su cabeza hacia atrás, y al mismo tiempo el deseo insoportable que se derramó bruscamente entre sus piernas mientras recibía, con avidez, los recurrentes golpes de las manos de Janigena. Cuando llegó el goce, se sentía a punto de perder el conocimiento.

Se despertó en el suelo, bajo el serbal. Las partes descubiertas de su cuerpo se habían entumecido, la tierra se había enfriado por la noche. Se sentó, se tapó las rodillas con la falda y echó un vistazo a su alrededor. La luna estaba oculta tras unos pesados nubarrones de tormenta cuyos bordes redondos iluminaban la oscuridad. Ni rastro de Janigena. Ni siquiera de su sombra. Salvo por el

susurro de las ramas del serbal, que se balanceaban con más ímpetu, y de las hojas, oscuras y amenazadoras, la envolvía el silencio.

Se levantó tan rápido que se pisó el borde de la falda y cayó con todo su peso contra el tronco del serbal, que le raspó la cara. Soltó un grito y se apartó con asco, como alejándose de alguien que quisiera retenerla por la fuerza, sujetarla, no dejarla ir. Enloquecida, echó a correr ladera abajo, corría como si le fuera la vida en ello, sin mirar atrás. A sus espaldas, retumbó el primer trueno.

Después de aquello, tardó en regresar a Žítková; pasó con Jakoubek los últimos fines de semana de agosto. No regresó hasta que se le cayó la costra de la cara. No dejaba de pensar en si lo que había vivido en Koprvazy era real o tan solo había sido un sueño. No lo sabía, todo era muy confuso.

Ya era septiembre cuando volvieron a los Claros. Pero, en lugar de subir, como de costumbre, directos a Bedová, pasaron antes por el cementerio.

Dejó a Jakoubek en la entrada y se internó entre las lápidas, tan pegadas unas a otras que a veces ni siquiera se veía el camino. Tratando de no pisar ninguna, llegó hasta aquella donde se podía leer FAMILIA IDES. Las primeras hojas de otoño, teñidas de rojo por la estación entrante, descansaban sobre el dintel de mármol. Y debajo, su madre y su padre. Dora no había podido afrontar el gasto de otra lápida, así que a ellos no les quedaba más remedio que aprender a convivir, reconciliarse, aunque fuera bajo tierra.

Permaneció allí, abatida, inquieta, como si no hubiera llegado hasta allí por voluntad propia, como si lo hubiera hecho siguiendo los dictados de su padre y las ramas del serbal, que aquel día había mirado tanto rato desde abajo y que desde entonces no había podido quitarse de la cabeza. Y también por deseo de Irma, que la había instado a que hablara con él. ¿Cómo?, se preguntó ahora, extrañada.

Simplemente sucedió. De repente, con toda naturalidad, las primeras frases comenzaron a brotar de sus labios. Les siguieron todas aquellas palabras que se le pasaban por la cabeza, se juntaron, se derramaron en un arroyo, enseguida se añadían otras nuevas, acompañadas de una corriente de lágrimas, todo junto como una cascada que manaba de ella e iba cobrando fuerza, hacia fuera, hacia abajo, derramándose sobre la gris piedra sepulcral. Odio, dolor, reproches y… lástima. Al final le quedó la lástima.

JUSTÝNA RUCHÁRKA

Al día siguiente, al atardecer, Dora llamó a la puerta de la cabaña de Irma. En un primer momento no se oyó nada, ni siquiera los pasos arrastrados de Irma a lo lejos. ¿Habría salido? Volvió a llamar y, tras unos instantes, oyó una voz débil:

—¡Pasa!

Ella obedeció. La vio desde el zaguán, sus piernas desnudas bajando despacio de la cama para levantarse a recibirla.

—¡Bienvenida, chiquilla, bienvenida! —la saludó.

—No se levante, tía, quédese en la cama. No me quedaré mucho rato…

—¿Y por qué no te vas a quedar? Pasa, siéntate, venga.

Entró en la sala, que olía a resina de la madera quemada. El ambiente cálido resultaba acogedor, pero, por lo demás, reinaba el desorden. En la mesa había tazas y platos sucios entre botellas de aguardiente medio vacías. Y una escoba tirada en el suelo. Dora la apoyó en la pared. —Como eres de confianza, te puedes apañar sola. Tienes agua en el cubo, y de esos sacos puedes coger las hierbas que prefieras para hacerte un té.

Hizo lo que Irma le pedía. Llenó una cacerola con agua y la colocó en el fuego. Mientras recogía la mesa, preguntó:

—¿Y qué le pasa, tía? ¿Por qué está en cama tan temprano?

—Ay —Irma agitó la mano—, llevo días así… Debilidad, Dorlička. No me queda mucho…

Dora la miró con atención. Le pareció que había encogido todavía más, si aquello era posible. Sus mejillas se habían hundido, en su piel apergaminada nuevas arrugas habían abierto profundos surcos. Las esqueléticas manos descansaban en el edredón.

—No me mires así, que tengo noventa y cinco años…

Dora parpadeó, sorprendida. ¿Estaba hablando de la muerte?

—¡Pero se recuperará! En un par de días se encontrará mejor, seguro.

Irma hizo una mueca de sorpresa.

—¿Y para qué has venido, pues?

Dora se apoyó primero en un pie y luego en otro, insegura.

—Algo te atormenta, ¿verdad?

Avanzó un poco hacia la mesa, cubierta con un mantel bordado con los llamativos colores tradicionales de los Claros, y se sentó en el borde del banco. Sin embargo, el impaciente siseo de las gotas cayendo sobre el metal candente la obligó a levantarse. Con cuidado, vertió el agua hirviendo en un tazón con hierbas que, siguiendo las instrucciones de Irma, había ido cogiendo de los sacos de tela que colgaban de la barra sobre el fogón. Por último dejó la infusión y el cazo en el centro de la mesa.

—La última vez no le pregunté por algo.

—Hmmm, hmmm —replicó la anciana fijando en ella su mirada penetrante.

—¿Por qué no me contó que la vieja Mahdalka era nuestra tía? ¿Que era la hermana de Surmena?

Irma se incorporó y se quedó sentada, apoyada sobre un almohadón. El camisón dejaba a la vista un hombro huesudo.

—¿Y por qué tenía que haberlo hecho? ¿Acaso era cosa mía? Yo no hablo de lo que no me concierne.

Dora frunció el ceño:

—¿Ni aunque yo se lo pida?

La otra bufó, molesta:

—¿Y para qué? ¿No sabes ya suficiente de esta familia? Si tuvieras que saber más, seguro que Surmena te lo habría contado.

—Quizá le faltó tiempo. Se fue tan de repente… —suspiró encogiéndose de hombros.

—¿Qué le faltó tiempo? ¿De verdad? —la mujer la miró de soslayo—. Pero no le faltó para hablarte de otros parientes…

¿Había un destello de burla en su mirada?

—No…

—Pues eso. Conoces a tu familia, sabes quiénes se llevan bien, desde Žítková hasta Lopeník, y sabes quién ha apadrinado a quién los últimos cuarenta años. Sabes todo lo importante, así que no tienes por qué andar rebuscando en lo demás…

Un ataque de tos ronca interrumpió sus palabras. Dora quiso levantarse y ayudarla de alguna manera, pero ella la detuvo con un gesto enérgico. Cogió aire varias veces y al poco, más tranquila, continuó:

—No puedes hacer nada, un poco de grasa de perro me ayudará. Sírveme un poco de té, por favor…

Dora, complaciente, se levantó de un salto, cogió el cucharón y echó la infusión en las tazas. Luego tendió una a Irma. Mientras la anciana sorbía la bebida caliente, ella, pensativa, sujetaba la suya con ambas manos. Entonces preguntó:

—¿Cree que Surmena no me habló de Mahdalka porque no tenía buena

reputación?

Irma soltó una carcajada. Su risa se extendió por la habitación como el graznido de una corneja. Una risa vieja, espasmódica, severa.

—¿Conque no tenía buena reputación? Me has hecho reír, chica. —Hizo una breve pausa—. Yo le tenía miedo… Sentí alivio cuando se marchó… —murmuró—. ¿Y quién te ha contado que Mahdalka era tía vuestra? —preguntó entonces, irritada.

—Baglárka —reconoció Dora, asustada. Tardó un poco en decidirse a seguir hablando—. También encontré unos documentos donde figuraba su nombre de soltera: Josifčena Surmenová. Y las actas de un caso de antes de la guerra. Según ponía, Mahdalka había acabado con la vida de un tal MÍkvy. Y al final murió también su mujer. ¿Estaba usted al tanto de esto?

Irma inclinó la cabeza hacia su hombro y dijo:

—No. No he oído hablar de ellos. Pero da igual, hay tantos que sería difícil acordarse de uno… Te advertí que era una hechicera, ¿no? Tampoco debería sorprenderte que hubiese matado a alguien… —Se quedó callada mirándose las palmas de las manos, como si buscara algo en ellas—. Yo nunca lo entendí… Ni mi madre, ni Surmena… No sabíamos de dónde emanaba esa fuerza maléfica. Ninguna de nosotras la tenía. Puede que Ruchárka supiera qué era y cómo detenerla. Una pena que no se lo contara a nadie… Desde su muerte nada se interpuso en el camino de Mahdalka.

Dora escuchaba en tensión.

—Pero esto no es lo que has venido a preguntarme, ¿verdad? —inquirió al poco al mujer.

—No. La última vez no pregunté lo que usted pasó por alto con tanta prisa.

—¿Lo que pasé por alto?

—Dijo que se habían peleado. Mahdalka y la abuela Ruchárka. ¿Qué sucedió?

Irma hundió su cara enjuta en la infusión y dio un largo trago, como si no tuviera intención de continuar. Cuando sus manos volvieron a apoyarse en el edredón, su taza estaba vacía. Se enjugó los labios con la manga del camisón.

—Tampoco esto era ni es cosa mía —contestó—. Una pelea es una pelea, y después ya no se tenían aprecio, como es normal…

Dora guardó silencio, pero al fin continuó:

—Tía, si yo la entiendo… Usted cree que sería mejor que no me inmiscuyera. Pero ¿se puede imaginar cómo es vivir entre los escombros de una familia de la que no sabes nada? Es de locos. Como si alguien le contara una historia omitiendo cuatro de cada cinco frases y encima se negara a revelarle el final. Surmena no me lo dijo porque no quería que yo lo supiera. Quizá creyera que sería mejor para mí. No imaginaba que lo que se esforzaba en ocultar no era tan secreto como ella suponía y como quizá le parezca a

usted. No dejo de encontrar retazos, retazos sin sentido. No puedo continuar así, estoy harta. No quiero seguir tropezándome con ellos cada dos por tres, necesito juntarlos, componer la historia, para quedarme tranquila. ¡Le estoy pidiendo ayuda!

Irma giró la cabeza y cerró los ojos.

Los abrió para decir:

—Que Dios me perdone. Al fin y al cabo, Mahdalka ya está muerta…

—La vida aquí nunca fue fácil, tú misma has podido comprobarlo… Esta miseria, la gente se deja la vida por un pedazo de pan… Y a tu familia le iba peor que a los demás. Me refiero a los que vivían en Bedová. Es el lado malo, a la sombra del bosque, allí siempre ha habido mucha miseria… Un claro rocoso no da para alimentar a una gran familia. Y Anka Gabrhelová, la madre de Anna Pagáčena y de Justýna Ruchárka, tuvo como trece hijos. Algunos murieron, y los que quedaron prefirieron hunde la escasez. También Pagáčena se marchó, pero ella por otra cuestión, habrás oído que su padre no la dejaba en paz. Aparte de ella, Anka también tuvo a Justýna, que llegó después de un montón de chicos, era casi diez años más joven que Pagáčena.

»Anka las instruyó a las dos, y con el tiempo ambas se convirtieron en diosas muy famosas en toda la región. Pero antes sucedió otra cosa. Pagáčena, como te contaba, escapó en cuanto pudo de las garras de su padre, pero Justýna no lo consiguió. Quién sabe qué hay de verdad en ello… El caso es que un día se corrió la voz de que Justýna estaba *prespatá*, cosa rara, porque no se había oído que tuviera ningún pretendiente. Y, sobre todo, apenas tenía quince años, no era ni mayor de edad. Ya sabes, en circunstancias normales habría venido la policía, pero aquí, a los Claros, al último rincón del mundo, ni los representantes de la ley quieren subir. Por algún motivo se silenció todo. Justýna parió y, como en la cabaña no cabía un alma, le dijeron que o se iba a vivir con su bebé a casa del hombre que se lo había hecho o, si quería quedarse, tendría que darlo. Era una niña, fuerte como un roble, para ser hija de una adolescente era robusta y fuerte… Incluso se contaba que nació con un diente… ¿No sabes lo que eso significa? Chica, pues significa que había llegado al mundo una *bosorka*, una hechicera, una bruja. También por eso debieron de presionar a Justýna para que se deshiciera de ella. Y ella claudicó. La bautizaron, la llamaron Josefina Marie, la consagraron a la Virgen y después de eso se la llevaron. No sé adonde, pero no por esta zona, se habría sabido.

»Justýna no lo superó, era infeliz, aquello la angustió durante muchos años, hasta que se casó con Surmena, tu abuelo. Pero que yo recuerde siempre la llamaron Ruchárka, su nombre de soltera. Tu abuelo entonces era un joven viudo, con dos hijos pequeños, y por eso le permitió llevarse también a

Josefina a su casa. La trajo al poco. Tendría unos seis años, estaba más que criada y era, cómo lo diría… rara. Rehuía a los demás, era testaruda y no se podía hablar con ella. Ni Justýna lo conseguía. Pero qué digo, "ni ella"… Si Justýna, su propia madre, era su mayor enemigo.

»Quién sabe dónde pasaría Josefina, a la que pronto empezaron a llamar Josifčena, sus seis primeros años. No en un buen ambiente, desde luego. Y la niña se lo tomó, lo que es comprensible, como si su madre la hubiera abandonado porque no la quería. Nadie se preocupó de desmentírselo nunca. No sé si fue bueno que Justýna volviera a por ella. Desde el principio no fue bien. Y para colmo, antes de un año llegó otro bebé, un chico… Al parecer, Justýna no tuvo un embarazo fácil, y también el parto fue complicado. En esos casos, la naturaleza hace que las madres se aferren a sus pequeños de una manera especial. Si hasta entonces había sido duro, de repente ya no le dedicaba un solo segundo a la pequeña Josifčena.

Justýna se pasaba el día tumbada en un rincón, solo se levantaba para ejercer su oficio cuando llegaban los visitantes, así que su única hija se ocupaba de la casa. Y al mismo tiempo era testigo de todo el amor que su madre sentía por aquel niño, mientras que por ella ni suspiraba. A ella nunca la habían querido así, ni la querrían. En un año, Justýna volvió a quedarse embarazada y el carrusel se puso de nuevo en movimiento. Creo que ninguno de nosotros puede imaginar lo necesitada de cariño que estaba esa cría. Había pasado seis años quién sabe dónde, entre extraños, y después no le esperaba más que partirse el lomo por los demás, sin recompensa alguna, sin una caricia o una palabra de reconocimiento. No es de extrañar que se endureciera, que se le ennegreciera la sangre. Quizá ya entonces empezara a utilizar los conjuros que aprendía viendo a su madre para hacer el mal.

»Al final se escapó, andaría por los diecisiete… Fue cuando Justýna parió a su primera niña después de tantos chicos. A Ruchárka, de pura felicidad, se le escapó que por fin había llegado una diosa a la cabaña. Aquella decepción fue la gota que colmó el vaso…

»Justýna nunca vio a su primogénita como su legítima sucesora. Quizá porque desde el principio el trato fue difícil, quizá porque la sentía como una amenaza. Sea como fuere, Josifčena lo entendió poco después de que Justýna diera a luz a Surmena, vuestra tía, así que se marchó a Potočná, a casa de un hombre que acababa de enviudar hacía poco. Demasiado poco, se murmuraba. Su mujer era fuerte y estaba sana como un roble, pero en una semana acabó en la tumba. Y entonces se extendió el rumor de que Josifčena tenía dentro una fuerza oscura, que era una diosa que no traería nada bueno, y la gente empezó a tenerle miedo. Nadie, excepto su madre, dudaba de que era una diosa, eso supongo que te ha quedado claro. El don se hereda. Justýna no tenía que haber escogido entre sus hijas, ambas podrían haber sido buenas diosas. Cuando se quiso dar cuenta de eso, Josifčena estaba en Potočná, y Ruchárka

no podía controlarla, se le fue de las manos…

»Al poco, la gente empezó a ir en busca de Josifčena, por su mala fama, para asuntos por los cuales jamás habrían recurrido a las diosas buenas. Siempre se trataba de causar algún mal: matar ganado, venganzas, robos, embrujar a adversarias en el amor, por no hablar de ocasionar una muerte. La mera mención del nombre de Josifčena causaba pavor, y todo empeoró cuando dejó de ir a la iglesia. Se cuchicheaba que había renegado de Dios. ¿Qué les quedaba por decir? Que pactó con el diablo. Y, ¿sabes?, a estas alturas me lo creo. "Diablo" tal vez sea una palabra demasiado fuerte. Pero era el mal, el lado oscuro de lo que hacemos las diosas, eso mismo. Y ella sabía usarlo en su beneficio.

»Solo falló en una cosa: en su sucesora. Después del nacimiento de su hijo, no hubo manera de que concibiera. Los años pasaban y a Josifčena le entró miedo de haberse quedado estéril. Y así debía de ser, porque no tuvo más hijos. Por eso se aferró a Fuksena, que podía ser su única sucesora de sangre, y le enseñó todo lo que sabía. Una pena que no la advirtiera de que no se juntara con el alemán ese; no habría acabado tan mal. Bien es cierto que las diosas no miran sus propias cartas… Así que tampoco le preocupó que el hombre de Fuksena fuera alemán. Le bastó con que fuera un alto mando. Los alemanes en aquel momento llevaban las de ganar. No se le ocurrió que no siempre sería así. Y, de hecho, todo cambió con la liberación, masacraron a Fuksena en el bosque y su bebé desapareció, ya lo sabes. Así acabaron el linaje de Josifčena y sus enseñanzas, y ella murió cuando tú estabas en el internado de Brno, no recuerdo la fecha exacta… Y eso es todo.

Entre tanto, había anochecido. Irma calló, agotada. Solo el crujido del fuego y el golpeteo de las ramas desnudas del tilo contra el tejado rompían el silencio de la cabaña.

—Pero eso no puede ser todo —dijo Dora, de repente.

—¿Cómo?

—No puede ser… —repitió mirando con desconfianza a la anciana arrebujada en el edredón.

—¿Por qué?

—Porque en ese caso Surmena no habría tenido motivo para ocultarme nada de esto.

—Bah… —suspiró Irma.

—Es una historia familiar triste, como otras muchas que se escuchan por aquí. —Dora no se dejó convencer—. En los Claros hay decenas bastante peores, así que ¿por qué no iba a contármelo?

Irma gruñó y se pasó la mano por el pelo ralo. Era evidente que estaba indignada.

—No, no, no es eso… —insistió Dora—. ¿Qué inició la pelea que ha mencionado hace un momento? De eso no me ha hablado…

Irma se dio la vuelta, irritada. Luego volvió a mirarla y dijo:

—¡No me irás a decir ahora que tú no lo tienes dentro! Quizá no conozcas las plantas, pero la fuerza está en ti… Escucha y sé sincera conmigo, ¿no te suceden de vez en cuando cosas extrañas? ¿Acontecimientos que acaban tal como deseas, visiones que acaban convirtiéndose en realidad, casualidades o algo similar? ¿Qué? Quizá aún podría enseñarte algo…

—No. —Dora arrugó la barbilla y negó con la cabeza—. Nada de eso. Simplemente no le encuentro sentido a esta historia. Me falta algo. Por ejemplo, qué hizo que nadie me lo contara… ¿Qué pasó entre ellas?

Irma suspiró y le pidió que le sirviera otra taza de té.

—Se me ha secado la garganta… —Tras dar un largo trago, prosiguió—: Lo peor fue lo que dijo Josifčena al irse de casa de Justýna. Sus hermanos y su padrastro, que lo escucharon todo, fueron contándolo por ahí. Y se corrió la voz. Quizá al principio ni siquiera se lo creyeran. Pero la cosa cambió un par de años después, cuando la fama de Josifčena creció. De vez en cuando aparecía alguna noticia sobre una muerte o alguna enfermedad causada por sus malas artes, y de repente sus palabras se interpretaban de otra manera. Supongo que intuyes a qué me refiero… Josifčena estaba tan enfadada que echó mal de ojo al bebé, al recién nacido: a Surmena, no a Justýna. A ella le deseó un miedo eterno por la vida de la criatura y de todas las demás niñas que nacieran. Las maldijo, las condenó a que nunca hicieran feliz a nadie, a unas vidas desgraciadas. A que a su alrededor no ocurriera nada bueno, a que sus existencias fueran estériles y su muerte horrible y llena de sufrimiento. A que en los Claros no olvidasen jamás lo que sucedía a quienes se atrevían a contrariar a Josifčena. Bueno, no me mires así, como si no fueras de aquí. Esas cosas pasan. Recuerdo bien que, cuando los domingos nos parábamos a charlar frente a la iglesia, la gente señalaba a Justýna y a Surmena e Irena. ¡Todos pensaban que estaban malditas! Por suerte, Justýna no tuvo más hijas. El mal de ojo las acompañó, desde el nacimiento hasta la muerte. Ninguna lo tuvo fácil. Cuando pienso en una muerte triste y violenta, me acuerdo de las dos hijas de Justýna: una decapitada, la otra en el manicomio. Aunque eso fue el final, me estoy adelantando —dijo Irma tragando con dificultad—. Todo lo que hacían parecía gafado, los niños, prevenidos por sus madres, les tenían miedo, las esquivaban. Por eso ni Surmena ni Irena fueron al colegio, para evitar la crueldad infantil. Y Justýna no las obligó, en la familia nunca se había dado mucha importancia a los estudios, además de que temía por ellas, prefería que anduvieran cerca de la cabaña. La aprensión hizo que las tuviera pegadas a ella, no permitió que llevaran una vida normal. Ese aislamiento no le hizo bien a nadie…

»Casi no me acuerdo de haber visto a Surmena de pequeña, ni de

adolescente. Ni siquiera sé qué aspecto tenía. No salía del claro de Bedová, pasaba el día allí, con su familia, y no se relacionaba con nadie más, ni después de misa. Decían que era rara. Y la más joven, Irena, tu madre, todavía peor. Incluso acabó apartándose de los suyos, creó su propio mundo. Decían que hablaba con los ángeles. Creo que se le aparecían porque sabían que, aparte de ellos, no tenía a nadie.

»Estoy segura de que tanto a Surmena como a Irena las exasperaba el miedo a la maldición que les inculcaba la angustiada Justýna. Y cada una reaccionó a su manera. Irena se opuso. Fingía que la maldición no existía y odiaba a su madre, que se encargaba de recordarles cada día lo contrario. No quería aprender nada. Solo creía en sus ángeles, no necesitaba nada más. Se equivocaba. De ese modo, el don se extinguió en su interior. Y eso no fue lo único que desapareció en su linaje… Tal como había predicho Mahdalka. Irena tuvo hijos, pero vaya hijos… Mira a Jakoubek. ¿Y tú? No te enfades, no te enfades, ¿no querías oírlo? ¿Cuántos años tienes? Ya has pasado los cuarenta… Y lo único que te queda es una cabeza llena de retazos, como tú misma has dicho, y ninguno encaja. Se te ha pasado el tiempo de ser madre y no quisiste saber nada del don.

»En cierto sentido, puede decirse que Irena también fue estéril. Vosotros acabaréis con su estirpe. ¿Y su muerte? La llevaba dentro desde pequeña. No se relacionaba con nadie, así que no debió de extrañarle que no la quisieran después. Estaba desesperada, como una perra en celo, nunca había visto a una mujer tan necesitada. Al final no le quedó más remedio que casarse con el único que se ofreció. Matyáš Ides, un borracho que solo acumulaba deudas. Fue el único dispuesto a obviar que se casaba con una loca, además de maldita. No le interesaban más que sus posesiones, creía que la hija de una diosa aportaría lo suficiente para poder pagar lo que debía. Según él, las diosas le sacaban mucho dinero a la gente. Aquello nada tenía que ver con el amor. Ella se rindió a él en cuanto la rozó. Y luego lo inevitable se precipitó hasta la catástrofe. Ides se equivocó. Irena recibió la casa de Koprvazy, que le dejó el viejo Surmena poco antes de morir, y nada más. Una vieja cabaña que se caía a trozos, que nadie se ha preocupado nunca de arreglar. Entonces todos los Claros supieron de su decepción y su despecho. Y de las palizas que le daba. Pero ella no reaccionó. Llegó a él indefensa, desprovista de experiencia alguna sobre cómo protegerse ante la ira de los demás, por no decir que lo amaba y lo admiraba con un fervor casi religioso, hasta que él le cerró los ojos con el hacha.

Dora miraba a Irma con los ojos muy abiertos, respiraba con dificultad. No se esperaba algo así.

—¿Y Surmena? Ella se opuso a la maldición a su manera. A diferencia de Irena, no lo negó, al contrario, escogió la cautela y construyó a su alrededor muros que ningún extraño pudo sobrepasar. Por eso pasó toda la vida sola. Y

la dedicó a su profesión, a ejercer de diosa, porque quería vencer la maldición con su arte a cualquier precio. Y demostrar a la gente que no debía evitarla como a un perro sarnoso, y que pese a su mala suerte podía ser útil. Lo consiguió, al final todos la querían, aunque las habladurías no cesaron jamás. Pero las palabras de Mahdalka se cumplieron. Surmena se quedó estéril, tal como Josifčena había augurado, sin hijos, los que tuvo se le murieron, así que no consiguió una sucesora a la que legar sus conocimientos. ¿Y cómo murió? En un manicomio, quién sabe cómo… En cualquier caso, rodeada de sufrimiento, de eso no cabe duda.

»Aún hoy se habla de la maldición que Mahdalka lanzó a su propia familia. Y, por si te interesa, te vigilan. Quieren saber cómo acabarás tu vida vacía, de la que ya ni siquiera los más cotillas encuentran nada que decir. No hay de qué hablar, nada que especular, como si ya hubieras muerto… No tendrías que saber nada de lo que acabo de contar. Surmena quiso que vivieras en la ignorancia para ahorrarte el miedo que a ella le destrozó la vida, y cuidó de que a los demás no se les escapara nada delante de ti. Creo que fue lo mejor, ahora has perdido la calma.

El pecho huesudo de Irma subía y bajaba al ritmo de su respiración irregular, de vez en cuando tosía. Dora tuvo miedo de haber insistido demasiado, de no haberse dado cuenta de lo delicada que estaba ni de lo que podría suponer para ella aquel esfuerzo. Preocupada, se quedó sentada a la mesa y esperó a que la anciana se calmara jugando en silencio con el cordón trenzado que llevaba a modo de pulsera, que había perdido su color rojo oscuro hacía mucho. «No te lo quites nunca», le había dicho Surmena cuando se lo regaló.

Aquello ocurrió cuando se fueron a vivir a su casa; también le puso uno a Jakoubek. Aquí se creía que la pulsera roja los protegería del mal de ojo. Casi había olvidado su significado original, la conservaba solo por ser un recuerdo de Surmena. Ahora comprendía todo su sentido.

Alzó los ojos hacia Irma y, al comprobar que su respiración se había acompasado, se atrevió a decir:

—Es absurdo, tía…

Irma la miró, sorprendida.

—¿Cómo?

—La maldición… Creo que es absurdo. Una superstición. Lo de Mahdalka da miedo, sin duda, ¿pero esto? ¿Y hoy en día? Tía, yo soy de los Claros, sé que las diosas tienen ciertas facultades, pero de ahí a creerme que estoy maldita…

Ambas guardaron silencio; un silencio desagradable y sofocante.

—No hacía ninguna falta que Surmena me protegiera. Es absurdo pasarse toda la vida temiendo una maldición… ¡Unas pocas palabras no matan a nadie!

Irma estaba cada vez más enfadada. Entrecerró los ojos, la furia contenida sonrojó su cara. Su voz gélida y silenciosa rompió la tensión:

—Si no quieres, no te lo creas. ¡Pero de ningún modo voy a soportar en mi casa la ingratitud hacia una mujer como Surmena!

Dora se asustó:

—No es ingratitud…

—Créete lo que te dé la gana —la interrumpió la andana con dureza—, haz caso omiso de las maldiciones. Ya lo descubrirás tú misma, cuando te toque meter los dedos en la llaga, como santo Tomás. Pero no quiero volverte a oír la menor queja de Surmena mientras respire, ¿entiendes? Le debes la vida, por anodina que sea la que has elegido. Prohibió a la gente de los Claros hablar delante de ti de lo que se cernía sobre vuestra familia… Sin su enorme esfuerzo para tenerte alejada de las habladurías hace tiempo que serías un montón de polvo que nadie podría recoger. Te aseguro que crecer sabiendo que la gente se aparta de ti porque estás marcada, porque eres rara, peligrosa, algo que creen a pies juntillas, te cambiaría hasta hacerte irreconocible, si no algo peor… Puedes apostar lo que quieras a que es así.

—Tía, es que es imposible que algo que dijo una mujer hace mucho provoque mi muerte… Ni la de mi madre ni la de Surmena…

—¡Calla! La gente ha muerto por mucho menos que la fe en las palabras. Si crees en algo, y la gente de tu entorno lo cree también, te diriges hacia ello, lo quieras o no. Y Mahdalka no necesitaba ninguna fuerza especial para que los demás temieran su maldición… La fe humana, la fe en cualquier cosa, una fe inquebrantable y firme, tiene un poder increíble… Es así.

Dora estaba desconcertada. ¿Así que de eso trataba el secreto que la había tenido atenazada los últimos meses? Habladurías, una maldición pronunciada por una diosa en 1910, cuando nació Surmena. No podía creer que el eco de una cosa tan tonta, de unas cuantas frases motivadas por el odio, siguiera resonando en su vida tantos años después. ¿Qué había dicho Irma, que todos lo creían? Todos los que observaban su vida, su vida vacía, estéril, por si también en ella se cumplía la maldición…

Dora se puso en pie para marcharse. Recogió las tazas en silencio y se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir, Irma la retuvo con una pregunta:

—¿Y cómo acabó lo de tu padre?

—El mejor consejo que me han dado nunca. —Sonrió.

Irma asintió. De pronto, parecía mucho más tranquila.

—Sabía que te aliviaría —dijo antes de cerrar los ojos y girarse hacia la pared.

LA PULSERA ROJA

Lo que le dijo Dora a Irma antes de marcharse era verdad. Ningún consejo que hubiera recibido jamás había resultado tan certero. Y, sin embargo, al principio no la creyó, incluso se enfadó con ella, con la vieja cínica, como la llamó para sus adentros cuando le sugirió que hablara con su padre.

Ahora, reflexionaba durante la lenta subida a Bedová, se sentía igual. Irma hablaba desde una locura senil que provenía de la superstición del siglo pasado. Dora conocía a las diosas, había sido testigo durante años de sus artes. El conocimiento de las plantas y del alma humana, que una buena recomendación sin duda consigue aliviar, era una cosa. Pero una maldición letal para su madre y Surmena, aquello era totalmente absurdo. Máxime si, según sostenía Irma, se hacía extensible a ella casi un siglo después, en una época en la que el mundo está dominado por los ordenadores y en la que el ser humano merodea por el universo porque ha descubierto todos los secretos de la Tierra. «Qué estupidez», pensó. No tenía nada que temer.

Pero tan pronto como terminó con sus argumentos, se detuvo, sorprendida. ¿De verdad estaba dándole vueltas a esto? ¿De verdad tenía la necesidad de aplacar unos temores por algo en lo que no creía? Se estaba colocando a un paso de los habitantes del Claro, que se quedan rígidos en cuanto se menciona la magia negra… ¡Ella, una científica!

Disgustada, negó con la cabeza, como tratando de quitarse de encima esos pensamientos. «La ciencia acaba donde empieza el *yo*», recordó que había leído en alguno de los libros que había pasado por su mano cuando estudiaba. Ahora comprendía su significado.

«Así que vuelvo a la ciencia», se dijo con rotundidad, y volvió a ponerse en marcha. Caminaba con decisión por los claros de Žítková, que ya se ocultaban en la penumbra. Cuanto más rápido iba, con más contundencia descartaba las dudas. «Supersticiones estúpidas», se repetía junto con el reproche por haber sucumbido a ellas, aunque hubiera sido durante un instante.

Salir del bosque y ver recortadas en el horizonte azul oscuro la loma y su cabaña le produjo un alivio inesperado. Estaba cerca de su hogar, donde se sentía segura, cerca de Jakoubek, que la esperaba, quizá todavía durmiendo,

como lo había dejado, cerca de su vida cotidiana, en la que no tenía cabida maldición alguna.

De pronto, estaba segura de que empuñaba su destino con firmeza en sus manos, esas mismas manos con las que había llegado hasta aquí, con las que había salvado a Jakoubek, con las que había arreglado su cabaña y, por último, sus vidas. Se las miró. Necesitaba que nada en ellas evocara una amenaza para la seguridad que tanto les había costado conseguir. Ninguna pulsera roja que simbolizara el absurdo de la historia, de su historia, de la que hacía un momento había intentado convencerla Irma. La pulsera le resultaba desagradable, sentía cómo giraba impertinente alrededor de su muñeca, ligándola a todo aquello que rechazaba. Todos los recuerdos cálidos que le evocaba se desvanecieron para dejar paso a una candente sensación de pesadumbre por seguir llevando esa cosa ridícula, un emblema de la superstición, con la que Surmena había querido protegerla de la maldición de Mahdalka. Como si le quemara, tiró del pequeño nudo hasta desatarla.

Ligera, la pulsera voló hasta quedar colgada de una alta caña de hierba.

—No me lo creo —dijo en voz alta antes de salir corriendo hacia la cabaña. La oscura noche otoñal ya extendía su penumbra por el claro.

Entró con cuidado para no despertarlo.

Cuando entró en el zaguán, no oyó nada. Jakoubek parecía estar durmiendo. Sin hacer ruido, abrió la puerta y buscó a ciegas el interruptor.

La luz inundó la pequeña habitación y acto seguido lo vio. Estaba junto a la ventana, tenía los pantalones bajados hasta los tobillos y se frotaba el sexo erecto con una mano. Cuando la fría bombilla lo descubrió, se quedó rígido. La miró con los ojos desorbitados, sin mover un músculo, el pene se encogió poco a poco. Estaba abatido, confuso, azorado.

Aquello no era nuevo para ella. Había ocurrido varias veces y siempre se las habían arreglado, era algo natural.

Esta vez no.

Jakoubek no se movió, parecía congelado; por los movimientos de sus ojos y por el tic en las comisuras de sus labios se veía que no era capaz de poner a raya el desconcierto. ¿Lo había asustado el ruido brusco y la luz intensa? ¿Se había sobresaltado? ¿O quizá era por primera vez consciente de la vergüenza?

Durante esos pocos segundos en los que él permaneció frente a ella con los pantalones bajados hasta el suelo, se esforzó en leer en su expresión y tratar de entenderlo. Pero antes de conseguir ponderar la situación y consolarlo con las palabras habituales, algo cambió. En lugar de enderezarse y esbozar una sonrisa desconcertada, como hacía siempre, empezó a temblar y a gritar, luego rompió el cristal de la ventana con la mano, se dio un puñetazo en la cabeza, y otro, y otro, golpeándose como un loco, a sí mismo y a la ventana rota, una

boca con dientes de vidrio.

—¡Basta! —gritó Dora asustada corriendo hacia él. Como si su grito hubiera sido una señal, Jakoubek echó también a correr hacia ella.

No esperaba que el choque fuera tan violento. Le cortó el aliento y la hizo caer de rodillas. Sobre ella cayeron a plomo los ochenta kilos de Jakoubek.

El pánico se apoderó de ambos. Dora, inmovilizada por el peso de él, empezó a retorcerse y a chillar. Su voz se mezcló con el bramido desesperado de su hermano, que comenzó a pegarla. La golpeó con el codo, varias veces presionó su pecho o su hombro hasta que a ella se le saltaron las lágrimas de dolor. Al final, Dora consiguió liberar sus manos con una sacudida brusca y lo agarró con fuerza de los hombros. Con la voz entrecortada, exclamó:

—¡Calma, calma, lo superaremos! ¡Tranquilízate!

Jakoubek no reaccionó. Con los ojos cerrados, seguía temblando. Su grito se convirtió en un sollozo, interrumpido solo por sonidos guturales. Gemía, chillaba, su saliva salpicaba la cara de Dora, y con las rodillas, que los pantalones en los tobillos no le permitían separar, golpeaba los muslos y el vientre de Dora. A duras penas consiguió hacerlo rodar hasta colocarlo de costado. Nada más quitárselo de encima, cogió aire. Olía a saliva, esperma y sudor.

Y de pronto fue como si algo se hubiera apoderado de Jakoubek: su cuerpo se tensó, se agitó entre espasmos, una y otra vez, golpeándose contra el suelo de madera. Parecía una muñeca de trapo que se retorciera sin control.

Una ola de amargura inundó a Dora. Le sujetó para que no se rompiera la crisma y se subió a su espalda. Sus escasos sesenta kilos lo montaron como a un caballo. Apenas pudo evitar que se hiciera daño.

Continuó así hasta que los espasmos se convirtieron en un temblor y después se levantó, fue hasta el armario que había encima de la cama, lo abrió y sacó el botiquín, atado con una correa para que Jakoubek no pudiera sacar el contenido y comérselo si por casualidad lo encontraba. No conseguía sacar la lengüeta de la hebilla, le temblaban las manos. Lo intentó dos, tres veces, hasta que por fin lo logró, entonces abrió la cremallera y tiró el contenido encima de la cama. Frenética, lo revolvió hasta sacar la caja que buscaba y, con las pastillas en la mano, se abalanzó de nuevo hacia su hermano.

Jakoubek apretaba la mandíbula con fuerza, tenía los labios hinchados, la cara lívida. De la frente le caía un hilo de sangre que le llegaba hasta la barbilla. Dora intentó apretarle las mejillas para que abriera la boca, pero por mucho que se esforzó, él no separaba los dientes, de modo que sacó una pastilla todo lo rápido que pudo y la metió en su culo desnudo, empujando con el dedo como si fuera un supositorio.

Esa misma noche, estaba en el pasillo del hospital de Uherské Hradiště

frotándose la muñeca, en la que se veía aún la marca de la pulsera. Ya había hablado con el médico y con el centro donde estaba internado Jakoubek, no quedaba nada que pudiera hacer. Se sentía vacía, excepto por un único pensamiento aterrador que no conseguía ahuyentar. Era su culpa: por su desconfianza, por las dudas, por burlarse de las supersticiones y la fe estúpida en la maldición, por haber tirado la pulsera roja.

Apoyó la cabeza en la pared de azulejos y cerró los ojos. Ahora comprendía la sabiduría de la decisión de Surmena, que había querido ocultarles la maldición de Mahdalka, ya fuera una amenaza real, ya se encontrara tan solo en las mentes de los habitantes de los Claros. Las espaldas de su familia cargaban con tanta mala suerte, tanta desgracia, que no podía esquivar la pregunta: ¿y si esas cosas no les pasaban por casualidad? ¿Y si de verdad estaban todos malditos? ¿Y cómo habría sido su adolescencia si lo hubiera sabido entonces? ¿Cómo habría vivido una vida normal?

No habría hecho más que esperar a que se cumpliera la maldición: que algún conductor no frenara en la carretera de Hrozenkov, que le cayera un rayo cuando una tormenta la sorprendía en las laderas o que sufriera una crisis epiléptica y se quedara en coma, como ahora Jakoubek.

VĚNCESLAV ROZMAZAL

Lo recordaba de sus tiempos de estudiante. Impartía una asignatura llamada Cambios de la Vida Social en un Pueblo Cooperativo. A todas luces para él aquello era un martirio. Cuando Dora leyó el breve currículo de su profesor en el anuario, lo entendió todo. Su especialidad eran los instrumentos musicales populares; de hecho, había conseguido el puesto con una tesis titulada *Instrumentos desaparecidos de la música popular de Moravia del sur*. Dar clases sobre la aldea socialista debía de resultarle una tortura, y no solo a él, sino también a sus estudiantes. Era famoso por la poca atención que les prestaba. Hablaba con la mirada fija en la ventana que daba al patio de la Facultad de Humanidades; seguro que no se habría dado cuenta si el aula hubiera estado vacía. Si de pronto reparaba en los estudiantes un breve instante, se detenía, sonreía con tristeza y retomaba su discurso volviendo la vista a la ventana.

Se encontró con él de nuevo en la época en que entró en el Instituto de Etnografía y Folklore. En un primer momento, le asignaron toda clase de tareas secundarias. Una de ellas la llevó hasta él, en el Museo de Moravia.

Estaba a punto de jubilarse y era conocido por su mal humor y su desidia. Los demás trabajadores preferían evitarlo y dejaron que pasara sus últimas dos semanas en la soledad de su despacho, atiborrado de instrumentos musicales antiguos que había pedido prestados al depósito del museo y que se había quedado durante años con el fin de estudiarlos. A nadie le importaba. Por otra parte, el desinterés de los trabajadores, gerentes y administradores del depósito era generalizado, y quizá nadie se habría dado cuenta si hubiera desaparecido alguno de aquellos instrumentos. Incluso se contaban ciertas historias de ventas en el mercado negro a finales de los años ochenta. Al otro lado de las fronteras, por supuesto.

Sin duda no era esa la intención de Rozmazal. Estaba loco por sus instrumentos, no habría dejado que se le escaparan de las manos o, para ser exactos, del fondo del museo.

Aquella vez se negó a recibirla, para él lo más valioso era el tiempo que pasaba con sus instrumentos. Estaba acabando un trabajo, le explicó la bibliotecaria del museo, a la que él la había remitido, y que, como era de

esperar, no fue capaz de ayudarla.

Dora no había vuelto a recordarlo hasta que se topó con su nombre en un informe del expediente de Surmena.

Llevaba semanas intentando contactar con él, decidida a no consentir que esta vez la rehuyera. Pero debía de estar enfermo, incluso ingresado, y su hijo, en cuya casa vivía Rozmazal, no le permitió ir a verlo. Hasta que una tarde, tras regresar de Poznań, llamó al timbre de aquella casa bien conservada de dos pisos en Brno-Židenice. La invitaron a subir.

Estaba tumbado en el sofá, junto a la ventana, con una manta sobre las piernas. Con esfuerzo, se enderezó apoyándose en los codos para darle la bienvenida. Le costaba moverse, no podía disimular un temblor constante.

—Siéntese —le pidió con dificultad. Tenía los labios entreabiertos. Dora miró su boca desdentada. Se sentó frente a él, entre ellos solo había una mesita con un ligero refrigerio que les había preparado la nuera de Rozmazal.

—Así que es una colega, ¿sí? ¿Del museo?

—No, de la academia —contestó Dora.

—¿Y qué la trae por aquí? ¿Toca algún instrumento?

—No, soy del Departamento de Etnología. Estoy especializada en la cultura espiritual de los Claros de Moravia.

—Ajá… —dijo Rozmazal, confundido—. ¿Y en qué puedo serle útil?

—Quería hacerle una consulta, como experto…

—Ajá, sí… Muchos solían pedirme consejo, incluso dirigí varias disertaciones y tesis. Di clases en la universidad, ¿sabe? —dijo despacio, con una sonrisa.

—Lo sé… Yo fui alumna suya, en 1985. De la asignatura sobre la aldea socialista.

El hombre asintió, con una mueca burlona:

—Una asignatura terrible.

Luego se calló, tragó saliva y, al poco, continuó:

—Teníamos que hacerlo, ¿sabe? Todos nosotros, los que pretendíamos seguir allí… Yo deseaba quedarme en el museo. Trabajar con instrumentos musicales antiguos, esa era mi pasión. También la música folklórica. No quería vivir sin ello… No tuve más remedio que dar clases sobre la aldea socialista…

—Sí —lo interrumpió ella—, lo entiendo.

—¿De verdad? Pues es usted una de las pocas. Hoy la gente cree que fui un cobarde por cerrar el pico y limitarme a trabajar… por no echarme a la calle a protestar… O al menos es lo que piensa mi hijo. Pero a mí me gustaban mis instrumentos, y el precio no me pareció tan caro. Me tocó la aldea socialista, pero al fin y al cabo solo una vez por semana y durante un par de años. Se podía aguantar.

Rozmazal carraspeó y se atragantó.

—¿Quiere beber algo?

—Bueno… sí. Pero tendrá que sujetármelo cerca de la boca, con esa pajita, yo ya no puedo…

Dora rodeó la mesa, echó agua en un vaso y puso la pajita en los labios del hombre. Él sorbió despacio, ruidosamente.

—Ya está, gracias. ¿Qué la trae por aquí?

Dora volvió a la butaca.

—Mi trabajo.

Él asintió.

—Mientras recopilaba material, encontré un informe suyo. En el expediente de las diosas de Žítková.

—¿De Žítková?

—Sí. Žítková, cerca de Starý Hrozenkov, en la región de los Claros de Moravia.

Durante unos segundos, nada. Luego sus cejas se arquearon y las arrugas surcaron las manchas de edad de su frente.

—Ya ve, casi me había olvidado de ellas. Tampoco les presté mucha atención. Si fuera de los músicos de los Claros… Pero de las mujeres…

—Sin embargo, escribió un informe sobre ellas.

—¿Eso hice? Es posible, nos obligaban a redactar esos informes… ¿Sabe que me presenté para el Partido? Pues sí. Pero yo no quería entrar, lo que ambicionaba era quedarme en el museo.

Dora asintió. Le daba miedo que perdiera el hilo.

—Sí, lo entiendo…

—Pues no sé, es usted muy joven como para entenderlo… Es decir, para entenderlo, digamos, de verdad…

—Era un informe sobre las diosas de Žítková. Del año 1949. Hablaba de sus actividades durante la guerra.

Dora intentó reconducir la conversación, pero él insistió.

—Yo entonces quería estar en el museo. Acababa de conseguir la plaza de profesor adjunto… ¿De qué me habría servido, si no me hubieran dejado quedarme? Sin contar con mi origen burgués, la familia de mi madre tenía un edificio de apartamentos en la calle Veselá. Durante la guerra lo bombardearon, así que cuando los comunistas llegaron al poder, no teníamos que preocuparnos por que nos lo confiscaran. En todo caso… yo quería estar en el museo.

Dora calló, incómoda.

—Así que un informe me parecía un mal menor en comparación con los compromisos que adquirían mis colegas. Un informe aquí, un informe allá… Es posible que me pidieran una evaluación…

Ella sintió cierto alivio al comprobar que no lo había perdido del todo.

—¿Y sobre qué era, concretamente? Lo he olvidado por completo.

—Las diosas… —Dora contuvo la respiración, como siempre que hablaba de ellas—. Eran unas mujeres especiales, sabían curar con ayuda de hierbas, lo que hoy en día se llama «medicina alternativa». Vivían en los Cárpatos Blancos y transmitían su saber de generación en generación. En mi investigación, he llegado hasta los miembros más antiguos que se han documentado, las víctimas de los procesos de brujería de Bojkovice. Los alemanes también mostraron interés por ellas. Los estudió un *SS-Hexen-Sonderkommando*. ¿Ya se acuerda?

Rozmazal asintió:

—¡Ah, eso…! Sí. —Entonces negó con la cabeza—: Lo cierto es que hace casi cincuenta años… Y, como le digo, lo que a mí me importaba eran los instrumentos. No recuerdo muchos detalles, ni del asunto concreto ni del informe.

—¿Quiere que se lo lea? —se ofreció ella. Lo llevaba consigo.

Él se encogió de hombros:

—Por qué no. No creo que sea tan horrible.

Dora sacó una carpeta de la mochila, la abrió y extrajo la fotocopia del documento.

Cuando acabó de leer, ambos guardaron silencio. Rozmazal había cerrado los ojos.

—No me extraña nada que mi hijo piense lo que piensa —suspiró.

Dora sintió unas gotas de sudor recorriéndole la espalda. Una tras otra, le venían a la mente las peculiares formulaciones que había repetido continuamente en su propia tesis, y que ahora releía con un irreprimible remordimiento: «… A partir de la investigación de los teóricos marxistas, que atendiendo al materialismo científico demostraron la falsedad de la fe en el poder sobrenatural, se desprende…», o: «La renuncia al sentido común práctico lleva inevitablemente a la esclavización de la humanidad…», etcétera.

«Pero eso cambiará, todo eso cambiará», se recordó a sí misma. Desentrañaría los destinos de las diosas, no se rendiría, escribiría un ensayo… Y, esta vez, sin compromisos. Tosió.

Rozmazal se estremeció, abrió los ojos y dijo:

—Lo escribí para ellos. El tono, la dicción… Es horrible, una basura… En resumen, que estaba escrito para ellos… Eso que ha leído, lo de que eran sencillas camaradas de pueblo, ¿cree que habría escrito algo así en otras circunstancias? ¿Un científico con la carrera de Etnología, especializado en folklore? ¿Que sobre unas mujeres que eran el pilar de su sociedad yo habría escrito eso, que eran «unas camaradas» y que quien creyera en ellas era «un oscurantista»? Jamás. Si no hubiera sabido que ellos lo querían exactamente así. Estaba claro. Está redactado según su enfoque ideológico, que dirimía entre tradiciones progresistas y reaccionarias, y con su jerga, por supuesto… Lo llamábamos «aliñarlo un poco», usar su «diccionario». Así me garantizaba

que me dejarían en paz. En el museo, y en paz. Por tanto, mi colega Vejrosta y yo hicimos el dichoso informe, aunque ninguno dominaba el tema. La carta de ese alemán no era mucho. Y la información extranjera de 1949, en su mayoría resultaba inaccesible, si es que existía alguna… Por eso nos encargaron esto —acabó con un suspiro.

—Es otra cosa lo que quiero saber —dijo Dora.

Él, sorprendido, levantó la vista:

—¿Qué?

—Me gustaría saber quién se lo encargó.

—Bueno… —Se quedó paralizado—. ¿No lo pone?

—No. Está tachado. Seguramente a causa de la censura posterior. Solo sé que quien se ocupó de ello después se llamaba Švane.

El anciano calló y después negó con la cabeza.

—Léame la primera frase otra vez, por favor.

—«A partir de la carta del miembro de las SS Dr. Rudolf Levin, que me fue entregada para su evaluación el día 17 de junio de 1948 por el camarada…». Aquí precisamente está el nombre tachado… «Incluida la traducción a la lengua checa, en colaboración con el prof. Rudolf Vejrosta, CSc., de la sección histórica del Museo de Moravia…».

—Pues tuvo que ser ese mismo, ¿no? —la interrumpió.

—¿Cómo, ese mismo?

—Pues Švanc. Sí, *sí*… Me acuerdo de su nombre… Fue poco después de la guerra, yo seguía con el problema de no saber si redactar en alemán o en checo. Lo escribiría mal, no era nada infrecuente: muchos checos se germanizaron, y después de la guerra fue al revés. Conocí a bastantes de ellos, de los que adoptaron una versión checa de su nombre. Puede que yo lo escribiera mal, y entonces lo tacharon. Sí, seguro. Ahora lo recuerdo. Me reuní a solas con Švanc. Me entregó la comunicación oficial, a través del museo, y solicitó un informe especializado. Y yo debí de anotar «Schwanz» o algo similar, o sea, la variante alemana del apellido, y él debió de tacharlo porque no convenía, ¿no cree? Porque se lo entregué a él. Se alegró mucho de recibirlo. Parece que tenía cierta importancia, no sé…

La tos interrumpió el torrente de palabras.

La nuera se asomó a la habitación.

—¿Todo bien, papá? —preguntó.

Rozmazal asintió sin dejar de toser, y Dora se levantó para volver a darle agua. La mujer cerró en silencio.

—Mi hijo nunca habría hecho algo así. Por eso no lo entiende. Yo quería que me dejaran con mi música, por eso hice cosas que otro habría rechazado o que habría hecho de una forma distinta. Por ejemplo, ese informe. Sabía que era un agente secreto, de modo que lo escribí expresamente para él. En realidad, yo no sabía nada de esas mujeres. Me daban igual… ¿Tuvo esto

alguna consecuencia para ellas?

—No, esto no.

—Algo es algo —dijo con alivio.

Al día siguiente, llegó a su despacho una hora antes de lo habitual. La pálida luz de las bombillas iluminaba los pasillos, en los que resonaban sus pasos, amortiguados por el linóleo ajado. Apenas se había quitado el abrigo, cubierto por una constelación de copos de nieve, y ya estaba frente a la estantería repleta de libros, archivadores y carpetas. Registros de los primeros folkloristas, fotocopias de informes etnográficos ordenados por temas: A (Claros), B (Diosas), C (Resto), algunos números de *El Pueblo Checo* y la *Revista de la Madre Moravia*. La mirada de Dora bajó hasta el archivador con el título *SS-Hexen-Sonderkommando*. Lo sacó y empezó a hojear su contenido con avidez.

La cubierta transparente con la etiqueta SCHWANNZE HEINRICH contenía las notas manuscritas que había tomado en Poznań. Apuntes superficiales, pues no suponía que precisamente él fuera importante. Un mero confidente de los muchos que hubo en aquella época… Lo único que lo distinguía era su interés en las diosas.

«Schwannze, Schwannze», se dijo en voz baja, mientras recorría las líneas con el dedo. Aquí: «Las notas del formulario del *Sicherheitsdienst* [SD]».

Había firmado a principios del año 1940, con un sueldo inicial de mil cuatrocientas coronas del Protectorado, que a finales de la guerra había ascendido a dos mil. Sin duda, Schwannze era muy hábil. Fecha de nacimiento: 20. 7. 1913.

Dejó la carpeta abierta en el escritorio y volvió a la estantería. Sacó un archivador mucho más voluminoso que contenía lo referente a la persecución de Surmena por parte de la Seguridad del Estado. Hojeó rápidamente las carpetas transparentes hasta dar con una en la que ponía ŠVANC JINDŘICH.

Puede que hubiera repasado aquellas hojas sueltas más de cien veces. Varias de ellas salieron volando y se deslizaron bajo la mesa. Dora hojeó uno de los artículos que había solicitado a la hemeroteca de uno de los periódicos de Moravia del Sur, que tenía capacidad de remontarse hasta los números publicados a mediados de los años ochenta.

LA VOZ DE JAROŠOV, 21. 2. 1986

«¡Nunca olvidaremos, Jindra!»

El día de la publicación de este artículo, hará justo dos semanas que nos abandonó para siempre nuestro querido camarada y amigo Jindra Švanc. No podía permitir que se enteraran de su triste marcha solo sus allegados más íntimos, que por

desgracia no eran demasiados. Siento la necesidad de informaros también a vosotros, lectores de LA VOZ DE JAROŠOV, de su vida, consagrada a la lucha contra el enemigo de nuestra patria socialista. Así, más gente será consciente del gran valor de este hombre que vivió entre nosotros.

Jindra Švanc nació el 20 de julio de 1913 en la cercana población de Horni Němčí. Ya desde su juventud fue un gran deportista, le gustaba jugar a balompié y era un apasionado ciclista. Así fue hasta el momento en que, por un desgraciado accidente, se lesionó en el ejercicio de su profesión: se cayó de una escalera cuando estaba pintando la habitación de una familia burguesa de Horni Němčí que quería ahorrar en asistentes.

Pasó mucho tiempo convaleciente y, como ya no podía ejercer su profesión, tuvo que buscarse un nuevo objetivo vital. No temería llamarlo «misión». Lo encontró en las ideas del marxismo y el leninismo, que decidió hacer realidad a costa de su esfuerzo.

Era uno de nosotros, los que deseamos seguir los dictados de los filósofos que nos mostraron cómo vivir en una sociedad sana, que beneficia a los trabajadores honrados y a sus hijos. Y no lo hizo solo con palabras: él, Jindra Švanc, luchó por nuestra felicidad colectiva también con los hechos. Ya durante la ocupación se hizo famoso por su heroica actuación repartiendo a escondidas octavillas comunistas… Por ese motivo, incluso, fue perseguido por la Gestapo.

Pero su acto heroico no cayó en el olvido, y pronto, después de la guerra, Jindra y yo nos encontramos en las filas comunistas de Moraría del Sur y, en mi caso, después de 1948, también entre las filas de los defensores de la Ley en la Policía Nacional, la SNB[28]*. Fui testigo más de una vez de cómo se sirvió de su sentido de la lealtad, que era innato en él en calidad de antiguo deportista. Entonces nos hicimos amigos a vida o muerte. En los años cincuenta, servimos en la misma división, nos veíamos casi a diario. A menudo discutíamos sobre el difícil camino de la joven República socialista y nos preguntábamos: ¿qué futuro le espera? Jindra estaba convencido de que sería el que nosotros construyéramos. Y por eso se entregó a su trabajo. Le dedicaba todo su tiempo libre: por la felicidad de los ciudadanos checoslovacos ni siquiera llegó a formar una familia. Para él, el trabajo lo era todo. Venía el primero y se iba el último, no tenía en cuenta ni los fines de semana ni las fiestas. Trabajaba al doscientos por ciento sin cansarse y solo gracias a sus aciertos no se nos escaparon numerosos elementos enemigos que amenazaban la vida tranquila en nuestra República Checoslovaca.*

Estoy orgulloso de haber sido amigo de Jindra y lamento no haber podido ayudarlo en su última batalla. Pero no fue una batalla pública, sino una lucha personal, contra una insidiosa enfermedad que lo devoró desde dentro. Sucumbió a ella después de varias semanas en casa, en el centro de su amada ciudad. Nadie consiguió llevar al hospital al guerrero Jindra. Murió la noche del 7 de febrero de 1986.

Jindra, camarada en la lucha, te rindo homenaje y te prometo: ¡nunca te

olvidaremos!

Te lo juro por tus colegas y amigos.
Antonín Lícek

Ahí estaba: las fechas de nacimiento de ambos hombres coincidían.

Dora se dejó caer en una silla.

Los últimos meses habían transcurrido a un ritmo tan frenético que no había conseguido ordenar el torrente de nuevas revelaciones. Todavía no había digerido la información que había encontrado en el expediente personal de Surmena y ya la inundaba la avalancha de recuerdos de Baglárka y de Irma. Y, además, Jakoubek.

Después de que le llegara la carta del ministerio, se había puesto a investigar y había conseguido cierta información, entre la que destacaba el artículo de Lícek, pero nada más. Tras varias llamadas de teléfono infructuosas a la central de la policía de Uherské Hradiště y al ayuntamiento de Jarosov, no sabía dónde seguir buscando.

Ahora, sin embargo, había vuelto a emerger una figura, mucho más nítida: Schwannze / Švanc, un hombre que había sido capaz de pasar de un bando a otro con tanta agilidad que había salvado su pellejo, que había dedicado tanto tiempo a pisarles los talones a las diosas, a Surmena, que al final las aplastó.

A él dedicó los siguientes días. Hizo llamadas, preguntó, buscó en internet, leyó las entradas del Instituto de Documentación e Investigación de Crímenes del Comunismo, e incluso llamó por teléfono. Nada. Nadie sabía nada más. Todos los caminos se perdían.

Hasta que por fin, tras varios intentos vanos, le sonrió la suerte.

INGEBORG PITÍNOVÁ

Aquella mañana dé diciembre, a las cinco y media se encontraba ya en la estación de Starý Hrozenkov esperando el autobús que se dirigía a Uherský Brod. Se apoyaba en un pie, luego en el otro, se calentaba las manos con el aliento y observaba el vapor de su respiración. El pueblo entero dormía, solo el canto de los gallos y el ocasional ladrido de algún perro revelaban que no tardaría en despertar. En el camino de Vyškovec, a través de la penumbra y la niebla que se diluía, distinguió a un hombre encorvado tirando de un carro de dos ruedas. El autobús llegó con un ligero retraso.

Pagó su billete y, mientras el autobús arrancaba, renqueante, avanzó hasta la última fila. Delante de ella, dos viajeros cabeceaban en sus asientos. El calor y el traqueteo acabaron por adormecerla a ella también. No se despertó hasta la plaza de Uherský Brod, a punto estuvo de pasarse de parada. El siguiente autobús a Prakšice partía poco antes de las siete. A las siete y media estaba en la plaza de Prakšice, en cuyo centro se erigía un robusto tilo rodeado de hierba seca cubierta de escarcha. Y, a su alrededor, varias casas bajas, a las que se accedía por la misma carretera.

Caminó despacio para repasar los números de los edificios. No encontró el 27, que constaba en la dirección de su cuaderno. El final del pueblo estaba marcado por las desastradas vallas que limitaban los terrenos. En uno de ellos un perro corría y ladraba desesperadamente, pero no aprovechó ninguno de los muchos agujeros en el cercado para salir tras ella. En algún lugar chirrió una cancela y alguien gritó con rudeza:

—Perro idiota… ¡Cierra el pico!

Dora estaba a punto de cruzar la calle cuando la voz del hombre la imprecó también a ella:

—¿Y tú qué andas buscando? ¿Por qué andas merodeando por aquí?

Titubeó unos segundos, luego pensó que tal vez podría aprovechar la ocasión:

—Busco el número 27, la casa de la señora Pitínová.

—Eso está al otro lado, por aquí vas mal. Vuelve a la plaza y gira a la derecha donde la iglesia, en dirección al estanque.

—¡Gracias! —gritó ya tomando el camino que le había indicado el hombre.

Era una de las últimas casas del lado opuesto del pueblo. Decidió caminar hasta el estanque y luego volver hacia atrás para entrar en calor. En realidad, era demasiado pronto para hacer una visita. Se quedó un rato allí, mirando el paisaje que se desplegaba ante ella. En algunas zonas, el campo era de color marrón oscuro; en otras, las más cercanas al bosque, aún quedaba una capa de nieve. Las nubes, que pasaban con rapidez, se reflejaban en la superficie del estanque.

Poco antes de las nueve, llamó al número 27. Aún no había separado el dedo del timbre cuando oyó unos pasos. Una anciana le abrió la puerta.

—Buenos días, soy Dora Idesová, llamé el jueves.

—Sí, sí —dijo la mujer, que estaba secándose las manos con un trapo. Dora reparó en las venas azules y las oscuras manchas de la edad—. Es mejor que nos veamos en otra parte —susurró la mujer mirando hacia el interior de la casa—. Espéreme en la plaza, iré enseguida. Mi hijo no quiere…

Dora asintió antes de que se cerrara la puerta.

Habían pasado más de veinte minutos cuando la vio arrastrando los pies hacia ella.

—No se lo he contado a mi hijo… Él no quiere que hable de Jindra con nadie. No le parece bien, con la reputación que tiene… Yo no estoy de acuerdo. Es decir, tampoco es que me sienta orgullosa, pero el asunto no me parece tan terrible. Eran malos tiempos, todos hacían lo que podían para sobrevivir, y Jindra fue siempre un buen hombre, solo tuvo mala suerte. Juntarse con ellos era su única salida…

Dora no sabía si hablaba de la Gestapo o de la Seguridad del Estado, pero no le pareció apropiado interrumpirla tan pronto con una pregunta.

—¿Y cómo me ha encontrado?

—Leí en algún sitio que su hermano era de Horní Němčí —respondió después de aclararse la garganta—. Así que llamé al Registro Civil y solicité su dirección. Me explicaron que le habían perdido la pista después de la guerra, que tal vez lo hubieran expulsado, que su familia era alemana. Pero me hablaron de usted. Me contaron que se casó en 1945 y se quedó aquí. Y que vivía en Prakšice. Me dieron sus señas. Espero que no le moleste que la haya llamado, que haya aparecido de la nada…

—No me molesta, por qué me iba a molestar… Tengo curiosidad por saber qué la ha traído hasta mí, me gustaría saberlo… ¿Y en el Registro le pueden dar toda esa información? ¿Dónde vivo ahora y que era alemana?

—No sé. A mí me la dieron…

—Bueno, es complicado hacer pasar por checo un nombre como Ingeborg Schwannze, aunque hoy sea Pitínová. Aquí me llaman Ina. No se imagina las caras que me ponían cuando tenía que enseñar mi carnet de identidad. Me

casé justo después de la liberación. Estaba claro que en esos momentos los alemanes no lo tendrían fácil aquí. Y así fue, echaron a la mayoría. Pero yo tenía un prometido desde antes de la guerra, nos enamoramos en la escuela. Ludvík se llamaba; se me murió de cáncer hace diez años. Quiso casarse conmigo en mayo, por si pasaba algo. Era primavera y estábamos contentos porque todo hubiese acabado; enseguida me quedé embarazada. Aquellos primeros meses después de la liberación fueron una época muy bonita para mí. No fue así para la mayoría de los alemanes que quedaban aquí.

»Jindra no había aparecido ni dado señales de vida en casi cuatro años, pensé que se lo habrían llevado. Escribimos a la Cruz Roja, lo buscaron, pero en vano. A principios del año cincuenta, un buen día llamó al timbre como si nada, que venía a tomar un café… ¿Sabe?, a mi marido no le hizo mucha gracia verlo. Todos sabían que antes de la guerra había estado encerrado y que luego se alió con los nazis. No se hizo querer con ese tipo de cosas. Pero yo sabía cómo había sido… No nos iba muy bien, aunque todos pensaban que sí: "Uy, a los Schwannze les va de maravilla, tienen una casa en Horní Němčí y un terreno", pero en realidad no era mucho. No rendía, nos podíamos dar con un canto en los dientes si sacábamos algo para comer… No lo recuerdo bien, de pequeña no me ocupaba de cuestiones de dinero, pero por mis padres sé que con sobrevivir teníamos bastante. Nada de ahorros y mucho miedo al futuro. Para colmo, llegó una boca más: Jindra se casó. Una desvergonzada que se trajo quién sabe de dónde. Era guapa, cierto, pero una mala pécora. La conoció en alguna feria y la dejó embarazada, así que no le quedó más remedio que casarse y traérsela. Él bebía los vientos por ella, ya se imagina, un chico joven, para él fue un matrimonio por amor. Y tenían que vivir con nosotros, no fue nada fácil. Lena, así se llamaba, no paraba de pelearse con madre. No se soportaban. Fue un año horrible, todos juntos allí. Un año, hasta que encerraron a Jindra. Pobre. Lo hizo por ella, ¿sabe? Lena, cansada de discutir, lo obligó a que buscara otra casa, le dijo que se las apañara para conseguir dinero para comprarse algo, no dejaba de presionarlo. No me extrañó que lo volviera loco y que él se descarriara. Estoy convencida de que al principio solo se trataba de robar un par de cosas. Seguro que no se le pasó por la cabeza asesinar a nadie, fue una casualidad que se le apareciera ese viejo. Jindra era tan buen hombre que no fue capaz de hacerle daño, por eso no mató a nuestro vecino. Así que lo pillaron y lo encerraron, se pasó cinco años en chirona. Y la guarra de su mujer se largó después del juicio, y con el bebé. Adonde, no lo sé. Él perdió los nervios, se derrumbó en la cárcel. Mi madre y yo fuimos a verlo varias veces. No podía estar más abatido.

»Lo soltaron antes de la guerra, y él se entregó al trabajo. Quería concentrarse en otra cosa, ya no se fiaba de las mujeres. El cambio de régimen y la posibilidad de un empleo bien remunerado lo llevaron a la perdición. Primero conducía y hacía de intérprete, entonces eran muy necesarios los

traductores del checo al alemán. Supongo que ascendió, porque empezó a visitarnos cada vez menos, debieron de enviarlo a hacer tareas más importantes. Hasta que desapareció, como le acabo de contar, y volvió en 1950. ¿Podría ayudarme con esto? Me cuesta caminar…

Mientras hablaba, habían llegado al cementerio. La anciana empujaba un pequeño carro en el que había colocado un bolso, unas herramientas y una gran corona de Adviento. No se había dejado ayudar hasta que llegaron a la entrada del cementerio. Dora se inclinó, cogió las cosas del fondo del carro, que dejaron allí aparcado, y con el bolso en el antebrazo y los brazos llenos de olorosas ramas de pino siguió a Pitínová, que ya se había internado en el cementerio.

—Aquí está Ludva —le dijo cuando llegó hasta ella—. Quise que descansara en un lugar luminoso. Él era luminoso. El pelo, los ojos y sobre todo el alma… ¡Y tan bueno…! Una pena que se marchara tan pronto. Estuvo mucho tiempo enfermo, al final casi acabé resignándome. Mi foto pronto estará aquí también. ¿Ve? Hice poner mi nombre y el marquito. Solo tendrán que meterla ahí y el cantero tallará la fecha de mi muerte. Sería mejor que no cayera en los últimos meses del año para que los números no sobresalgan aquí, ¿ve? Debería haber encargado una placa más ancha, es verdad, pero mi hijo no estaba por la labor. Es un tacaño de cuidado.

Dora se quedó mirando la lápida, en la que se leía, en letras doradas: INA PITÍNOVÁ (17.6.1925 -). Dentro del paréntesis quedaba poco espacio.

—Espero que lo consiga —dijo Dora, desconcertada.

—¿Y por qué ha venido a verme, en realidad? No hago más que hablar y aún no me ha dicho qué es lo que quería saber…

Dora estaba esperando ese momento. Desde que se enteró de la existencia de Ingeborg Schwannzová, de casada Pitínová, había pensado en numerosas ocasiones en lo que le diría.

—Quería saber cómo estaba, es decir, cómo vivió su hermano después de la guerra. Sabe, creo que él y mi tía se conocían…

Pitínová no la dejó acabar:

—¿Cree que tuvo una relación con ella? ¿Jindra? Ya ve, y a nosotros no dejaba de decirnos que había acabado con las mujeres. Aunque sé con seguridad que después de la guerra siguió buscando a su Lena. No para que volviera con él, eso no, sino para enterarse de lo que había pasado con su niño. Creo que no la encontró. Y luego ya no volvió a mencionar a ninguna otra mujer. ¿Tenían una relación? Entonces seríamos casi parientes, ¿no?

—No estoy segura de que mantuvieran una relación…

—¿Y cómo era esa mujer? ¿Su tía? ¿Era guapa?

—Bueno… Era más bien una ermitaña, nunca se casó… Ella me crio. Pero murió en 1970, y me acabo de enterar de que su hermano la conocía. Quería saber si les había hablado de ella…

—¿Una ermitaña? Pues podrían haberse entendido, una mujer así habría llamado su atención… A mí no me contó nada. Aunque, escuche, eso no significa nada, no nos veíamos a menudo. Como le he dicho, mi marido no le tenía mucho aprecio, algunos años no nos veíamos ni por Navidad… ¿La pasaría con ella? Yo siempre me preguntaba dónde estaría…

—Lo dudo.

—¿Y cómo se llamaba? ¿De dónde era? A ver si me acuerdo de algo.

Dora titubeó antes de decidirse.

—Se llamaba Terézie Surmenová. Era de Žítková.

Pitínová, que permanecía inclinada, ordenando con el rastrillo las piedras congeladas del borde de la tumba, se enderezó.

—¿De Žítková? Pues seguro que no estuvo en su casa en Navidad. Si es la mujer de Žítková que creo, no tuvo nada con ella. Él decía que la mataría cuando lo visitábamos en la cárcel. No, no tema, no habría sido capaz, la rabia hablaba por él. Aparte de eso, era un buen hombre, como le he comentado antes. Su tía sí tenía que ser un bicho. Usted aún no debía de estar en este mundo, dudo que ella lo fuera soltando por ahí, pero ¿sabe qué? Si no hubiera sido por ella, tal vez no habrían pillado a nuestro Jindra. El caso es que el viejo, que al final sobrevivió al robo, fue unos meses después a ver a una loca a Žítková, igual hasta erá su tía… Por lo visto, en una sesión, ella adivinó que era un vecino suyo el que le había atacado para robarle. Y que era el que lo trataba con mayor amabilidad. Y entonces pensó en nuestro Jindra, porque él siempre se portaba bien con todos, era un buen tipo. Y encontraron las cosas robadas en su casa. Le echó la culpa de todo a esa loca que se hacía llamar «diosa». Si no hubiera sido por ella, el judío ese nunca lo habría atrapado, y con el tiempo el asunto habría caído en el olvido. Al fin y al cabo, había sobrevivido y todavía era bastante rico. No echaría de menos el par de cosas que desaparecieron. Y Jindra quizá habría superado sus problemas matrimoniales y ella no se habría ido. Así lo veía él, estoy segura, pongo la mano en el fuego… ¿Me pasa la corona, por favor?

Dora se inclinó hacia ella con la corona de Adviento. Pitínová la colocó con cuidado en la grava, frente a la losa. Entonces añadió:

—Jamás perdonó a esa mujer… ¿Así que usted es su hija? ¿Pues sabe que parece normal? ¿O también se cree una diosa?

—Yo soy su sobrina. Y mi tía era más bien una herborista, curaba a la gente…

—¿Y por eso se hacía llamar «diosa»? Es un poco raro, ¿no?

—Así la llamaba la gente del pueblo. Había más como ella en la zona de Hrozenkov, que curaban y adivinaban el futuro.

—¿De Hrozenkov? ¿Žítková está por Hrozenkov?

—Sí, en las cumbres que quedan más arriba de Hrozenkov. Son más bien unas casas dispersas.

—Él iba por allí, me acuerdo, a veces lo mencionaba. Entonces pensé que a lo mejor volvía a casarse, porque en esa época hablaba de una tal Josefínka. Me pareció que el nombre sonaba dulce, con ese diminutivo. Y si la llamaba así, tenía que ser importante para él. Aquella ocurrencia le hizo reír, dijo que era una colaboradora, o un contacto o algo. Y por lo visto era mayor que él, de modo que no tenía que imaginarme cosas raras. Y qué, pensé yo, qué más da que sea mayor, no sería ni el primero ni el último. Pero él replicó que era una vieja, que jamás se liaría con una bruja como esa. Debía de ser un poco extraña. O peligrosa… Puede que fuera un nombre en clave, quién llamaría por un diminutivo a una anciana… ¿Conocía a alguna Josefínka?

—¿Josefínka? —preguntó ella, incrédula.

—Sí, Josefínka.

—¿No sería más bien Josifčena?

—¡Josifčena! ¡Eso es! Sonaba cariñoso, tiene razón, la llamaba Josifčena, no Josefínka. Es bonito, Josifčena, por eso pensé que habría algo más…

—Supongo que sí que había algo más…

Pitínová encendió con una cerilla la primera de las cuatro velas de la corona. La débil llama se agitó entre sus manos y creció poco a poco con cautela.

—¡Eso es! —dijo la mujer, satisfecha, al tiempo que se levantaba con cuidado—. Pues me habría gustado… ¡Estaba tan solo! Una buena mujer, y mayor, además, le habría hecho mucho bien. Un hombre no puede estar solo. La soledad se le mete en el cerebro. Y Jindra murió amargado y triste, me dio mucha pena. ¿Sabe dónde está su tumba? En Uherské Hradiště. Pidió que lo incineraran, solo quería una pequeña lápida en una pared, para que nadie tuviera que ocuparse de su tumba, porque no le quedaba nadie… Le puse una foto, en ella debe de andar por los cuarenta y cinco. Una foto de familia que nos sacamos todos juntos, hice que lo ampliaran a él. Vaya a echar un vistazo, al menos verá lo guapo que era.

Aquella misma tarde, arrebujada en el abrigo y la bufanda, con la que se había cubierto también la cabeza, fue hasta el cementerio de Hradiště. Se había decidido a ir después de la conversación con Pitínová, sin reflexionar. Al llegar, comprendió el error que estaba cometiendo.

Había ido directa desde el hospital, donde había pasado varias horas silenciosas con Jakoubek, sin saber si él percibía de algún modo que estaba a su lado. Esperó que en algún lugar de su profundo sueño sintiera su presencia. Había salido de allí al borde del llanto, no estaba preparada para escarbar de nuevo en el pasado. Si incluso el presente la superaba.

El brillo trémulo de las velas de Adviento del cementerio la saludó en silencio.

Despacio, con reticencia, caminó a lo largo del muro con lápidas de mármol del tamaño de libros abiertos hasta encontrar la de Švanc. A la altura de sus ojos, junto a un pequeño marco redondo con una fotografía desde la que la miraba un hombre de mediana edad, estaba su nombre en letras doradas. Tuvo que acercarse mucho para examinar bien su retrato en la penumbra del atardecer de diciembre.

Contempló la cara redonda de un hombre con prominentes mejillas que le daban una leve expresión de arrogancia. Podía imaginarse que con el paso de los años se habrían rendido a la gravedad y se habrían fundido con la papada, y esta con el cuello. Su frente despejada también anticipaba la calvicie. Tenía unos ojos oscuros muy pegados y los labios finos, cerrados con firmeza, inaccesibles. No debía de estar divirtiéndose en el encuentro familiar en el que se tomó la imagen. Parecía preocupado, inflexible.

No era guapo en absoluto. Tampoco un asesino.

Al mirarlo, algo se agitó en Dora, vibró en su interior, algo que podía acabar convertido en llanto o en un grito.

Prefirió cerrar los ojos y respirar hondo, hasta que consiguió aliviar la presión que le atenazaba el pecho.

Aquí estaba, se dijo a sí misma cuando volvió a mirarlo a la cara. El hombre que mandó a Surmena a un manicomio, donde dejó de ser ella misma. Una vieja loca mascullando sus últimas palabras. «¡No te fíes de ellos! ¡No te fíes de ellos!», en su cabeza resonaban las palabras de Surmena, indistinguibles de un silbido. Y después, como un latigazo, recordó otros fragmentos que entonces salieron de su boca desdentada. Despacio y por partes, emergiendo de la niebla, empezaron a cobrar sentido.

«¡Alemanes!». ¡Era a Švanc a quien se refería! Lo había conocido treinta años atrás, en la ejecución de Harry, y entonces, a mediados de los setenta, volvía a tenerlo frente a ella. Él la había metido en una celda, él la había ingresado en el sanatorio de Kroměříž. ¡Y ella debía de recordarlo! Por eso le daban tanto miedo los alemanes. Eso le quería decir a Dora.

«¡Mahdalka!». Había querido contárselo todo, ¡había querido prevenirla! Farfulló la historia de Mahdalka, incluso mencionó a Fuksena, y al final: «¡El bebé!». No era ella, Dora, de la que hablaba. Se trataba de la hija de Fuksena, a la que nunca habían encontrado. «¡Úsala cuando llegue lo peor!», ¡Surmena sabía dónde estaba! Ella la había ocultado, aquella había sido su jugada contra Mahdalka, le había arrebatado lo único que quedaba de Fuksena: a su hija, la única a quien habría podido instruir, una sucesora de su sangre, su última oportunidad. Y el triunfo de Surmena y de Dora.

La cabeza le daba vueltas. No podía apartar la mirada de los ojos de Švane, y era como si estos la llevaran de vuelta a los años en que la voluntad de aquel hombre había interrumpido de forma tan violenta su destino y el de Surmena. En aquel instante lo entendió todo, los fragmentos individuales del mosaico

compusieron una imagen clara y resultó obvio que Surmena creía, que Surmena temía, Surmena estaba aterrada ante lo que Mahdalka le había enviado. Le daba miedo su final y sobre todo lo que le pudiera pasar a ella, a Dora, porque pensaba que también a ella le esperaba un destino trágico. Por eso, en el último momento, quiso contárselo todo, hablarle de la maldición y de cómo evitarla con ayuda de la niña oculta, lo intentó con todas sus fuerzas, intentó revelárselo, pero ya era tarde. La maldición de Mahdalka la había alcanzado en la forma de Jindfich Švanc, cuya expresión parecía haber cambiado en los últimos minutos: sus labios firmemente cerrados habían formado una maliciosa mueca en la que Dora descubrió algo que antes no estaba: una sonrisa de victoria.

POTOČNÁ

Fue a Potočná dos semanas después. El edificio de la aduana se extendía a lo largo del estrecho valle que quedaba entre la ladera boscosa y el riachuelo Drietomice. Lo rodeaba un amplio cinturón de hormigón que hacía las veces de aparcamiento. En una región donde los claveles y una infinidad de especies de orquídeas protegidas florecen en verano, una región protegida por los Cárpatos Blancos, aquel aparcamiento hacia daño a los ojos.

Preparó sus documentos y cruzó a pie del lado checo al eslovaco. El funcionario de aduanas, un conocido de Žítková, no quiso abandonar el calor del edificio; se limitó a hacer un leve movimiento de cabeza para que continuara. Ella giró a la derecha, en dirección a Potočná. La carretera de asfalto pronto se convirtió en un camino rural. La arboleda era cada vez más tupida y el trasiego del tramo concurrido cesó. Se adentró en el bosque.

Tenía que ser la primera casa.

Encontró una cabaña prácticamente derruida, con el techo derrumbado y las ventanas tapiadas. Se quedó mirándola unos segundos. En la cancela de madera que daba al patio, buscó una placa con el nombre de los propietarios, pero no encontró ninguna. Sin embargo, no le cabía duda de que justo esta casa, la primera de Potočná, había pertenecido a Mahdalka. Bajó el pomo de hierro y la cancela se abrió ante ella con un chirrido. Echó un vistazo al interior.

En el patio reinaba el desorden. En una esquina se acumulaban los ladrillos del establo en ruinas y la paja del techo, junto con pedazos de los canalones. También encontró tazas rotas, maderas y piedras, además de trapos y bolsas de plástico podridas que ondeaban con la brisa gélida. Un lugar de destrucción, pensó.

Entró y, recorriendo los restos de un camino de baldosas, llegó hasta la puerta de la cabaña. Estaba cerrada con llave. Se agachó y, con uno de los trapos que rondaban por el soportal, limpió el cristal de la parte superior de la puerta. Deseaba conocer el lugar donde había vivido la diosa Mahdalka, pero allí no había nada; solo un muro, desnudo. Decepcionada, se dio la vuelta para seguir examinando el pequeño patio, lo único que había quedado de los

Mahdal. Después salió.

Delante del portal había una niña de unos ocho años. Dora se asustó al verla.

—¿Qué hace aquí? —preguntó la niña, que llevaba un abrigo gastado que le quedaba grande y una bufanda anudada bajo la barbilla.

—Yo… estaba buscando a los Mahdal —respondió Dora, azorada.

—Hace mucho que los Mahdal no viven aquí. Mi abuela me contó que se mudaron antes de que yo naciera.

—Ya… ¿Y la casa de tu abuela está por aquí?

La niña asintió.

—Arriba. Vivimos todos allí.

—Llévame a verla, por favor. Me gustaría preguntarle algo.

La niña se dio la vuelta y, con paso ágil, subió hacia el bosque por un estrecho sendero salpicado de charcos congelados. Dora la siguió. Avanzaron durante más de veinte minutos, bordeando la linde de un bosque cada vez más espeso. Finalmente, en una pequeña explanada sin árboles, Dora vio una cabaña rodeada por una cerca. La chiquilla, rápida, desapareció en el interior. Dora se quedó allí parada, desconcertada. De la casa le llegaban ruidos, también en el jardín de la parte trasera se oía un animado bullicio. Sin duda, sus habitantes estaban en casa. Después de un rato, decidió llamar al timbre.

El sonido aún no había dejado de oírse cuando en el soportal apareció un hombre de unos cuarenta años vestido con una camiseta ligera. Al verlo, Dora se estremeció. Él abrió la cancela, se apoyó con ambas manos en la jamba y la miró de arriba abajo, seguro de sí mismo. Ella notó el gesto con desagrado. Olía a sudor y a alcohol, y exhibía insolente su superioridad física.

—¡Llamad a mamá! —gritó hacia el interior de la casa cuando Dora le preguntó cortésmente por los Mahdal.

Dentro se escuchó cierto revuelo y entonces apareció en el soportal otro hombre, idéntico al que estaba frente a ella, aunque algo más joven. Y, justo detrás, su vivo retrato.

—Mis hermanos —dijo, sonriente el primero, señalando con un gesto a los demás.

Entre las piernas de los dos hermanos se colaron varios niños de distintas edades, incluida la pequeña que había acompañado a Dora hasta allí.

—Nuestros hijos. —El hombre volvió a sonreír.

Una mujer mayor se asomó a la puerta de la casa. El pañuelo que cubría su cabeza dejaba a la vista un flequillo canoso, y no llevaba puesto más que un largo delantal, amplio y con botones.

—¿Quién es? —preguntó, tosca.

—Ha venido a preguntar por los Mahdal —le explicó el hombre del soportal, que seguía inmóvil, como si el frío de diciembre no le afectara. Los pequeños y uno de los hermanos, entre tanto, desaparecieron.

—Pues que entre, no voy a charlar con ella ahí fuera, con el frío que hace —A continuación, dirigiéndose al interior de la casa, voceó—: ¡Miloš, ocúpate de ella, voy a vestirme!

El hombre del portón puso su mano en el hombro de Dora y, con una leve presión, la empujó hacia la casa.

—Yo soy Peter y este es Miloš —añadió, señalando con la cabeza a su hermano menor, que se había quedado en el umbral de la casa con el brazo alzado a modo de saludo. Tan pronto como se aproximó a él, agarró la mano de Dora y la agitó bruscamente.

—¿Está soltera? —preguntó, ruborizándose, y, sin esperar respuesta, anticipó—: Yo sí.

—Yo también —contestó ella, desconcertada. Cruzó despacio el pasillo y entró en una estancia donde jugaban los niños. A la mesa estaban sentadas dos jóvenes bastante corpulentas. Alguien le quitó el abrigo y la hizo sentarse en una silla, y al instante apareció frente a ella un vasito de aguardiente. Las mujeres la observaban sin decir palabra.

Dora echó un vistazo a su alrededor. No había ni rastro de las cercanas Navidades. El lugar, poco acogedor, parecía en plena reforma. El tosco enlucido habría necesitado una mano de pintura, los muebles eran muy dispares. Ella estaba sentada en una silla de plástico a la que faltaban los travesaños del respaldo. Al apoyarse en la mesa, esta se balanceó haciendo que los vasos de aguardiente se inclinaran.

—Por la Navidad y por este encuentro, señorita… Eeeh… —se oyó en la habitación, a lo que ella respondió corriendo:

—Dora, Dora Idesová, de Žítková.

El hombre que se había presentado como Peter levantó su vaso para brindar, y los demás le imitaron al punto. Al observarlos uno por uno, Dora se dio cuenta de que a todos les faltaba algún diente, tanto a los adultos como a los niños, y los que les quedaban estaban torcidos. Un feo rasgo familiar.

—Conque ha venido a preguntar por los Mahdal, ¿eh? —preguntó la cabeza de familia, vestida ahora con un jersey dado de sí y lleno de agujeros. También le pusieron un vasito delante, que enseguida llenaron hasta el borde y ella vació de un trago, limpiándose la boca con la manga.

—Hace mucho que no viven aquí. Mahdalka murió a principios de los ochenta, y su hijo y su nuera, hará un par de años. Los nietos se fueron en busca de algo mejor. ¿Quién querría quedarse aquí, en este rincón perdido del mundo?

—Ajá… ¿Y dónde se mudaron?

—Ah, eso no lo sé, nunca tuvimos demasiado trato. Era una familia algo rara… A gente así, mejor evitarla.

—Pero seguramente muy lejos —intervino Peter—. Para que nadie los conociera. Tenían mucho de lo que avergonzarse…

—¿Por qué?

Dora fingió no saber nada.

—Siempre andaban metidos en algo turbio. La vieja Mahdalka era una bruja, así la llamaban aquí. ¡Una bruja! Se ve que había pactado con los alemanes, pero no le pasó nada, ni siquiera después… De cuando en cuando, se presentaban unos policías por aquí, se la llevaban un par de días y luego volvían a soltarla, sin más. Y, sin embargo, le hizo daño a un montón de gente… ¡Da pena hasta recordarlo! Se decía que contaba con un protector influyente, en Hradiště. Así tenía que ser, por eso siempre la dejaban marchar. O igual la perdonaban porque delataba a otros, ella sabía muchas cosas de los demás… En cualquier caso, después de la revolución, ella ya estaba muerta, así que la gente dejó de tenerle miedo y lo pagaron con el resto de su familia. No me extraña que sus nietos desaparecieran…

Miloš, que acercó su silla a la de Dora, volvió a llenarle el vaso de aguardiente.

—No quiero más, gradas —protestó, pero los demás agitaron la mano.

—Ya se acostumbrará —dijo con sorna una de las mujeres, que antes se había presentado como Marie, la esposa de Peter.

—¿Qué quiere de ellos? Nadie que buscara a Mahdalka trajo nunca nada bueno… —La mujer mayor la miró de soslayo, y también sus nueras la observaban con suspicacia.

—Por mi tía… Tuvieron una disputa. Se llamaba Surmenová, era de Žítková, como yo. ¿No les suena?

La mujer entrecerró los ojos tratando de recordar.

—¿No sería la maldita? Se decía que Mahdalka había maldecido a su familia de Žítková, de la que había huido. A la estirpe al completo, a todas aquellas que pudieran convertirse en diosas. Así se deshacía de la competencia, ja, ja —rio haciendo un gesto a Peter para que le echara más licor—. Si era esa, la maldición todavía será efectiva, ¿no?… Valía para todas las mujeres de la familia. Si ese es el motivo que la ha traído hasta aquí, no la envidio, chica, mejor emborráchese a gusto… —Con un gesto de disculpa, animó a Dora a que bebiera del vaso que tenía en la mano.

Le sorprendieron tanto las certeras palabras de la mujer que hizo exactamente lo que le había pedido. El sabor suave y cálido se derramó por su garganta hasta llegar al estómago. Peter le rellenó el vasito sin perder un segundo.

—No se preocupe por eso. Quizá solo sean habladurías, ya sabe… Al final, lo que tiene que pasar, pasa. No tiene sentido andar preocupado. Eso acorta la vida…

La sala se llenó con las voces de los demás miembros de la familia, que empezaron a discutir sobre la eficacia de las maldiciones y las posibilidades de anularlas.

—Con la luna llena, recitar la maldición y el padrenuestro hacia atrás, para que vuelva a quien la conjuró.

—¡Pero si ya está muerta!

—Pues pasará a sus hijos y a los hijos de estos.

—¡Su sangre puede revertiría si la derrama sobre la tumba de Mahdalka!

—Calla la boca… ¿Quién se va a dejar degollar sobre una lápida?

—Que se bañe en salvia, eso bastará.

Mientras tanto, los vasos se vaciaban y volvían a llenar a un ritmo constante, y sus fondos golpeaban la mesa cada vez más rápida y ruidosamente. Dora bebía, pensativa.

De repente sintió que, por detrás, por el agujero del respaldo de su silla, la mano de Miloš se colaba bajo su camisa. El respingo le hizo verter el resto del aguardiente. Las mujeres, a las que no se les escapaba ni uno de sus movimientos, estallaron en una carcajada. Su contagiosa risotada hizo desternillarse a todos los demás, la anciana, los hombres y hasta los niños, que jugaban en el suelo polvoriento.

Aquella gente empezaba a angustiarla. A pesar de sus protestas, se levantó para marcharse y, despidiéndose, se dirigió a la puerta. Casi arrancó el abrigo de la percha; solo sintió alivio cuando al fin estuvo fuera respirando aire fresco.

Miloš la alcanzó antes de que llegara a la cancela.

—¿No quiere casarse conmigo? —le preguntó, jadeando, visiblemente animado por el aguardiente, cuyas gotas todavía refulgían en el borde de su labio superior. En los instantes que siguieron a su marcha, sin duda su familia había tenido tiempo de convencerlo de que una maldición no era la peste, servirle otro vaso de aguardiente y enviarlo a que lo intentara.

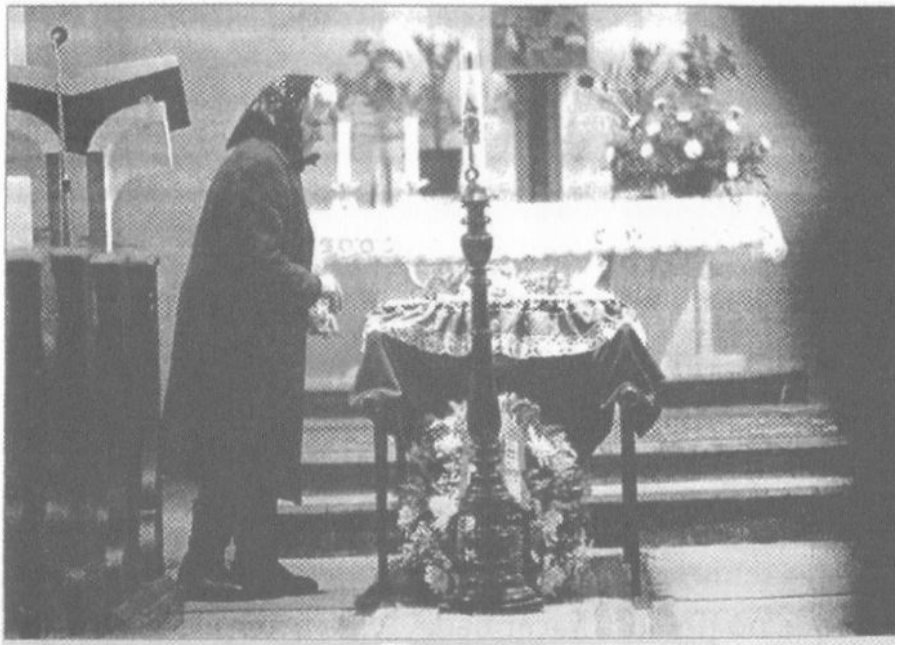
—Qué va, pero gracias por preguntar… —respondió, perpleja. Lo único que deseaba era alejarse de aquella gente tan peculiar cuanto antes. De su comportamiento, de aquel singular parecido, emanaba algo perverso, extraño. Los hombres, las mujeres y los niños. Cerró la cancela y salió corriendo cuesta abajo, hacia la frontera.

JANIGENA

Aquel invierno, sus viajes de fin de semana a Žítková fueron tristes. Sin Jakoubek, que seguía en el hospital, ni siquiera tenían sentido.

Como de costumbre, también aquel día apuró la hora de visita hasta el final. No habían pasado ni veinte minutos y ya tenía la sensación de que lo estaba abandonando. Aunque no pudiera hacer nada, tenía la impresión de que su lugar estaba a su lado, junto a su cama. ¿Y si se despertaba y la buscaba? Por eso, de viernes a domingo, pasaba las tardes allí, donde incluso celebró la Nochebuena con el único adorno de un jarrón con unas ramas de pino que colocó en la mesilla.

Cuando el autobús frenó ante el andén de la estación de Uherské Hradiště, todos los que hasta entonces esperaban apoyados en la barandilla se dirigieron rápidamente hacia la puerta. El frío era atroz. Dora, la última en subir, recorrió el pasillo hasta un asiento libre en la parte trasera. Como cada vez, el vehículo fue dejando atrás a gran velocidad todos los pueblos que quedaban en el camino hacia Uherský Brod y después empezó a abrirse paso, bastante más despacio, por las estrechas curvas de grava de las cumbres de los Cárpatos Blancos. Dora sacó el periódico.



Snaženka se u otevřené rakve loučí s Irenou Gabrhelovou, kterou lidé uznávali jako poslední kopanickou bohyni. Výjimečné schopnosti pomáhat lidem při zdravotních a psychických potížích má prý také jedna z dcer Gabrhelové, ta ale žije na Slovensku. FOTO: MAFA - JAN KARÁSEK

h zvládli

lo několik policejních hlídek. Auta musela pomalu sjíždět z kopce a teprve za hodinu se silnice uvolnila," popsal čtvrteční dopoledne policejní mluvčí Ivo Mitáček.

Do jedné hodiny odpoledne zaznamenala zlínská policie devět dopravních nehod s jedním lehkým zraněním.

Pokračování na straně dvě

Kopanická bohyně zemřela

Starý Hrozenkov (mat) – Pětadevadesátiletá Irma Gabrhelová ze Starého Hrozenkova, kterou lidé označovali za poslední kopanickou bohyni, zemřela. Pohřeb měla včera ve Starém Hrozenkově.

Gabrhelová vychovala během života sedm dětí a žila skromně na chalupě v kopcích. Lidé ji vyhledávali, když se dostali do zdravotních i psychických obtíží.

Nedluhy podle nich uměla léčit pomocí bylinek, znala tajemství minulosti, předvídala budoucnost.

"Je škoda, že si své tajemství odnesla do hrobu. Klientelu měla různorodou, jezdili za ní i lidé ze zahraničí," řekl Miroslav Sedlačík z Vyškovce. Při poslední návštěvě mu stařenka slíbila, že ho naučí odlévat vosk a věštit z něj budoucnost.

"Teď už je pozdě. Stejně je to i s bylinkami. Jejich názvy drmolila kopaničářským nářečím, takže stejně nevím, na co bych měl kterou použít," litoval Sedlačík.

Bastó que su mirada se posara en una gran fotografía del interior de la iglesia de Hrozenkov, en la primera página de las noticias regionales, para saber que había pasado algo malo. Ni siquiera acabó de leer el artículo bajo las gruesas letras que informaban de la muerte de Irma. Empezaron a temblarle las manos y se le saltaron las lágrimas.

Jakoubek y ella solían pasear por Hrozenkov, les gustaba pararse con los vecinos para preguntar qué había de nuevo. Pero esta vez Dora cruzó el pueblo a paso rápido para llegar cuanto antes a su casa. No se detuvo ni con las mujeres que se cruzó en el camino a Bedová, no quería que ellas, agradecidas por cada oyente, le contaran nada de la muerte de Irma. Saludó y continuó a toda prisa. Por la mañana bajaría a ver a Baglárka e iría con ella al cementerio.

Cuando los últimos resquicios de luz de las farolas de Starý Hrozenkov quedaron atrás, encendió la linterna. El camino que llevaba hasta Bedová

atravesaba ciertos tramos de bosque y era oscuro. Las únicas luces que veía desde allí eran las ventanas de la cabaña de los Hodulík y luego la más lejana de la casa de Irma. Pero hoy la luz no estaría encendida allí. El círculo de la linterna iluminaba débilmente el suelo, solo a un metro frente a ella; las resistentes botas de Dora avanzaban entre crujidos pisando la nieve virgen. Se alegró cuando por fin abrió la puerta de su cabaña.

Dejó la mochila y la ropa húmeda en el zaguán y acto seguido se acercó a la estufa. Al poco, en el fogón ya crepitaba un fuego en el que Dora se preparó una sopa. Después, sentada lo más cerca que podía de la portezuela del horno para entrar en calor, echó un vistazo a su alrededor.

Había vuelto muchas veces desde aquel día, pero seguía sin habituarse al vacío que había dejado Jakoubek.

E Irma ha muerto, recordó. Debería haber sabido que no mejoraría cuando la vio en otoño. Le costaba mucho respirar, pasaba el día sepultada entre los almohadones, empequeñecida. Le estaba agradecida por muchas cosas y todavía había muchas otras que hubiera querido preguntarle. Por ejemplo, si sabía algo de los hijos de Surmena y de Fuksena…

Tendría que seguir investigando sin ella. Sin su memoria, que llegaba hasta casi principios del siglo pasado, y sin su sabiduría, que, a veces de un modo bastante brusco, la había incitado a tomar conciencia de su propia historia.

Dora apartó la sopa del fuego, cogió una cuchara y comió directamente de la cazuela. No tenía hambre, pero no podía librarse del ritual que realizaba viernes tras viernes desde hacía años. Cuando se dio cuenta, añadió al fuego varios troncos, aseguró con firmeza la portezuela de hierro, se desnudó y se deslizó en la cama. Esta noche dormiría mejor.

La despertaron unos golpes suaves y rítmicos en el vidrio de la ventana. Debían de llevar un rato llamando, porque los oyó varias veces antes de que la arrancaran del sueño. Se puso en pie, cruzó la oscura habitación y descubrió que desde fuera la miraba la cara pálida de Janigena, enmarcada por un abultado gorro forrado que le cubría incluso las orejas. La sorpresa la despejó por completo, se echó el abrigo por los hombros y fue a abrir. Mientras Janigena entraba pisando ruidosamente, añadió unos troncos a la estufa y atizó el fuego que se apagaba. Por las grietas de la portezuela, las trémulas llamas iluminaron la oscuridad.

Janigena se quedó quieta, insegura, cerca de la puerta, apretando el gorro entre sus manos. Tenía las mejillas sonrojadas por la helada nocturna, su tosca belleza destacaba en la penumbra dorada de la sala. Dora se acercó a ella y la ayudó a quitarse el abrigo mojado, que dejó en la barra sobre el horno.

—He estado esperándote en Koprvazy —Janigena rompió el silencio.

Dora calló. No podía creerse que estuviera allí, en su casa, en el centro de su microcosmos.

—He ido varias veces —añadió, sin una sombra de reproche.

Dora asintió con la cabeza y, para mantenerse ocupada en aquella extraña situación, empezó a preparar un té. Janigena se dejó caer, confusa, en el banquito que había junto al fuego.

—En la tienda he oído que hoy has vuelto a venir sola —dijo al poco.

—Sí. Jakoubek sigue en el hospital.

Janigena se aclaró la garganta y le dijo que lo sentía.

—Irma ha muerto —reaccionó Dora.

—Sí —dijo la otra, sorprendida—. Ya celebraron el funeral. No sabía que te importara tanto…

—Sí, me importaba.

—Bueno —Janigena se encogió de hombros pensando qué decir—: Había llegado su hora.

—Lo sé.

Ninguna de las dos sabía cómo continuar. Nunca habían hablado demasiado, no tenían de qué. Sus encuentros tenían un único objetivo, para el que apenas necesitaban palabras.

Dora sentía, desde hacía un tiempo, que no podía seguir así. Quizá por lo que le había pasado en Koprvazy, quizá por lo de Jakoubek. De repente, demasiadas cosas habían perdido su sentido original, y por eso también lo que había entre ellas debía aclararse. Y cambiar.

—Ya no quiero ir a Koprvazy —dijo, entonces.

Janigena se quedó callada.

—Quiero venderla —continuó Dora—, no quiero volver, tengo que quitármela de encima. No hay motivo para conservar las dos cabañas. Jakoubek no podría estar allí…

Se le quebró la voz. Tratando de contener la tristeza, se dio la vuelta y se mordió dolorosamente los labios.

No se esperaba que Janigena se levantase, se acercase a ella y la abrazase por detrás. Pero así sucedió. Dora sintió su aliento, impregnado de aguardiente, en su sien. Cerró los ojos y se acurrucó, como si quisiera refugiarse dentro, en el robusto cuerpo de Janigena. Era justo lo que necesitaba: cariño. Estaba cansada de hacerlo todo sola.

—No me van a dejar quedarme con él los fines de semana… —sollozó—. No está bien.

Janigena, con los labios hundidos en su cabello, susurró:

—Mejorará, ya verás.

—¿Y si no? —preguntó Dora al tiempo que unas frías lágrimas recorrían sus mejillas. Eran las primeras que derramaba desde hacía mucho y, una vez que afloraron a la superficie, se desbordaron en torrentes que ella no pudo contener. Janigena acariciaba, impotente, sus hombros.

Al poco, la llevó a la mesa, la sentó en una de las sillas y ella misma sirvió

el té del fogón. Luego se sentó frente a Dora en silencio, hasta que esta se calmó.

—¿Cómo está tu marido? —preguntó Dora entonces.

Ella misma no sabía por qué lo había preguntado. Quizá el agradecimiento que sentía por ella se hubiera mudado en amargura al imaginarse que en un par de horas no estaría a su lado. Había algo perverso en ello, en sacar en ese momento un tema del que nunca habían hablado.

—Sigue igual —contestó Janigena, en voz baja, con desgana.

—¿No tiene posibilidad de mejorar?

—No.

—¿Va a rehabilitación?

—No quiere. Tiene la columna rota, tampoco se puede hacer mucho más, solo alimentaba vanas esperanzas.

—¿Cómo lo llevan los niños?

Janigena, disgustada, se dejó caer en el respaldo de la silla y cruzó los brazos sobre el pecho. Parpadeó varias veces, inquieta, como si se esforzara en ahuyentar la pregunta con sus cortas pestañas. Pero Dora no se dejó disuadir, ya no quería soslayar ese tema. Y no le quitaba la vista de encima, esperando una respuesta.

—Peor que yo. Es decir, antes… antes echaban más de menos a un hombre que yo. Pero, ahora, por suerte, ya tienen un pie fuera de casa… —Parecía que Janigena interrumpiría aquí su discurso. Era evidente que seguir le estaba costando un gran esfuerzo. Sin embargo, en lugar de eso, respiró hondo y dijo, en voz alta—: Nunca me perdonarían, si se enteraran… ¡Y yo no podría soportarlo!

Dora no esperaba una reacción tan brusca de la silenciosa y esquiva Janigena, pero una vez que la tuvo ante sí, aprovechó la oportunidad.

—¡Pero esto tampoco puede seguir así! No lo aguanto más, no de este modo. Este miedo eterno, este encubrimiento constante, la culpa… Yo también tengo muchísimo miedo, pero ¿lo vamos a ocultar para siempre? ¿Para encontrarnos de vez en cuando un par de horas en la cabaña?

Dora ni se imaginaba que aquella situación le pesara tanto. Todo había quedado acallado por la preocupación por Jakoubek. Pero ahora, de repente, brotó de ella, y con aquel torrente descubría la forma real de lo que quería. ¿Cómo sería no esconderse? ¿Cómo sería no vivir fingiendo? ¿Vivir juntas?

Janigena gritó:

—¡Sabes bien que nadie debe enterarse! Lo sabes, ¿verdad? —Su voz temblaba de rabia.

—¿Y qué va a pasar? ¿Quieres vivir así eternamente? ¿Ocuparte para siempre de cambiarle los pañales a un hombre que no puede moverse y que tampoco te importó nunca? ¿Y todo por el qué dirán?

Janigena golpeó la mesa con la palma abierta.

—¡Basta! ¡Déjalo! ¿Me oyes? —gritó—. ¡Para ti es fácil decirlo! El domingo volverás a irte, tienes otro hogar…

Pero yo… ¡yo no tengo dónde esconderme! ¡Será a mí a quien mirarán como a un animal, a mí a quien escupirán! Mis propios hijos me repudiarán…

Aquella imagen ahogó su voz. Dora entendió que había ido demasiado lejos. Y se asustó. No sabía de qué ni por qué, lo único que sabía era que se había abierto en ella algo que no podría reprimirse, algo que no le permitiría vivir como antes.

Estaban sentadas, una frente a otra, en silencio, Janigena con la cabeza entre las manos, Dora con la mirada fija en la mesa; los minutos pasaban. Si no hubiera empezado a agonizar el fuego, quizá habrían seguido así hasta la madrugada. Pero Dora se puso de pie y lo avivó con unos troncos. Cuando volvió a la mesa, Janigena la cogió del brazo y la acercó hacia sí. Dora se sentó en su regazo.

—No puedo abandonarlo. No puedo irme de casa… —dijo en voz baja, con la cabeza hundida en el camisón de Dora—. Me sentiría como una canalla después de todos estos años. A veces soy incapaz de mirarlo y no quiero estar allí, pero irme para siempre… eso no puede ser. Además, yo al menos puedo hacer lo que me dé la gana, a diferencia de él… y de mis hijos…

Dora calló, calló como si una mariposa se agitara en su garganta. Le hacía cosquillas con sus alas de colores y no le permitía tragar, mucho menos responder.

—Pero tampoco puedo imaginarme qué haría si esto acabara… Esto que tenemos. Antes a menudo deseaba con todas mis fuerzas no sentir nada por ti o incluso que no existieras siquiera… Pero ahora es diferente —añadió Janigena en voz baja.

Una enorme oleada de felicidad embargó a Dora. La sumergió, la hundió en un lugar profundo, un vacío sonoro, tranquilo y cálido; se sentía como un feto en el seno materno, oculta en la seguridad de las sinuosidades de las entrañas. Se apretó contra Janigena, le cogió la cabeza y la volvió hacia ella.

—Puta vida… —se alivió Janigena en un susurro, apretando con fuerza los párpados para retener las lágrimas. Dora sintió que le palpitaba el corazón. Levantó la mano y le acarició, tierna y consoladora, las sienes. Peinó su abundante melena, con algunas canas, que no había manera de retener tras las orejas. En la frente, que solían cubrir los mechones de un descuidado flequillo, Dora se detuvo en la piel rugosa de un prominente lunar.

Así que aquí era donde lo había visto, recordó, justo antes de que ella encontrara sus labios.

JINDŘICH ŠVANC

Dora llevaba años esperando ese momento. Especialmente en los últimos meses, en los que se discutió sobre esto en el gobierno, ardía de impaciencia. Seguía con tensión todas las noticias publicadas: Y entonces sucedió. Entró en vigor la ley por la que se ampliaba la cláusula de acceso a los expedientes de los colaboradores y miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado. Ahora cualquiera podía echar un vistazo.

Y ella debió de ser la primera en entregar la solicitud: al día siguiente de que se hiciera efectiva, envió el requerimiento para el expediente personal del agente Jindrich Švanc.

No tardó los noventa días que prometían. Transcurrieron cinco meses hasta que recibió un correo electrónico en el que la informaban de que podía acudir al registro correspondiente.

El archivo de Kanice estaba en un lugar aislado, en un bosque a las afueras de Brno. Lenka Pavlíková y ella tuvieron que volver hacia atrás, porque la primera vez se les pasó el pequeño rótulo con la indicación.

Hacía dos años que sabía de la existencia de Švanc. Y, durante ese tiempo, no había conseguido desvelar el misterio que rodeaba a aquella persona que había decidido sus destinos: el de Surmena, el suyo y el de Jakoubek. La información fragmentaria que había acumulado sobre él seguía sin bastarle para componer una imagen íntegra de su vida, entenderlo.

No sabía qué esperar. Quizá simplemente sentir alivio cuando no quedara nada que le provocara esa curiosidad, esa inquietud.

Y aquel día de julio al fin lo supo.

Su expediente no era ni la mitad de grueso que el de Surmena. Las copias de los documentos, en las que habían tachado con meticulosidad los nombres del resto de los implicados, contaban apenas un centenar de hojas. A Dora le sorprendió: esperaba más. Esperaba pilas de papel, decenas de datos, fuegos artificiales sobre un complot descubierto. Se preparó para una batalla. Y, sin embargo, frente a ella, en lugar de un ejército aparecieron un par de aturdidos

soldaditos.

Estaba sentada a la mesa de una sala de consulta sin aire acondicionado, el sudor resbalaba por sus mejillas y a lo largo de su espalda. El ligero vestido de verano se le pegaba a la piel.

A la hora del almuerzo le pidieron que saliera. Cerraron la puerta con cuidado, como si fuera a ella a quien debían tener miedo. A ella no, pensó. A quien habían de temer era a aquellos cuyos destinos habían decidido ocultar, aún dieciocho años después de la revolución, toda la cadena de funcionarios, cuyo último eslabón era la mujer menuda con aquella permanente pasada de moda que la vigilaba. Habían decidido protegerlos de que se hicieran públicos ante gente como Dora.

Pasó el mediodía esperando a la sombra, en un banco tras el cercado que rodeaba el edificio. De reojo, observaba cómo la cámara que habían colocado sobre la endeble valla, similar a la de cualquier jardín, hacía su barrido grabando el recinto. Con un tenedor de plástico, se comió la ensalada que se había preparado por la mañana, aunque en aquel momento no imaginaba que allí, por muy lejos que estuviera, no encontraría nada de comer.

Quizá lo hubieran escogido para impedir que los que deseaban conocer los demonios de su pasado llegaran hasta los malditos expedientes. El autobús tardaba tres cuartos de hora en llegar y la parada estaba a casi dos kilómetros del archivo. Lo vio en la página web, así que le pidió a Lenka Pavlíková que la llevara.

—Pues mucha suerte… —le dijo Lenka cuando paró ante el edificio del archivo.

De hecho, era mérito suyo, se dijo Dora. Si no hubiera sido por ella, jamás se le habría ocurrido investigar a Surmena, y menos en los archivos de la policía secreta.

—Y llama cuando vayas a acabar, ¡vengo a recogerte! —añadió Lenka antes de irse. Dora, ya en el camino que llevaba al deslucido bloque de hormigón de la filial del Archivo de los Servicios de Seguridad, asintió.

Al poco, Dora oyó un clac en la puerta. Era la señal de que podía volver a enfrascarse en sus papeles. Rápidamente, metió los restos del almuerzo en la mochila y se dirigió, impaciente, hacia la entrada. El ojo de la cámara siguió con atención su silueta menuda.

Al final de aquel día, tenía la sensación de conocerlo. Estaba desnudo frente a ella, lo sabía todo de él, desde su nacimiento hasta su muerte, las fechas de los hitos más importantes de su vida. Si aquella misma mañana su maldad aún le parecía un misterio, ahora se perfilaba ante ella la imagen nítida de un hombre desconsiderado y feroz que no soltaba a su presa.

Y, sin embargo, al principio nada indicaba que fuera a convertirse en una

persona tan despiadada. Había crecido en una familia normal, su padre trabajaba por cuenta propia, su madre era ama de casa, se llevaba bastantes años con su hermana menor. Tenían una casa con jardín, también ganado. Y una posición decente en la comunidad checo-alemana de un pequeño pueblo donde, según el formulario de ingreso que había rellenado para el SD, varios de sus antepasados habían sido alcaldes. Entonces, ¿qué había fallado?

¿Acaso tenía aspiraciones más elevadas que ser un simple pintor de brocha gorda? ¿El oficio no le gustaba a él o a su bonita mujer, a la que llevó a la casa familiar nada más cumplir la mayoría de edad? Quizá fueran ambas cosas. Además, había un bebé en camino, y la crisis económica que se aproximaba no auguraba que su sueño de tener una vivienda propia fuese a cumplirse en breve.

Si Ingeborg Pitínová no había exagerado, tuvo que pasar lo suyo. Se vio atrapado entre los lamentos de su mujer y su madre, cada una protestando por un lado. Quizá no tuvieran pelos en la lengua y después, por la noche, cuando se quedaban solos, su mujer hasta llegara a insultarle. Con la pierna mal curada, tullido tras la caída de la escalera, no pudo trabajar durante más de medio año, y las secuelas fueron permanentes.

Quizá se le ocurriera después de una de las peleas, cuando alguien colmara el vaso de su paciencia, derramando una rabia reprimida durante mucho tiempo. Y puede que precisamente esta lo llevara hasta la puerta del porche de Leo Weissmann, el viejo judío con una gran fortuna. ¿Y para qué? Para nada, solo para aparentar, para poder jactarse del balancín, de los muebles de mimbre del porche o de su criada. El joven Schwannze debía de pensar que a él, con una mujer y un bebé en camino, le hacía mucha más falta.

Entrar en su casa de madrugada debió de resultarle fácil. Pero todavía quedaba saber dónde escondía Weissmann el dinero. Dora se lo imaginó buscando en las cómodas, registrando los estantes, cada vez más furioso, quería acabar cuanto antes, pero el judío lo pilló, y más le hubiera valido no hacerlo, pues por entonces Schwannze estaba tan rabioso que dirigió contra él toda su cólera y también un cuchillo, que, en un arrebato de histeria, le clavó una y otra vez.

Probablemente jamás llegaría a entender cómo había sobrevivido Weissmann. Cuando él huyo como pudo, el viejo parecía estar soltando sus últimos estertores. La criada debió de encontrarlo a tiempo, porque aquella mañana por el pueblo corrió la voz de que lo habían atracado y de que había sobrevivido de milagro al ataque del ladrón. La policía buscó al culpable durante varios días. Dora supone que Schwannze no pegaría ojo aquellas noches. Se despertaría aterrorizado, reviviendo la horrible sensación del cuchillo hundiéndose en la carne humana, sudaría anticipando el castigo que le esperaba. Seguro que también adelgazaría. Se convertiría en un esqueleto andante que cojeaba de la pierna izquierda, le saldrían canas. Para no llamar la

atención, prefirió no vender nada de su botín. Y medio año después lo encontraron todo allí, hasta la última moneda, incluso la menorá de oro.

Cuando Weissmann volvió del hospital, Schwannze perdió la poca calma que le quedaba. La tensión de no saber si lo reconocería debía de ser una tortura. Cuando vio a Weissmann en el balancín, no aguantó más. Tenía que acabar con aquella situación costara lo que costara, aunque el judío lo reconociera. Dora lo imaginaba caminando hacia él; sus pasos se ralentizaban a medida que se aproximaba. Weissmann cabeceaba, vencido por el cansancio de la agotadora convalecencia y el sol de la tarde, con collarín y el brazo en cabestrillo. Acaso aquella primera vez iniciaran una conversación amistosa. Schwannze debió de sentir un enorme alivio. De pura alegría porque no lo hubiera reconocido, seguro que quiso saltar la valla y darle un beso. No era de extrañar que luego siempre le saludara con entusiasmo y, aunque antes había mostrado más bien cierta indiferencia, después de aquel suceso no pudo ser más complaciente. Hasta el momento en que fueron a por él.

El viejo judío debía de haberse vuelto loco cuando fue a denunciarlo a la policía, seguro que los sobornó para que lo obedecieran y le registraran la casa, pensaría Schwannze. No tenían ninguna prueba que lo incriminara. Dora supuso que nunca olvidaría los aterrados y sorprendidos rostros de sus padres y la mirada de asco de su mujer. Sin duda se iría a dormir con aquella imagen, en la cárcel, día tras día.

Entre los protocolos, había un recorte del periódico local.

Un descubrimiento inesperado

A mediados del año pasado, en el municipio de Horní Němčí se produjo un atraco que el ciudadano Leo Weissmann por poco pagó con la vida. Volvió a casa después de una convalecencia larga y complicada, pero no estaba tranquilo: el culpable del terrible acto todavía no había sido detenido. Sin embargo, la criada del señor Weissmann le informó de que en un caso como aquel las renombradas diosas de Žítková podrían servirle de ayuda. La muchacha, oriunda de Hrozenkov, conocía bien el arte de las videntes del lugar. El anciano viajó entonces a Žítková, donde visitó a la famosa diosa Surmenová y, aparte de una boba de hierbas para su pronta recuperación, se llevó de su casa también la profecía de que el delincuente era alguien cercano, probablemente un vecino, que no estaba del todo sano y que había cambiado su comportamiento anterior para convertirse en alguien sumamente agradable, y no por compasión hacia un hombre mayor, sino para aplacar los remordimientos de su propia conciencia. El señor Websmann se dirigió con esto a la comisaría local y, aunque en un primer momento nadie lo creyó, luego tuvieron que darle la razón. Los objetos robados se hallaron en casa del ciudadano Heinrich Schwannze, vecino de Websmann. El sensacional descubrimiento tiene su epílogo en el juzgado de Uherské Hradiste, que pronto pronunciará la sentencia contra el denunciado. ¡Seguiremos informando del caso a nuestros lectores!

Schwannze debió de pasarlo muy mal en la cárcel. Un ladrón frustrado, lisiado, al que su mujer había abandonado en busca de algo mejor. Por lo visto, un tipo fue a buscarla en coche. Su hermana Ina le contó por carta que debía de ser prestado, ya que tenía matrícula austríaca aun cuando el hombre hablaba checo perfectamente. Quién sabe de dónde lo habría sacado, pero él podía estar contento: esa mujerzuela no volvería a molestarlo. La única pena es que se hubiera llevado al bebé.

Frente a Dora se materializó la imagen de Schwannze, a quien, ante los ojos de sus tres compañeros de celda, debían de reconcomerle una impotencia y una rabia infinitas. Oía sus burlas: ¿qué clase de hombre era? No sabía tratar a una mujer… ¡Pobre cornudo!

De la pena de diez años, cumplió la mitad. Después lo dejaron en libertad condicional, enjuto, envejecido, lleno de odio. La vida no le había dado ninguna alegría. Y no tenía ni treinta años.

Tal vez pasara un par de meses en casa, sin hacer nada, sin trabajo, pues con su reputación nadie le habría ofrecido un empleo ni aunque lo hubiera habido. Estaría encerrado entre cuatro paredes, expuesto a las miradas de reproche de sus padres y su hermana, porque le daría vergüenza salir, y mucho menos pisaría el jardín, no fuera a encontrarse con el perro de Weissmann. Quizá se encerrara con una botella de aguardiente en el cobertizo y al amanecer, borracho, desesperado, cayera en la autocompasión y pensara en acabar con todo.

Pero el mundo cambió en 1939. Los nuevos tiempos le ofrecieron otra oportunidad.

Tan pronto como sospechó que si elegía un barco y un capitán nuevos todo daría un vuelco, solicitó la nacionalidad alemana. La recibió enseguida, pues bastó con que documentara el origen alemán de sus padres, que durante toda la primera república se habían declarado alemanes. Schwannze se convirtió en un auténtico alemán, y su pasado quedó en una mera contrariedad sin importancia para los ocupantes. De un día para otro, ya no era chusma, un presidiario. La persona que aún lucía el rapado de los reclusos gozaba de pronto de todos los privilegios, un hombre que, a la menor ocasión, recalcaba que había caído en desgracia por un complot hebreo maquinado por el comerciante de Horní Němčí Leo Weissmann y la justicia checoslovaca.

A Heinrich Schwannze se le dio una segunda oportunidad, y él la pagó con lealtad absoluta y un incansable esfuerzo por apisonar las ruinas de la primera república. Los nuevos amos no pasaron por alto su compromiso ni sus aspiraciones de ascenso en la atractiva estructura de su aparato de poder. Su carrera progresó de manera vertiginosa.

Como Dora comprobó en los documentos de Schwannze, al principio

bastaron un par de denuncias bien dirigidas, un par de calumnias que oyó alguien de arriba y verificó alguien de aún más arriba, para que la SD de Zlín reclutara al activo compatriota. La breve nota estaba firmada por el oficial de rango menor de la filial de Zlín, el *SS-Obersturmfiihrer* Graz, quien propuso para *Vertrauensmann* a aquel adulador que tan bien conocía el entorno o, como lo llamaban, *Gewahrsmann*, y luego *Zubringer*. «Es un prometedor miembro de la nación, siempre obediente, con una fe inquebrantable en la victoria de la cruz gamada y en el programa del Führer», escribió Graz en la casilla de evaluación. Luego Schwannze fue alistado con el número ostentosamente bajo B-7 en enero de 1940. Dora supuso lo rápido que debió de apropiarse de atributos alemanes, cómo se «haría el alemán» frente a sus superiores, saludando con el brazo derecho levantado y golpeando los talones entre sí con tanta fuerza que el sonido reverberaría en los muros de alrededor. Y entre los checos se mostraría silencioso y discreto, como si nada, ojo avizor para que no se le escapara ni un detalle. Al cabo de un par de años, había llegado tan alto que empezaron a confiarle tareas excepcionales, como la de las octavillas comunistas.

Fue en Svárov donde, en septiembre de 1943, según un chivatazo, debía reunirse una célula de resistencia comunista. De acuerdo con el conciso parte de la operación, a Schwannze le encargaron hacerse pasar por agente provocador e intentar ponerse en contacto con los representantes. En la taberna, habló en dialecto moravoeslovaco, se tomó varios aguardientes y, primero insinuándolo y luego ya abiertamente, Vaticinó la caída del Reich y la victoria del comunismo. ¡Los soviéticos no nos abandonarán! Ante el extraño cliente, el tabernero prefirió avisar a la policía, al fin y al cabo la divulgación de octavillas comunistas, que pasó bajo cuerda a sus parroquianos, era un delito, lo mismo que no denunciarlo. Que lo resolvieran las autoridades, debió de pensar, y cerró la taberna a la espera de que aparecieran. Aparte de las octavillas, los guardias checos le encontraron un arma cargada y el carné comunista, así que decidieron dejarlo en manos de sus jefes alemanes. Pero aquello no era bueno para su misión, y Schwannze debió de temer que se frustraran sus planes. Dora no podía explicarse de otro modo las palabras que leyó en el acta del interrogatorio de los guardias, el oficial en jefe Dobrovsky y el oficial Cygler, donde ponía: «El hombre lloró e imploró desaforadamente, trató de hacernos chantaje emocional alegando que cuidaba de su familia… Quiso incluso pegarse un tiro allí mismo, estaba desesperado; al final tiraron su pistola al estanque, quemaron las octavillas y lo soltaron». En catorce días, la Gestapo fue a buscar a los dos traidores checos, se los llevó al cuartel de Kounic en Brno para interrogarlos y, después de un rápido juicio, ambos fueron ejecutados en invierno de 1943. A Schwannze le subieron el sueldo.

La carpeta más delgada del expediente, que se refería al pasado nazi de Schwannze, acababa en este punto. No había nada más, ni sobre su obsesión

con las diosas ni sobre su participación en la búsqueda de los pilotos americanos. Quizá a finales de 1944 ya nadie se ocupara de un *V-mann*, o tal vez se perdieran los datos de sus múltiples tareas. ¿O acaso fueron retirados intencionadamente? La sospecha volvía a consumir a Dora. No, si hubieran querido ocultar esos documentos, ¿por qué no destruir todo el expediente? La mera acción de los panfletos comunistas aparecía aquí en tona perspectiva muy distinta a aquella con la que Lícek lo había presentado al mundo en su artículo. Aquello habría bastado para tenerlo bajo control.

Dora no imaginaba qué les prometería a cambio, qué pudo interesarles, con qué se los ganó. Y, sin embargo, lo consiguió. Al final tampoco resultó ser un error tan grande no haber llegado a tiempo de conseguir los documentos para desaparecer con sus amos del Reich, que obviamente lo dejaron, sin el menor escrúpulo, a merced de la multitud de personas a las que delató. Lo arrestaron a principios de mayo de 1945. Al cabo de seis meses, un jurado popular lo condenó «por haber apoyado el movimiento nazi, en una época de amenaza a la república, entregando informes sobre diferentes personas a la Administración del SD de Zlín, y con eso haber cometido un delito de espionaje contra la república, según §1, Código Penal n.° 50/1923».

Schwannze lo negó. Al final de la audiencia, incluso declaró: «No reconozco los protocolos firmados bajo la presión de las amenazas y la violencia física, y sostengo que todos han sido dictados e inventados».

La condena de cinco años de cárcel no era de las peores. Sin embargo, para Schwannze, que ya había pasado unos años en prisión, la idea de volver debió de resultar insoportable. Sin duda, recurriría a todo lo que estuviera a su alcance, y de manera tan convincente que al final alguien le prestó atención. Bajo el veredicto pronunciado el 3. 10. 1945, habían añadido, escrito con lápiz: «¿Encerrarlo? ¿No sería mejor… aprovecharlo?».

Y así fue. Schwannze agarró la mano que le tendían. Se comportó como se esperaba de él. Un fragmento de su expediente de la cárcel, de finales de enero de 1948, no ahorra las alabanzas: «En el cumplimiento de la sentencia, el condenado se muestra como un apasionado de la república democrática popular y, en los casos de leve indisciplina laboral de los presos, actúa en beneficio del orden y el acatamiento del mandato de los guardias. No duda en informarnos de los estados de ánimo que reinan en el colectivo de condenados, algo que apreciamos. Su comportamiento es bueno, está claro que se está reformando. En la cuestión política, expresa remordimientos por su postura equivocada ante los ocupantes nazis y estudia el marxismo por iniciativa propia. Sobre el sistema democrático popular, lo menciona como única posibilidad de futuro. Por estos motivos, nos inclinamos a favor de la propuesta del Consejo Regional del Cuerpo de Seguridad Nacional de conceder el indulto a Schwannze».

Lo obtuvo en marzo de 1948. En menos de un mes, a las fichas de los

empleados de la Sección Comarcal de la Seguridad del Estado, se añadió la de Jindrich Švanc.

Dora volvió a preguntarse cómo lograría tal cosa. ¿Qué les ofreció? Entre la propuesta de colaboración, los documentos de trabajo y la admisión al Partido, varios ascensos, los aumentos de sueldo y los permisos de vacaciones expedidos por el sindicato del Movimiento Revolucionario, no encontró nada que le aclarase el asunto. ¿O sí? Muchos papeles sin importancia y un parte positivo del teniente mayor Kuzela, «autoridad al mando de Švanc. Por la excelencia al llevar a cabo la operación *bývalý lidé*»[29].

¿*Bývalý lidé*? A principios de los años cincuenta, ¿podría la paranoia de las intrigas contra el Estado dirigidas por antiguos acólitos del Protectorado, para entonces descontentos, que seguían admirando las ideas del nazismo, desencadenarse también aquí, entre los prados y las viñas de Moravia del Sur? ¿Aquí, donde la gente sin duda prefería beber a urdir un golpe de Estado?

Quizá alguien empezara a hablar sin pensar en una sobremesa, quizá alguien dejara caer que con Hitler todo iba mejor. Y quizá fuera un antiguo simpatizante de los alemanes al que Švanc conocía de la región. Luego esa persona, acusada de espionaje para los servicios secretos occidentales, sería condenada a años de cárcel, como una suerte de Reinhardt Gehlen independiente. ¿Cuántos hubo como él? ¿A cuántos se llevaron de la mesa de la taberna a la sala de interrogatorios con desvaídos azulejos verdes, en cuyas junturas habían penetrado manchas imborrables de sangre y saliva?

Por supuesto, lo negaban. Y, fuera como fuera, había que arrancarles la información.

Para eso tenían a Švanc y, por los elogios que recibió, consiguió ser uno de los mejores. Fue él quien probó las innovaciones que habían diseñado en su sección, por ejemplo, las plaquetas de latón alimentadas con electricidad, que introducía en los zapatos de los investigados. Estos se retorcían como muñecas de trapo, se les reventaban las pequeñas venas de los ojos, que se inundaban de lágrimas rojas. Solo estaban atentos para apagarlo antes de que dejara marcas demasiado visibles.

«Se agradece el trabajo ejemplar del grupo formado por Karel Kahrda, Antonín Líček, Jindřich Švanc…» y poco después la despedida al «trabajador modélico Jindrich Švanc», que se mudó varios pisos más arriba, a la oficina principal del Consejo Comarcal de la Seguridad del Estado. Pasaba de los cincuenta y con su lesión en la pierna ya no estaba para ocuparse de los enemigos de la joven república socialista.

Se quedó solo un caso: el que había seguido desde el comienzo de su carrera. Tuvo que dejar de lado el expediente «Diosas» cuando no fue capaz de demostrar la conexión con los agentes occidentales. Pero no habían dejado de vigilar a aquellas mujeres y, como se demostró enseguida, existía una razón. Finalmente, una de ellas fue declarada enemiga del Estado. Una enemiga que,

con sus tejemanejes privados y su negativa a unirse a la Cooperativa Agrícola, provocaba daños irreversibles y a largo plazo en la salud de los ignorantes ciudadanos socialistas.

El caso de Surmena se cerró con éxito en septiembre de 1979.

Un mes después, solicitó la jubilación; hacía ya tiempo que podría haberlo hecho.

Dora supuso que las mujeres de la oficina le organizarían una despedida, cubrirían la mesa con algunas cosas de picar, varias tartaletas de chocolate y, una vez pasadas las tres, abrirían una botella de vino. Aquella tarde, cuando las gallinas se marcharon a cuidar de sus polluelos y los hombres regresaron a sus casas hartos del trabajo, Švanc abandonó el edificio con una carpeta rígida que contenía un papel con el trillado mensaje adiós de corazón a un trabajador extraordinario y las firmas de todos ellos, todos sus camaradas. Dora supo, tuvo la certeza, de que se sentía bien, igual que los siguientes siete años que le quedaban hasta su muerte, cuando, en Jarosov, sacaba a pasear al perro por el parque y en verano disfrutaba del merecido descanso en la recién adquirida cabaña de la ladera de Výskovec, con unas vistas preciosas al claro de Bedová, al de Koprvazy y al de Černé.

Ya estaba. Ahora lo sabía todo. No quedaba nada más por descubrir. Había llegado al final de un camino acotado, a un final desde el que podía contemplarlo todo, el pasado de Surmena y el suyo. Ahora quedaba una última cosa. Su ensayo.

BEDOVÁ

El 31 de julio, cerró su despacho apenas unos minutos después de las doce. Un piso más abajo, llamó a la puerta de Lenka Pavlíková y juntas fueron a la cafetería, en la planta baja.

Dora estaba muy contenta.

Era su último día antes del mes de vacaciones que le habían concedido para que pudiera acabar de escribir su ensayo: un mes, cuatro largas semanas en Bedová, cerca de Jakoubek, a quien podría visitar casi a diario.

—¿Solo un mes? ¿Y te dará tiempo? —le preguntó Lenka, incrédula, cuando se sentaron una frente a la otra con el almuerzo en sus bandejas, adornadas con unas cenefas de flores. Flores de valeriana, pensó. En su casa, se la llamaba «diablillo». Surmena preparaba a Jakoubek infusiones de su raíz para calmar sus crisis.

Dora sonrió y asintió. Por fin había añadido el último fragmento al material sobre Surmena que había acumulado todos esos años: los datos del expediente de Švanc. Estaba convencida de que tendría un primer borrador de su ensayo listo en un mes.

—Klímová se cogió medio año para el suyo —añadió su amiga.

—Pero ella estaba aún recopilando información, yo por suerte ya lo tengo todo.

—¿Incluso las valoraciones de los expertos?

—Sí. Y estoy especialmente contenta con eso. Da la casualidad de que el jefe médico del Centro de Terapia de Trastornos Psicosomáticos está investigando también las distintas prácticas de medicina popular. Las diosas despertaron su interés, incluso fuimos juntos a Žítková para preguntar y hablar con aquellos que se hubieran sometido a una sanación…

—¡Fantástico! Seguro que consigues limpiar el nombre de las diosas, ya verás… —Lenka le guiñó un ojo, para alentarla.

—Sí. —Dora sonrió, se acercó el plato con la densa sopa de tomate y añadió—: Y aclarar lo de la colaboración con los nazis. Al menos en el caso de Surmena y un par más, tal vez no el de todas… —El vapor subía de su plato —. ¿Te he hablado de las conclusiones del equipo alemán?

—No —dijo Lenka negando también con la cabeza.

—Estaban convencidos de que en los métodos de las diosas habían encontrado un vestigio de la gnosis germánica antigua. Sus rituales mágicos, por lo visto, se parecían a los de las sacerdotisas germanas. Decían que en Europa se habían conservado estas costumbres en algunos lugares remotos, en enclaves en las montañas a los que en el pasado se había expulsado a la población, que quedaba así aislada de la civilización. Estas sociedades cerradas seguían preservando las enseñanzas de sus antepasados, aunque, como es lógico, contaminadas hasta cierto punto por el cristianismo.

—Pero esta teoría, creo, no es del todo desconocida, ya he oído hablar de ella. ¡Aunque sería increíble que se confirmara en el caso de tus diosas! ¿Es así?

—No. Será un poco mejor…

—¿Cómo que mejor?

—En mi opinión, todo lo que los alemanes consideraban una prueba de la gnosis germánica antigua, es decir, los conjuros, el proceso de adivinación, las formas de curar y la manipulación del subconsciente, de la psique en general, así como el respeto hacia los misterios de la naturaleza, en realidad coincide con los rasgos de la gnosis eslava.

—¿Quieres decir que se equivocaron? ¿Qué interpretaron mal los procedimientos de las diosas?

—No. No necesariamente. Puede que tuvieran razón. Pero todas las pruebas sobre las que se sustenta su hipótesis coinciden con las costumbres de las sacerdotisas eslavas antiguas, a las que los estudiosos del latín llamaron *incantatorae*, intermediarias de prácticas mágicas y rituales, incluido el arte de la curación. Recuerda, por ejemplo, a las míticas Kazi, Teta y Libuse, parte de una tradición sin duda mucho más antigua, y que tuvieron sus propias sucesoras. Creo que de ahí procede la sabiduría de las diosas de Žítková.

—Entonces, ¿su origen se encuentra en la gnosis germánica o en la eslava? —preguntó Lenka, sorprendida, al tiempo que apartaba el plato vacío.

—De eso se trata… Creo que la única explicación lógica de la cantidad de rasgos que comparten está en una raíz indoeuropea común. Y si consigo demostrarlo en mi ensayo, ¡el fenómeno de las diosas de Žítková resultará ser uno de los patrimonios espirituales más antiguos de Europa central!

—¡Sería un gran descubrimiento! —exclamó entusiasmada Lenka, dejando a un lado el mísero *risotto* de la cafetería. Luego, disgustada, negó con la cabeza—: Por otro lado, es terrible… Decenas de generaciones de portadoras de un conocimiento ancestral sobrevivieron a la ascensión del cristianismo, los procesos contra las brujas de la temprana Edad Moderna, el azote de los sacerdotes locales y de la justicia, e incluso a la investigación de un comando de las SS para que al final las liquidara un bolchevique.

Dora asintió, con tristeza:

—Me temo que así es. Pero tengo un as en la manga… Cuando termine el

ensayo, quiero enviárselo a las hijas de Irma Gabrhelová, la última diosa de los Claros. Son las únicas que podrían recuperar la tradición, aunque no creo que consiguieran revitalizarla: no recordarán mucho, se fueron muy pronto de casa de su madre…

Durante unos momentos, comieron en silencio, pero entonces Dora preguntó:

—¿Y cómo acabó lo de tu tío? Aquello que encontraste en las listas…

—De ningún modo. Va a cumplir ochenta años, mi padre tiene setenta y cinco, no me atreví a descubrirlo delante de todos, a arrastrarlo por el fango. Aunque, según lo que ponía en el expediente, se lo tenía más que merecido. Delató a todo aquel que le dio el menor motivo…

—Lo siento.

Lenka esbozó una triste sonrisa y se encogió de hombros. La compasión implícita en el gesto sorprendió a Dora.

Al cabo de unos minutos, se despidieron ante la puerta de la cafetería.

—Suerte con tu ensayo… ¡Animo! —Lenka le dio una palmada en el hombro y, contenta, se alejó hacia las escaleras.

A partir de ese día, Dora se quedó en Bedová.

Por la mañana escribía y por la tarde iba a visitar a Jakoubek al hospital de Uherské Hradiště. Los conocía a todos: no solo a los pacientes, también a las enfermeras y a los médicos. Ellos la habían ayudado a aceptar que su hermano dependía del cuidado de otros, de un cuidado que Dora no podía ofrecerle. Y no le había resultado nada fácil.

Pero acabó por acostumbrarse. Su vida transcurría entre el trabajo, las visitas al hospital y las noches en la soledad en Žítková, que de vez en cuando se veía interrumpida por Janigena.

Dora se apartó del ordenador y se reclinó en el respaldo del banco de madera.

¿Qué sería de ella? En las últimas semanas, sus encuentros se habían vuelto más intensos. Durante años apenas habían hablado, y ahora, sin embargo, las palabras irrumpían como un huracán en sus antes sigilosas citas las noches de los sábados. Sus conversaciones acerca del futuro de la relación eran salvajes y apasionadas. Dora estaría en casa todo el mes, y hacía una semana que habían enterrado al marido de Janigena. Ahora era libre.

Dora se estiró, se acercó a la ventana. Ante ella brillaba la luz de la cabaña de Koprvazy. Le sonrió. Desde hacía un par de meses tenía vecinos nuevos, una gente curiosa. Debían de serlo para haberse trasladado allí. Ninguno de los lugareños habría consentido vivir bajo aquel serbal.

Tampoco sabía si esa familia estaba al tanto. No debían de estarlo, porque de otro modo no se habrían paseado con tanto entusiasmo alrededor de esa

cabaña en estado ruinoso y el árbol maldito. Vestidos con ropas amplias y coloridas, cada uno con un bebé en un pañuelo atado a la espalda, literalmente bailaban por su patio de Koprvazy. Decían que iban a montar una granja sostenible. Que llamaran como quisieran al trabajo en el campo, pensó Dora encogiéndose de hombros.

Habían llegado un par de meses antes. Desde entonces, habían aparecido varias ovejas y una cabra, y habían sembrado en la ladera de enfrente. Todo iba a la perfección. Los lugareños se golpeaban la cabeza cuando la extraña pareja bajaba de vez en cuando a Hrozenkov. A Dora no le sorprendía. Aunque hubieran ido a los Claros deseosos de emprender una nueva vida en las montañas, de establecer una conexión con la tierra, no encajaban con la gente del lugar. Era como si quisieran acceder a la comunidad desde otro siglo, con una inocencia incluso infantil, con una permanente sonrisa bondadosa y estimulada por la fe en todo lo natural y puro. Pero habían ido a parar a esas montañas, donde se bebía aguardiente, en los campos ya pocos se partían la espalda, y a arriba, a Žítková, se iba en coche, y nada más los fines de semana, porque los días laborables, excepto un par de antiguos vecinos, todos trabajaban en otra parte.

Dora se quedó frente a la ventana hasta que la luz se apagó. Se miró la muñeca para ver qué hora era: pasada la medianoche. Hora de apagar el ordenador e irse a dormir.

Satisfecha, miró la pantalla, en la que brillaba el borrador del ensayo de casi doscientas páginas que estaba a punto de acabar. Con cuidado, guardó el documento y, tras unos pocos movimientos del ratón, el portátil se fundió en negro.

Apenas apagó, Dora oyó el chirrido de la cancela y unos pasos silenciosos en el camino frente a la casa. Una ola de excitación la recorrió de arriba abajo. Era Janigena, ¡había venido!, suspiró para sus adentros con la esperanza de que su encuentro acabara de otra manera, de que no se fuera. Se levantó entonces a toda prisa y dejó el portátil en el baúl de doble fondo. Antes Surmena guardaba allí sus escasos objetos de valor, ahora era ella quien metía las cosas que no quería perder, por si acaso entraba alguien diferente a Janigena, pensó también esta vez, antes de que se oyera el familiar *staccato* en la puerta.

EPÍLOGO

Desde el ayuntamiento de Žítková, donde me permitieron usar el teléfono fijo para llamar a la cabaña de Alžběta Baglárová y me indicaron la ruta en el mapa, me dirigí hacia abajo. Luego cogí el camino que debía atravesar el bosque hasta llegar al valle para subir de nuevo hasta el claro de Rokytová. Parecía bastante sencillo, pero, cuando ya llevaba más de una hora andando sin llegar a ninguna parte, empecé a ponerme nerviosa. Me habían dicho que estaba bastante cerca.

Saqué el móvil del bolsillo lateral de la mochila para llamar y asegurarme de que no me había perdido. Imposible. No tenía cobertura. Me encontraba en algún lugar de las montañas, en mitad de un bosque, yendo a ver a una mujer que tal vez hacía ya un tiempo que había olvidado que iba a su casa. Decían que iba a cumplir ochenta y siete. Aunque también que tenía una memoria excelente.

Volví a meter el móvil en la mochila y continué subiendo la pendiente. Los árboles refrescaban el ambiente y, sino hubiera sido por el opresivo silencio que me rodeaba, hasta habría disfrutado del paseo. Sin embargo, en el susurro interminable y monótono de las hojas y la masa casi compacta de verde y marrón, empezaron a asaltarme ideas cada vez más angustiosas. Un atraco. Una violación. Un asesinato. Por suerte, el follaje comenzó a clarear y el bosque, despacio, se convirtió en un manzanar. Había llegado a mi destino. «Donde los abetos empiezan a mezclarse con los manzanos, allí empieza el claro de Rokytová», me habían explicado en el ayuntamiento. Allí estaría esperándome Alžběta Baglárová, la habitante de más edad de los Claros, un testimonio vivo de la existencia de las últimas diosas.

—Bienvenida —oí cuando me acerqué a la casa. Al principio, no estaba claro de dónde salía la voz, pero luego descubrí que me estaba mirando tras el visillo de la estrecha ventana—. Venga, venga aquí. Coja primero agua de aquella fuente para que tenga con qué refrescarse, pero de la corriente, mejor… —Me tendió una jarra de cristal.

Me dirigí, pues, hacia el frondoso roble en cuya dirección había agitado la mano. Cerca del tronco había un pequeño cobertizo bajo el que, según parecía,

brotaba la fuente.

Solo cuando, después de unos instantes, regresé con la jarra llena, me permitió entrar. Una vez dentro, me señaló una silla de una sala discretamente amueblada. Era evidente que se trataba de la única estancia de la casa, sin contar el pasillo. Baglárová caminó con dificultad hacia la alacena, junto al hogar, y sacó dos vasos. Arrastrando los pies se acercó a la mesa, mientras yo observaba cómo unos pequeños nadadores transparentes se perseguían en el agua de la jarra.

Cuando se percató de lo que estaba mirando, echó un vistazo a la jarra ella también.

—Estaba impaciente, ¿verdad? No ha esperado a que se llenase… Pues tendrá que volver… —dijo tirando el contenido de la jarra por la ventana. Era cierto, no había tenido paciencia, y el agua del pilón me había parecido limpia.

Cuando volví, aparte de los vasos, en la mesa había un plato con manzanas cortadas.

—Son de aquí, del huerto. Dulces. Coja.

—Gracias.

—Así que las diosas…

Asentí, mientras me servía el agua milagrosa del manantial, que era buena para la vista y para todo: sana.

—De vez en cuando aparece gente como usted: periodistas y estudiantes. Si publicaran todo lo que les he contado, nadie tendría que venir a verme. Podrían leerlo y punto. De momento, he leído solo un par de artículos, y no valían nada. Ninguno se preocupó de escribirlo en condiciones. ¿Para qué quiere saberlo usted?

—Para un libro.

—¿Y para qué universidad?

—No será una publicación especializada —contesté, con algo de pudor por no cumplir su idea de un resultado digno—. Será una novela.

—Ajá —dijo Baglárová, pensativa—. Tampoco tiene por qué ser malo, la gente lo entenderá mejor.

Sonreí.

—¿Y qué sabe ya?

Me puse a pensar. ¿Por dónde empezar? Estudios checos y europeos de antropología social y cultural y etnología, estudios etnográficos sobre las prácticas mágicas desde los esquimales hasta los chamanes, rigurosas tesis que trataban sobre la región de los Claros publicadas en la Universidad de Praga, pero sobre todo en la de Brno, libros sobre esoterismo, magia y religión, la historia de los procesos de brujería y la Inquisición, los archivos de la República Checa y de Eslovaquia…

—He leído a Hofer y otros etnólogos de los siglos XIX y XX, también a Jilík, artículos de periódicos y de revistas especializadas, las crónicas de

Žítková, Hrozenkov, Vyškovec y Vápenice…

—¿Y no ha encontrado nada de Idesová? ¿De Dora Idesová?

Su pregunta me sorprendió. No se me había ocurrido que una anciana pudiera conocer a una investigadora de la sección etnológica de la Academia de las Ciencias de Brno.

—Sí. Aparte de artículos en revistas especializadas, escribió una tesis sobre la historia de las diosas de Žítková, sirviéndose de materiales que se remontan hasta el siglo XVII y que acaban en paralelo a Hofer. Leí su tesis hace poco… Es minuciosa, sin duda, pero, cómo lo diría… creo que no aprovechó el potencial que ofrecía el tema.

—¿Y nada más?

—¿Cómo que y nada más?

—Me refiero a si no ha encontrado nada más.

—No. Si firmaba con el nombre Idesová, eso es todo lo que ha publicado. ¿Y cómo es que la conoce? No es una de las autoridades de la disciplina… Bueno, no es mi intención faltarle al respeto… Quiero decir que no pensé que su obra hubiera llegado a un público tan amplio.

—Era de aquí.

Eso me sorprendió.

—¿De verdad?

—Sí, vivía un par de claros más allá, en Bedová. Puede acercarse, pasar por Bedová de vuelta a Hrozenkov. Si no le importa, luego podría llamarme para contarme si hay alguien por allí q si sigue vado. Después de la catástrofe nadie quería vivir allí. Pero quizá ya todo se haya olvidado, de eso hace ya unos cuantos años…

No sabía de qué hablaba. Aunque tenía la desagradable impresión de que podría molestarla, me atreví a preguntar:

—¿Qué catástrofe?

—Eh… —Baglárová carraspeó—. Pues que la encontraron muerta.

Me quedé sin respiración.

—¿Muerta? ¡Si aún era joven!

—Así es… Alguien la asaltó y le rompió el cuello. Es lo único que sé. Por otra parte, no creo que ni siquiera la policía sepa mucho más. No se encontró nada… Pruebas, quiero decir. Sucedió en verano y, cuando la encontraron, habían transcurrido unas cuantas semanas. No venía mucho por aquí, pasaba la mayoría del tiempo en Brno, y visitaba con frecuencia a su hermano en Hradiště. Así que no notaron su ausencia hasta pasado un tiempo. Pero como no se presentó a trabajar empezaron a buscarla. Y la encontraron en Bedová. Más bien encontraron lo que quedaba de ella.

La miré, estupefacta.

—Desde entonces nos instalaron un teléfono fijo a cada uno, ya sabe, en las casas aisladas. ¿No quiere manzana?

La decliné dándole las gracias. Ella se metió un pedazo en la boca y, mientras masticaba despacio, continuó:

—Aquí no le extrañó a nadie.

—¿El qué?

—Que acabara así. Está haciendo una investigación sobre las diosas, ¿no? Pues tome nota, señorita. Ahora que todo ha acabado, se puede contar. ¿Sabe lo que dicen?

Negué con la cabeza.

—La familia de Dora Idesová estaba maldita. Hija y sobrina de diosas, ya sabe… Su tía, Surmena, y su abuela, Justýna Ruchárka, eran muy famosas por aquí. Quizá también Dora hubiera heredado su don, no lo sé… Desde luego, si es así, nunca lo usó. Por otra parte, como toda su generación, los tiempos habían cambiado, las jóvenes ya no querían ejercer de diosas, no era moderno, además de que durante la normalización era peligroso. Pero aunque hubiera ejercido habría dado igual, no habría podido evitarlo, si no pudo ni Surmena, con lo que ella era… ¿Sabe cómo murió? En un manicomio. ¿Y la madre de Dora, Irena? Decapitada por un hacha. La mató su propio marido. ¿Y Dora? Mi marido decía que los borrachos de la taberna hacían apuestas sobre cómo acabaría. Y se quedaron cortos…

—¿Maldita? —pregunté, desconcertada.

—No se lo cree, ¿eh? Dora tampoco. No tendría que haberse enterado, Surmena hizo lo que pudo para que no lo supiera, pero ella sola encontró el camino a la maldición. Insistió hasta que Irma le habló de Mahdalka, que era quien les había echado mal de ojo.

—¡Pero también era una diosa!

—Pues claro.

—Creía que las diosas eran, cómo lo diría… que ayudaban a la gente…

—Sí. Pero no todas. Josifčena Mahdalka era diferente. No le hacía ascos a nada. Maldijo a su propia madre, a sus hermanas y a su sobrina, y se quedó mirando cómo se morían, una tras otra. Sin duda con quien más se alegró fue con Surmena. ¿Sabe qué? Surmena se esforzó toda la vida en revocar la maldición, en anularla, aunque en realidad nadie sabía cómo hacerlo… Es decir, estaba la posibilidad de destruir a Mahdalka y a toda su familia, pero pocos se habrían atrevido. Quizá hasta lo intentara, qué sé yo. Según me contó, durante los días de la liberación, cuando la gente corría a esconderse en los bosques, encontró muerta a Fuksena, la protegida y sucesora de Mahdalka. Si ya estaba muerta o Surmena tuvo algo que ver, nadie lo sabrá jamás. Fuksena tenía una lengua afilada, no me extrañaría que se hubieran enfrentado por la maldición que pendía sobre Surmena, enviada por los Mahdal. Pero quién sabe cómo fue, entonces corrían tiempos difíciles y Surmena podría haberse herido de cualquier manera, por ejemplo, cayéndose, como afirmaba ella misma. Lo que es verdad es que luego se presentó en mi casa cojeando con

el bebé, la hija, que tenía apenas un par de meses; quizá no fue capaz de matarla también a ella. Dijo que tenía que llevármela lejos porque era la hija de Fuksena, su sucesora y la de Mahdalka, que estaba conectada con la maldición, y que si no la sacaba de aquí le pasaría algo malo. Entonces la convencí de que bastaba con que el bebé creciera sin saber de dónde venía y lo que tenía dentro. No me creyó, pero cuando le dije que el peligro de que le hicieran daño a la niña era lo único por lo que la vieja Josifčena dejaría en paz a los Surmena, accedió.

»Así que, a través de mi hermana, encontré una familia sin hijos de Brod, y la enviamos con ellos.

»Mahdalka recorrió la región como una loca, día tras día acosó a cualquiera que pudiera saber algo. Pero todos se limitaban a encogerse de hombros, pensaban que algún animal del bosque se habría llevado al bebé. De todos modos, aunque alguien hubiera intuido algo, no habrían dicho nada, a la gente no le gustaba Mahdalka. No sé cómo Surmena se lo hizo saber, si no se acercaban a sus respectivos territorios ni de lejos. Pero lo hizo. Mahdalka entendió que tenía que apartarse de los Surmena, porque si no le pasaría algo a su sucesora. Así que se portó bien.

»Todo cambió cuando la niña creció y descubrió que no era hija de sus padres, con los que había vivido hasta entonces en Brod. No daba más que problemas y al final se escapó de casa. Me lo contó mi hermana, que, de vez en cuando, venía de visita y me hablaba de ella, de modo que se lo dije a Surmena, juro que solo a ella. No sé cómo pudo enterarse Mahdalka, de alguna manera debió de llegar a sus oídos que Surmena ya no tenía poder sobre su sucesora, y entonces todo empezó de nuevo. Antes de un año, pasó lo de Irena. Y, unos años después, internaron a la propia Surmena. Poco antes de que se fuera al juzgado, del que ya no volvió, mi hermana me escribió que la chica, es decir, entonces ya una mujer, con los años entró en razón y dio señales de vida. Y por lo visto apareció aquí en los Claros, ¿se lo puede creer? El corazón entonces casi se me paró… Así que al final encontró su camino, pensé.

»Me dio tiempo a contárselo a Surmena; debería haberla visto, un escalofrío la recorrió de arriba abajo, no dejaba de murmurar que era una desgracia, que ahora ese triunfo se convertiría en instrumento de la maldición, que tenía que hacer algo… Pero no le dio tiempo. Un par de días después la encerraron. No pudo evitarlo, y aquella porquería se abrió paso hasta Dora. Gracias a Dios, no tuvo hijos. Al menos se acabó con ella.

Sentada, conteniendo la respiración, escuchaba el torrente de palabras que salía de la boca de la anciana. Ni en sueños se me habría ocurrido algo así.

—La única pena es que Dora muriera antes de poder publicar su trabajo, el que escribió sobre las diosas… Se pasó toda la vida recopilando material. Era quien más sabía de ellas y desde dos puntos de vista: vivió con ellas y las

estudió, durante años. Si lo hubiera publicado, hoy usted no tendría que haber venido a verme. Lo leería todo allí. Se ha quedado usted con la boca abierta… ¿No quiere preguntar nada? Aproveche mientras pueda; a veces por las tardes, cuando me baja la tensión, me siento tan débil que necesito acostarme. Es su momento.

Con un nudo en la garganta, saqué el dictáfono y el cuaderno de notas, en el que busqué dos páginas abarrotadas de preguntas. Confusa, las miré sin saber por dónde empezar.

Cuando salí, eran casi las cinco. La vieja Baglárová misma me echó, dijo que era mejor que me marchara, por si me perdía, antes de que oscureciera.

Lentamente, bajé por Rokytová, entre las sombras de los árboles, el sol se había escondido tras la cima. Así que Dora Idesová estaba muerta. La última descendiente de las diosas, y además etnógrafa, asesinada.

¿Un accidente?

¿Una maldición?

Un escalofrío me recorrió la espalda.

El bosque, a mis pies, me susurraba. Las largas ramas de los primeros abetos se balancearon hacia mí, reclamándome. Me llamó la atención que se movieran, cuando no soplaba una pizca de aire. También el prado estaba tranquilo.

Un cernícalo sobrevolaba el claro; su chillido alarmado se extendió por el paisaje. Una angustia indescriptible se apoderó de mí.

KATEŘINA TUČKOVÁ (1980), escritora, periodista, dramaturga y comisaria de exposiciones, se graduó en Historia del Arte y Filología Checa por la Facultad de Arte de la Universidad Masaryk de Brno, y se doctoró en Historia del Arte por la Universidad de Karlová de Praga. Autora de varias publicaciones especializadas en el campo artístico, se impuso en el panorama literario checo con la novela Vyhnání Gerty Schnirch [La expulsión de Gerta Schnirch] en 2009, con la que ganó el Premio Magnesia Litera en 2010. El legado de las diosas es uno de los libros más vendidos en toda la historia de la República Checa y ha sido traducido a quince idiomas.

Notas

[1] Se refiere a las listas de Cibulka: listas de presuntos colaboradores secretos de la policía checoslovaca durante el régimen comunista publicadas en 1992 por el periodista y activista Petr Cibulka. (N. del T.). <<

[2] En alemán, «un caldero de colores». Fue un programa de entretenimiento y variedades producido por la televisión de la República Democrática Alemana que se emitió de 1972 a 1992 y que alcanzó un gran éxito no solo en Alemania, sino en otros países comunistas. (N. de las E.). <<

[3] Tras la Primavera de Praga, en agosto de 1968, la Unión Soviética y otros miembros del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia para reprimir las reformas que se habían llevado a cabo en los meses que duró la liberación. Checoslovaquia entró entonces en un periodo conocido como «normalización»: los lideres posteriores intentaron restaurar los valores políticos y económicos que habían prevalecido antes de las protestas. (N. de las E.). <<

[4] Título científico de posgrado en algunos países del antiguo Bloque del Este, como Checoslovaquia. Se concede por investigaciones originales que constituyen una contribución significativa en un campo de estudio. Según la clasificación de la UNESCO para la convalidación internacional de títulos, Candidato de Ciencias es equivalente a *Philosophiæ doctor* (PhD). (N. de las E.). <<

[5] De aquí también viene el nombre de todo el proceso mágico de la adivinación y, a partir de esta, los consejos, los diagnósticos, etcétera. Este proceso se denomina *bohování* (de *Bůh*, Dios), y designa las súplicas a Dios por la revelación de lo que pide el sujeto. Las intermediarias de dicha revelación, pues, se llaman *bohyně*, diosas. <<

[6] Čeněk Zíbrt, Guía de supersticiones y costumbres paganas del siglo VIII, Praga, Academia Checa del Emperador Francisco José, 1984. <<

[7] Véase J. C. Baroja, *Las brujas y su mundo*, Stuttgart, Ernst Klett Verlag, 1967. <<

[8] Heinrich Kramer (Institoris) (1430-1505), prior del convento dominicano de Schlettstadt y autor de la obra *Malleus maleficarum*. La coautoría del prior del monasterio dominicano de Colonia y profesor de Teología en la universidad de la misma dudad, Jakob Sprenger (1437-1495), ha sido desmentida. <<

[10] La Forschungsgemeinschaft Deutsches Ahnenerbe, conocida simplemente como Ahnenerbe, fue una asociación fundada en julio de 1935 por Heinrich Himmler, Hermán Wirth y Walther Darré e integrada durante la Segunda Guerra Mundial en la estructura de las SS. En castellano significa «Sociedad para la Investigación y Enseñanza sobre la Herencia Ancestral Alemana». Se trataba de una entidad pseudodentífica cuyo objetivo era realizar y divulgar investigaciones que apoyaran la ideología nazi y, en concreto, las teorías relacionadas con la raza aria. Fue declarada organización criminal en 1946 junto con las SS. (N. de las E.). <<

[11] Aldeas masacradas el 19 (Ploština) y el 23 de marzo de 1945 (Prlov). (N. del T.). <<

[12] Tipo de embutido tradicional, elaborado con diversas partes de carne de cerdo, mezcladas entre sí y ligadas con la gelatina del animal. Se hierve cuatro horas con distintas especias diferentes (pimienta negra o blanca molida, comino, mejorana, jengibre, clavo molido, nuez moscada, etcétera) y otros condimentos (ajo, cebolla rallada, excepcionalmente cáscara de limón), y se mete en las tripas del cerdo. (N. de las E.). <<

[13] Nombre alemán de Starý Hrozenkov. (N. de las E.). <<

[14] La cuestión de los rituales practicados sigue sin estar clara para la etnología checoslovaca contemporánea. En la mencionada carta, los hallazgos realizados por Levin y su equipo, de los que se asegura que «esclarecen una serie de puntos desconocidos de la historia del pueblo ario-germánico original», permiten suponer que pudo producirse un desciframiento de estos rituales. Solo se puede conjeturar que se trate de la ceremonia de adivinación con cera fundida descrita por J. Hofer en sus cuentos de 1913. Este proceso ritual, por desgracia, todavía no ha sido descrito por la etnografía moderna contemporánea y tampoco me es útil mi praxis de años a la hora de especular sobre su forma, significado y, sobre todo, origen. <<

[15] Schitkowa es el nombre alemán de Žítková; Bedowa el de Bedová. (N. de las E.). <<

[16] «Expediente de vigilancia» en alemán. (N. de las E.). <<

[17] Bojkowitz es el nombre alemán de Bojkovice. (N. de las E.). <<

[18] *Bandenbekämpfung* es un término en alemán que significa literalmente «lucha contra bandidos». En el contexto de la Alemania nazi, se consideraban «bandidos» aquellos que ejercían resistencia, y la política del Ejército para disuadir las actividades de resistencia consistía en infundir «tal terror en la población que pierda toda voluntad de resistir». Varios cuerpos colaboraron conjuntamente en esta labor, actuando no solo como jueces, jurados y verdugos sobre la marcha, sino también con el saqueo de las que denominaban «áreas de bandidos»: las devastaron, se apoderaron de cultivos y ganado, y esclavizaron a la población local o la diezmaron. (N. de las E.). <<

[19] Abreviatura de *zur besonderen Verwendung*: «para misiones especiales». (N. de las E.). <<

[20] Literalmente, «hombre de confianza, intermediario», en este contexto «confidente, informador». (N. de las E.). <<

[21]Abreviatura de *Vertrauensmann*. (N. de las E.). <<

[22]Delatores e informantes. (N. de las E.). <<

[23] Siglas de Sozialdemokratísche Partei Deutschlands: Partido socialdemócrata alemán; y de Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei: Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, el partido nazi. (N. de las E.). <<

[24] Encargo especial. (N. de las E.). <<

[25] Literalmente «fuente de vida», es el nombre de una organización fundada en 1935 por Himmler para la expansión de la raza aria. Proveía de hogares de maternidad y asistencia financiera a las esposas de los miembros de las SS y a madres solteras; asimismo, administraba orfanatos y programas para dar en adopción a los niños. (N. de las E.). <<

[26] Mote burlón de Heinrich Himmler, el *Reichsführer*, a partir de su cargo y del diminutivo de Heinrich, Heini. (N. de las E.). <<

[27] Nombre alemán de Bratislava. (N. de las E.). <<

[28] SNB, Sbor národni bezpečnosti: cuerpo de policía checoslovaco, que tenía dos divisiones: Veřejná bezpečnost, las fuerzas que salvaguardaban el orden público; y el StB: Státní bezpečnost, la policía secreta. (N. de las E.). <<

[29] Así se designaba dentro de la STB a todos los ciudadanos que habían sido políticamente activos antes de febrero de 1948, considerados enemigos del régimen. (N. de las E.). <<